

SOY DOS FRAGMENTOS QUE YA NO SON.
ESTAMOS COMPLETOS. ESTOY EN PAZ.

rostros
y
rastros



UNA NOVELA DE
MANUEL PÁUCAR GONZÁLEZ

MANUEL PÁUCAR GONZÁLEZ

ROSTROS Y RASTROS

MANUPAX EDITORES

BUENOS AIRES • SAN JUAN • LIMA • NEW YORK • BARCELONA

Entonces, una descarga violenta y absoluta los partió por la mitad. Era una luz blanca que perforó los confines de lo corpóreo, traspasó la espina dorsal y se proyectó por encima de la coronilla hasta el infinito. Aquella luminosidad lo llenó todo; la habitación, sus cuerpos, sus células, todo. Era una energía tan limpia y tan diáfana que ellos se quedaron congelados en aquella posición, compenetrados de cuerpo y alma.

Era la luz de la Creación. Era la imposible realización de toda la existencia, de los mares, las montañas, los cielos, las estrellas, los confines del firmamento. Era el nacimiento de la vida, de las plantas, de los nevados, de las rocas vivas, de las aves migratorias, de la humanidad entera. Era la comunión perfecta de la carne que busca su carne; de las almas que nacieron juntas y volvieron a encontrarse.

EDICIÓN EBOOK

Arte de la portada:
ManuPax Editores

editores.manupax.com

Título: Rostros y rastros
Autor: Manuel Páucar González
ISBN: 9781657157200
Copyright © 2020 Manuel Páucar González

Todos los derechos quedan reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio electrónico, mecánico, fotostático, o similar sin el permiso escrito del autor.

Impreso mediante Kindle Direct Publishing en 2020.

A la memoria de Campbell Black

Hemos recorrido el universo durante miles de años, algunas veces juntos y otras por separado. Hemos llorado la ausencia pasajera del otro, ocultos tras el sol de alguna lejana galaxia. Hemos reído juntos colgados de la cola de algún cometa y nos hemos amado ocultos tras alguna nebulosa. Mil veces nos despedimos y otras mil nos reencontramos y tantas veces pasamos el uno junto al otro sin reconocernos. Quizás éste sea nuestro último viaje, estoy aquí parado en éste pequeño planeta esperando que el universo disponga. Te reconoceré, recuerdo aún tu luz, tu fragancia recuerdo tu esencia que también es la mía. Tal vez nos reencontremos en este plano ó tal vez sea en el viaje de regreso a nuestro hogar. Te reconoceré en sincronicidad de nuestras almas soy preparándome para ti en este eterno presente, sin tiempo ni espacio, Om Rá Anhk Rá.

-Shankar Nehru Sethi

ROSTROS Y RASTROS

Te lo dije alguna vez: "déjame la torre bermeja a mí, y tú te quedarás con el rasgueo sencillo en la guitarra." Pero tú sólo querías acariciar la curvatura de la madera como si se tratase de un cuerpo ligero y etéreo. Así nunca lograríamos sacar cantos a la noche; así nunca saldríamos de nuestra prisión roja.

Bienvenido sea el silencio del beso; aquél que se nutre del sabor intenso a los duraznos de tu primavera; aquél que se me antoja descubrir a tientas; aquél del que (d)escribo en tu mutismo de estatua, cómplice enrejada de lirios sonrientes.

Les diré —entonces-, que a través del vidrio conté una a una las gotas sin lluvia del amanecer. Era lunes, recuerdo; porque el tedio del domingo lo sentía aún sobre los hombros, suspirándome en la nuca los rezagos del insomnio.

Cualesquiera que hayan sido mis motivos de levantarme temprano, los fui deshojando de a pocos mientras masticaba el pan de mi desempleo; construyéndome un día como cualquier otro, en que empuñar el teclado es una excusa válida para ganarse un sueldo y pagarse una renta amortizada en whiskies y premura.

Es cierto que viví ebrio por temporadas que yo mismo bautizaba de vacaciones. Y esas ebriedades fueron cambiando de origen, mientras las iba rebautizando con nombres tan insólitos como Amor, Cansancio, Terquedad, Dom Perignon, o Skunk.

Era lunes de una semana sin fechas, como diría una canción de Arjona. A través del vidrio conté las gotas sin lluvia que me trajo el amanecer; y ahí me di cuenta que llevo muchas páginas sin café, y muchas veredas sin tinta.

Olvidar —entonces-, era más difícil que hacer gárgaras con miel, pero de ahí me volví a dormir, y desperté pasado el mediodía, justo antes de la hora del almuerzo.

Como todos los días desde que quedó ciega, ella abrió las cortinas de la habitación buscando el resplandor de la mañana. Sabía que era de día porque los ruidos de la ciudad más allá de la ventana vaticinaban el comienzo de las ocupaciones diarias; de los obreros yendo a su jornal, los estudiantes, las amas de casa. Luego de unas horas más, volvía el silencio aparente.

Podía pasarse largos ratos frente al vidrio opaco de su tercer piso, adivinando sin ver; viendo todo tan de memoria, memorizándose los sonidos para argumentar los eventos del día.

Ésa es la nueva aspiradora que se compró la señora Virtudes, del 402, por ejemplo.

Ahí está la cuadrilla de obreros de la Municipalidad, se diría a sí misma, recordando que ayer hubo un accidente de tránsito en esa misma esquina, y pudo contar los heridos asomándose a escuchar los resoplidos de los paramédicos, ambulancias y periodistas. Entonces, luego de desayunar eventos del exterior a través de su ceguera, dio la media vuelta y deslizó sus pantuflas por sobre el piso encerado de mármol falso hasta llegar frente al espejo.

Hoy estás muy bonita.

Ahí decidió que era momento de abrir los ojos, que ya era suficiente por hoy el practicar ese tedioso ejercicio de identificarse con una estatua.

Si me dijeron que era tan ciega como una estatua, entonces así lo seré.

Y sonrió frente al espejo aquella belleza tan cruel y tan suya.

Al otro lado de la ciudad, él subió al autobús. Sostenía en su mano un cartapacio lleno de hojas, como si fuese un oficinista. Vestía un traje demasiado viejo, demasiado sucio; como si lo hubiese estado usando toda su vida, desgastándolo día a día en un ir y venir de la oficina al barrio.

Parecía un oficinista, pero en realidad era un poeta. Le gustaba disfrazarse de trabajador para que lo dejen en paz. Pero, su desaliño, el andar constantemente distraído y absorto lo delataba. En su cartapacio llevaba poemas, garabateados en líneas y trazos apasionados.

Yo estuve antes acá. Lo sé.

Él volteaba el rostro entre las calles de la media tarde, a través de las ventanas que se repetían. Fantaseaba como si viajara en un mundo paralelo, en otro país, en otro continente. Pero no, él lo que buscaba en realidad era el rostro esquivo de una belleza que se le antojó fuera un espejismo.

Pero no lo fue. No era un espejismo. Era real. Ella era real, y alguna vez me dijo que vive por acá. Aunque, no sé de qué hablar si me la encuentro. ¿Qué podría decir?

Nadie conocía exactamente dónde era que él vivía. Sólo se sabía que en las tardes él se aparecía por las calles de un barrio antiguo de la ciudad a sentarse en un café y escribir poemas que llenaba en su cartapacios de oficinista.

En este momento, sin embargo, dejó su rutina para buscarla a ella. Ella, quien le lanzó un trago en la cara semanas atrás. Ella, la mujer virtual de quien se enamoró a través de poemas y mensajes de chat.

Y ahora vivo obsesionado con ella.

Bajó del autobús y se adentró más allá de la avenida principal, aún doliéndose de no encontrar a su quimera; aún resoplando los sueños muertos de las calles oscuras.

Una a una fueron apagándose las luces del restaurante. Sólo quedaba un cliente aún, sentado en la barra, ajeno al ajeteo de meseros listos para irse. Era el poeta, quien pidió que le dieran media hora más, mientras los empleados iban limpiando, recogiendo, ordenando el local ya casi llegando a medianoche.

Tenía el cartapacios abierto encima del mostrador, donde repasaba poemas que había escrito horas antes. No era la primera vez que se quedaba sentado hasta pasadas la hora del cierre de ese restaurante. Los meseros lo conocían como un cliente asiduo que solía llegar para beberse unas copas de ron con hielo, y dedicarse a escribir.

Nunca nadie le vio hablar con otra persona, excepto con *ella*.

Ella es tan fría como una estatua, demonios. Pero, ¡qué bella es!

Él escribió acerca de esa belleza tan cruel en sus poemas. Los mozos del reataurante la habían visto unas cuantas veces antes. También estuvieron tácitamente de acuerdo de que era hermosa, una aparición de otro mundo; y como tal, también era inalcanzable. No se podían explicar cómo era que una mujer así pudiera alternar con un tipo como él, desaliñado, alcohólico y a todas vistas, perdedor.

Hasta ahora no me lo explico.

Esa noche, sin embargo, levantó la mirada de su último poema, y decidió que ya era suficiente por hoy. Pagó sin ver, y salió a la calle de oscuridad veraniega.

No la he podido hallar otra vez. ¿Será un espejismo? ¿Me la habré imaginado?

Hoy supe que eras de vidrio; y te llené de vino para irlo escanciando poco a poco en mi cena solitaria. Una vez haya terminado de beber, introduciré una nota empoemada dentro de ti, y te haré zarpar para que navegues a la deriva, hacia otros mares donde mi poesía pueda llegarle al mundo. Mientras tanto de mi cena solitaria, te converso dulcemente; acá bebo la suavidad del vino que tan generosamente me brindas.

Habían pasado incontables días desde que ella decidió quedarse ciega. También decidió no salir más de su departamento del tercer piso de la calle Calatrava. Con la ventaja del delivery, nunca más iría a necesitar salir. Nunca más. Recibiría, recibiría y recibiría. Mientras tanto, ejercitaba una cequera que ella misma aceptó.

Nunca nadie me dijo ciega. Nunca nadie me dijo algo semejante. Fría, sí.

Cruel, sí. Mala, sí. ¿Ciega? No, jamás.

Por algún tipo de orgullo que ni ella misma entendió, decidió entender lo que era vivir sin la vista. Al momento de levantarse, se esforzó los primeros días por mantener los ojos cerrados, hasta que se acostumbró a despertar en la oscuridad. De ahí, poco a poco fue ejercitando su memoria espacial, acostumbrándose a adivinar las formas antes de llegar a ellas para así ver sin ver, sentir antes de tocar.

Ejercitaba todos los días por una o dos horas. Luego, cuando quedaba satisfecha del progreso del día, abría los ojos al mundo, casi siempre frente al espejo, para así ser ella misma lo primero que vería en el mundo.

Era muy bella. Ella misma lo supo siempre. Al principio, esa belleza le era un estorbo. No importaba que fuera lo que pidiera, siempre le daban algo más, algo distinto, más grande, más lujoso, pero nunca lo que ella pidiera. Si quería un sandwich, le traían un plato de filet mignon. Si quería una chaqueta, le traían un abrigo de Chateau Yves.

Pero, un día optó en que usaría su físico a su favor. Lo decidió con esa naturalidad férrea con la que busco la ceguera.

Aprendió a sentir satisfacción en agredir a otros con su hermosura. Nunca le interesó obtener cosas, regalos, comidas gratis, o asientos en el teatro. Su goce radicaba en ver el desconcierto en el rostro de sus pretendientes.

Se sentía reivindicada en su orgullo de hembra inalcanzable.

Hasta que me dijeron que estoy ciega. No entiendo.

Y puso Intimate Strangers de The Rippingtons en su reproductor de mp3, mientras se echaba sobre el sofá para mirar el techo, como todos los días.

Horas más tarde, ella despertaría de su breve siesta, se conectaría a la Internet. Su rutina la continuaba viendo los discos pirateados en mp3 que se bajaba para alimentar su memoria auditiva de tiempos en que no fue tan bella, y podía dedicarse a soñar, sencillamente.

Podría tan sólo vivir de la música. Aunque ella nunca aprendió a tocar ningún instrumento musical. No hace falta. Igual, siempre habrá alguien quien toque música para mí.

Una vez más fue revisando y descartando mensajes de correo electrónico, propagandas para bajar de peso, cadenas con adjuntos cursis y repetidamente empalagosos.

No sé para qué la gente gasta su tiempo en estas cosas. Como si realmente valieran la pena...

De ahí, entró al website de RapiChef Delivery, y decidió que esta vez pediría una ensalada Caesar con pechuga de pollo a la plancha. También agregó una botella de agua, y pagó con su Visa de siempre.

Mientras llega la comida, me dedicaré a ver amigos en Facebook.

Pero, no eran necesariamente amigos. Eran más que nada (des)conocidos quienes la agregaban todos los días por montones y que ella aceptaba y aceptaba por sólo el gusto de saber que tenía una despensa llena de hombres con quienes jugar.

Le gustaba pasarse la tarde en flirteos y promesas, para luego citar a esos pretendientes en algún lugar neutro donde ella se reiría de ellos interiormente, sonriendo cuando adivinaba el desconcierto de rostros ilusos y rastros de espejismos.

Hasta que me dijeron ciega. Ahora ya no es lo mismo.

Sintió frío. Cojió la pashmina que reposaba en el sillón de cuero, y se abrigó como si estuviera frente a un fuego lleno de fotografías en pixels.

Casi en el umbral de la madrugada, cuando ya había terminado de dar sus tres vueltas al parque Roncesvalles, él abrió la puerta de su apartamento. Era pequeñamente mediano, como él bromeara para sí mismo. *Lo suficiente para no perderse de borracho, y al mismo tiempo aguantar mi colección de libros.*

Lo primero que hizo, como siempre, fue encender las lámparas, lanzar su abrigo sobre el sillón, encender la música en el disco del día. Mientras iba sonando *For the love of you*, de los Isley Brothers, fue a echarse al sofá y abrir su laptop. Cerró los ojos un instante.

Vaya. Será ella tan sólo un espejismo... ¿cómo me lo he inventado? Tan loco no estoy...

Ingresó a su perfil de Facebook para ver quién le habría escrito. Recibió las mismas invitaciones a crecer una granja y a jugar a ser vampiros. También recibió un saludos y recordatorios de que él podía siempre volver a trabajar en la sala de redacciones del diario Vertical cuando quisiese, que era bienvenido por la puerta ancha. *Eso quiere decir que en realidad están con el agua hasta el cuello de trabajo y me necesitan como mal menor. Y yo aún no quiero. Me sienta bien mi desempleo.*

Entonces, entró al perfil de ella.

Hacía tiempo que se habían conocido por medio del intermediario de un intermediario. Empezaron un flirteo de extranjeros en su misma tierra, sustituyendo intenciones con palabras, y palabras en intencionalidades prometidas.

De ahí, ella misma quiso que nos conociéramos.

Visitó el perfil de su gran amigo Berto, quien enviaba fotos diariamente desde su periplo sin rumbo por el mundo. Berto decidió que un día todo lo llegó al cotrabuco, tomó sus ahorros, y se pintó pa'l carajo, como mencionó en su estado de Facebook.

No obstante, le llamó la atención de una fotografía en particular, con esta leyenda: Juanpa, Ramón, Berto y Sonia en La Cazuela. En efecto, eran los cuatro sentados ante una mesa, en un restaurante céntrico.

Yo estaba usando el mismo abrigo que arruiné el día que la conocí a ella.

Y fue que ahí volvió a recordar tan voluntariamente suicida, como contra su voluntad, las circunstancias milimétricas de ese encuentro en el restaurante, hace ya varias semanas atrás.

—Así que eres tú. No me lo pudiera haber imaginado. Sólo tienes una foto en tu Facebook, vaya.

—Sí, soy yo. En cambio, tú sí que eres reconocible hasta para un ciego. Eres mucho más bella en fotos, debo admitir; si me lo permites. ¿Bebes algo?

—Sí, bebo, pero algo mucho más caro de lo que tú tomas, querido. Es mejor que ésta la pague yo primero-, y se pidió un licor cuyo nombre él jamás supo pronunciar bien.

Pasaron unos minutos alargados y de pasos pesados, en los que ella mantuvo ese rictus cruel de sonrisa triunfante. Era un gesto de superioridad sobre él; de un profundo desprecio; casi de asco.

—Eres tan ciega como una estatua-, le dijo él con el fuego de sorpresa y rabia contenidas en los ojos.

Fue en ese instante que se repelieron mutuamente. Toda la anticipación se les fue en ese intercambio de miradas y palabras.

Ella le tiró el trago encima, más como un reflejo que como una acción deliberada.

Pagué sin ver, y me fui. Pero, ¡qué bonita era!

—No pasa nada, mujer. No sucede nada.

—Pero, no te la puedes pasar todo el tiempo encerrada en tu apartamento. No es sano.

—No, no lo es. Tampoco lo es quedarse pegada en la maldita computadora todo el tiempo, ¿verdad?

—Yo trabajo en esto. Es muy distinto, flaca.

—A mí no me han llegado contratos aún, y además, vivo bien. No me hace falta ver gente. Quiero irme de viaje, Wanda. Quiero desaparecerme de la ciudad. Hay algo que me hastía.

—Si no te conociera bien, diría que eres una engreída. Pero, hay algo que te está afectando, nena. ¿Es un hombre?

La modelo quedó callada unos instantes.... *Claro que es un hombre. Pero, al mismo tiempo no lo es. Soy yo.*

—No me hagas caso. Quiero ver ofertas en Travelocity. Te aviso, para ver si quieres acompañarme.

Ella volvió a su buzón de email, y ahí estaban las mismas cartas de siempre; mensajes de admiradores que querían verle más fotos, decirle guapa, enmascarar lascivas e ilusas esperanzas de poderse la llevar a la cama.

Ya casi me sé todos los cuentos. Los hombres pueden ser tan predecibles...

Borró todos los mensajes de un sólo zarpazo, y cambió de ventana para ver destinos y precios. Se le antojó irse de nuevo a Playa Orugas, en Saint-Etienne. Buscó las tarifas, y vio que el destino no estaba en temporada.

¿Adónde me voy?

Y siguió buscando geografías remotas adónde evadirse de sí misma, como quien abre el mundo para conquistarlos nuevamente.

Tengo ganas de llenarme la boca de ella esta noche. Decir tantas cosas, fluir tantos mares, remontarme en viajes sin sentido ya, para los valles plateados de la luna. Aullaré lo que queda de la noche pensando en ella; con las ganas intactas desde siempre...

¡Qué gusto de cagarle las vacaciones a cualquiera!

Justo en ese momento, recibió un mensaje de Juan Agüero, su representante.

Bien flaca, tienes un pequeño contrato de Grenouille Fragrances para unas sombras. ¿Te apuntas? ¿Te apunto?

Sí. ¿Por qué no habría de hacerlo? Ya estaba cansada de no hacer nada, además. Pensó que lo mejor era eso: cumplir ese trabajito por unos días, y de ahí decidiría adónde irse.

Al menos algo tendría para hacer, mientras tanto.

Decidió que ya era suficiente trabajo. Dejó la laptop y se puso los audífonos mientras se arrellanaba en el sillón con una manta. Sus dedos hicieron automáticamente cinco pulsaciones a los botones, llegando a su elección de la noche: Demerol. Cerró los ojos, y empezó su sesión nocturna de i-dosing.

El Demerol es un sedante sintético derivado de los opiáceos, según la descripción en el menú del programa i-Doser. La función era muy sencilla. Eran grabaciones de sonidos binaurales en mp3, que causaban que el cerebro creara sensaciones, sin necesidad de consumir ningún químico. Es así cómo existían grabaciones que provocan efectos de embriaguez (Alcohol), como el hecho de quitar un dolor de cabeza (Aspirin). Sólo se necesita tener unos audífonos, y escuchar la rola hasta que te dé el efecto.

Ella mantenía los ojos cerrados en una respiración lenta y rítmica, mientras consumía el efecto sedante que provoca extrañeza en el mundo por medio de sus audífonos de chupón.

Encendió un cigarrillo. *No sé para qué. No tengo ganas de fumar.*

Pero, aún así fumó. Mantuvo el cigarrillo encendido mientras se iba desvistiendo.

Esta noche probaremos algo distinto.

Él se echó sobre su cama, atrajo la laptop hacia su mesa de noche, conectó los audífonos. Sacó una pipa y la llenó de la marihuana que guardaba en un cilindro de anti-inflamatorios. Prendió la hierba, y dio sus tres aspiradas seguidas. *Un,... dos, tres... y aguanta el aire...*

De ahí, apagó lo que quedaba del cigarrillo, se estiró un largo rato, y cargó la opción de Astral en su i-Doser. Puso el fondo de pantallas animado de pecera en el monitor de la laptop, apoyó la cabeza sobre su almohada, y se dejó fluir por los pitidos y ruido blanco de la grabación en mp3.

Era la primera vez que se metía marihuana mientras se hacía un i-dosing. *Me gustan las drogas por separado. Siempre me ha ido mal cuando las combino.*

Respiró hondo, usando el diafragma, como vio hacer a un gurú de esos que aparecen en YouTube, y que tienen millones de seguidores y productos con su nombre. Permitted que su mente se fuera aclimatando a la ligereza feliz del cannabis. Cada vez que iba respirando, su cuerpo se hacía más y más pesado, hasta que la combinación con el mp3 de Astral fue dándole esa materialidad al cosmos que le permitiera salir de su cuerpo y adentrarse al misterio mismo del universo, proyectándose de una manera peligrosa y acelerada.

Todo es más rápido. Es difícil verlo todo. Él se mantuvo todo ese largo rato con los ojos cerrados, desnudo sobre su cama, respirando hondamente desde el diafragma, adentrado en su viaje a planos astrales.

No obstante, el trayecto no estaba mal. *Es como hacerlo sólo con el i-Doser, pero más movido, más inestable. Qué raro.*

Desde hacía cinco años que él practicaba desdoblarse casi todas las noches. Le tenía gusto a viajar en el tiempo y ver sus vidas pasadas como si fuesen una película. A veces se encontraba con otros seres de luz flotando por ahí, y se reconocía con viejos amigos, o refería personas a conocidos de conocidos. *Es genial porque ni hay distancias, tampoco hay tiempo, y todo lo ves como si fueras una esfera. Muy cool.*

También se podía citar con gente que viviera en otros países. *Pero el teléfono sigue siendo lo más romántico. E Internet. Internet está escribiendo un nuevo romanticísimo; un romanticísimo descreído. ¡Ja!*

Fue en uno de esos encuentros astrales en que él se encontró con ella. Supo quién era ella ni bien la vio. Ella también supo quién él representaba en su existencia.

—Esa luz violeta me gusta.

—Quiero pasear.

—Te acompaño.

—Mira ahora esa otra luz plateada; es el teatro Bergnisson en ZouTroppia, año 5391. Usan la niebla estancada de esta ciudad como si fuese una pantalla de cine. Todos salen de sus casas con máscaras de gas, pero casi ni se notan porque están hechas de un material muy transparente, casi invisible; una maravilla.

—Cuéntame más.

—Ahora te toca a ti contarme lo que quieras.

—Ven. Vayamos a ésta otra aparición. Es verano de 1821 y me casé muy joven. Mi esposa era una mujer encantadora. Crecimos juntos, yo siempre trabajando en el mismo lugar, y ella en la misma casa. Vivimos juntos hasta ser muy viejos, a través de revoluciones, guerras, inviernos, sequías, y más cambios. No fui ni triste ni feliz.

Ella, la modelo, no recordaba nada de lo que sucedió aquella noche. Tan sólo aspiró la dulce mano del Demerol por i-Doser. Se quedó dormida sobre el sillón, y despertó a eso de las tres de la madrugada. Guardó los audífonos, arrastró los pies por sobre el piso de mármol falso hacia la cocina para tomarse un sorbo de agua helada.

Mi madre me decía que si uno abría la nevera con el cuerpo caliente, que uno se quedaba paralizado. Por eso me da miedo a veces abrir la nevera de noche.

Arrastró sus pasos luego de haberse satisfecho, entró al baño y se sentó a orinar.

Mañana busco más destinos. Quiero destinos.

Se lavó la cara con un jabón de avena, y se secó la cara dándose rápidos golpecitos que parecían caricias. Entró a su habitación y buscó una camisola limpia. *Y nada más. Tengo que llamar a Lourdes para que lave toda esta ropa. ¿Me acordaré?*

Sacó su crema para dormir, y se la aplicó concienzudamente por toda la cara. Apagó las luces, y cerró la puerta del cuarto.

Al echarse sobre la cama, no pudo evitar llenarse de la calma de la noche en la ciudad tan sólo

interrumpida por los sonidos habituales de coches, voces de noctámbulos, o la ocasional ambulancia. Aquel ejercicio de practicar la ceguera había hecho que ella desarrollara sus demás sentidos de una manera que jamás hubiese creído posible.

Si te quedas quieta un buen rato, y cierras los ojos, el mundo se puede escuchar tan nítidamente, que sabes dónde están las cosas por tan sólo oírlas.

Ahí se dio cuenta que no podría conciliar el sueño muy rápido. Así que se puso a pensar. Pensó acerca del viaje que quiere hacer, y de ahí derivó a recordar que ella en sí quería escapar... *pero, ¿de qué? ¿de quién?* Y se preguntaba dándose vueltas en la cabeza, y se dio cuenta que era de él.

Yo te conocí tan bien. Yo te recuerdo. Pero, ¿por qué?

Luego esos pensamientos, la modelo no tardó en dormirse nuevamente. Es más, ni se dio cuenta de cuándo o como concilió el sueño. Tampoco se percató que estaba soñando cuando se vio vestida de cadete segundo, persiguiendo caracoles sobre la cubierta de un barco en un mar gris. Los caracoles eran endemoniadamente veloces, y ella estaba empeñada en hallar uno que tuviera un diamante en el cascarón.

Cuando al fin pudo ver un ápice del caracol endiamantado, alzo la vista y se ubicó — súbitamente-, en medio de los pasadizos de un museo de cera. Ella ahora era una estatua que estaba buscando su lugar de exhibición antes de que el vigilante la atajara; y ella desesperaba en encontrar su spot donde estaría inmóvil para los visitantes siendo la reina de Egipto.

Ella despertó con los ojos cerrados en el momento justo previo a ser pillada por el vigilante nocturno del museo de cera.

Otra vez, estoy en la oscuridad. Qué extraño sueño. Felizmente no me agarró el de Seguridad. Pero, ¿eran caracoles los de mi sueño? Brrr... detesto los caracoles...

Pudo reconocer qué hora era por los ruidos de la calle al otro lado de su ventana. *Son las ocho.* Lo sabía porque estaba en pleno auge el rugir de los motores pesados de los autobuses y demás tráfico oficinista y mañanero.

Se levantó de su cama, y avanzó resuelta hasta la ventana. En sí, ella ya no caminaba a tientas cuando cerraba los ojos. De algún modo, había logrado desarrollar una sensibilidad para detectar los objetos alrededor suyo por el mero hecho de sentir sus cualidades energéticas, o al menos, eso le explicó un website que le recomendó su amiga Wanda.

Wanda siempre quiso considerarse mi mejor amiga, pero yo no creo en las amistades. ¿En qué podría yo creer realmente? ¿Existe algo en qué creer?

Wanda tenía un ojo para entender las necesidades ajenas, y vio justamente que la modelo necesitaba urgentemente de alguien quien velara por ella; aunque no quisiera admitirlo. *Wanda, siempre Wanda. Quieres cuidarme como si fuera una niña. ¿No te das cuenta de que vivo mucho mejor ahora que no estoy con mis papás? Hace casi diez años, para ser exactos...*

Él tampoco se acordaba de ella cuando despertaba. El poeta la reconocía cada vez que ascendía al plano astral, pero después la olvidaba al volver al mundo real. *Han pasado incontables siglos.* Cuando se le apareció su foto en Facebook, él la agregó de un impulso que no supo entender muy bien. Aún así, durante varios meses ella y él se escribieron casi a diario. Hubo ocasiones en que se chatearon como si fuesen viejos amigos.

Ella no lo recordaba a él al despertar. Para ella, él tan sólo era un contacto más en Facebook.

Nada más. Aunque, es cierto que a ella le parecía extraño el hecho de haberse sentido tan familiar y tan cercana con su presencia virtual.

Es como si lo conociera de toda la vida.

Ninguno de los dos supo a ciencia cierta cuándo fue que empezaron a hablar de amor. Aún así, pasada ya una semana de haberse agregado mutuamente, sus misivas electrónicas empezaron a llenarse de caricias, de besos, de promesas, de poemas, de fotografías robadas de Google donde aparecían las imágenes más cursis de gatitos y corazones, perritos edulcorados, y demás fauna del reino del enamoramiento más adolescente; aún cuando ambos estaban casi bordeando los treinta años.

Ella gozaba con jugar de atrapar a él en sus propias redes de engaños, promesas vacías y coquetería; donde ella era quien reinaba en ese género epistolar amoroso que él tanto le dedicara día tras día.

Éste es un juego muy interesante. Él se piensa que me está atrapando, cuando el atrapado es él. Sin embargo, ella no daba su brazo a torcer cuando se quedaba viendo la única foto que existía de él en Internet. No es muy guapo, pero hay algo de él que me parece tan conocido... y no, no me gusta... no me gusta.

Pero, le gustaba.

Cuando ella le dijo para verse, él no dudó en citarla en el restaurante donde él siempre iba a escribir por las noches. Quiso mostrarle el hábitat desde donde invocaba su inspiración para componerle poemas novedosos, frescos como exhalaciones matutinas, cálidos como aquel abrazo que tanto ella y él prometieron darse.

Ella y él solían reencontrarse en el plano astral. Ellos conocían sus vidas pasadas, compartían voces como caricias, pero no se recordaban al despertar. Esos mensajes que se habían estado enviando por Internet constituían un bellissimo aprendizaje en el que se estaban preparando antes de conocerse en persona; sin saber que se irían a repeler en ese primer encuentro.

Una vez hicieron el amor en astral. Para ella, ese evento tan sólo fue un sueño erótico que la hizo despertarse húmeda y humeante de placer. Para él fue una experiencia onírica muy real, muy mística; algo que jamás pensó fuera posible.

Ella no fue mujer, ni él fue hombre. Ambos fueron energía, cuerpos etéreos interdimensionales que se atrajeron, se juntaron, se amaron. Cuando estaban en el plano astral, ambos se reconocían como esferas; no tenían cuerpo humano, pero al mismo tiempo podían adoptarlo si así lo hubiesen deseado. Como seres esféricos que eran, no tenían ojos, pero eran capaces de ver en todas direcciones al mismo tiempo; era una vista periférica total del mundo.

Cuando hicieron el amor, se superpusieron ambos, uno dentro del otro, hasta crear un núcleo feroz de energía. Ni el tiempo ni la distancia fueron relevantes, entonces. Se compenetraron mutuamente en un círculo luminoso que cambiaba de colores de acuerdo a la intensidad de su deseo de amarse.

Ella se revolvía en la cama, dormida, extasiada en colores púrpuras, violetas y amarillos que la recorrían como un orgasmo largo y prolongado; uno que la hizo humedecerse sin explicación. Él extrajo un placer tan incontenible, que eyaculó dos veces sobre sí mismo, mientras agonizaba lleno de violetas y azules intensos.

En ese entonces ellos no se habían conocido aún en persona. Tan sólo eran presencias etéreas que se juntaron al desdoblarse; tan sólo fueron figuras hechas de pixels en perfiles de Facebook. Nada más.

Aquel acto tan lleno de luz, tan vacío de tiempo y de espacio pudo haber durado una o dos eternidades. No obstante, la intensidad de su coito astral tuvo la duración que el tiempo jamás abarcaría.

Tan sólo fue el consolidarse de dos almas que se buscaron durante siglos, y que se hallaron tan fortuitamente. A partir de entonces, los días terrenales del se volvieron dolorosos porque de algún modo él intuía una presencia que le estaba evadiendo.

¿Cómo hablar de tiempo cuando enjugamos nuestros cuerpos en ritos eternos? ¿Desde cuándo te he empezado a sentir? Lo único que sé —mujer de porcelana inmaterial-, es que amar tus confines será siempre el umbral al embeleso más primario y terrenal.

La modelo dejó su mente en blanco y tan sólo siguió las órdenes del fotógrafo. En esos instantes, ella tan sólo era un maniquí. Sus párpados, las pestañas, los bordes de los ojos, su piel lucían un maquillaje de proporciones exageradas que las luces y los efectos mostrarían de tonos naturales en los anuncios publicitarios.

Ella se sentía fría, hecha de arcilla. Ultimadamente, su cuerpo era su herramienta de trabajo. Aunque ya no era tan joven, mantenía una profesión dedicada a contratos que la dejaban vivir cómodamente.

Ya no es como antes, pero no me quejo. Tengo más tiempo libre.

Sabía muy bien cómo mantener esa frialdad sin emociones ante las cámaras, casi igual como cuando hacía el amor. *Estoy harta del sexo*, se diría a menudo. Nunca se encontró a gusto en ese tema, salvo muy contadas veces en que decidió emparejarse. Cada vez que mantenía una relación sexual, ponía su mente en blanco y dejaba que los eventos transcurrieran su curso. Luego, descartaría ese encuentro como cualquier otro.

Y me aburro como una ostra, y de vuelta a buscar hombre.

Cuando terminó la sesión fotográfica ya era tarde de noche. Había cambiado varios tonos de sombras en su rostro. Sentía la piel tirante y cristalizada, pero sabía muy bien que con un régimen de cremas antes de dormir despertaría como nueva. Fue la primera vez que salió de su apartamento de la calle Calatrava en muchas semanas. Notó los espacios exteriores más grandes, las paredes más duras, los colores de la gente más vivos.

Cuando salió del estudio fotográfico, sintió que la noche la absorbía en su oscuridad cálida de un verano que se resiste a irse.

—¿Te llamamos un taxi?

—No, Juan. Déjalo. Quiero caminar un poco.

Ajustó su bolso de Geneviève d'Arlette a su cuerpo, y caminó las ocho cuadras de distancia que le tomó llegar al Midnight Express; una cafetería abierta 24 horas, tal como anunciara el letrero luminoso.

Destinos, quiero destinos. ¿Adónde quiero viajar?

Se sentó a una mesa y abrió el menú para ver qué pudiera cenar en esa noche inapetente.

Cuando al fin llegó a su apartamento de la calle Calatrava, sintió que realmente vivía hastiada

de esa ciudad. A esas horas de la noche, los negocios pequeños de la calle habían cerrado. Aún así, se dio el tiempo de ir al cajero automático y sacar quinientos dólares para sus gastos.

No tengo ganas de entrar a Internet ahora. Creo que tan sólo me dosificaré por esta noche.

Dejó el bolso en su habitación, tomó el reproductor de mp3 con los audífonos, y se fue directamente al sofá. Sintió frío y se arropó con la pashmina de siempre.

Esta vez probaré Astral nuevamente. Tengo ganas de viajar un poco, a ver si se me aclara el destino hacia dónde quiero ir.

Entonces, acomodó los cojines, se acomodó ella, y empezó su respiración lenta y pausada, justo como le enseñara Thalía, la instructora de yoga mitad hippie y mitad trendy, en un dojo de moda hacía ya varios años.

Era hermosa y tan flexible. Si alguna vez hubiese querido enamorarme de una mujer, habría sido de ella.

Aún se mantenían en contacto a través del Facebook. Thalía conservaba una imagen de mujer treintañera, a pesar de que era muy probable de estuviera acercándose a los cincuentipico. *No importa. Sigue siendo ferozmente atractiva. Me gusta.*

Mientras respiraba, fue presionando los botones hasta hallar los pitidos binaurales del i-Doser Astral.

Con el pasar de los minutos bien respirados y alargados, su cuerpo fue haciéndose cada vez más pesado. Así fue como ella entró al umbral de un bosque tupido, donde se internaría en un viaje astral hacia territorios que a ella se le antojaban como sueños altamente sicodélicos.

Es mucho mejor que meterse LSD. Es más barato, y no te caga el cerebro.

En esa ocasión, su viaje lo hizo a manera de catálogo de imágenes. Ajustó la mirada desdoblada en un punto fijo, y dejó que los paisajes y territorios se le presentaran a ella como si fuesen diapositivas. Vio playas extensas donde empezaba el trópico. Vio montañas flanqueando una pradera intensamente verde. Vio caballos salvajes en una sabana dorada. Vio lagos congelados y cristalinos.

Entonces, ella lo vio. Él estaba sentado sobre una roca en medio del claro de un bosque. Se acercó como siempre, como una mariposa en vuelo fugaz a posarse en la primavera floreada.

Ambos sonrieron al verse juntos nuevamente.

—Sabía que volverías.

—Pero, aún así, no sé por qué no puedo recordarte cuando me despierto.

—Sí me recuerdas; sólo tienes que resolver algo en ti, nena. Tú debes explorarlo.

—Cuando estoy despierta, siento ganas de viajar, de irme.

—Sí, lo sé. A mí me sucede lo mismo. Pero, en esta vida en particular, he decidido vivir para mí, como un ermitaño.

—Yo no puedo mantener una relación con nadie.

—Y yo no sé por qué me he quedado fijado en ti. En el mundo real te me has convertido en una especie de obsesión. Esto no me pasaba en otras vidas. Estoy arrastrándote en mi mente sin saber quién eres. Sólo que ahora estás acá, y en este plano me siento paz.

—Pero no podemos quedarnos acá.

—No, no podemos.

—Quiero poderme acordar de ti.

—Yo también lo deseo. Lo harás. Lo haremos. Pero ahora debes seguir volando, nena. Sé feliz, tal y como soy. Disfrutemos de nuestro plano terrenal. ¿Quién sabe nos volvamos a encontrar?

—Los seres humanos somos tan extraños. Lo queremos todo, y mientras más tenemos, menos felices somos.

—Perseguimos cosas que son ilusorias.

—Sólo esto es lo que vale la pena, niño. Es lo único que existe. Ésta soy yo, y éste eres tú.

—Te toca ahora seguir buscando un destino...

—¿Cómo lo sabes?

—Estamos más conectados de lo que crees. Aún no te has desdoblado completamente. Anda, viaja, busca, indaga; date cuenta de lo iluso que es escaparse. Acá te espero, siempre.

—¿Tú no tienes más búsquedas? ¿Qué es lo que buscas tú?

—En otros tiempos fui fusilado. Traicioné a mucha gente. Ahora ya no busco nada. Sólo espero; sólo me toca esperar.

—Suenan egoísta.

—Suenan triste también.

Ambos sonrieron. Ella elevó su vuelo nuevamente, surcando el cielo púrpura hasta desaparecer, o al menos, eso quiso creer él. En ese plano astral, no había lugar para tiempo ni espacio; todo estaba ahí, en ese preciso momento. La conversación que tuvo con ella pudo muy bien haber durado uno o dos segundos.

Él despertó entonces.

Se frotó los párpados con la yema de sus pulgares, y miró el techo. Se sonrió pensando en la modelo.

Era aún de madrugada. Miró a través de la oscuridad, buscando adivinar —como siempre-, las formas que se desdibujaban con el juego de luces y sombras proyectadas desde la calle. *Esto me pasa por tener los horarios de sueño trastocados. Ahora no podré dormir hasta quién sabe cuándo. Carajo.*

El poeta se enderezó y se acomodó sobre la cama. Encendió la lámpara y la laptop. Mientras el sistema operativo iba haciendo su rutina de cargado y encendido, tomó a ciegas uno de los libros que tenía sobre la mesa de noche. Era un compendio de artículos de un autor de moda, cuyos libros él había leído y releído con esa pasión que sólo conocen los bibliófilos adictos a las relecturas.

Ojeó una crónica que hablaba sobre cómo cocinar un cebiche de salmón estando en el exilio. *Nunca me canso de leerlo.*

Una vez terminó de saborear su lectura, atrajo su laptop y la colocó encima de sus piernas desnudas. Abrió el navegador de Internet, y de frente entró al Facebook. Lo primero que vio fueron los anuncios con fotos de su amigo Berto en Jakarta: Berto comiendo, Berto junto a una calle atestada de motocicletas, Berto comprando café, Berto en la posta de pasaportes. Luego, vio una invitación para la presentación del libro *Horas de Capistrano*, de un tal Garth Lomar.

Iba a seguir matando el tiempo, cuando un reflejo suyo lo hizo pasar inmediatamente al perfil de ella. *No ha cambiado de foto, y su estado sigue siendo el mismo. Qué hermosa que es. Me gustaría escribirle algo ahora... no, no me atrevo.*

Decidió que lo mejor era darse un baño. Aprovechó que estaba desnudo y se fue directamente a la ducha, donde se enjabonó vigorosamente mientras consideraba que hoy no iba a ser necesario afeitarse; que no iría a ver a nadie importante, salvo irse cuando se haga de noche al restaurante de siempre a escribir poemas que guardaría en su cartapacios.

Salió y se secó. Caminó hacia la sala, encendió el equipo de sonido, y puso su CD de Rimsky-

Korsakov en el tercer movimiento de la *Scheherazade*, aquella melodía que tanto le encantaba, especialmente sabiendo que pronto iría a amanecer. Llevó una silla hacia la ventana, y se acodó sobre el marco de aluminio mientras la música iba aclarando el día de a pocos; donde la ciudad empezaba su lento desvanecerse de día laboral.

Podría escribir un poema ahora... pero sólo tengo ganas de pensar en ella...ella...

Anclaste la luz del fragor de la noche en mi pecho, como quien aspira a no embarcarse más entre sueños y fugacidades. Cuando vuelve la luna, llenas las mareas de tu perfume, y en un aleteo apenas perceptible echo las amarras de mi poesía para naufragar de ti. Una y otra vez; una y otra vez.

Bien, creo que esto no es saludable ni para mí, ni para nadie. Levantó la mirada de la ventana, y volteó a ver su apartamento. Ya había amanecido sobre la ciudad varias horas atrás. La luz del día de verano reveló la suciedad en la que él vivía. *Tampoco he limpiado nada. No, no es saludable. Tengo que hacer algo, y urgente.*

Fue nuevamente al baño, se miró al espejo y se afeitó. Luego, buscó un pantalón y una camisa limpios. Se los puso y se echó un poco de la colonia Polo que le quedaba de un dudoso regalo de cumpleaños hecho por una amiga.

Buscó las llaves del apartamento, su billetera, y salió. *Comeré fuera. No tengo ganas de cocinar.*

Mientras bajaba las escaleras, recordó que tenía que comprar más café y más huevos. También tenía que comprar más pan, quizá un poco de jamón, quizá unos vegetales. Ya se daría tiempo de pensar acerca de aquello después de hacer lo que tenía en mente: ir de nuevo a la redacción del diario Vertical para hablar con Henry Cohn, el dueño.

Es mejor que nada. Quizá así me mantenga ocupado y no tenga que estar dando vueltas por la ciudad dándome pena a mí mismo.

Aunque él sabía muy bien lo que iría a suceder: trabajaría con los chicos del diario por algunos meses. Luego él se hartaría de ellos, o ellos de él, y un día como cualquiera ya no aparecería por ahí, y se quedaría otros meses más sin hacer nada.

Es un círculo donde yo soy el vicioso. Pero me quieren y yo aún los estimo muchísimo. Es genial que me permitan hacer estas estupideces, más que nada porque nadie aguanta ese ritmo de trabajo por mucho tiempo, ni siquiera el bueno de Cohn, que hasta ahora no entiendo cómo no llevó el diario a la quiebra por tan desordenado que es...

A veces él bromeaba acerca de lo parecidos que eran Henry Cohn con Robert Cohn, el personaje judío de *The Sun Also Rises*, de Hemingway. *La única diferencia es que tú si continuaste la publicación de tu periódico, y él se fue con su amante y dejó la revista a la buena de dios. Todo un personaje, eres, Cohn.*

Él caminó los pocos pasos que llevaban a la calle Mendieta y tomó un taxi.

—Lléveme al cinco de la avenida Andalucía.

Mientras el taxista se internó en el tráfico de media mañana, él se fijó en que el verano le hacía bien.

¡Bah! Unos meses en Vertical me harán bien para olvidarme de esa quimera. Es lo mejor.

Ella entró a su perfil de Facebook y de un golpe rechazó todas las peticiones de amistad que le llegaron de puros extraños. *Esta vez no tengo ganas.* Visitó el perfil de su amiga Wanda, y escribió en su muro: me voy de viaje, te llamo cuando regrese.

Miró las nuevas fotos publicadas por un tal Ramón. *Como de costumbre; son sólo paisajes viejos de Europa. Ya he visitado todos esos lugares. Me los sé de memoria. Qué aburrido es ser turista y encontrarse con más turistas.*

Sin pensarlo mucho, cerró su laptop de un golpe. Tomó su iPhone y marcó un número en speed dial.

—Hola... ¿Lourdes? ¿Cómo estás? Mira, me voy de viaje esta noche, y quiero que vengas para hacerle una limpieza rápida al apartamento... sí... abre con tu llave, y le dejas saber al portero... sí... y no te olvides de botar lo que esté malogrado de la nevera... gracias... ahí te traigo algo cuando regrese... besito...

Pensó en llamar a Juan Agüero, pero se dijo que era mejor hacerse la diva y no avisarle a nadie más. Al final, es mejor ser inubicable por unos días.

Sacó su maleta color violeta, y echó varias cosas sin ton ni son: unos jeans, unas blusas, ropa interior, un vestido, un bikini, bronceador, y un nécessaire de tela con sus cosméticos más básicos.

La última llamada que hizo fue al servicio de taxi que le llevaría de su apartamento de la calle Calatrava al aeropuerto. Luego de que le informaran que el taxi llegaría en veinte minutos, apagó su iPhone y lo guardó en un cajón de la sala. *No quiero estar disponible para nadie.*

Cerró las cortinas del amplio ventanal, y se puso unas zapatillas de lona para acompañar su vestuario inocuo: un pantalón capri, una blusa azul celeste amarrada a la cintura, y el cabello en una cola.

Aún no sé adónde iré, pero me imagino que camino al aeropuerto se me ocurrirá algo.

Se acordó de tomar su pasaporte y lo colocó en su cartera. También buscó su cámara digital, una libreta de apuntes y un paquete pequeño de toallas faciales.

Quiso encender el equipo de sonido para escuchar un poco de música mientras esperaba al taxi, pero éste llegó antes de los veinte minutos prometidos. La modelo cogió sus cosas, apagó las luces, y cerró la puerta con llave.

La operación fue rápida, y la transacción casi instantánea. Ella llegó al counter, preguntó acerca de los vuelos más inmediatos de esa aerolínea multinacional donde acumulaba millas desde que empezó en la agencia de modelaje, y escogió sin acordarse del nombre del destino. Pasó su pasaporte, sellaron los tickets, y en menos de dos horas ya estaba en el asiento de primera clase.

De pronto, se arrepintió de haber comprado un boleto tan caro para un trayecto de apenas unas pocas horas. Aunque nunca le faltaban contratos gracias a Juan Agüero, ya los tiempos no eran como antes. Había que ahorrar, pensar en el futuro. Se sintió mal de gastar su dinero en un capricho, en un mal impulso.

Bueno, no importa. Ya lo hice. Y que se joda el mundo.

Se recostó en el espacioso asiento. Era comodísimo, como a ella le gustaba. Pero aún seguían en tierra.

Ese Juan Agüero. Aún cree que está enamorado de mí. Si le hubiese dicho que me iba de viaje, era capaz de quererme acompañar. No es la primera vez que lo hace. Pudiendo encamarse con tantas muchachitas tontas, se le ocurre que yo tengo que ser la indicada; que yo soy la mujer de su vida y tantas otras boberías. Iluso. Él no se entera aún que yo no me

enamoro. Jamás.

Se acordó de las veces en que se acostó con Juan Agüero. Sintió una mezcla de diversión y rechazo, como si hubiese cometido una travesura que ahora le deja un breve sabor de vergüenza. *Pero lo hice, y no me arrepiento; aunque al final no lo llegué a disfrutar. No sé si seré frígida... ya no importa... a estas alturas...*

También recordó a Franco, aquel novio colombiano que cambió de nacionalidad sólo para casarse con ella. *Nunca entendí bien este asunto del amor. ¿Qué hace que la gente se ponga tan estúpida y haga tremendas idioteces?* Su relación con Franco duró casi tres años, en que ella lo consideraba como un accesorio más del personaje que ella encarnaba en vida. Era muy guapo, varonil, y también modelo. Las revistas de pacotilla siguieron el noviazgo por muchos meses, fotografiándolos en cafés, vacaciones, discotecas y cabarets.

Hasta que me cansé de él.

Franco desapareció de la ciudad al mes de terminar la relación. Agarró un buen contrato para Levi-Strauss. Nunca más volvieron a escribirse ni llamarse. Fue como si ninguno de los dos hubiese existido.

Cuando el piloto anunció que el avión iría a partir, ella cerró los ojos y se dejó mecer por el movimiento del aparato a punto de despegar.

—¡Vaya, vaya! ¡Miren lo que trajo el gato esta vez! ¡Todos vuelven...!

—Sí, pues. ¿Cómo va todo por acá, Cohn?

—Jodido, para variar. Tengo redactores, pero me faltan correctores. ¿Te gusta el reto?

—Corrector... mmmm... déjame pensarlo...

—Ya sé que lo tuyo son las notas periodísticas, pero estamos llenos. La ventaja es que puedes hacerlo desde tu casita. Te mandamos los paquetes por Internet.

—Eso es justo lo que quiero evitar, Henry. Ya no quiero estar metido en casa. Quiero una excusa para salir.

—Siempre puedes ir a esos cafés que tienen Internet inalámbrico...

—No me quieres en la oficina, ¿verdad? Confiesa.

—No es eso. Yo soy el que está harto de la oficina, pero tengo que quedarme. Ya tú sabes.

—Eres un vicioso del trabajo. Eso es lo que eres. ¿Patty sigue acá?

—Sigue, compadre. Sigue.

—Por algo se queda. ¿Ya se la metiste, o todavía?

—Cállate. No se deja. Además, la considero como una hermanita. No sé qué me pasa, bro. Me estoy volviendo viejo.

—No jodas, Cohn. Lo que necesitas son unas vacaciones. ¿Por qué no sales un rato? Yo te cuido el quiosco.

—¿Tú, cuidarme el quiosco? ¡Estás loco! Con tu perfil y tu historial, me conviertes el diario en un pasquín cultural. Un poeta siempre seguirá siendo un poeta. Te falta objetividad.

—Por eso me mandas a corrector, ¿verdad?

—Así es. Si quieres venir, genial. Anda al cubículo de la esquina y prende la máquina. En unos minutos te paso la clave para que entres al fólder donde están los paquetes para corregir.

—¿No me puedes dar algo con mejor ubicación? ¿No tienes algo con vista a la ventana?

—Oye, ya no seas exquisito. Encima que vienes y te vas cuando quieres, ¿quieres que te dé una oficina? ¿Qué más quieres? ¿Una máquina de café? ¿Alfombra roja?

—No sería mala idea...

—Ya... Lárgate a tu lugar antes de que me arrepienta y llame al *servís* para que me consigan un corrector.

—¡Ja! Tú bien sabes que no te gustan los *service*. Oye, por cierto, para tener un nombre de gringo pronuncias muy mal el inglés.

—Tú no te quedas atrás. Ya, anda y espera a que te mande la clave. Luego vemos lo de tus honorarios con la contadora.

—¡Uy! Contadora... A ver, cuéntame la nueva...

—Después te cuento. Apúrate que tenemos cierre. Ya sabes cómo es.

Él aspiró el aire cargado de olores a papel y plástico. Era un ambiente que siempre le hacía quererse quedar trabajando; le hacía sentirse responsable, un ser trabajador, un hombre de bien. Mientras el monitor iba mostrando las distintas pantallas de inicio de la computadora, él acomodó la silla a una altura supuestamente ergonómica.

Dicen que la postura de un trabajador de oficina debe ser con la espalda recta, con ambos pies bien plantados sobre el piso, los hombros caídos y los brazos cómodamente al nivel del teclado. Las muñecas deben ir alzadas, como cuando se toca piano. Yo no sé para qué demonios me preocupo por tanta idiotez, si sé que voy a terminar desparramado sobre el asiento. Nunca aprendo.

Con ese pensamiento, se reclinó hacia atrás hasta donde daba el límite del respaldar y apoyó las piernas encima del CPU que se hallaba debajo del escritorio.

Una vez terminó de iniciar el sistema, él abrió el navegador de Internet para ingresar a la sección de accesos administrativos. Ahí desactivó la configuración que bloqueaba las páginas de redes sociales con una clave que él mismo había robado de Henry Cohn.

¡Ah, mi gran amigo Cohn! ¿Por qué nunca cambias tus claves?

—¡Ya! Revisa tu buzón de correo, que te acabo de enviar el acceso para los paquetes...

—Ahora mismo lo chequeo.

—...y déjate de estar metido en tu Cara-Libro.

Aquella advertencia llegó demasiado tarde. Él ya estaba revisando las fotos de su amigo Berto en Facebook, quien se veía radiante frente a unos paisajes llenos de elefantes, palmeras y estatuas de un Buda echado, y otro Buda sentado, y aquel Buda de oro, y un Buda más pintado de blanco.

Él entró a su buzón de correo electrónico y siguió el acceso directo que Henry Cohn le había remitido. El paquete constaba de cerca de treinta artículos y notas de prensa, de distintas cantidades de palabras, de diversos redactores. No hacía falta que viera el nombre de los autores para saber quién había escrito qué. Él podía comprobarlo por el estilo, por las constantes muletillas, por los errores recurrentes en puntuación y demás et céteras.

Bien, bien, bien. ¿Qué tenemos aquí? Veamos...

—¡Hey, Cohn! ¿Ya se puede fumar en este antro?

—No, no se puede. Ya conoces las reglas. Si yo no fumo, nadie más fuma. Para eso está la calle.

Cojones, rumió el poeta y se entregó a su primer día de trabajo como corrector en el diario Vertical.

Cuando terminó de guardar las cosas en los cajones de su cuarto de hotel, se acordó de que no

había empacado su reproductor de mp3 y su iPhone lo había dejado en su apartamento de la calle Calatrava. *Me quedé sin i-dosing. No importa. A ver si me quito ese vicio por unos días.*

Ella escogió el primer alojamiento que vio ni bien bajó del taxi en ese balneario de clase media. *Es el hotel más barato y más destartado en el que he estado en toda mi vida. Me gusta.*

No le sorprendió el que le pidieran que pague por adelantado en recepción, ni tampoco cuando la miraron sospechosamente luego de que manifestara que se iría a quedar inicialmente por tres noches. No aceptaron su tarjeta Visa porque el lugar tan sólo recibía pagos en efectivo. A todas vistas, era un hotel para parejas de amantes eventuales y furtivos; un reducto de amores ilegales.

Su plan de evasión radicaba en improvisarlo todo. Ni ella misma sabía cuánto tiempo estaría fuera de la ciudad. *Quizá me quede por tres noches, quizá sean diez, quizá sean dos semanas. No me importa por ahora.*

Ésa no fue la primera vez que efectuaba un viaje así de descabellado, pero jamás lo había hecho sola. Se acordó de aquellas disparatadas aventuras sin rumbo fijo que llevaba a cabo con su novio colombiano, o el crucero de último minuto que le propuso Juan Agüero y que ella no rechazó porque le fascinaban los barcos de lujo. *Y lo dejé plantado durante toda la travesía, metida en el bar y asediada por cuanto galán de puerto asomara su nariz para intentar emborracharme invitándome rondas y rondas del champagne que yo eligiera.*

Pero, ahora es diferente. Quiero pasar desapercibida. No quiero que me vean, no quiero que me asedien. Necesito estar sola, y no sé por qué. Tan solo sé que me hastía la gente por ahora. Es más, hasta estoy harta de mí misma, pero aún no sé cómo evadirme de mí. Ya veremos qué pasa.

Se recostó sobre la cama cubierta de un edredón color rojo encendido, y cerró los ojos dejándose hundir cómodamente. No pasaron ni quince minutos cuando empezó a percibir los gemidos apasionados de una mujer claramente orgásmica en la habitación arriba de ella.

Ella sonrió pícaramente al abrir los ojos y encontrarse con su reflejo en el espejo del techo. Entonces, se desabrochó el pantalón capri, se lo bajó hasta la mitad de los muslos, y comenzó a acariciarse el clítoris por encima de su ropa interior. Le gustaba ese tacto de algodón mientras se tocaba.

Aprovechó la ocasión para seguirle el ritmo a las exhalaciones de placer de sus vecinos de arriba mientras su sonrisa cambiaba a una expresión de concentración y lujuria. Se mantuvo observándose a sí misma masturbándose, moviendo las caderas en círculos, sintiendo su piel erizada y la temperatura de su pecho ir ascendiendo hasta que no pudo reprimir más aquel suspiro largo y agudo, lleno de aquel vibrato que anunciaba un orgasmo que ningún hombre pudo proporcionarle jamás.

En la mañana del día siguiente, ella despertó con los ojos cerrados, e inmediatamente se percató de que no estaba en su apartamento de la calle Calatrava. Es más, sintió una ligera exaltación frente a un nuevo reto: practicar ser ciega en una habitación que no era la suya.

Decidió que su traslado lo haría hacia la ventana, e instintivamente buscó el resplandor del día a través de sus párpados cerrados. Se levantó lentamente de la cama, y respiró hondo.

Lo primero es sentir el aspecto de mi entorno físico alrededor. Tengo que ver sin ver, detectar los objetos antes de tocarlos.

Así lo hizo, dando su primer paso, y luego el segundo. Sintió la silla antes de golpearla con la rodilla. *Muy bien. Acá está. A la derecha está la mesa, y un poco más allá debe estar la ventana.*

Se guió por los ruidos de la calle que no eran los mismos que en la ciudad. Aquel balneario de

clase media tenía el sabor indiscutible de un pueblo costeño con pequeños residuos de una urbe. A cierta hora de la mañana, había gente que se movilizaba en un tropel relajado hacia las pocas oficinas, negocios y sucursales de servicios multinacionales.

Caminó lentamente, con la serenidad de tener el tiempo en las manos. Supo que llegó a la cortina, a juzgar por la textura de tela sintética con la cual se encontró por delante. La corrió despacio, y sintió el calor incipiente de las primeras horas de ese día.

Abrió la ventana corrediza, aún con los ojos cerrados, y aspiró el aire de aquella población donde jamás había estado antes. Olió grasa de desayunos restauranteros; un poco de pescado frito, sal del mar, emisiones de automóvil, perfumes baratos, café y algunas especias que no supo reconocer.

Disfrutó de la temperatura de aquella brisa. Era fría, seca, con toques ligeros de humedad reciente.

Cerró las cortinas y se trasladó hacia la cómoda, donde recordó que había un espejo. El ejercicio de oler le obnubiló los demás sentidos y pronto tropezó con el borde de la cama. Ahí no tuvo más remedio que abrir los ojos como un reflejo ante el dolor de haberse golpeado.

Sonrió burlándose de sí misma. Se vio semidesnuda y despeinada en el espejo, con ese desaliño que la hacía tan encantadora para algunos hombres. Decidió que saldría a caminar y perderse por ahí. Amaba esa sensación de ser extranjera y de no conocer a nadie. Por primera vez en mucho tiempo sintió la paz de ser totalmente anónima.

A la hora de almuerzo, el poeta y Henry Cohn se reunieron en un antiguo cafetín bien cerca de la redacción del diario Vertical. Pidieron el mismo menú ejecutivo de siempre, y mantuvieron una conversación jovial de viejos amigos.

Henry Cohn le preguntó si él seguía inyectándose esa droga virtual del i-Doser, y él le respondió que sí, sí se mantenía en ese sano vicio de meterse sonidos binaurales en el cerebro por medio de los audífonos conectados a su laptop.

También conversaron acerca de mujeres, del arte de escribir, de política, y de tantos temas que ellos tan bien solían discutir. Ambos tenían la misma edad, y estudiaron juntos en la universidad. Henry Cohn fue el único de los dos quien se mantuvo fiel a progresar en la vida real, logrando ser dueño de su propio periódico en la ciudad. No le iba mal, pero su vida transcurría metido en la sala de redacción, pendiente a los redactores, correctores, agentes de venta y auspiciadores. No era una vida fácil, y él lo sabía.

El poeta, por otro lado, se mantuvo siempre consistente con su vida literaria de andar por las nubes. A veces se criticaba a sí mismo el hecho de que nunca pudo venderse realmente a la vida de un periodista serio. Prefería recalar de vez en cuando en la redacción del diario Vertical de su amigo Cohn y desempeñar cualquier trábajo que éste le encomendara. Es así como mantenían su amistad. Él como empleado sin permanencia fija, y Cohn como un empleador sin saber muy bien qué hacer con ese amigo con quien se llevaba tan de maravilla, pero de quien no sabía si confiar totalmente.

Se pasaron dos horas conversando, ambos en el olvido de que era un día laboral, como cuando aún estaban en la facultad. Ésa era la ventaja de sus encuentros: para ambos ése era un solaz que los motivaba a soñar un poco, recordar que aún no estaban viejos, que ni siquiera llegaban a los treinta años de edad, y que todavía podían darse el lujo de pensar en idealismos que otras persona habrían dejado en el tintero.

Él le contó sobre *ella*, aquella mujer a quien conoció por Facebook, y que se le convirtió en

una obsesión difícil de parar. Henry le manifestó su desagrado hacia todo lo relacionado a perder el tiempo en Internet. Ultimadamente, para Cohn todo lo que tenía que ver con la red era estrictamente de negocios, y nada más. Nunca hubo cabida para la vida social ni para enamoramientos.

Ahí radicaba la diferencia entre los dos. Mientras Henry Cohn se mantuvo pegado a los negocios, el poeta era mucho más soñador, iluso, *bohémio en fin*.

Me gustas cuando efervesces la noche en una excusa de estrellas como hitos de tiempo. Juguemos a que no existes por un instante. Quiero descubrirte de nuevo antes de volverte a amar.

Nada ha cambiado. Todo sigue en su respectivo orden, salvo que Cohn anda más preocupado que de costumbre. Se ha olvidado de tomarse vacaciones, pero se nota que le gusta su trabajo.

El poeta caminó más aprisa. A pesar de que era verano, sintió un viento algo frío. Ya se acerca el otoño. Se lamentó el no haberse acordado de llevar consigo una chaqueta, pero pensó que con un poco de actividad física se le iría esa ligera sensación friolenta.

Hoy no iré al restaurante. Es tarde, y además no tengo ganas de escribir. Hoy no.

A él no le gustaba trabajar en redacción por períodos muy largos porque afirmaba que eso le mataba el estilo a la hora de escribir. *Una vez que me acostumbro a usar la pirámide invertida, de usar verbos activos y oraciones declarativas, ya nada es lo mismo. Mis poemas y mis cuentos terminan sonando a periódico.*

Porque escribir —para él-, era su razón de ser; el motivo por el cual él existía. Habían personas que se enfocaban en una familia, en los hijos, en voluntariados, o en misiones casi suicidas. Nada de eso le parecía relevante. Él, como un lobo solitario, se mantenía firme en su obstinación de *escribo, luego soy*.

Caminó por la calle vacía, con algunos pocos negocios aún abiertos para los noctámbulos. Al llegar a la avenida principal, pudo notar que por la cantidad de tráfico era fin de semana. Uno que otro grupo de personas se cruzaban por la acera, vestidos festivamente de colores y modas que jamás osarían utilizar de día.

Tomaría un taxi, pero me siento bien caminando. Es una linda noche. Ya no siento frío.

Encendió un cigarrillo. Se detuvo en una esquina para mirar a la gente pasar a sus destinos nocturnos, y sonrió con calma. Le gustaba sentirse espectador del gran teatro de la ciudad. Se le antojó pensar que los fiestistas eran manifestaciones paganas de ritos a la fecundidad y a las cosechas de verano. Imaginó rituales posmodernos donde beber y fumar eran sucedáneos a encuentros orgiásticos y enteógenos. *Las mujeres siempre se han vestido para tentar al hombre. Desde el principio de los tiempos, nosotros nunca hemos podido dejar de sucumbir a la deliciosa provocación de una vagina bien húmeda y caliente. ¡Qué gusto el de hundirse en la piel de otra persona! Probar sabores de pieles distintas, olores, tactos; descubrir que hay pieles que saben a cera, y otras a tierra. Nunca sabremos a qué sabe una boca hasta besar y aspirar el aliento del beso.*

De pronto sintió ganas de hacer el amor. Se vio parado, solo, en esa esquina, a esas horas de la noche, y pensó que lo mejor sería llegar pronto a su apartamento y hacer unas cuantas llamadas telefónicas.

Quién sabe yo tenga suerte esa noche. Quién sabe.

Su primer impulso fue el de irse a la playa, como en cualquier otro balneario al que viajaba. Se puso el bikini turquesa cuya tela era tan ligera que daba la sensación de andar desnuda. Encima, se vistió con un vestido ligero de verano, y se acomodó una gorra de visera.

Tomó los lentes oscuros y salió de la habitación cerrando con llave.

Ni bien llegó a la recepción, recordó que en ese tipo de hoteles había que dejar la llave al encargado. Lo hizo con cierto desagrado, ya que ése no era el tipo de lugares al que estaba acostumbrada, pero rápidamente se sobrepuso al asco cuando pisó la acera y sintió la calidez del día de verano.

Es un pueblito que se cree ciudad. No está mal.

Tomó el camino de la derecha. Anduvo con aire distraído, mirando los escaparates de las tiendas con productos baratos que no eran de su gusto. Notó que para ser una población relativamente pequeña, había un número inusitado de personas deambulando por las calles, casi todas en atuendos veraniegos y portando sombrillas, toallas, bultos, mochilas y niños.

Es que estamos en fin de semana. ¡Qué buen día para venir a desaparecerme! Me jodí.

Pero continuó caminando hasta hallarse frente a un restaurante turístico con murales mal pintados y sillas de distintas formas y colores, casi todas desvencijadas.

Acá desayunaré.

Se sentó a una de las mesas pegadas a la pared, mirando hacia la puerta. Aprendió que si viajaba sola, jamás debiera darle la espalda a la entrada de ningún establecimiento al que ella llegase. Nunca se sabía quién podría entrar, o qué podría acontecer.

Se entretuvo mirando el menú de comidas baratas. Se decidió por una ensalada de frutas y un té, y prontamente se lo pidió a una mesera joven y remolona.

Cómo se nota la diferencia en el servicio. En estos sitios la gente se piensa que le están haciendo el favor de servirle a uno. Debí haber viajado a Saint-Etienne...

Es interesante. Éste sería un lugar ideal para ese perdedor que me dijo ciega. ¿Qué estará haciendo ahora? ¿Por qué me afectó tanto que me dijera que soy ciega? No, no es que me afecta; y sin embargo, ahora estoy pensando en él. ¿Por qué pienso en él justo ahora, que quiero olvidarme de todo? ¿Por qué?

Luego de haber tomado su desayuno, ella le preguntó a la mesera en qué dirección estaba la playa. Recibió una respuesta aburrida y seca, y con ese mal sabor salió de ese establecimiento al cual se juró a sí misma jamás volver.

Caminó las ocho cuerdas que separaban esa calle con la playa. Se la pasó mirando y reconociendo aquel poblado, notando que su crecimiento estaba orientado sólo a la visita de veraneantes. Ella se preguntaba cómo harían esas gentes para sobrevivir durante los meses de invierno, cuando los turistas abandonaban esos predios. Fue un razonamiento que duró muy poco hasta que la acera se convirtió en un camino irregular de piedras y arena.

Llegó a la playa y vio con desazón que ésta se encontraba ya plagada de familias veraniegas en fin de semana.

A este paso no creo encontrar lugar para acomodarme.

Miró hacia todos los lados, hallándose con restaurantes eventuales, puestos de comida, vendedores itinerantes de toallas, flotadores de plástico, sombrillas, sillas plegables, bronceadores de dudosa procedencia, y cuanta mercancía pudiera ser ofrecida a compradores de

última hora.

Mejor me espero al lunes. La playa debe estar hecha un asco. No quiero aguar-me la fiesta. Tampoco pienso regresar en unos cuantos días más.

Dio la media vuelta y se enrumbó de regreso por las ocho cuadras hacia la calle de su hotel. Se sentía extraña caminando contra la corriente de veraneantes que armaban un éxodo colorido. Recordó los veranos que pasaba con su familia en balnearios de clase media idénticos a ése. *Mi madre se ocupaba de empacar un banquete que llegaba a la playa listo para llenarse de arena. Nunca pude entender esa feísima costumbre de comer arroz en platos descartables.*

Su padre nunca ocultó el mal humor que le causaban esas visitas de fin de semana. Rezongaba y rezongaba desde la mañana, rumiando una rabia sorda que se traslucía en su mirada a gritos. Pero, aún así iba manso con tal de que nadie le dirigiera la palabra. Se ponía unos lentes oscuros inmensos que le tapaban medio rostro y llevaba cuantos periódicos y revistas pudiera humanamente cargar, los cuales jamás leía por quedarse dormido al sol.

La hora de regreso era la peor. Todos terminaban cansados, sucios, quemados y mudos, aguantando el tráfico de domingo por la noche de vuelta a la ciudad. La modelo jamás le halló ningún gusto a esas salidas veraniegas que su madre organizaba con tanta ilusión.

Era una tortura. Hasta ahora no sé por qué nunca nos opusimos. Sólo íbamos porque mamá quería.

Apuró más su paso, como si huyera de aquel recuerdo que la playa le hacía evocar.

Esa noche, él se conectó nuevamente al i-Doser de Astral, y relajó su cuerpo desnudo. Aunque todavía era verano ya él empezó a notar que el ambiente nocturno estaba bastante fresco. Respiró hondamente y se dejó llevar por los pitidos binaurales de esa droga digital.

Con cada minuto sintió mayor pesadez en el mundo. Se dejó caer al fondo de un hoyo negro, donde las espirales que lo circundaban lo convirtieron en presencia astral. Ahí fue que surcó distancias inmediatas, sin tiempo, donde todo sucedía en el aquí y en el ahora. No tuvo que esforzarse en esa travesía hasta llegar a aquel claro en el bosque donde le gustaba sentarse.

Se sentó sobre la misma roca de siempre, y aspiró el aroma a musgo atemporal. Sabía que esperaba a alguien, pero decidió que esa entidad apareciera por sí misma.

No era la primera vez que hacía eso. Por algún motivo, ese rincón del universo era un destino común para seres errantes del plano astral. Así fue que conoció gente de alguna otra de sus existencias.

En esa ocasión, no tardó en recibir a quien fuera su hija en una de sus vidas. La reconoció al instante por su aura color violeta.

—Aún no has encarnado, ¿verdad?

—No. No se me ha llamado. Pero te he visto en esta última encarnación. Eres bastante guapo, ¿lo sabías? También eres talentoso con las palabras, y eso que nunca fuiste muy expresivo cuando fuiste mi padre.

—Sí. Parece ser que en esta existencia estoy equilibrando mi silencio con exceso de palabras. Es algo gracioso, porque aunque tengo el don de escribir y expresarme tan fácilmente, mis ideas son muy difusas. No puedo hallar la calma.

—Es ella quien no te deja en paz. Sientes que tienes que domarla para domarte a ti mismo.

—Es cierto.

—Pero, tienes que dominarte a ti mismo primero. Tú lo sabes.

—Acá lo sé. Una vez despierte, no sé si lo recordaré.

—No lo quieres recordar porque estás enamorado. Te perdimos muy pronto, mamá y yo. No tuviste tiempo de amar. Estás carente.

—Es otra lección, ¿verdad?

—Mira. ¡Qué hermoso atardecer! A ti te gustaba ver las tardes desde la terraza.

—Sí, me acuerdo. Lamento haberme muerto demasiado pronto.

—No lamentos nada. Son cosas que suceden. Te falta mucho por madurar. No cargues tus pena en este plano. Así jamás evolucionaremos.

Ella le sonrió tristemente. Si hubieran existido físicamente, esa sonrisa habría ido acompañada de una caricia en la mejilla.

—Ven conmigo. Quiero que conozcas algo.

Ambos se remontaron por encima del bosque, cruzando cordilleras, campos de trigo, pampas pobladas de manchas de ganado. En ese viaje no existió ni el tiempo ni la distancia.

Llegaron a un pueblo costero. Era de noche, y la playa estaba flanqueada de antorchas y fogatas.

—Llegamos. Están haciéndole ofrendas a Yemayá. Ven.

Alrededor de los fuegos, se veían distintas barcas llenas de frutas, tabaco, botellas de aguardiente, flores blancas, figuras hechas de barro y muchas velas blancas. Los devotos vestían de blanco y mantenían un canto al unísono; un cantar que asemejaba mucho al retumbar de tambores, al ruido de las profundidades del bosque tropical, a los ritmos milenarios de la tierra antes de la llegada del hombre.

A ese ritual asistían presencias astrales, justo como ellos. Era una convocatoria luminosa donde las esferas —que eran los espíritus—, danzaban y revoloteaban entre la muchedumbre vestida de blanco. Si se pudiesen haber visto las distancias desde aquel plano astral, cualquier persona habría pensado en un espectáculo de luces que se armaban en un orden concéntricamente paralelo, ondeando con las olas de la marea nocturna, con el viento, con las barcas que se iban meciendo y dejándose llevar por la corriente occidental.

—Acá estamos todos, vivos y espectros.

—Lo veo, lo siento, y es tan fácil olvidarlo.

—Crees que olvidas, pero sencillamente te dejas bloquear por tu presencia humana. No eres humano. No somos humanos.

—Somos luz. ¡Qué hermoso es todo esto!

—Si pudieras traer tu cuerpo físico, te aseguro que estarías cantando con ellos.

—Mira. Ahora están bailando. ¿Cómo no llegué a conocer esto antes?

—Sí lo conociste. En otra encarnación, nos cruzamos brevemente. En ese tiempo tú eras una oficiante Yoruba en Loíza. Yo llegué a consultarte sobre mi matrimonio. Moriste muy pronto...

—...cuando fue la guerra civil. Todo fue tan repentino, que muchas almas quedaron vagando por ahí.

—Como ahora. ¿Ves? Ahora estamos todos bailando. No despiertes aún. Quédate con nosotros. Acompañemos esa barca que están empujando esos hombres.

Ambas esferas que eran ellos hicieron un corro en derredor de la barca llena de frutas. Los hombres vestidos de blanco pudieron jurar sentir un calor agradable circundándolos, como si se despertara un viento cálido traído de una hoguera.

La modelo volvió a la calle principal. Decidió que como aún era temprano, caminaría por el lado opuesto, así que dio la vuelta a su izquierda y empezó a explorar aquel poblado de balneario de clase media.

Prestó más atención que de costumbre a los negocios en aquella calle. Descubrió que en sí ésa era una ciudad en miniatura, con los mismos servicios que pudiera hallar en su propia urbe, pero más enfocados a clientes que pagaban por productos baratos.

Apuesto a que la mayoría de cosas acá son Made in China. No podría vivir acá. Jamás.

Entonces, vio un letrero pintado a mano: SE LEE EL TAROT.

Veamos qué pasa. Nunca he creído en estas mierdas, pero estoy aburrida.

Tocó la puerta de cristal y le abrió una señora cincuentona. De habérsela cruzado en la calle, hubiese apostado a que era una ama de casa más de camino al mercado. No había nada que llamara la atención en ella. Vestía una blusa blanca y una falda rojo vino de un largo bien recatado.

—Pasa, hija. Te estaba esperando.

No creo. Ya me sé ese cuento.

Entró titubeante.

—No creas que se lo digo a cualquiera. Anoche tuve un sueño, mira. Una mujer igualita a ti, pero de piel negra, llegó a la costa en una barca llena de flores blancas. Tenía un tatuaje en la espalda con una flecha y una nube. Ella susurraba un nombre a cada rato, sin parar. Pero ven, siéntate.

La señora la condujo a una salita con varios sillones, y una mesa de centro. Nada pudiera traslucir que ése era el hogar de una pitonisa; pero lo era.

—¿Cuánto cuesta su servicio? Sólo quiero que me lea el futuro y...

—De eso hablamos luego.

—...

La mujer sacó una baraja de un cajón debajo de la mesa de centro y le dio varias vueltas rápidas en sus manos.

Vaya. Igualita a una croupier de crucero. Sonrió socarronamente.

—Corta. Divídela en tres grupos.

Ella separó las cartas con su mano izquierda, como se lo enseñara Thalía, su instructora de yoga.

—Siento una energía ondulante en ti. Estás huyendo de algo. Recuerda esto: no importa de qué o de quién estás escapando, al final estás escapando de ti misma.

Ella quedó callada. La vidente barajó nuevamente las cartas, y las dispuso en la forma de la Esfinge Rampante.

—Es cierto. Vienes escapando de algo. Mejor dicho, es alguien. Ya se han conocido antes, en otra vida. ¿Lo reconoces?

La vidente evitó su mirada inquisitiva, y volvió a mirar las cartas, auscultando cada detalle.

—No eres feliz, y eso que hay muchos hombres en tu vida. Eres una chica afortunada, ¿sabes? Pero, tienes algo que no está resuelto en tu vida.

—...

—Cuidate de un hombre mayor que está muy cerca a ti. Sus intenciones no son buenas.

—...

—Tú no vives acá. Eres de una ciudad grande. Sin embargo, te sientes perdida. Es normal a tu

edad sentirse así. Hay gente que viene acá y es mucho mayor, y aún no saben lo que están buscando. A ti te brilla una estrella, tienes un ángel protector. Pero estás perdida. Eso es lo que veo acá. Déjame ver tu mano.

Ella estiró su mano izquierda, palma arriba. La pitonisa dio una rápida mirada.

—Busca a ese hombre de quien estás escapando. Él no quiere hacerte daño, pero te tiene miedo. En las cartas y en tu mano lo veo muy presente.

—No sé de quien me está hablando...

—... tú lo sabes. Tú lo sabes. Tú lo sabes muy bien. Piénsalo.

—¿Quién será...?

—Es alguien que te ha venido buscando desde hace mucho tiempo, según veo. Creo que ni él sabe que te ha estado buscando. Lo que veo es que tiene una voz muy poderosa, pero se siente débil. Necesita de ti para que le enseñes lo que es la fortaleza.

—¿Voy a tener dinero?

—Plata tienes. Eso no te falta, ni te va a faltar. Estás bien aspectada. Cuidate los riñones. No estás tomando mucha agua. Toma líquidos. Veo complicaciones al evacuar. ¿Eres estreñida?

—¿Qué clase de pregunta es ésa?

—Si no evacúas bien, estás guardando energía estancada y mala en tu organismo. Eso no te deja ser libre.

—Yo ya soy libre.

—Eso es lo que crees. Eres esclava de tus propias apariencias. Acá veo que tu imagen te importa mucho. Eres un imán para hombres que quieren aprovecharse de ti.

—¿Me llegaré a casar?

—Tú ni siquiera te crees esa pregunta. No te casarás. No tendrás hijos. Tú crees ser demasiado libre, y te has cerrado esa puerta. Necesitas un baño de florecimiento para aclarar tu mente. Acá te puedo dar uno para que te lo hagas esta noche. Aprovecha que estás mudando de energía.

—¿Cómo sabe todo esto de mí?

—Las cartas no mienten. Y tú... tú eres un espejo de ti misma. Siento que te conozco. Has acudido a mí para que te ayude, sólo que tú no lo sabes todavía.

Ellos danzaron alrededor de la barca llena de ofrendas a Yemayá, hasta que ésta cruzó el umbral de la rompiente y se dejó llevar por la corriente marina nocturna. Desde esa distancia se podía ver la muchedumbre de antorchas como luciérnagas inquietas en la noche serena.

Una vez que se despidieron de la embarcación bamboleante, volvieron a la orilla donde las demás esferas de luz giraban velozmente al ritmo del cántico del ritual. Como en ese plano astral no existe tiempo ni distancias, se dejaron llevar por las ondulaciones de los cantos mayores. Era ahí una marea de luces de distintos colores, que en pleno vuelo se confundieron con las antorchas, con las estrellas, con el fulgor de esa fiesta que gozaba su apogeo.

Algunas mujeres sostenían pétalos de flores coloridas en sus faldas y se mecían de lado a lado. Habían las que mantenían los ojos cerrados, llevadas por la energía del paroxismo místico. Otras muchachas tomaban puñados de pétalos, y los arrojaban a los aires, donde la brisa los transformaba en lluvia de colores que resplandecían con el reflejo del fuego.

Ella y él ya no eran espectros individuales. En ese instante fueron marea, brisa, viento, constelaciones rutilantemente giratorias. Fue en aquel ritmo primitivo que empezó la existencia del universo, del orden cósmico en que moraban entrañados. Antes de la tierra, antes del agua, antes del fuego, antes del viento, todo era un sencillo océano interminable de esferas.

Fue en esa noche que los asistentes encarnados y no encarnados volvieron a reunirse en la brevedad de un ritual que los remitía más allá del tiempo y el espacio.

En el comienzo todo era danza, todo era música. Los espectros no reclamaban olores a tierra húmeda aún. Pero aquel orden fue disipándose en planos distintos de existencia, en el cual el océano de esferas cumplió su ordenamiento en profundidades variadas.

Ahí nació el mundo terrenal, donde se las ingenieron para crear las distancias y aquel maravilloso invento del tiempo.

Él no tuvo que recordar todo aquello, porque ser parte de la danza de esferas le hizo vibrar de una manera a la que alguna vez estuvo acostumbrado.

—¿Viste qué hermoso lo es todo acá?

—Sí. Y no hace falta saber el idioma.

—Ni tú ni yo tenemos lenguaje.

—Pero me gusta usarlo.

—Ya lo sabes. ¿Hay algo más que quieres saber?

—No es necesario. Nunca lo fue. Nunca más lo será.

—Espero lo recuerdes cuando despiertes.

La danza de antorchas duró hasta el amanecer. El cielo se iba despintando gradualmente en estelas púrpuras y azules que se aclaraban en tonalidades bermejas y anaranjadas. El mundo empezó a descubrirse en una monocromía desteñida en colores nacientes.

Ella y él vieron a los festejantes empezar a marcharse en un éxodo blanco, a través de un sendero que cruzaba aquel bosque tropical. Acompañaron a una cuadrilla de pescadores haciéndose al mar y ahí fue que se remontaron nuevamente en ese trayecto de acortar distancias y tiempos.

Para llegar al claro en el bosque, cambiaron de ruta y ascendieron hacia las estrellas de la noche en otro hemisferio. En vez de cortar camino, pintaron el cielo nocturno saltando de constelación en constelación, deshaciendo un tiempo que no existía para ellos, remontándose en distancias que para nada aplicaban en su plano astral de esferas luminosas.

Cuando llegaron a esa extensión interminable de árboles, ella se despidió de él con la evocación de una vida terrenal como padre e hija.

—Sé que nunca lo olvidarás. Me verás en sueños, y yo también de veré una vez vuelva a encarnar.

Ambos sonrieron.

—Y no te preocupes tanto por ella. Lo veo en tu color. Tú mismo sabes qué va a suceder y por qué es tan importante en tu encarnación actual.

Ella se desvaneció más allá del color del poniente. En aquellas latitudes recién comenzaba el crepúsculo a teñir la tarde de dramatismo pictórico.

Él se sentó sobre la misma roca de siempre, en aquel claro del bosque.

Fue ahí cuando él despertó. Aún era de madrugada. Se sacó los audífonos, acomodó su cuerpo de lado y cubrió su cuerpo desnudo con la sábana.

Aún es muy temprano. ¿Qué hora será?

Vio en el reloj de su laptop que eran casi las cinco de la mañana.

Hace tiempo no me despierto a esta hora. Qué flojera.

Apoyó la cabeza sobre su almohada. Quiso cerrar los ojos para volverse a dormir, pero el sueño lo evadió. Los volvió a abrir, y enfiló las pupilas hacia las siluetas proyectadas sobre la

pared contraria a la ventana.

Parece una araña. Ahora veo una ballena con patas. ¿Es ése un árbol, o un poste de luz? La forma está curveada, pero es posible que sea porque las luces de la calle están colocadas del otro lado, en otro ángulo. Podría pararme a verlo, pero estoy muy cómodo. Coño, quiero dormir. No, no quiero dormir. No estoy cansado, pero estoy cansado de todo esto.

Se arrimó al otro lado de la cama, buscó a tientas por encima de la mesa de noche. Tomó un cigarrillo y lo encendió. Fumó boca arriba, adivinando figuras en el techo.

A ver si esto me da sueño.

Somos barro primal, carne esclavizada de instintos más antiguos que nosotros mismos. Vivimos royendo un intelecto que adorna de civilizada nuestra esencia hecha de pasiones absurdamente lógicas; y la ciencia es la que contradice lo divino con argumentos humanos que suicidamente queremos creer. Así de desquiciados estamos.

—Le digo algo. Yo lo conocí a él por Internet.

—Así vienen últimamente. Se conocen por la computadora. Algunos clientes me piden que les lea por Internet, pero no es lo mismo. Nunca es lo mismo.

—No dejo de pensar en él. No sé por qué. No me gusta. No me atrae.

—Eso es lo que tú quieres creer. Lo veo en tus ojos. No hace falta verlo en las cartas. Lo veo en tu rostro.

Ella se quedó silenciosa por un largo rato.

La vidente recogió las cartas, y le pidió a ella que volviera a cortar la baraja. Armó un círculo muy parecido a un calendario solar y pasó su mano por encima de la miriada de imágenes impresas en colores básicos y formas misteriosas y macabras.

—Estás alejada de tu familia. Vives una vida solitaria, aunque estás rodeada de mucha gente. Esa gente, esas personas que te rodean son como maniquíes. No tienen esencia. Mejor dicho, no están conectados contigo. Puedes desaparecer de tu entorno y nadie se dará cuenta. Eso te gusta. ¿Verdad?

Ella asintió.

—Pero, ¿por qué estás tan sola? Acá sale nuevamente que estás buscando algo. Buscas respuestas, pero no has empezado a comprender las preguntas que quieres hacer. No puedes encontrar respuestas si es que primero no te formulas las preguntas. ¿Qué es lo que estás buscando?

—No lo sé. Creo que por eso vine acá.

—En este pueblo no están tus respuestas. Yo tampoco las tengo. Tienes que comenzar a preguntarte qué es lo que buscas. Sólo así podré ayudarte.

—...

—Hagamos algo. Vamos a dejar esta sesión para dentro de tres días. Anda a la playa, de noche. Hazle una ofrenda al mar. Yo te voy a apuntar lo que tienes que llevar y lo que tienes que hacer. Reza una oración que te voy a escribir en este papel.

La pitonisa garabateó rápidamente varias líneas, moviendo los labios de memoria.

—Hazlo con fe. Cuando regreses a tu hotel... porque, estás en un hotel, ¿verdad?

—Sí.

—Cuando regreses a tu hotel, te vas a dar el baño de florecimiento que te tengo acá. Prende una vela blanca junto a la cama, y pon un vaso de agua al costadito. No hagas nada más. Después de tres días, venme a buscar.

La señora puso una botella plástica de un litro llena de un líquido marrón turbio.

—¿Tengo que pagarle algo ahora?

—Déjame tu promesa de que volverás. Confío en ti y en tu palabra.

La modelo se levantó y miró a la vidente que seguía sentada. Recibió el papel y la botella de plástico con el baño de florecimiento, se despidió y prometió regresar.

Al salir a la calle, el resplandor de ese día de verano la cegó por unos instantes. En aquel momento se sintió desorientada, mareada, como si le hubieran dado muchas vueltas en su propio eje.

Tomó el camino de la izquierda y se fue directo a su hotel, en silencio.

Por algún motivo que la eludía se sintió cansada repentinamente, como si se le hubiese drenado toda la energía del cuerpo. *Estoy como un limón exprimido. Qué raro...* Llegó a la recepción del hotel y pidió la llave de su habitación. No miró a nadie mientras iba como una autómatas hacia su cuarto.

Abrió la puerta, entró, la cerró, puso la botella de plástico encima de la cómoda y se tumbó sobre la cama de colores rojos intensos. Miró hacia el techo y se halló con su reflejo de cuerpo entero. Pensó en cerrar los ojos, pero le dio curiosidad verse a sí misma.

¿Qué es lo que las otras personas ven en mí?

Al haberse echado tan deprisa, parte del vestido se le había arremangado por encima de los muslos, dejando ver los primeros pliegues turquesas de su bikini.

No me he bronceado todavía. Qué fea playa.

No se movió. Paseó sus ojos sobre su fisonomía.

Parezco muerta.

En efecto. Tenía las piernas parcialmente abiertas, los brazos y las manos estirados sin rumbo lógico. Se podría pensar que ella hubiese caído desde una gran altura.

Tengo lindas piernas. Estoy flaca. Creo que están muy flacos mis brazos. Mi pelo está hecho un desastre. ¿Habrás alguna peluquería acá?

Sintió unos golpes rítmicos contra la pared. Éstos venían acompañados de gemidos y gritos femeninos entrecortados. También pudo escuchar los sonidos inconfundibles de los muelles de la cama crujiendo. Esta vez no sintió nada. Era como si no existiera en ese momento, como si su cuerpo fuera tan sólo una cáscara.

Así de vacía me siento. Wanda dice que debería conseguirme un hombre. Quien quiere conseguirse un hombre es ella. Sólo para pensando en machos. Un día de éstos se va a morir con un macho encima. Eso es lo que quiere.

Le pareció que la imagen del espejo ya no era la suya, que estaba viendo a un fantasma, una pintura; cualquier forma que le era totalmente ajena.

¿Qué es lo que realmente quiero? ¿Quién soy?

—¿Por qué no se callán? —gritó, de pronto, lanzando una almohada contra la pared.

El ruido de los vecinos amantes no cesó en lo absoluto.

Qué inteligente que soy. Un cojín no hace ruido.

Entonces cerró los ojos, pero su figura del espejo quedó aún impresa en su mente, como una estampa imposible de borrarse en su soledad.

Hay veces en que deseo aullarle a la luna tu deseo; aquél que corroe mis pasos en poemandanza. Pero es esta nocturnidad sedosa de saxofón que me arrulla con el subterfugio de soledad que me brinda tu recuerdo, tan de solilancolía de nómade.

Esa mañana, el poeta llegó a la oficina del diario Vertical más temprano que de costumbre. La única que persona que estaba era la secretaria de Henry Cohn.

—Te caíste de la cama, ¿verdad?

—No pude dormir, Moneypenny.

—Mi nombre es Patty.

—*Shocking* —susurró, haciendo una patética imitación de Sean Connery.

—¿Cuánto tiempo te tendremos por acá?

—No lo sé. ¿Cuánto tiempo quisieras que yo me quede?

—Ya déjate de cosas.

—Yo no he dicho nada.

—Tú bien sabes. Todo el mundo sabe. Cohn sabe...

—...Henry es una joyita.

—Igual que tú. Son de la misma facultad, ¿verdad?

—A mucha honra. En el arca de Noé entramos todo tipo de animales. ¿Qué animal quisieras que yo sea?

—¡...y dale! ¡Ya, váyase para su cubículo! No quiero verte por acá...

Él sonrió de lado, y fingió escabullirse despavorido hacia la sala de redacción. No se percató de que la secretaria de Cohn dejó escapar un suspiro en el cual se le escapaba el alma. Aún recordaba con nostalgia dolorosa y alegre aquel fin de semana en que ambos se fueron a ese hotel campestre. Se la pasaron encerrados en una habitación. Fue el mejor fin de semana de esa mujer de belleza madura y solitaria.

Él encendió la computadora, y salió a la calle mientras calculaba el tiempo que tomaría en cargar las distintas páginas de inicio del sistema.

Este Cohn tiene unas máquinas tan viejas, que no sé aún cómo puede trabajar y mantener una publicación como la suya. Serán como diez minutos, tiempo suficiente para fumarme un algo.

Se sentó en la jardinera del edificio y encendió un cigarrillo. Aspiró la primera bocanada del día, elevó la mirada y se dedicó a explorar la fachada de las construcciones al otro lado de la calle.

¿Cuántas historias habrán detrás de esas ventanas? ¿Vivirá gente en esas oficinas? ¿A qué hora llegará la gente en su totalidad? ¿De qué barrios vendrán? ¿Tomarán transporte público?

Cuando llegó a la mitad del cigarrillo, se sintió hastiado. *A veces no sé para qué fumo, si no lo puedo disfrutar. Me gusta fumar, pero ahora me siento harto. Aunque ahora estoy harto de todo.*

Entró nuevamente a la sala de redacción y se sentó frente al monitor de la computadora que le asignaron. Lo primero que hizo fue abrir su bandeja entrada del correo electrónico, y vio la orden del día: cuatro paquetes con veinte artículos cada uno, tres de los cuales tenían la leyenda de URGENTE.

Seguidamente, abrió el navegador de Internet y se metió a su perfil de Facebook.

Mi gran amigo Berto. ¿En qué parte del mundo estará ahora? Entró al perfil de Facebook de Berto, y leyó en su muro que él había llegado a Cracovia, que disculpen la falta de fotos, pero que se le dañó su cámara digital. También preguntó si alguien conocía alguna tienda de tecnología en esa ciudad europea...

Berto siempre ha sido un viajero irredento. Él recordó las veces en que se fueron de viaje mismo mochileros hasta donde les alcanzaran las vacaciones y el dinero. Viajaron junto con la carga de camiones, entre ganado, costales de papas, buses de largo alcance, trenes destartados, automóviles prehistóricamente colectivos, entre tantos medios de transporte.

Y hasta ahora sigue siendo consistente consigo mismo. Eso es lo importante, mantenerse fiel a tus propios ideales; aunque te jodas.

Durante varios años, Berto estuvo metido en un trabajo agotador y rutinario, hasta que dijo: basta. Tomó sus ahorros, su mochila y mandó a todos a la mierda, según declaró en su perfil de Facebook. Decidió que viajaría por el mundo por el mero hecho de viajar. *Y hasta ahora se ha mantenido así.*

Le gustaba contarse esa historia a sí mismo. Ahí fue que entró al perfil de otro amigo suyo, un ludita loco llamado Gustavo Torres. La forma de revolucionarse a sí mismo era sencilla. Todo lo escribía en su máquina de escribir y luego le pedía a su novia para que le tomara foto y lo posteara, ya sea para correos electrónicos, ya sea para comentarios en su Facebook, ya sea para propuestas o trabajos varios. Es por tal razón que sus respuestas podían demorar días y hasta semanas. Gustavo sostenía aquella convicción de que no necesitaba de la tecnología para vivir. No obstante, a la hora de la hora, teclaba su vida en su vieja Remington que le perteneciera a su tío, el escribano público.

Gustavo siempre quiso escribir. Nunca ha creado nada. Pero, para mí, es un escritor mucho más que cualquiera que he conocido. Se toma muy en serio aquello de usar su máquina de escribir. Ojalá yo tuviera su paciencia, o su novia.

A veces, en el perfil de Gustavo Torres aparecían las imágenes fotografiadas de los textos que él había mecanografiado, como un testimonio de que lo suyo iba en serio.

No sé qué quiere demostrar con eso. Pero, todo loco con su tema, me imagino.

Él entró, luego, al perfil de Henry Cohn; uno que no poseía fotografía de entrada. La última actualización en el muro databa ya de casi un año atrás.

Debiera escribirle algo, pero es probable que se dé cuenta de que lo hice en horarios de oficina. Coño... no tengo ganas de abrir esos paquetes para corregir.

Saltó al boletín de la página principal y vio las actualizaciones de todos sus contactos. Eran las mismas insulseces de siempre: alguna fiesta de fin de semana, declaraciones de amor, cambios de estatus de en una relación a soltero y vicerversa, invitaciones a grupos y jueguitos de granjas, invitaciones de amigos y pseudo-conocidos.

Se interesó por las noticias de su membresía al grupo de i-Dosing, acerca de una nueva dosis desarrollada hacía pocos meses: Black Plague.

¡Uh! Suena peligroso. ¿Quién será el loco que quisiera probarla...?

Ella despertó pasadas las tres de la tarde. Sintió aquella calidez de día de verano empozada en la habitación. Como supo que era de tarde, abrió los ojos y se encontró a sí misma en el reflejo del espejo en el techo, como una perfidia a su propia vanidad.

¿Quién eres?

Se levantó de la cama, y avanzó hacia el baño. Ahí se desnudó. *Vaya, me puse el bikini y ni siquiera llegué a usarlo. Tan lindo que se me ve.*

Entró en la ducha y maniobró las perillas hasta graduar la temperatura del agua a una tibieza agradable.

¿Quién soy? Está rica el agua.

Voltéó el rostro para apuntarlo directamente al chorro de lluvia de la ducha y sintió aquella agua cálida corriendo por sus mejillas, sobre sus párpados cerrados, cayendo por sus hombros y recorriendo su cuerpo en una cascada en contornos y riachuelos. De pronto, sin saber muy bien cómo, se le escapó un sollozo. Sintió que sus lágrimas y el agua de la ducha se mezclaban entre sí, sin poderse diferenciar.

Lloró largamente, dejando escapar gemidos y sollozos que nunca supo bien de dónde venían. Recordó a sus padres viviendo en otra ciudad, recordó a sus amigos, a su primer novio, su vida de modelaje, aquellas vacaciones con su familia, las cenas con Juan Agüero, los innumerables hombres que pasaron por su vida y a quien ella jamás abrió las puertas. Por momentos, le parecía que cada imagen que ella sacaba de su pasado le traía más llanto, uno que se hizo incontenible.

Nunca he llorado tanto. No sé por qué estoy tan triste. Pero no estoy triste. Pero tengo ganas de llorar.

Continuó soltando el llanto, hasta que volvió al momento cuando se encontró con él en la barra del restaurante. Analizó esa escena minuciosamente, tanto como su memoria se lo permitió. Dejó de llorar al interesarse más y más en los pasos que dio cuando entró al restaurante, al hallarlo sentado en la barra, con un cartapacios abierto y su rostro nervioso, cuando él quiso hacerse el galán y ella se burló de él y su aspecto de vagabundo; cuando él la agredió como ningún otro hombre lo hizo jamás.

No entiendo por qué me dolió tanto que me dijera ciega.

Recordó y se repitió a sí misma ese gesto a la defensiva que fue lanzarle su trago a la cara, mojándolo.

¡Qué grosera que fui! Y nunca le pedí perdón. Pero a esa clase de tipos no se les pide perdón. ¿Quién sabe de dónde vienen?

Pero también tuvo que reconocer a regañadientes que luego de esas semanas previas de poesía y epístolas electrónicamente amorosas, aquel juego de enamorar se le volvió adictivo. No podía dejar de recibir poemas de él, él, él; aquel único hombre que sacudió su fortaleza amurallada. Aquél hombre a quien odiaba por volverla tan vulnerable.

Con ese pensamiento amargo, cerró la ducha y buscó la toalla para secarse.

Luego de ponerse sus pantalones capri color beige y una blusa blanca, pensó en salir a almorzar. *Será un almuerzo cena. Veamos qué tienen acá que valga la pena comer, aunque no tengo hambre.* Se pasó el cepillo por el cabello y lamentó no haber traído maquillaje para ocultar la hinchazón de sus ojos.

Esto lo arreglo con mis lentes oscuros.

Salió al corredor mientras se cruzaba con una pareja. Se notaba que estaban de amores clandestinos. La mujer era bastante mayor y el muchacho la seguía como un perrito faldero. Era obvio que ella era quien dominaba la escena. Se imaginó que la cosa cambiaría dentro de la alcoba, ya que al hombre se le veía vigoroso, con unos músculos bien marcados que se vislumbraban desde su camisa ligeramente apretada.

Es todo un bombón. ¿Será igual de rico en la cama?

Bajó al primer piso, dejó la llave en recepción y al salir a la calle tomó el camino de la izquierda.

Aspiró el aire cálido de la tarde de verano. El viento había cambiado de dirección y ahora podía sentir la dulzura de la brisa del mar que le llegaba a ocho cuadras de distancia.

Es como tener la playa cerquita mismo.

Por un breve instante quiso buscar un restaurante a la orilla del mar, pero se deshizo de esa idea inmediatamente al recordar que en aquel balneario de clase media era muy probable que no hallaría tal servicio.

Nada como los restaurantitos de playa en el Caribe. Ésos sí que son fenomenales. Acá sería imposible. No sé qué me dio por venir acá. ¡Qué asco!

Le dio igual ver los letreros de colores chillones anunciando fritangas, platos a base de frijoles, pescado y plátanos fritos. De buena gana hubiese buscado un lugar dónde comer sushi; fue un antojo que se le vino de repente. Al pasar dos cuadras, descartó aquel imposible.

Llegó a un pequeño supermercado, y se convenció a sí misma que lo mejor que pudiera hacer ese día era almorzar-cenar frutas. Ya tendría tiempo de preguntar sobre restaurantes al día siguiente.

Por más que sintiera rechazo por ese poblado incipiente, no deseaba aún regresar a su ciudad.

Siento que tengo que descubrir algo acá. Esa señora... no sé... me ha dejado mal. No quiero sentirme vulnerable. No. Yo soy una mujer fuerte. Pero nadie me conoce acá. Nadie sabe quién soy. Es mejor así. ¿Qué es lo que estoy buscando? ¿Quién soy? ¿Qué soy? Por ahora, soy una mujer que compra fruta. Eso es lo que soy.

Escogió unas peras, una chirimoya, un racimo de plátanos y una botella de dos litros de agua destilada.

Ésta será mi cena.

Entonces, pensó que a esa hora la playa se iría despoblando. Le gustó la idea de cenar mientras veía el crepúsculo, aunque como no conocía muy bien aquel lugar le asaltó el miedo de no estar totalmente segura, una mujer sola, a esas horas.

¡Qué importa! Yo sé defenderme... creo... Qué pase lo que tenga que pasar. Quiero ir a la playa.

Llegó a la caja registradora y pagó con su tarjeta Visa.

Empecé a drogarme digitalmente por curiosidad, como se hace con cualquier droga novedosa. Admito que no creía en lo absoluto en la eficacia. Cuando la probé, ya era otra cosa. Mi primera dosis fue de Alcohol, y por ser alcohólico me dio un mal trip que me dejó con los músculos adoloridos.

Él abrió la página de torrents, y buscó nuevas pistas de audio de i-Doser.

Para muchas personas, esto es una aberración. Para mí, es un síntoma más de que estamos viviendo en el futuro. Si Isaac Asimov pudiera vernos ahora estaría maravillado. No dudo que escribiera alguna genial novela.

Estuvo buscando el Black Plague que tanto estaba siendo promocionada en los foros de i-Dosing, pero no la halló.

No creo que tenga los huevos de meterme esa dosis en particular. Ya una vez probé la pista de LSD y me dejó embobado por varias horas. Odio cuando una droga no me deja escribir.

Volvió a su página de Facebook y quiso ir al perfil de ella. Cuando escribió su nombre, rápidamente lo borró.

No. No voy a entrar a verla. No le daré ese gusto.

Pero él quería contemplar su belleza. Tenía unas ganas incontenibles de pasearse por sus ojos, por su piel, por aquellas maravillosas instantáneas que le tomara un fotógrafo profesional para sus poses de revista de modas.

¿Y si le escribo un poema? ¿Qué pasaría?

Llevó el cursor hacia el botón de enviar un mensaje, pero no le hizo click. Lo dejó ahí, encima, como esperando el patíbulo de su corazón quien le diera una orden.

No, no debo. No quiero.

Sin embargo, ese mismo orgullo le hería por dentro. Notó que su respiración se hacía cada vez más pesada, más acelerada.

Quiero escribirle el poema de mi desasosiego. Pero no quiero.

Entonces, un impulso salvaje hizo que apagara la computadora de golpe. Siempre hacía eso cuando el nerviosismo se llevaba lo mejor de sí. Sentía que con ese gesto cerraba una ventana a una oscuridad que fuera a devorarlo. Antes de caer al pozo, prefirió mil veces huir del sistema y esconder su cabeza dentro de la tierra, como la proverbial avestruz.

Soy un cobarde; pero uno que volverá a conseguir la cordura. Aunque me joda.

Pero siguió pensando en ella cuando encendió la máquina una vez más.

A la hora del almuerzo, el poeta invitó a la secretaria de Henry Cohn a comer un menú ejecutivo en un restaurante cercano. Quiso consolarse con la certeza de aún saberse enamorado; con la certidumbre de notar que ella todavía conservaba esa vulnerabilidad frente a él. Era una presa fácil. Él y ella lo sabían.

No obstante, Patty luchó con sus mejores armas contra los ataques surrepticios que él le mandaba en forma de expresiones audaces, en esa voz tan golosa que a ella la derretía por teléfono. Pero estaban frente a frente. A ella le gustaba ese juego de flirteos incompletos, donde se cedía terreno y se apuntalaban frentes y bastiones. Si ella actuaba atrevidamente podría recuperar territorio conquistado por él. Si se metía demasiado, sin embargo, iba a terminar en otro fin de semana de intenso placer y posterior arrepentimiento.

La secretaria quería volver a sentir el ardor de sus pieles juntas, pero no necesitaba de una aventura. Un desliz no iría a llenar su soledad de solterona. Ella quería un hombre.

Él, en cambio, disfrutaba con la emoción de la cacería. Para el poeta, ese juego de coqueteos, verdades a medias y lances implacables tenían un sólo objetivo: aliviar sus ganas de follarse a alguien. En este caso, ella era la víctima más cercana y más plausible. Además, le gustaba esa sensación erotizante de hacerle el amor a una secretaria.

Pero ella no cedía terreno ya. Decidió que se cansó de ese juego, y se convirtió en muralla de piedra; y él se dio cuenta ya a la hora que llegó el postre.

Pensó que ya era suficiente juego para hoy. Además, a Henry Cohn no le haría gracia que él se volviera a encamar con su asistente.

—Pero cuéntame. Hay una nueva contadora, ¿verdad? —dijo distraídamente, pero al mismo tiempo buscando provocar alguna reacción en ella.

—Sí. Lleva varios meses acá. ¿Qué? ¿Te gusta? —siguió hablando el muro.

—Pues, no la conozco aún. Cohn me habló de ella. Aún no la voy a visitar para lo de mis honorarios. ¿Hay algo que debería saber?

—Que no le gusta que jueguen con ella.

—¿Eso te dijo?

—No. Yo lo digo. A nadie le gusta que jueguen con nosotros.

- Mentira. A todos nos gustan los juegos... de vez en cuando. A mí me gustan. A ti te gustan.
—Pues, a ella no le gustan.
—Yo se lo podría preguntar...
—Además, tiene novio.
—¿En serio? Pues, fijate que no soy celoso...
—...tú nunca cambias.
—Y tú estás celosa.
—Para nada. Pero allá tú si quieres creer lo que quieras.

Pagaron la cuenta, y caminaron conversando alegremente, puyándose como viejos amantes rumbo a la oficina. Ese diálogo, ese intercambio de poderes, esa lucha por ver quién hacía y deshacía el juego de seducción hizo que él olvidara un poco aquella ansiedad que le causaba ella, la modelo que en ese momento estaba en algún balneario de clase media; aquella quien le lanzó el trago en la cara; aquella con quien compartió alguna vez una correspondencia electrónica llena de ternuras y promesas.

Te constelaré la ciudad como si inventara el cielo; como si fuésemos los primeros de la creación, y atrapara ramos de vegetación para tenderte un jardín que jamás sea otoñal. También pintaré de rojo las estaciones, para que atardezcamos juntos, en el silencio de un beso que se me antoje de mar.

Mientras más se iba acercando a la playa, más notaba aquel éxodo de bañistas bronceados, enarenados y silenciosos que se le cruzaban en sentido contrario. Aquella fiesta de comienzos de aquel día de verano se había esfumado para dar paso a ese desfile de colores ya medio desteñidos.

Parece el final de una feria. Todo el mundo se va y dejan el sitio hecho un asco. No sé si fue buena idea ir a la playa a esta hora ya.

Pero siguió caminando contra la corriente de veraneantes con su bolsa de plástico en una mano. Tratava de mantenerse orientada en medio de ese gentío que tan sólo le inspiraba rechazo.

Cuando llegó a la orilla, vio lo que se temía: pura carroña, desperdicios, animales errantes disputándose las sobras de esa orgía de vacacionantes. También logró ver que los últimos kioscos de comida se mantenían abiertos, así que decidió sacudirse el mal sabor tomándose cualquier cosa que pudiera encontrar. Tenía sed.

- Una cerveza, por favor.
—A la orden.
—¿Ya están cerrando?
—Cerramos en media hora.

La dependienta le dio una botella heladísima de cerveza y la modelo bebió agradecida ese líquido amargo y refrescante. Se dio cuenta de que no había tomado nada en casi todo el día. Disfrutó de la sensación fría que acariciaba su boca, su garganta, con esas burbujas que masajearan su interior y aquel efecto placebo que le traía el saber que estaba ingiriendo una bebida alcohólica.

Por primera vez se atrevió a mirar más allá, por encima de las ruinas del campo de batalla veraniego para hallarse con el atardecer. Era un crepúsculo limpio, sin nubes. La caída del sol ya

había empezado a alargar las sombras de las palmeras, los puestos de comida, los pilotes para los toldos. El cielo también ya mostraba sus primeras pinceladas de verdes y amarillos apenas tenues.

Pareciera que mientras más se llenaba de color el horizonte, más se iba vaciando la playa de aquel colorinche de personajes y muchedumbres variopintas. La dependienta se notaba cansada pero se mantenía ocupada en el afán de botar botellas vacías, guardar sillas y mesas plegables, descolgar letreros y limpiar su entorno. No era la única. Junto a ella, habían decenas de otros kioscos que comenzaban su ritual de cierre hasta el día siguiente.

El éxodo de veraneantes había casi terminado. Sólo quedaban una que otra carpa puesta sobre la arena con puntos de gentes dispuestas a no perderse una noche de verano a orillas del mar.

Ella terminó su cerveza y pagó. Se levantó, tomó su bolsa plástica y caminó resueltamente hacia la orilla del mar, evadiendo los restos de comida y basura que pocas cuadrillas de limpieza iban levantando, como sonámbulos.

Llegó al borde de la playa, donde la espuma de la rompiente dejaba estelas que se iban deshaciendo con la retirada del mar. Luego, regresaba el agua a arremeter la orilla, agresiva y tímida a la vez, hasta desfallecer en riachuelos blancos sobre la arena lisa, pulida, porosa y brillante.

La modelo se quitó las sandalias de moda y las sostuvo en su mano libre. Volteó la mirada a todos lados para reconocer la zona y así no perderse a la hora de regresar. Memorizó una palmera rota, también las ruinas de madera de lo que pudo haber sido un puesto de comidas al paso.

Levantó la vista una vez más hacia el horizonte, donde se perdía aquella inmensidad del océano. Se quedó estática en ese rincón del mundo, adivinando las ondulaciones del mar como una sábana inmensamente arrugada, intensamente inquieta, ondeando con el viento en un juego de brillos, destellos y opacidades.

Es como si fuesen muchas luces de colores. Es como si fuesen espejos.

En ese momento, ella no era ella. Tampoco estaba en esa playa de balneario de clase media. En esos instantes se dejó llevar por las modulaciones marinas, el canto de las gaviotas, el susurro del viento, el aroma de miles de profundidades que tanto la precedieron.

Este mar es el mismo que he visto en Saint-Etienne. Es el mismo mar de Cancún. Es el mismo mar del Mediterráneo. No lo puedo creer. Siento como si me llamara y no sé por qué.

Sintió entonces un frío que le inundó los pies como una caricia líquida. Eran las aguas que le saludaban con aquella timidez salada y que ella reconoció alegremente. Soltó una breve carcajada que se le quedó posada en el rostro como una sonrisa.

Volvió a ser niña, volvió a ser mujer.

Aquel primer encuentro con el mar lo cambió todo en ella en ese momento. Sintió cómo se desprendían de sus hombros innumerables pesos. Se sintió liviana, etérea, volátil. Tuvo la sensación de ser una pluma y le entraron ganas de correr, de chapotear, de zambullirse en una danza íntima con el océano.

Pero no lo hizo. Disfrutó solamente de aquella alegría sencilla que recorría su cuerpo como un cosquilleo que no podía abarcar en palabras.

Y la sonrisa no se le desaparecía del rostro. Era una felicidad abierta, mostrando entera la dentadura perfecta, el cutis terso y aún sin broncear, las facciones idóneas para una sesión fotográfica comercial. De haberla visto su agente de prensa en ese instante, hubiese convocado fotógrafos y publicistas para robarse esa hermosura intensa que muy pocas veces ella supo mostrar.

Era la belleza que traía el alivio de no tener ninguna preocupación en el mundo; la fiesta de unos ojos que no conocían de pesadez; era aquella sonrisa que brotaba de la profundidad de su propia alma, como si fuese un sol privado en su pecho el que se expandiera para hacerla tan radiante.

Él se sentó nuevamente en su cubículo. Sólo él sabía lo fácil que le era editar y corregir artículos. Podía terminar su trabajo en dos horas y luego dedicarse a matar el tiempo tranquilamente entrando y saliendo de páginas de Internet. *Cohn lo sabe, por eso no me quiere acá. Soy una mala influencia.*

A él le gustaba mucho ser la mala influencia, la mala semilla. Esa imagen de lobo solitario era lo que amaba cultivar alrededor de los confines de la redacción del diario Vertical. No obstante, a pesar de que Henry Cohn era su amigo y siempre le daba trabajo, mil veces hubiese preferido prescindir de él.

No sé hasta cuándo me durará la suerte. Aunque Cohn sabe lo agradecido que estoy, especialmente las veces en que lo emborracho para que se suelte un poco.

Henry Cohn y él eran muy distintos. El dueño del diario Vertical vivía adicto a su trabajo y era un ser responsable, entregado a la vocación del periodismo objetivo, imparcial, de la vieja escuela, utópico.

Si tan sólo fuera por Cohn, estaríamos utilizando máquinas de escribir y cámaras de rollo.

A él le gustaba romper con el anquilosamiento de la oficina. Por eso nunca tuvo un trabajo estable. Se ganaba la vida yendo y viniendo por temporadas a la redacción del diario Vertical y escribiendo artículos por encargo a agencias en el extranjero, tanto en español como en inglés. Lo único que lo salvaba de la indigencia era su frugalidad. Sabía muy bien en qué gastar y en qué no. Su único lujo era vivir solo, levantarse a la hora que quisiese y seducir mujeres con la original estrategia de ser él mismo hasta niveles caricaturescos.

Pero aquella máscara suya de desenfado ocultaba mal al poeta sensible de quién él mismo huía.

Me gusta escribir poemas para enamorar. Me salen del alma, pero honestamente son refritos reciclados del mismo poema parafraseado y vuelta la tortilla. A las mujeres les encanta y a mí me garantizan una nueva víctima. Es un genial negocio.

Me gusta la Internet porque me permite atacar primero con mis versos. Ser anónimo me permite usar tantas estrategias se me ocurran y puedo ser mucho más audaz que en la vida real. Cuando llega la hora de encontrarse con la presa, hago el remate siendo yo mismo. No hay pierde.

Sin embargo, hubo una mujer, de entre todas, quien le pareció distinta. Por más que hubiese querido refritar un poema parafraseado, le salían versos novedosos sólo para ella. Fue tanto su embeleso, que le parecía estarla creando a pinceladas; sentía como si recién estuviese inventándola como si fuese un personaje de narrativa.

Nunca sabré si me la inventé o si ya existía.

Te escribí tantas cosas. Inventé versos imaginándote caminando en veredas plateadas de riachuelos de luna. Te hice versos en los cuales te pinté fauna marina en un reino submarino en el cuál sólo tú reinabas.

Nunca me importó si me respondieras con el mismo lirismo. Mi pecho se llenaba de tan sólo escribirte. Cada pincelada que te versifiqué la cargaba de colores cambiantes; como si fuese un

arcoiris imposible. Yo no sé si te inventé o no. Sólo sé que mientras más miraba tus fotografías, mientras más me paseaba en los contornos de tu sonrisa bronceada, menos te conocía. Por eso te llené de poemas.

Te llené de poesía casi todas las noches, recuerdo; y siempre me respondiste intentado emular mis trazos. A veces te salían versos trilladísimos de lugares comunes, es cierto; pero yo sabía mirar que a través de todo aquello, hablábamos el mismo idioma.

No quiero dejar de pensar que tanto tú como yo nos entendíamos. Porque sí nos entendimos, y mucho.

Hubo veces en que sólo necesitábamos un puñado de palabras para decirnos tantas cosas. Jamás pensé poder trascender la necesidad de expresarme contigo. Pero no sé por qué ahora no te conozco.

Sé que te conozco, y al mismo tiempo me eres tan extraña, tan ajena.

En los poemas que te he escrito, me salen más que palabras y seducciones. Ambos conocemos ese mensaje ignoto que rebalsa de nuestro deseo de volvernos a encontrar.

Entonces, ¿por qué estás acá? ¿Por qué no estás? ¿Por qué me lanzaste ese trago en la cara? ¿Por qué te agredí? ¿Por qué me agrediste? ¿Por qué nos conocimos y al mismo tiempo nunca nos reconocimos? ¿Por qué eres tan diferente a mí?

Estoy cansado y no te has ido aún de acá, de mi pecho. Sé quién eres pero al mismo tiempo no lo sé. ¿Por qué tiene que ser todo tan difícil?

Todo sería tan fácil si tan sólo fueses una muchachita más, como las tantas que conozco en Facebook. Pero no. Tuve que escribirte poemas, y tuviste que responderme con ese candor que tanto te conozco. Es absurdo.

Él apagó el cigarrillo, soltó una última exhalación de humo en forma de suspiro sonoro y volvió a entrar al edificio donde estaban las oficinas del diario Vertical.

La modelo sentó sobre un montículo de arena y dio la primera mordida a la pera que sacó de la bolsa plástica. Siempre le gustó el sabor del primer bocado de la fruta. Disfrutó mucho probando aquella pulpa fresca y dulce mezclada con la sensación primera del mar.

Ella iba dando mordiscos, y se imaginaba cómo sería besar una boca así de dulce. La fragancia del viento marino le despertó una voluptuosidad que pensó haber perdido con los años, a pesar de aún ser bastante joven.

Tengo casi treinta años. No lo puedo creer. ¿Adónde se me ha ido el tiempo? ¿Qué he hecho con mi vida hasta ahora?

Acabó de comerse la pera y se decidió por el plátano. En ese instante pudo percatarse de que realmente tenía hambre. No obstante, fue saboreando cada bocado lentamente, disfrutando de la textura de las frutas, la dulzura, su frescura.

Se le antojó que ese almuerzo-cena fue la mejor idea que se le pudo haber ocurrido en largo tiempo.

La tarde seguía avanzando lentamente. A lo lejos, ella pudo ver a los últimos bañistas lanzándose al mar. Algunos ya estaban enteramente vestidos y hubo otros quienes inclusive juntaban troncos y maderos para lo que pareciera ser una fogata.

Ellos estaban bastante lejos de ella, ajenos a su existencia. Ella se alegró, de alguna manera, de estar al margen. Todo aquello le parecía un gran teatro, una película que iba gozando desde una platea privilegiada.

Entonces, supo que aquel gozo suyo era el de ser una partícipe pasiva. Más que eso, entendió

justo ahí que ella genuinamente tenía ganas de ser esos bañistas. Quería ser parte de aquel grupo despreocupado de veraneantes de clase media. Se dio cuenta de que realmente quería tener mal gusto al vestirse, quería saber qué era ser ordinario, tener un empleo común y corriente, conformar aquel colectivo de gentes predisuestas a sólo pasar un buen verano juntos.

Se miró a sí misma. Volvió a ver a los jóvenes chapoteando en el agua.

Recordó que hacía mucho tiempo que ella no compartía su vida social con nadie. Sí, era cierto que habían muchos hombres detrás de ella. Sí, estaba Wanda; estaba Juan Agüero; estaban tantas otras personas. Sí. Pero todos y cada uno representaban el rol común de seguirla a ella, interesados en obtener algún provecho. Juan Agüero ambicionaba poseer a esa mujer guapísima y subyugarla bajo su poder. Wanda sentía que mientras más cerca estaba de la modelo, de alguna manera sería partícipe del glamour aparente del modelaje internacional.

Y los hombres, los pretendientes, los aspirantes a pareja... de éstos existían tantos pelajes como coartadas. Todos —ultimadamente-, tenían el mismo objetivo: poderse encamar con esa modelo tan hermosa.

Ella aprendió a voltearles el juego muy bien desde jovencita. Parte de ello fue porque nunca supo hallarle gusto al sexo. Hacer el amor, para ella, representaba un trámite obligatorio e insatisfactorio en las relaciones humanas. Quizá, de haberse topado con un buen amante, con alguien que la hiciera llegar a cumbres incommensurables de placer, es posible que su relación con el género masculino hubiese sido distinta.

Por todo aquello, en ese instante se dio cuenta de la vida tan cargada de cinismo que estaba llevando.

Cuando todo debiera ser mucho más sencillo. ¿Por qué me gusta complicarme tanto la vida?

Y buscó la chirimoya en la bolsa para darle la primera mordida de la tarde que poco a poco se iba haciendo noche.

Leerlo a él era como meterme en su alma. Jamás sentí algo así con nadie. Por primera vez en mi vida le creí en sus mentiras. Creí todo lo que me escribía. Era como si lo tuviera enfrente mío.

Porque eran mentiras. Quiero creer que eran mentiras. Jamás nadie se me había metido tan hondo y él lo hizo tan sólo con sus emails. Cada vez que lo leía quería volverlo a leer. Yo no quería terminar de leerlo jamás. Cada vez que lo leía sentía ganas de que me abrazaran. Tenía ganas de que fueran sus brazos los que me tomaran. Nada más. Tenía sed de él. Por primera vez en mi vida quise estar en paz con alguien. Ese alguien era él.

Terminó de comer la chirimoya. Bajó la mirada, y vio su alrededor de arena salpicada de semillas y cáscaras de fruta. Abrió la botella de agua y dio varios sorbos largos, lavando todo aquel dulce pegajoso que empalagaba su boca. Luego, se pasó la lengua por sobre los labios, lamiéndolos, limpiando lo que quedaba del líquido azucarado que le quedó de su almuerzo-cena.

Me acuerdo que él me comparaba con profundidades marinas. Me hizo cosquillas pensar que mi pelo le parecían anémonas. También me dijo algo sobre el cielo de noche y mis ojos. Usaba versos tan bonitos para decir las cosas más simples. Nunca me habían escrito así. Yo creo que lo hacía porque no me conoce. La única vez que me vio fue en el restaurante, cuando le tiré el trago encima.

Yo tenía tantas ganas de verlo. Pero, al mismo tiempo no quería verlo. Tenía miedo. Tengo miedo. No quiero volverlo a ver. Pero aún pienso en él. No se me quita de la mente. Quiero saber de él, qué es lo que hace.

No. Lo que quiero es que me siga escribiendo. Quiero seguir leyéndolo, y quiero seguirme

imaginando que es él quien me abraza, aunque esté sola. No quiero que él sea de verdad. Quiero que él sea como un libro. Eso es. Quiero que sea como un libro. Que sólo se deje leer y nada más.

Se levantó y se sacudió la arena.

Pensó brevemente en volver a su hotel pero su cuerpo la llevó en dirección contraria. Caminó sin proponérselo en la orilla, dejando que la marea lamiera sus pies con su espuma. A ratos, volteaba para mirar hacia el horizonte, donde terminaba el mar, y se encontraba con los colores dramáticos de un crepúsculo que se le antojó bello.

Es como en tantas otras costas donde he veraneado antes. Pero éste es distinto. Es distinto porque es mío.

Entonces, se dio cuenta que se estaba acercando a uno de los grupos de vacacionistas tardíos. Vio que ya la mayoría de ellos estaban vestidos con jeans, camisas o camisetas. Habían acumulado sus mochilas en un montículo. Mientras tanto, dos jóvenes estaban preparando los maderos para encender un fuego.

Una chica se le acercó, caminando directamente, dando saltitos, con un rostro bronceado y risueño.

—¡Hola! ¿Tú querer con nosotros fuego?

Ella detectó rápidamente su acento estadounidense.

—You're making a fire here, right? Where are you from?

—We're from Atlanta. You?

Ella le cambió de tema rápidamente con otra pregunta.

—Do you come here often?

—We come here every summer. It's nice here.

Paz. Eso es lo que quiero. La paz de gobernar el sosiego de dormir en tu lecho sedoso de piel generosa y austera. La paz de saberme perdido en los retuécanos de tu pasión, irredentamente implacable.

Ya era de noche cuando él dio sus acostumbradas vueltas por el parque Roncesvalles. En esa ocasión decidió no aparecerse en la barra de su restaurante habitual. No tenía ganas de escribir poemas. Tan sólo quería caminar.

Y así lo hizo. Anduvo desde la redacción del diario Vertical hasta aquel parque. Durante la distancia de más de veinte cuadras, fue fumando uno tras otro, los cigarrillos baratos que le gustaba comprarse.

Lamentó no tener marihuana consigo. Eso le hubiese ayudado a flotar su caminata urbana. Aunque también asimiló el hecho de haber disfrutado su lucidez de peatón al cruzarse con el tráfico del fin de un día laboral. Veía con cierto desamparo a las muchedumbres uniformadas de oficistas esperando el transporte público, aglomerando el tránsito de automóviles y bocinas; estáticos y ruidosos.

Para él, todo aquel mundo de horarios de oficina le era totalmente ajeno. Le parecía todo un orden tan misterioso, que a veces se sentía incapaz de entrar en él, como si fuese una danza a la cual él no estaba invitado.

Pero me gusta observar. Desde las ocho hasta las nueve y media de la mañana, las calles son

un hervidero de gente. Parecen una marea de hormiguitas. Todos los días van, corren, se atropellan, se desesperan por llegar a un trabajo que les succiona la vida. Luego, como cáscaras exprimidas, regresan de noche a sus hogares, en tropelía.

¿Y para qué? Para llenarse un cheque que estrujarán hasta sacarle el último centavo, pagar endeudamientos y emborracharse los fines de semana hasta perder el sentido.

Claro, tienen sus tres semanas de vacaciones al año, y se sienten orgullosos de poderse ir a vivir una fantasía que no existe.

Y luego, ¿qué? Haber existido para comprarse más años de malvivir, aguantar un mal matrimonio, aguantar hijos, aguantar un empleo que odian, aguantar obligaciones que se someten a sí mismos porque quien no se endeuda es un imbécil.

Y viven orgullosos cada vez que sacan una American Express para endeudarse más mientras se atolondran por emborracharse con el trago de moda, en la discoteca de moda, vistiendo a la moda.

Es curioso, aquello de la moda. Viene, muere, renace. El dinero lo dice todo. Mientras más caro es algo, más atractivo es. Y claro, si esa chaqueta te costó dos días contabilizados en horas de trabajo, te tiene que gustar, aunque en tus propios cabales te repugnen esos colores y esos materiales tan asquerosos.

Al finalizar su tercera vuelta al parque Roncesvalles se fijó en su reloj de pulsera para ver la hora.

Es aún temprano.

Tomó el extremo de la calle Veracruz y caminó resueltamente hacia la avenida De Paula. Estaba decidido a perder su rumbo esa noche.

El poeta sabía que alrededor de la décima quinta cuadra estaba la calle Margarita. Ahí pululaban putas jovencitas a quienes gustaba visitar ocasionalmente sólo por el hecho de tener algo que hacer por las noches. Era una manera de mitigar su soledad.

Es eso o irme a emborrachar con mis amigos.

Aunque el asunto tampoco era tan de blanco y negro. A él no le faltaban oportunidades de llevarse una mujer a la cama. Él lo sabía de sobra. Para él, todo pudiera ser tan sencillo como levantar el auricular, marcar cualquier número telefónico y en un par de horas tendría alguna muchacha, señora o jovencita, en su cama. El trámite no era nada del otro mundo.

Pero, hacer esas llamadas conllevaba el hecho de seguir el juego de las patrañas. Tendría que fingir un juego de seducción. Tendría que empezar la actuación de ceder y conquistar terrenos. Tendría que conversar largamente con la mujer de turno, hilar palabras para retorcerlas en horquillas y amarres que pudieran enredar a su presa en un ovillo y así tenerla lista y sazónada para el banquete.

En momentos como ése, sin embargo, él no tenía ganas de hablar. Se sentía más a gusto encerrado en su mutismo, en su ensimismamiento. Por eso le gustaban las putitas. Ellas sólo hablaban lo necesario y nada más. No había necesidad de palabras, ni de juegos, ni de estrategias. Todo era tan transparente. Era una transacción en la cual se intercambiaba un servicio por un monto.

Eso le gustaba.

Prefería mil veces acostarse con una prostituta que beber con sus amigos y arriesgarse desinhibirse y llorar desconsoladamente. Para él ese momento de entrega fría y calculada le sentaba mejor que armar todo un teatro con sus amiguitas eventuales.

Lo único malo era a la hora de terminar.

Ambos culminaban la transacción como los dos extraños que eran y él acabaría más vacío y solo que nunca.

Todo eso le vino a la cabeza ni bien avistó a las primeras muchachitas en minifaldas y tops de colores vistosos. A algunas se les notaba la piel bronceada de haber aprovechado el verano para irse a la playa. A otras, no obstante, se les veía descoloridas, pálidas, ya que al trabajar de noche y dormir de día, asolearse se convertía en un lujo más que un placer.

Es extraño cómo fingen estar felices acá, riéndose entre ellas y bromeándose con los clientes. Cada una de ella tiene una historia de maltratos, abusos y demás. Me dan pena, pero también me excita la idea de quedarme con ellas. Esa de la minifalda blanca tiene un culo espectacular. ¿Tendrá novio? ¿Quién sera su caficho? ¿Tendrá hijos?

—Hola, mi amor. ¿Quieres salir?

—¿Estamos de fiesta esta noche?

—No, mi corazón. Estoy trabajando. Vamos, ¿qué dices? Te la chupo bien rico, papi. Mira cómo están mis tetas. Ven, vamos al hotel.

Para tus ojos sólo me bastan los pixels que te revelan tan de oasis. Aún no existes en mi nocturnidad y quisiera tanto cerrar los míos, como quien saborea lo que quedó del beso; como quien espera morir en el patíbulo de tus labios.

—Who's your friend?

—She was walking by the beach.

—Nice to meet you, I'm Matt. Join us. We're making a fire here.

Ella respondió agradecida con una sonrisa. Aún no se le borraba la alegría de haber sentido el mar en sus pies. Le gustaba la sensación de cosquillas que le daba la arena en sus pies descalzos.

—How many of you are here?

—We're eight. We love this place. Do you come here often?

—No. It's the first time I visit.

—You're gonna love it. We're staying at this beach house not far away. Maybe you can join us later.

—Thank you. I'd love to.

—Where are you staying?

—I'm at a hotel nearby. It's not too shabby.

Un muchacho de cabello castaño y largo estaba soplando las brasas que empezaban a encenderse. Tenía el torso desnudo donde se notaba una barriga creciente deformando lo que pudo haber sido antes una musculatura sólida. Llevaba puesto unos jeans raídos y recortados hasta la rodilla.

—That's David. He's our master pyromaniac.

Una chica de cabellos cortos y rubios sacó una armónica de su bolso de tela y empezó a tocar los acordes de un blues. Se le notaba mucha experiencia a juzgar por su concentración musical. Las ondulaciones suaves y seductoras de esa melodía sin palabras fue el marco perfecto para aquella escena.

La modelo se sentó frente al fuego que empezaba a crujir los maderos. Los demás muchachos y

muchachas hicieron lo mismo. Algunos se mantuvieron callados, mientras otros cuchicheaban entre ellos comentándose chismes de su vida en Atlanta.

El sol ya estaba casi cortado la mitad del horizonte, arrojando los últimos destellos de rojos y ámbar agonizantes. Era un espectáculo que ella no se esperaba. Hasta ese momento, su única ilusión era la de pasarse esos días sola, deambulando por una ciudad donde nadie la conociera.

No obstante, le gustó la idea de ser parte momentánea de ese grupito alegre de jóvenes extranjeros, como ella. Ese compartir con personajes ajenos a su vida regular le dio un impulso para liberarse de sus mecanismos de defensa. Ellos no la conocían, por ende, podría desaparecer en cualquier momento y no habría ninguna diferencia.

Pero la modelo no quería desaparecer.

Ella quería seguir disfrutando de la tarde que aún no era noche, de la música, del fuego, de toda aquella jovialidad anónima.

El fuego creció mucho más rápidamente de lo que todos esperaban y cuando el calor se hizo más fuerte tuvieron que alejarse, sentándose unos pasos más atrás. Aún así, la chica no dejó de empalmar melodías de blues una tras otra.

—Have you brought the marshmallows?

—Oops!

—C'mon! You always keep forgetting our stuff! I can't always think of everything, can I, Nancy?

La modelo se rio de aquella pequeña trifulca tan sencilla y tan cotidiana. Hacía mucho tiempo que no saboreaba algo tan simple y tan auténtico.

Aunque recién los estaba conociendo en ese instante, ellos la hicieron sentirse mucho más que bienvenida. Le preguntaron sobre qué era lo que hacía, a qué se dedicaba, y cuidaron mucho de no ir más allá de mera conversación banal.

—I've seen your face before.

—Of course you did, she's a model, didn't she just say that?

—What brands have you worked for?

—I can't tell you that. I'm sorry.

—I think she's in that ad campaign for these eyeshadows in those magazines you like to buy...

—Ha! Yeah, right! And you like to read them too. I've seen you.

—I keep forgetting to bring my own.

—Aw! Shut up!

Todos estallaron en risas.

Ya era de noche. A lo largo de la costa se veían las luces de algunas casas de playa y de los condominios construidos en épocas más recientes. No obstante, éstos se hallaban bastante alejados de la orilla, dejando un espacio amplio para que los bañistas de todos los colores y orígenes clasemedios pasaran sus veranos.

Ése era el único fuego de la noche.

Ella recordaba las cenas de playa a las que le solían invitar en otras costas más exclusivas. Eran mesas decoradas exquisitamente, iluminadas con antorchas y farolas. Asistían fotógrafos, modelos, modistas y empresarios, todos vestidos de blanco, brindando con cocktails servidos por meseros bien trajeados y silenciosos. Aunque los anfitriones intentaban siempre crear un ambiente acogedor, a ella le parecía demasiado incómodo y tirante el asistir a esos eventos que la obligaban a mostrarse amigable con personas a quienes detestaba. También se sentía escarncida. Era un ir y venir de fantoches; una mascarada que a menudo la dejaba con un mal sabor de boca.

Al final de aquellas cenas, siempre era Juan Agüero quien se ofrecía a acompañarla de vuelta a su hotel con la vana esperanza de que ella lo aceptara en su habitación.

Cometí el error de encamarme con él una vez. Ya no me lo pude sacar más de encima. ¡Qué pesado se pone a veces! Pero, es cierto que le tengo aprecio. Además, si no fuera por él, hace tiempo que no tendría trabajo.

Ella no se dio cuenta de que había estado demasiado tiempo silenciosa, absorta en sus recuerdos. El fuego ya estaba consumido en su totalidad y la falta de licor y bocadillos hizo que los muchachos anduvieran inquietos. Se les notaba con ganas de divertirse y trasnochar.

Entonces, casi como poniéndose de acuerdo tácitamente, se levantaron todos.

—Do you wanna come with us? We're having a small party at our beach house. Nothing fancy. Just a few drinks and a few smokes. Whaddya say?

Me gusta sentir el calor de tu sol nocturno en mi pecho. Es como cuando paseas por entre mis jardines otoñales, cargando el crepúsculo; como acunándote entre inspiraciones auríferas y susurradas. Me gusta el suspiro de la noche que me desvela estatuas, recorriendo senderos constelados y tuyos.

Ambos transaron el precio y caminaron a un hotel que estaba a la vuelta, en una calle mucho más solitaria pero sorprendentemente limpia. Él también pagó en recepción y le dieron las llaves de la habitación 103. Como era primer piso, sólo les tomó pasar por un vestíbulo.

Se notaba que ésta había sido antes una de esas casas republicanas grandes, construidas para albergar a una familia numerosa. No obstante, las condiciones ingratas del pasar de las décadas cambiaron su propósito original al dividir ambientes, derribar paredes, causándole una metamorfosis a contranatura.

Era aún temprano. Se notaba que el hotel estaba vacío aún, lo cual lo reconfortó un poco.

Ahora no sé lo que hago acá. Eres un sentimental. Te sentías solo, eso es lo que pasa. Pero ya estás acá. No te queda de otra.

Entraron a la habitación 103.

—Desvístete. Voy un rato al baño.

El poeta se fue quitando la ropa lentamente, como un autómatas. Realmente se sentía perdido en aquel lugar. Era como si él fuese otra persona en otras circunstancias.

Podría escribir sobre esta escena en particular. Escribir algo así de cómo uno siente esa extrañeza de llegar a un sitio impulsado por el deseo y al mismo tiempo ya no reconocerse a sí mismo. Ahora yo me siento ciego, como si fuera un maniquí. Es absurdo. Debo apuntar esto. Sólo espero recordarlo cuando llegue a casa.

—¿Ya? —exclamó la muchacha desde el baño.

—Ya casi. ¿Cómo te llamas?

—Brigitte. Ahorita salgo.

Él se tumbó boca arriba sobre la cama, levantando los brazos y doblándolos detrás de su nuca para darse apoyo. A su derecha tenía una mesa de noche y a la izquierda estaba un espejo justo a la altura de la cama. Ahí pudo verse desnudo.

Por más que lo neguemos, todos nos vemos ridículos sin ropa. Mis piernas son demasiado flacas. Tengo demasiados pelos en todos lados.

Brigitte salió del baño, también desnuda. Había doblado su ropa y la llevaba en la mano.

—Págame primero.

Sacudió de su mente sus pensamientos previos. Se levantó de un salto y sacó la billetera del bolsillo de su pantalón. Se fijó que éstos eran los últimos billetes que cargaba consigo; los contó, y se los dio a Brigitte.

—Muy bien. Échate.

Se fijó en el cuerpo de ella, mientras buscaba en su bolso. Era de una estatura mediana, con una fisonomía de curvas cansadas, como él la llamaría. Los senos los tenía caídos, con unos pezones grandes y morados, llenos de estrías. Su abdomen delataba uno o dos embarazos previos, pero no se notaba ninguna cicatriz en el vientre. Pudo notar que ella tenía unas piernas bien marcadas, fruto de montar diferentes hombres cada noche. También vio que aunque las nalgas de esa mujer eran esencialmente duras, las tenía marcadas de celulitis.

Máximo, tendrá sus treinta años. No le echo más.

Brigitte se volteó hacia él. Llevaba un condón en una mano y un tubo de lubricante en gel que dejó sobre la mesa de noche. Con una maestría dictada por la costumbre, ella sacó el profiláctico de su empaque de una sola mordida. Mirándolo a los ojos, ella posó su mano sobre el pene del poeta, el cual quedó erecto de manera casi inmediata.

Él ya no era dueño de sus pensamientos. En ese momento, quedó a merced de ese ritual hipnótico y vulgar que aquella prostitua le ejecutaba.

Con un movimiento rápido, exacto, frío y casi quirúrgico, Brigitte le colocó el condón con la boca. Él apenas se dio cuenta de todo un corto rato después, cuando sintió ese calor húmedo de su boca aprisionándole el pene, apretando y aflojando con cada ondulación oral.

No cerró los ojos, sino volteó hacia el espejo. Se vio a sí mismo, ridículamente desnudo, con aquella mujer succionándole su hombría, subiendo y bajando la cabeza de manera rítmica y ensayada miles de veces. A pesar de verse tan absurdo, la excitación de verse como un extraño lo hizo sentirse más erecto aún.

Ella entonces levantó la vista y avanzó de rodillas por encima de él hacia la mesa de noche. Tomó el tubo de lubricante y aplicó un poco a su vagina lampiñamente afeitada.

Volvió a dejar el tubo en su lugar y se dejó caer lentamente sobre la erección del poeta. Él pudo sentir el calor intenso de la cavernosidad pulposa que Brigitte le proporcionaba. Ella dejó escapar un leve suspiro que pudo haber sido confundido con una exhalación resignada.

Aunque él se lo sabía todo de memoria, decidió dejarse llevar por esa mundana excitación del sexo transaccional. Y ella sabía muy bien su labor de lograr su objetivo de manera rápida. Onduló sus caderas, apretó aquellos músculos internos, buscó apoyo sobre los hombros de él y empezó a cabalgar de manera mecánica y salvaje.

Él miró al espejo nuevamente. Vio ambas pieles fusionándose en una contorsión de redondeces. Brigitte tenía la mandíbula apretada, concentrándose en lograr que él eyaculara lo más pronto posible. Se podría pensar que ella se hallaba ausente de aquel lugar y que su cuerpo efectuaba esa actividad con una autonomía dictada por la costumbre y la necesidad.

Aquel ir y venir de la cabalgata de ella hacía sonar los muelles de la cama. Era ese ruido el que se sumía más y más en una vorágine que acabó cuando él dejó escapar una exhalación sonora, al mismo tiempo que sintió el calor de su semen llenar líquidamente el condón.

Ella soltó una ligera carcajada, se desmontó, estiró las piernas y sacó un rollo de papel de baño. Se dedicó a limpiarlo meticulosamente, sin decir ni una sola palabra, como si aquel acto

jamás hubiese ocurrido.

Para él, todo volvió a cobrar su justa dimensión y su color real. Era como si los eventos de unos minutos atrás hubiesen sido tan sólo un sueño, un devenir de irrealidades. La vulgaridad de ese cuarto, la cama vieja, el espejo de bordes toscos, la mujer desnuda y con visos marchitos, todo aquello acentuó el vacío que dejó su eyaculación.

El poeta ya no tenía nada qué ver con Brigitte. Tan sólo quería que ella se fuera lo más pronto posible.

—Cuando termines, puedes irte. Quiero quedarme acá.

—Está bien.

Ella se vistió en silencio, se pasó un cepillo por los cabellos, se retocó el maquillaje, y salió sin despedirse.

Él cerró los ojos por un largo rato, sintiendo cómo su cuerpo iba enfriándose.

Prefiero la soledad de este cuarto que la soledad de mi apartamento.

Se arrepintió de haber gastado su dinero tan banalmente. En medio de ese vacío que le corroía el cuerpo, logró atisbar aquello que realmente le molestaba; esa historia inconclusa que no lo dejaba en paz.

Si tan solo hubiese sido otra muchachita más, genial. Pero no. Tuve que enamorarme de ella. Mejor dicho, del fantasma que creí que era ella. Me enamoré de una quimera. Eres un idiota.

Girasola de viento y pradera; te pareces a un navegar de miradas a la deriva. En esta hora descalza, transcurro un sendero que me trae subterfugios fragantes de ti. Cada excusa es perfecta para enamorar guirnaldas, como volver a lo ignoto del tiempo antes del beso; aquel que aún nos evade.

—Here we are. Make yourself at home.

Todos se acomodaron en una sala amplia de ventanales con vista al mar. Se notaba que era una casa grande, espaciosa, la que ellos habían alquilado en conjunto por la temporada. En el centro había una una consola con muchos audífonos conectados.

Una chica llegó a la sala empujando una nevera portátil donde habían latas y botellas de cerveza enterradas en hielo. El muchacho que había armado el fuego fue el primero en desaparecer con el pretexto de irse a duchar.

Aunque le habían dicho cómo se llamaban ella los olvidó por completo. Para la modelo, los chicos eran rostros solamente. Los nombres carecían de significado porque ella tan sólo los identificaba con la personalidad encantadora y anónima de vacacionistas festivos. En el mundo real, cada uno pudiera ser abogado, dependiente de tienda, policía, estudiante de arte, o lo que fuesen. Pero, era interesante ver cómo las personas se pintaban de acuerdo al papel que desempeñaban en un balneario donde nadie los conocía.

El común denominador de todos ellos era la soltura con la cual vivían ese verano. Era algo que se podía ver en los hombros, según pudo apreciar la modelo. En la ciudad, la gente tiene la tendencia a andar con los hombros levantados, tensos, agrandados. Acá, no obstante, la mayoría de personas los llevaba caídos.

Lo mismo sucedía con la ropa. Aquel desparpajo veraniego no conocía de pretensiones o afanes de impresionar. La comodidad era la premisa en esas circunstancias; algo que a ella le

había evadido por varios años en su mundillo donde las apariencias son imprescindibles.

Primero, te ves bien. Después ves si estás cómoda o no. ¡Qué ganas de perder mis preocupaciones con estos muchachos!

Aunque al principio la habían acogido a ella como una novedad, ya en la casa el grupo de extranjeros seguían manteniendo conversaciones que le eran ajena. Al mismo tiempo, ella hablaba muy poco, más atenta a observarlos, sonriente y entretenida. Se dio cuenta de que disfrutaba más siendo espectadora que partícipe, conociendo de antemano que no era parte de ellos sino tan sólo una invitada circunstancial.

Pero, gozaba mucho de esa compañía, porque a pesar de que todos ellos hablaban sobre temas y chismes de gente que conocían en Atlanta, la modelo compartía esa energía vital que la hacía disfrutar mucho más de los sorbos helados de su cerveza.

Al principio, le sorprendió que ninguno de los varones del grupo le quisiera abordar. Ella estaba más que acostumbrada al hecho de ser el objetivo a conquistar del galán de turno.

Ella se sabía bella, provocativa, y disfrutaba el hecho de serlo porque ello le confería un aura de poder por sobre los hombres. También estaba cansada de serlo.

Quizá pudo haber sido ésa la razón por la cual se sintió tan a gusto con los muchachos de Atlanta. Nadie tenía intenciones de ligársela. Es decir, no habían motivos para estar a la defensiva. No tenía ninguna necesidad de levantar murallas en torno de sí misma.

Su silencio no tenía nada que ver con algún sentimiento antisocial. Su mutismo era aquel de quien se siente a salvo, con una sonrisa de contentura que no era muy común en su rostro.

Si me viera Juan Agüero, no me reconocería. Qué bueno. Pobre Wanda. ¿Qué estará haciendo? ¡Qué importa! Estoy acá y eso es lo que importa.

Pero había algo que le intrigaba mediante iban pasando los minutos que casi se iban convirtiendo en una hora. Sentía curiosidad por esa multitud de audífonos, todos conectados a un mismo equipo. Creía saber para qué era aquello pero no tenía el valor de preguntar.

Esperaré a la próxima cerveza, a ver si me atrevo.

Fue en el tiempo de las amapolas cuando conjuré los primeros poemas a tu aparición de carruaje plateado. Era hermoso seguir el sendero de tus enjardinamientos, embebido en la solilancolía de saberme perdido en tu esencia. Ahora, con aquel sol nocturno que yaces entre mi pecho y la aurora, hago como quien arrulla la espera de tus labios en mis poemandanzas más secretas.

Pero vino la siguiente cerveza, la cual se bebió casi en silencio con esa contentura de hallarse en un remanso donde pudiera relajarse y sentirse en paz. Por primera vez en mucho tiempo se dio el lujo de no ser elocuente, de no decir aquello que los demás esperaban. Sencillamente, se dedicó a sonreír aquella calma suya y repentina y acabarse esa botella.

No obstante, llegó al punto en que las ganas pudieron más que el pudor y le preguntó a David, quien estaba a su lado.

—What are all those headphones for?

David echó una breve carcajada y le dijo.

—It's for dosing. Do you know the i-Doser thingy?

—But, of course! I use it all the time back home. I just forgot my iPod, so I can't load up.

—Well, we do it here in groups. It's a hell of an experience, I tell ya'. Hey, guys! She's into dosing too! How about we plug in a round?

Todos voltearon con una sonrisa y un entusiasmo de cómplices. Casi como si estuviesen coreografiados se sentaron en el suelo algunos y otros se desparramaron en los sillones.

Una de las chicas trajo la consola hacia el centro de la sala y repartió los audífonos entre todos. Sobraron tres aditamentos, los cuales quedaron colgando encima de la mesa de centro.

—Tonight we're going to enjoy the Happy Tree Rite.

Una vez que todos en la sala estaban acomodados y bien conectados, la chica puso una pista en Play. Inmediatamente, empezó el sonido tenue de un pitido en modulación baja, como si fuera un rumor de tierra. No era aquella frecuencia aguda que se acostumbraba por lo general en las dosis de drogas binaurales. Ésta empezaba con una vibración casi palpable, que le dio escalofríos a la modelo pasados los cinco minutos.

Ella respiró hondo, como solía hacerlo con sus dosis regulares y se dejó fluir por el efecto de las ondas sonoras que trabajaban en su cerebro para darle un viaje alucinógeno y sensorial. Lo primero que vio fue un color amarillo intenso que empezó como un punto a la distancia y que iba creciendo conforme la vibración del bajo aumentaba. Todo en su interior se volvió amarillo hasta que éste mismo se disolvió en una oscuridad que la hizo sentir que caía en el vacío.

Casi al momento de llegar al final de esa caída pudo notar que ya no estaba en la sala. Se encontraba en una pista de baile con el grupo de extranjeros acompañándola. Ella sabía que eran ellos pero sólo pudo vislumbrar sus siluetas de tonos distintos. Algunos eran violetas, otros eran azules; hubo uno que estaba de un verde oscuro mientras que otro se mantenía inmóvil y de un blanco traslúcido.

¿Es éste acaso el mundo feliz?

A través del pitido del i-Doser, pudo notar que sonaba una música repetitiva y de toques obviamente electrónicos. Reconocía la tonada pero no recordó cuál era.

Vio las sombras de sus acompañantes bailar en ese círculo de luces y colores. Ése no era un salón de baile. Era un universo paralelo que ellos mismos habían creado a voluntad y que mantenían como un reducto para escapar de su realidad.

No importaba si estuviesen en este balneario de clase media, en la casa alquilada, en Atlanta, o en cualquiera de sus viajes en grupo. Ellos mantenían una comunión mutua en aquel mundo creado en sonidos binaurales. Los muchachos habían descubierto un reducto dónde encontrarse más allá de la vida física misma y la modelo pudo darse cuenta de que aquello era el comienzo de algo mucho más profundo.

Si ellos pueden crearse un hogar lejos del hogar, ¿por qué yo no?

Él no se percató cuánto tiempo estuvo durmiendo hasta que fue despertado por los golpes en la puerta.

—Señor, ya pasaron cuatro horas.

—Ya salgo.

Se enderezó para encender la luz del cuarto. Se frotó los ojos para acostumbrarse al cambio de iluminación.

Vio a pobreza de aquella habitación del hotel. Tomó sus ropas y se vistió con desgano. En el suelo estaban regados los trozos de papel de baño arrugados junto a sus zapatos. Tuvo la tentación de verse a sí mismo mientras se iba vistiendo pero el ángulo del espejo sobre la cama no se lo permitió.

Ésta es la parte que más detesto de toda esta farsa. Levantarme e irme. Podría contratar a otra chica... ¡Bah! No tengo la plata; y si aún la tuviera será por otros cuantos minutos. Mejor me compraría un trago con aquello. Hablando de tragos, en casa creo que tengo alguna botella. No sería mala idea pegármela.

Se dio cuenta que la habitación no tenía televisor.

Igual, nadie viene a estos lugares a ver su telenovela. Aunque estuve en sitios donde ponen películas pornográficas. No son malas pero son tan repetitivas.

Terminó de atarse los zapatos. Se levantó de la cama, abrió la puerta y salió hasta el recibidor donde entregó las llaves, le devolvieron su documento de identidad y se adentró en aquella calle solitaria y limpia.

Ya era de madrugada. Se notaba en el silencio de la ciudad. Dio la vuelta a la esquina y se cruzó con las mismas putitas de siempre, alegres ellas en su andar, disputándose los clientes que aparecían a pie o en automóvil.

Siguió caminando derecho, pasando más cuadras, más negocios cerrados, letreros luminosos y los pocos deambulantes nocturnos.

Me gusta ver la ciudad de noche. Si pudiera, me dedicaba a vivir sólo de noche y nunca de día.

Pero él ya lo había hecho antes, y muchas veces. Se pasaba meses despertándose a la hora del atardecer y se quedaba trabajando, leyendo, escribiendo hasta que llegaba la aurora. Ahí aprovechaba para cenarse un desayuno e irse a dormir como vampiro.

No obstante, ese orden llegaba a cansarle también. Entonces, se conseguía una excusa para levantarse a horas humanas y laborables. Para ese propósito se buscaba algún empleo, algún puesto en el diario Vertical o trabajitos esporádicos y mercenarios para publicaciones de dudosa procedencia, pero que le pagaban bien a costas de una esclavitud de diez a doce horas de redacción continua.

Pasados algunos meses, le tocaba mirarse al espejo un día y soñar con poderse dedicar a dormir de día y vivir sólo de noche.

Ni yo mismo me entiendo.

Y la caminata nocturna por la ciudad le trajo cada vez más cerca del parque Roncesvalles. Dio sus acostumbradas tres vueltas mientras se fumaba un cigarrillo y se preguntaba a sí mismo si tenía apetito o no.

Me podría preparar algo para comer o quizá podría dormir.

Aunque él mismo sabía que lo primero que iba a hacer sería abrir su laptop y entrar a su cuenta de Facebook. Ese fue su pensamiento ni bien puso la llave en el cerrojo de su puerta.

Pensado y hecho, él se acomodó sobre el sillón mientras cargaba su perfil de Facebook. Durante los minutos en los cuales la laptop ronroneaba sobre su regazo buscó el control remoto para distraerse viendo algún programa en el servicio de televisión por cable conectado ilegalmente.

Cambiaba de canales pasando por intervalos de treinta segundos; el tiempo suficiente para reconocer lo que le gustaba con lo que no le apetecía.

Telenovela, Bridget Jones, documental, publicidad, desodorantes, Superman, Bridget Jones, Hulk, Bridget Jones, Spiderman, Magic Cooker 3000. Desastres naturales de la CNN. Interesante. En todos los canales hay superhéroes pero en las noticias no aparece ninguno. Cambiemos. Documental, cocina, Bridget Jones... no me jodan...

Dejó la televisión en un canal de música pero apagó el sonido. Decidió que mejor compañía le hacían los colores en luces brillantes que escuchar canciones de moda. Volvió la vista a la pantalla de su laptop, levantó las piernas y las cruzó.

En ese instante para él ya no existió su experiencia previa de hotelero con prostituta. Vio las actualizaciones de sus amigos una a una, ojeándolas como si hiciera un zapping en un índice de cuáles historias le parecían más interesantes que otras.

Vio algo que le llamó la atención. Su amiga Melissa había colgado un clip sacado de su video-blog. Ella no era mucho de compartir sus creaciones con los amigos de Facebook, pero esta vez sí lo hizo. Así que él no tuvo otra opción que dejarse llevar por la curiosidad y hacerle click a la ventanita que se convirtió en pantalla de video en miniatura.

Ahí estaba Melissa, usando espejuelos, y abriendo un regalo. Se le notaba emocionada porque dentro de esa caja había un teléfono celular. Pero no era cualquier teléfono. Un admirador de ella se lo había enviado por FedEx para que ella lo llamara de regreso. Melissa, con toda la emoción de sus veintiún años, encendió el aparato y llamó de vuelta a su amigo remitente, agradeciéndole en vivo y ante la webcam su regalo tan extraño y novedoso.

El video duró tan sólo tres minutos. En aquella brevedad de tiempo Melissa proyectó la ilusión de recibir el obsequio de la intercomunicación. Y utilizó su muro de Facebook como una plataforma para comunicarle al mundo su felicidad. Es decir, ahí hubo tres niveles de comunicación en un sencillo video de un simple blog de una muchacha que podría haber sido anónima desde su sala en St. Louis, Missouri.

Él cerró aquella ventana de video con una sonrisa y siguió bajando la barra de desplazamiento. Llegó hasta los anuncios mecanografiados de su amigo Gustavo Torres, siempre con su ortografía impecable en el papel escaneado por su novia.

Hay cada loco con suerte. Gustavo es un gran ejemplo de un tipo afortunado. Tiene una reliquia de Remington que yo ya quisiera. Tiene una mujer fenomenal. No sé en qué trabaja, y no me importa. Es genial emborracharse con él.

Recordó con una breve carcajada la vez en que bebieron tanto vodka entre los muchachos, que Gustavo se fue corriendo a la habitación de la máquina de escribir y redactó los ingredientes de varios cocteles en inglés y en español.

Así de raro es. Pero todos lo queremos. Y nunca se toma fotos, el muy bruto. Cada loco con su tema.

No se dio cuenta cuándo fue que la modelo empezó a bailar. Ella misma pudo percatarse que sus movimientos no eran físicos. Más bien, se sentía en un ondular de luminosidades y oscuridades en su existencia. En aquella discoteca virtual hecha de sonidos ella sabía que no estaba en ningún lugar tangible.

La modelo ya no era testigo de los demás. Sintió que era parte de ondas moduladas al unísono. Quiso observarse a sí misma y se vio hecha de una luz púrpura incandescente. No reconocía su cuerpo pero eso ya era lo de menos. Ella era el vibrar, era la música, era las otras corporalidades luminosas, como si todos fuesen una sola marea.

También vio que no sólo ellos eran aquel grupito de veraneantes en ese balneario de clase media. Habían miles de personas alrededor. Ahí entendió aquella máxima de conocimiento que Thalía, su instructora de yoga, le había repetido una y otra vez: que todos somos gotas de agua, y como tales, las gotas de agua se juntan en el mar para crear las mareas. *Ninguno de nosotros es diferente a una gota de agua, y todos fluimos en olas gigantescas del océano.*

Ella entendió en ese rito multitudinario que no estaba sola. Jamás lo volvería a estar.

Sí; esencialmente, más que *estar* sola, ella *era* sola. Pero también estaba rodeada de otros individuos, de otras tonalidades de luz, de otras existencias, fluyendo, creciendo, descendiendo, ondeando y cayendo; y elevándose nuevamente con la música repetitiva, veloz y suave al mismo tiempo.

No importa lo que esté buscando. Al final, no estoy buscando nada. Me tengo miedo a mí misma.

Y con esa realización decidió abandonarse al placer intenso de ser parte de un orden más grande del que ella jamás hubiese conocido antes. En medio de aquel dejarse ir fue consciente de su propio cuerpo, de su respiración, de sus manos, de sus brazos, de sus piernas, de la brisa que corría a través de la sala, de la respiración acompasada de los demás muchachos tumbados en la sala, del ronroneo de la consola. Pudo sentir que existía ahí mismo; en ese preciso instante y en ese lugar. Tuvo la lucidez de mantenerse danzando en aquel universo virtual que le ofrecía el Happy Tree Rite del i-Doser y también de sentir ese calor agradable que empezaba a emanar de su pecho y que se iba expandiendo hacia todos los confines de su cuerpo.

Lo que comenzó como un paseo sin rumbo que la llevó a encontrarse con el mar concluyó en un viaje binaural insólito y revelador.

Aquel pitido de tonos bajos empezó a decaer en intensidad poco a poco. Los colores se fueron difuminando en una luminosidad amarilla que volvió a contraerse en un puntito a la distancia. De una manera gradual, aquella sesión fue llenándose de silencio hasta que se detuvo completamente.

Algunos muchachos se mantuvieron echados un largo rato más. Otros se fueron desperezando en desorden, levantándose y estirando las extremidades.

—That was sweet, huh?

La modelo volteó hacia donde le hablaba un muchacho de piel negra.

—Yes. It was cool.

—Powerful, that's what it is.

—Yeah. True that.

—Could you see us there? We saw you there.

—Oh, yeah. We saw her there, ain't it sweet?

La misma chica que trajo la neverita portátil volvió a abrirla y a repartir cervezas alrededor de los muchachos. El chico negro se levantó y puso un CD de rock alternativo de los noventas mientras que se despertaban los últimos rezagados del i-Doser.

Pero la modelo sintió que tuvo suficiente por aquel día. Pidió que le dijeran cómo regresar hacia el poblado, a pesar de las protestas casi al unísono de los muchachos. Ellos le hicieron prometer que volverían a encontrarse antes de que ella se regresara a su ciudad. Ella jamás estuvo más segura de cumplir su palabra como aquella noche.

Salió de la casa. Afuera corría un viento fresco de verano. La modelo pudo contrastar el silencio de la noche con el ruido que había dentro de la casa alquilada.

Mientras caminaba rumbo a la avenida principal, el estruendo de guitarras eléctricas fue haciéndose cada vez más y más tenue hasta perderse entre los murmullos de aquel poblado dormido.

Aquí estoy, sola de nuevo. ¿Qué hace que la gente venga a vivir a lugares como éste? ¿Por qué me he ido a vivir yo a la ciudad? ¿Qué hace que uno escoja el tipo de vida que tiene? ¿Puedo escoger vivir de otra manera?

De esa calle marginal dio vuelta a la derecha y tomó la avenida principal. Los negocios ya habían cerrado horas atrás y lo único que mantenía viva a aquella población eran las fiestas que se repetían ocasionalmente cada ciertas cuadras.

Hace meses que no llamo a mis padres. No sé por qué me tengo que acordar de ellos ahora. Ellos no querían que yo tomara esta vida. ¿Qué será de mi hermana? Carla siempre fue más estudiosa, se sacaba mejores notas, salía a menos fiestas.

Ella cruzó a la vereda de enfrente, casi segura de que estaba a pocas cuadras de su hotel. Sentía prisa por llegar a su habitación. Quería ducharse, sentirse limpia y echarse a dormir. Lo que quería era escapar de sí misma, de la miríada de pensamientos que la tomaron por asalto en aquel trayecto hacia su hotel.

Ninguno de mis familiares conoce cómo vivo. Están a millones de kilómetros de mí y miles de años lejos de mi existencia. Ellos ya no existen para mí y yo no existo para ellos. Claro, a veces me llaman y a veces yo los llamo. Pero sólo es para saber si estoy viva o no. Nada más. Es lo mismo con ellos. No extraño nada.

Nunca lo conocí bien a mi papá. Yo más me la pasaba con miedo a mi madre, a que me castigara, a que me dejara encerrada en ese clóset grande y oscuro, a que se olvidara de mí. Habían arañas en ese clóset. Una vez, entramos con Carla para buscar bolsas para el mercado y vimos una araña gigantesca salir de ahí. Las dos gritamos, y mi madre nos hizo regresar para sacar las bolsas.

Mi papá venía un día sí y otro día no. Algo entendí de que él era vendedor. ¿Vendedor de qué? Nunca lo supe. Ahora no me importa. Mis padres viven juntos pero es como si no lo fueran. En verdad, tampoco me importa. Me siento más viva lejos de ellos. No hay nada que me ate a su vida. Carla, en cambio, los sigue viendo.

La dulce Carla, siempre has sido cebo de sacrificio. Te quedarás de vieja cuidándolos y ellos no te han dado nada. ¿Cómo vives ahora? ¿Con quién vives? ¿Te casaste? A veces me recuerdas a Wanda.

Wanda, a veces eres como mi mamá y a veces eres como un sustituto de mi hermana. No vives ni dejas vivir. En el fondo creo que me tienes envidia, Wanda. ¿Por qué no eres más alta, Wanda? ¿Por qué no bajas de peso, Wanda?

Y, sin embargo, yo soy la que está sola. No estoy sola. Soy autosuficiente. Eso es. Tengo casi treinta años y no sé lo que es el amor. El amor. ¿Qué es eso? ¿Es necesario el amor? Sólo me acuerdo de ese novio colombiano... ¿Cómo se llamaba? Franco. Se llama Franco. Pobre. Aunque él mismo se fue también. Se fue y nunca más lo volví a ver. Mejor. Él no era más que un arrastre para mí. Nunca me sentí a gusto en esa relación.

A decir verdad, nunca me he sentido a gusto en ningún sitio. Hay algo que me falta. ¿Qué es lo que busco? Esa señora, esa gitana tiene la culpa. Tan feliz que yo estaba... pero... ¡Coño! ¿Qué es lo que estoy buscando?

Aún se siguió repitiendo esa misma pregunta cuando llegó al hotel, pasó por recepción y le dieron la llave de su habitación. Se metió directamente a la ducha, ensimismada en aquella reiteración sin sentido sobre incógnitas que jamás se había planteado antes.

El poeta ingresó al perfil de otro amigo suyo en Facebook, y se puso a revisar las fotos de un encuentro que tuvieron el año pasado. Era una parrillada donde hubo más vino que carnes y de la cual no recordaba mucho ya. *Habíamos tomado demasiado esa vez. ¡Qué brutos! Hasta ahora no me acuerdo cómo fue que llegué a mi cama.*

Hace ya varios años que tengo esta cuenta de Facebook y me la he pasado agregando conocidos y amigos como si fuese un coleccionista. Tener un perfil acá y tenerlos coleccionados en un listado me ahorra el trabajo de tener que llamarlos por teléfono. Si quisiera saber qué fue de su vida sólo es cuestión de hacerles click y ver sus fotos o sus actualizaciones.

Qué distinto es todo ahora, caramba. Pero mientras más estamos conectados, menos nos hablamos. Mi amigo Berto, por ejemplo. Le veo viajar por medio mundo. Nos muestra sus fotografías. Pero hace tiempo que no nos llamamos por teléfono. Ya hasta he olvidado cómo es su voz.

Vio entonces que un colega suyo, periodista independiente, se encontraba de visita en la ciudad. Anunciaba en el muro común que se iría a quedar unos veinte días y que ese mismo sábado estaba organizando una reunión bebible para todos sus compañeros de andanzas.

Él rápidamente aprobó el comentario y escribió que también asistiría a tal magno evento.

El gran Francisco Gómez. Es otro muchacho que se la pasa actualizando su vida acá. Tiene la suerte de vender bien sus artículos y fotos para France Presse. A ver si en una de éstas me da un contacto por ahí. No me caerían nadita mal unos cuantos cientos de dólares como a él, aunque no sé si a los chicos de esa agencia les guste mi portafolios.

Con ese pensamiento decidió que era suficiente por aquella noche. Se sentía cansado, además de que sabía que era de madrugada.

Pensó en ducharse, pero eliminó la idea rápidamente de su cabeza. Por algún motivo sentimental prefirió dormir con el olor de una prostituta impregnando su cuerpo. Era una manera de mitigar su soledad, conservando la esencia de una mujer a quien quizá jamás volvería a ver.

Cerró la laptop, se levantó y se fue directamente a la cama luego de apagar el televisor.

No tenía hambre ni sed. Se desvistió a oscuras, dejando la ropa en el piso y se echó desnudo sobre su lecho. Busco la sábana a tientes y se cubrió. Hacía un poco de fresco en esa noche de verano.

Pero no tenía sueño.

A través de la oscuridad, quiso adivinar las figuras del techo pero aún sus ojos no estaban acostumbrados; así que los cerró.

¿Qué estará haciendo ella ahora? ¿Por qué tengo ganas de llamarla por teléfono? No tengo su número. No me interesa tampoco tenerlo. Pero sí. Quiero llamarla.

Se acordó de una novia que tuvo, una tal Rita. Salieron por casi seis meses pero era más una relación tediosa marcada por la costumbre.

Rita era la mujer más aburrida. Hasta el sexo era gris. Pero lo que extraño de ella es que me sentía en casa. A veces queremos lo excitante, lo emocionante, lo inusual. Pero después terminamos regresando a la tranquilidad. Nunca estamos conformes.

Hoy me levanto tarde.

Se quedó tirado encima de la cama. Su sueño estuvo sobresaltado. Se despertaba cada dos horas, miraba el reloj, y se decía a sí mismo que aún era temprano. El poeta no sabía por qué andaba tan inquieto. Aquel despertarse continuamente hizo que casi no soñara esa noche.

Era fin de semana. No le tocó trabajar, así que se levantó de la cama y caminó arrastrando los pies hacia la cocina. Lo primero que hizo fue buscar un vaso limpio. Lo llenó de hielo y buscó entre sus botellas vacías. Sacó una a medio llenar de ron y se sirvió un trago. Giró el vaso en sí mismo, escuchando las campanitas del hielo.

Arrastró los pies por encima del piso sucio. Sentía los granos de tierra incrustarse en la planta

de sus pies.

Mañana limpio. Hoy no tengo ganas. Veremos que hay en la televisión.

Se sentó sobre el sillón, sintiendo la superficie fría en su piel. Dio un primer sorbo a su trago de ron con hielo. Aquella bebida amarga y helada refrescó su boca y encendió el fuego de su garganta. Como andaba con el estómago vacío, la acción de la bebida alcohólica le abrió el apetito.

Esperaré a que me dé más hambre. No tengo ganas de levantarme de acá.

Encendió el televisor con el control remoto. Cambió los canales a ciegas sin soltar el vaso que empezaba a llenarse de la transpiración de su líquido helado.

¡Qué ganas de echarse a perder el cerebro! No sé por qué tengo un televisor en primer lugar. Sí, ya sé por qué: porque no hay nada mejor para la soledad que ver uno que otro programa de aquellos canales extranjeros.

Pero se aburría de cambiar estaciones sin tener ganas de ver nada. Le daba igual todo. Se olió a sí mismo y prefirió meterse a la ducha.

Es irónico. Quiero sentirme limpio en una casa sucia.

Se levantó del sofá y dejó encendido el aparato de televisión. Como cualquier persona moderna, se sentía acompañado teniendo voces transmitidas a todo volumen en su apartamento.

Llegó al baño, y se miró al espejo. Vio que recién le estaba creciendo una sombra en las mejillas, así que decidió que se podía afeitarse al día siguiente. Recordó que todavía le quedaba la mitad de su ropa limpia. De tal modo, podría tomar la prenda que quisiese y vestirse sin pensarlo mucho.

Entró a la ducha y abrió el chorro de agua caliente que salió fría durante los primeros diez segundos. Dejó que esa cascada le diera directamente sobre el cuello mientras iba pasándose por el cuerpo un jabón ya gastado que le había durado casi un mes en el baño.

¿En qué se parece un jabón a un salón de clases? En que siempre vas a encontrar un pendejo.

Siempre se repetía el mismo chiste mientras se enjabonaba distraídamente.

Prestó más atención en lavarse el sexo, debajo de las axilas y el pecho. Cerró los ojos para frotarse la cara vigorosamente y luego cerró la ducha. Tomó la misma toalla que no había cambiado en más de tres meses y que ya despedía un olor acre.

Es mi marca personal. No hay mejores feromonas que las de uno mismo. Ése es el secreto de mi éxito.

Se secó con marcada indolencia, pensando en qué ropa podría ponerse. No obstante, como sabía que quizá no saldría de su apartamento ese día decidió que se quedaría desnudo. Al final, era verano y ya le estaba empezando a gustar eso de no vestirse.

Peró podría aparecerme un rato por el diario Vertical a joder la paciencia. *Veamos qué se me ocurre ahora.*

A nadie te pareces desde que decidí que existías en mi mundo privado. Quise que seas de profundidades amarinas mientras que tus alas buscaban mis alturas aún sin constelar. Transamos siempre en hallarnos en las caricias más primales donde jugamos a inventarnos y olvidarnos; y recordarnos como en un reencuentro de amares.

Luego de una noche de sueño apacible, la modelo se despertó con los ojos cerrados, como de costumbre. El hecho de estar en una cama distinta a la suya, en una habitación ajena y en un poblado que le era extraño no le hizo cambiar aquella práctica tan suya. Aún cuando el día anterior la llenase de emociones ella se mantuvo en calma.

Hace mucho tiempo que no duermo tan bien. Me siento extrañamente reposada. Será que no hay nadie que me espere hoy. Será que no espero nada.

Se levantó lentamente, sintiendo su entorno. El aire de la habitación de ese hotel le pareció demasiado cargado de otras presencias.

Es como si estuviera rodeada de tanta gente. Pero no hay nadie. Sé que no hay nadie. Pero los siento. Siento sus almas acá.

Era cierto. La densidad de esas energías atrapadas dentro de esas cuatro paredes se podía palpar, casi como si ella pudiese apartarlas con tan sólo el tacto de sus dedos; como madejas de tela circundándola.

Esa certeza le dio mayor confianza para avanzar hacia el resplandor de la ventana.

La modelo estaba convencida de que ese día era distinto al anterior. Se encontraba a sí misma más receptiva, con una intuición de poder ver sin ver, de poderse asir de esa misma sensación para así llegar a la ventana.

Se dejó llevar.

Dio los primeros pasos con una seguridad que le sorprendió profundamente. Pero siguió avanzando, un paso a la vez. Sintió la inmediatez de la silla, y la rodeo con un gesto resuelto. Se guió por aquella intuición hasta llegar al borde de la ventana. Lo supo porque la luz a través de sus párpados cerrados se hizo mucho más intensa, más tangible. Se llenó de ese ambar enrojecido que emanaba de la calle y desayunó los primeros sonidos de la mañana.

Adivinó la hora por el aroma al pan, los coches apurándose en arribar con más veraneantes de fin de semana. Apartó la cortina traslúcida con su mano izquierda y con la derecha abrió el pestillo de la ventana. La empujó suavemente y toda la intemperie se le coló de improviso.

Por un instante creyó que lo primero que asaltaría su nariz sería aquella fragancia de la panadería. Pero la brisa salada de la costa fue mucho más fuerte que todos los demás olores a carnes fritas y masas horneadas.

Aspiró hondas bocanadas que se le antojaban como la esencia misma de aquel balneario de clase media. Se preguntó a sí misma cómo sería vivir ahí, en aquel sitio al que jamás hubiese pensado llegar.

Y todo por un pasaje a último minuto. Qué ironía. ¿Por qué me gusta este lugar justo ahora? ¿Por qué?

Dio una media vuelta y se siguió guiando por aquel nuevo tacto energético que estaba inaugurando en su interior. Le alegró tanto haber descubierto ese poder, como si fuese un juguete nuevo, una revelación lúcida.

Entonces, se rompió el encantamiento al escucharse un golpe rítmico contra la pared y los jadeos apasionados de una mujer. Ahí ella abrió los ojos entre sorprendida, burlona y fastidiada.

De aquella espiritualidad recién hallada le pareció absurdo hallarse en ese hotel tan mundano, tan sucio, tan vulgar.

Estas cosas se hacen en retiros espirituales. No en hoteles de mala muerte. No sé qué mierda hago acá.

Se miró al espejo y le costó trabajo reconocerse a sí misma por primera vez en su vida.

Aunque recién ella había pasado dos noches en ese balneario de clase media, se sintió como si ya hubiese estado viviendo ahí por mucho más tiempo. La calle donde se ubicaba su hotel empezó a hacérsele familiar a pesar de que ella aún no se sabía ni el nombre. Tampoco recordaba muy bien cómo se llamaba su alojamiento.

A ella tan sólo le bastaba saber que ése era un hotel con fachada azul y amarilla y con la H inmensa de color dorado. Se sabía ubicar bien porque, de todos los sitios, parecía ser que ése mismo era el más céntrico de aquel poblado condenado a vivir altas y bajas dependiendo de las temporadas veraniegas.

En invierno esto debe ser una mierda. O quizá no. Voy a probar venir en temporada baja a ver qué pasa.

Ella misma se desconoció luego de decirse eso.

Es curioso, pero nunca le he agarrado cariño a ningún lugar. Todos los sitios me parecen iguales. Ninguno me llama. Llego, me voy, y se acabó. Vivo en la ciudad porque todo está cerca. Trabajo ahí. Pero si tuviera que mudarme lo haría sin remordimiento. Mi familia me reclama que soy como una planta sin raíces; una tumbleweed. Que se jodan.

Se sentó sobre la cama y por algún impulso repentino se quitó toda la ropa. Se miró al espejo con curiosidad.

Eres bonita. ¿Cuántas veces he posado desnuda? Fotos, pinturas. Había un pintor belga que siempre me llamaba para hacerme retratos de cuerpo entero. Siempre me decía estar enamorado de mí. Circe, me llamó una vez. Circe. ¿Quién será ella? Me suena a circo.

Se auscultó minuciosamente. Empezó con el rostro, con los ojos, las mejillas, los pómulos altos, los dientes blanqueados, el cabello liso y pulido por más que recién se haya levantado. Bajó por los hombros. Los brazos estaban debidamente torneados, como los de una adolescente.

Su torso revelaba unos senos ni muy grandes ni muy chicos, con unas aureolas que fácilmente podían fundirse con el mismo color de su piel. Juntó los brazos hacia adelante, apretando sus pechos para hincharlos más, acostumbrada a las poses de las tomas fotográficas.

Cuando llegó a la cintura volteó su su torso a un lado y se quedó mirando la curva natural que caía hacia las caderas.

No me gusta mi ombligo. No sé para qué se ha inventado. Es un hueco inútil. Pero a los hombres les encanta. A mí no me va ni me viene.

Abrió las piernas y miró su sexo apenas poblado de vellos.

Éste, en cambio, es un hueco más lógico. De acá orino y acá es donde todos los hombres quieren meterse. Mi madre decía que una vez que los hombres salen de acá de bebés se asustan tanto con el mundo que siempre quieren regresarse.

Pasó sus dedos por los pliegues externos y de ahí hacia los labios mayores, los cuales abrió con una delicadeza y curiosidad científica.

Pero qué feo es. A casi todos los hombres les encanta esto. Juan Agüero me dice que jamás ha visto una vagina más hermosa que la mía. A mí me parece espantosa. Parece un animal degollado. Pero este botoncito de arriba; no sirve para nada más que para dar placer. Lástima que ningún hombre sepa utilizarlo tan bien como yo. Pueden haber hombres fascinantes, atractivos, musculosos y encantadores. Pero ninguno ha sabido hacerme gozar.

Tengo este cuerpo pero es sólo eso. Wanda, en cambio, me cuenta de los amantes que tuvo que la hicieron delirar, que la hicieron gritar. Yo creo que exagera.

Es como las mujeres que vienen a este tipo de hoteles. Fingen, se retuercen, hacen

espectáculos para beneficio de él, de su hombre. Se desviven por quedar bien. ¿Y ellas, qué?

Si a mí no me dan placer, yo lo digo. Por eso Juan Agüero me odia. No puede concebir que no me causa placer, y me persigue, y me busca, y me cela. Dice que está enamorado de mí pero está obsesionado conmigo, con curarme de mi frigidez, como el una vez me dijo.

Es que Juan, tú no sabes hacerme el amor.

Es más, nadie sabe hacerme el amor, sólo yo misma. Los mejores orgasmos me los he tenido que dar yo sola. Y así es mejor aunque después sigo estando sola.

¿Quién habrá inventado el sexo? ¿Y para qué han puesto este botoncito acá? ¿Para qué tengo este cuerpo y esta cara, si aparte de dinero, más me ha traído dolores de cabeza que otra cosa? ¿Por qué los hombres sólo ven eso?

Creen que una les va a hacer caso porque nos dicen que somos guapas. Ya sabemos que somos guapas. Y ya sabemos que nos quieren meter a la cama.

Coño, pero al menos sepan hacernos gozar, ¿no? No es mucho pedir.

Casi llegando al mediodía, el poeta se dio cuenta que su desnudez solitaria no le estaba llevando a ningún lado. Se vistió y salió a las calles calientes que el verano azotaba inclementemente. Como eran las doce del día era muy difícil encontrar sombra y los pocos peatones circulaban dorándose al sol.

El plan será sencillo. Invitaré a almorzar a la secretaria de Cohn. Me gusta conversar con ella. Además, así aprovecho para enterarme un poco de cómo ha sido la movida del diario sin mí.

Luego de caminar bastantes cuadras llegó al edificio del diario Vertical. El trayecto le tomó una hora. A él le parecía que siempre se le abría el apetito luego de una larga caminata. No había nada mejor que aquello antes de una comida. Lo mismo pensaba acerca del sexo: *siempre es mejor tener relaciones sexuales antes de comer porque da mejor hambre.*

Subió los escalones hacia la oficina del diario y entró por la puerta abierta.

Nunca cierran. Algún día van a robarles y ni siquiera se enterarán quién fue.

Llegó a la oficina de Henry Cohn y la vio vacía. No estaban ni él ni su secretaria, aunque las luces estaban encendidas. En la sala de redacción había uno que otro redactor en su cubículo pero era obvio que la mayor parte de los empleados habían salido a comer.

Llegué tarde.

Pensó que lo mejor sería irse a la oficina de contabilidad a ver si había alguien con quién hablar. Además, aún le quedaba pendiente aquello de la planilla, definir honorarios, afinar detalles administrativos que le evadían.

Al final, es la misma mierda por todos lados: dinero. No lo necesitamos y al mismo tiempo vivimos esclavos de él.

Empujó la puerta entreabierta de la oficina del contable. La única persona ahí era una muchacha joven, delgada, de cabellos negros lacios y tez blanquísima. Tenía unas facciones muy finas, como moldeadas en porcelana y sus ojos azules intensos delataban un origen familiar búlgaro.

—Hola. Buscaba a Henry Cohn...

—Sí, hola. Me dijo que irías a venir en estos días. Tengo unos papeles que tienes que firmar.

—Pero, no nos han presentado. ¿Tú eres...?

—... Laura. Mucho gusto. Firma acá.

—Laurita. Con razón te tienen bien escondida por acá.

—Listo. Eso es todo.
—¿Eres nueva? ¿Hace cuánto que estás acá?
—Llevo algunos meses. Bueno, si no te importa, estoy trabajando...
—Pero, es la hora de almuerzo. ¿No sales?
—Nunca salgo. Tengo mi comida acá. No me gusta salir.
—¿Ni siquiera si yo te invito?
—Ya me han hablado de ti. Es mejor que no te vean mucho tiempo acá. Pero, es un gusto conocerte al fin.
—¿Te han hablado de mí? Eso me halaga. ¿Qué tan han contado de mí?
—Cosas.
—Es un buen comienzo. Pero, ¿qué cosas?
—¿De verdad quieres saberlo?
—Sí y no. Tengo curiosidad pero también me da miedo. Hagamos algo, yo te invito a que almorcemos juntos y de ahí decidiremos si me lo cuentas o no.
—Pero, yo ya traje mi comida.
—No importa. Si quieres me la como yo y así no se pierde.
—No debo.
—Pero, ¿quieres?
—Todos creemos saber lo que queremos, pero nadie sabe lo que quiere.
—Y tú, ¿sabes lo que quieres?
—Déjame cerrar acá y salgo. Espérame afuera.

Ambos salieron a la calle. Caminaron silenciosamente. Laura iba ligeramente delante de él, como dirigiéndolo hacia donde ella quería llevarlo. Él se dejaba guiar porque sabía muy bien que terminarían en la única callecita donde tienen restaurantes de almuerzos para oficinistas.

Me gusta su manera de andar. Parece como si ella hubiese nacido usando tacones altos.

—A ver, Laurita. ¿Qué tal si comemos acá?

Ella asintió y se aproximó a una mesa pegada a la pared. El poeta espero a que ella se sentara y luego hizo lo mismo. Un mesero nervioso llegó a su mesa y les presentó los especiales del día.

—Yo quiero pollo.

—¿Y el señor?

—Yo también.

—Enseguida.

Laura entrelazó sus manos encima de la mesa y miró al poeta con curiosidad por unos breves segundos; con aquella desfachatez de quien se sabe dueña de una verdad que nadie más que ella conoce.

—¿Por qué me miras tanto?

—Cohn habla mucho de ti. Te admira bastante. Eres igualito a como te describe. También su secretaria. Tanto te han descrito, que pensé que no existías.

—¿Qué te han contado de mí?

—Ni siquiera hemos empezado a comer y ya vienes con preguntas...

—Es tan sólo la curiosidad que mató al gato.

—¿Qué tan gato te consideras?

—No tienes que ser tan agresiva.

—No lo soy. Perdóname. Es que siento que te conozco demasiado. Tanto como para haberme

hecho una imagen de ti.

—¿Tanto han hablado? ¿Acaso no trabajan?

—Tú no trabajas, lo que es distinto.

Ése era un golpe bajo. Se sintió desnudo frente a ella. Era cierto aquello de que sus días los pasaba desempleado pero bajo razones que sólo él conocía. Nunca se puso de acuerdo consigo mismo acerca de si esos motivos suyos eran tan sólo una manera de auto-excusarse o si eran moralmente válidos.

—Ahora tú estás silencioso. ¿Te ofendí?

Laura sonrió. Era la primera vez que él veía esa sonrisa. Era una expresión de triunfo, de burla y de gozo. Había un rictus cruel en ella también, uno que le pareció extrañamente encantador.

—No, Laura. Para nada.

—¿Qué es lo que quieres?

—Cuéntame de ti.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Digamos que tienes ventaja sobre mí. Yo ya no tengo que decirte nada más. Empecemos conque eres contable y estás a cargo de entregarme mis cheques quincenales.

—...y también calcular tus retenciones.

—¡Ja! Sí. ¿Dónde vives? ¿Con quién vives?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Curiosidad que mató al gato, ya te dije.

—¿Cuántas vidas tienes, señor gato?

—No me respondiste.

—Confórmate conque estoy compartiendo una hora contigo. Yo nunca salgo de la oficina. No me gusta.

—Y, ¿hablan seguido con Cohn?

—Ellos me hablan, yo sólo escucho. No estoy aquí para socializar, sino para trabajar.

—Entonces, ¿qué haces conmigo, acá?

—Digamos que es curiosidad de gata.

—Vamos bien, vamos bien.

El mesero trajo los platos y ambos se concentraron en su comida individual. No volvieron a intercambiar palabras durante el almuerzo.

Ella está condenadamente guapa. Pero, ¡qué inaccesible que es!

Eres la metáfora del extravío de mis sueños. Mientras enamoras las primeras pinceladas de la aurora, yo te busco en el impresionismo de tus trazos como si fuesen caricias; y la oscuridad de la madrugada se desdibuja, revelándome tus facciones perfectas, tal y como te he soñado siempre.

Sin perder más tiempo la modelo se vistió y salió del hotel. Llegó hasta un negocio de aquellos y pidió información sobre dónde quedaba el herbolario más cercano. Era la primera vez en su vida que iría a comprar insumos esotéricos y esto la llenó de una emoción pueril. Era como si estuviese haciendo algo prohibido.

Antes de salir de su cuarto leyó detenidamente la lista de ingredientes: una vela blanca, unas

ramas de salvia, lavanda, canela, romero y un poco de sal.

También se aprendió de memoria la oración que la vidente le escribiera con su letra de molde:

Agua y Fuego — vuestra ayuda os ruego.

El agua me quita toda impureza.

Mi cuerpo quedará como una fortaleza

Contra las fuerzas del mal me protege este ritual.

Con esta limpieza yo quedo protegido de pies a cabeza.

Ella fue recitandosela a sí misma en voz baja con una mezcla de fe y de miedo a olvidarse. Quería que fuera ya de noche para hacer el ritual que debía ejecutar a solas y en su cuarto de hotel.

Luego de perderse por cuadras y calles que le eran extrañas, llegó a una tienda oscura y cargada de olores a tierra y hierbas medicinales traídas de todo el mundo. Un anciano de piel oscura y apergaminada la miró con una impavidez de haberlo visto todo.

Ella le dijo lo que necesitaba, citando de memoria. El viejo arrastró los pies sin prisa detrás de su mostrador. Fue recogiendo los pedidos que envolvió en papel periódico con una meticulosidad de tener todo el tiempo del mundo en ese instante. Cada hierba iba en un empaque individual. Una vez hecho el acopio de ingredientes, el señor los echó todos en una bolsa plástica de color negro.

—Aquí tiene.

En alguna otra circunstancia ella se habría fastidiado por la demora en ser atendida, por la falta de respeto de aquel anciano por el tiempo. Ésa era una falta grosera a la premura, a la impecabilidad y exactitud del servicio al cliente.

Pero sucedió todo lo contrario. La modelo disfrutó viendo los movimientos pausados, casi sincronizados de aquel personaje de pueblo. Paseaba sus ojos por entre los anaqueles llenos de frascos de vidrios opacos, los manojos de plantas colgando del techo, las plantas en tiestos, en bolsas transparentes, los sacos de semillas y toda esa infinidad de amuletos y artulugios recolectados de los cinco rincones del mundo.

—Muchas gracias —dijo casi en un suspiro, dejando que su sonrisa hablara por ella.

Pagó y tomó la bolsa con un gozo privado de estar haciendo una travesura. Sentía cosquillas en el vientre, sabiendo que era una de esas pocas veces en las que se dejó hacer algo que no estaba dictado por convenciones sociales. Era su primer ritual esotérico y lo iba a efectuar porque ella misma lo quería. De eso estaba convencida totalmente.

Nadie más me va a obligar a hacer nada. Nunca más. Desde ahora soy yo quien dirá qué se hace y qué no se hace. Es lo menos que puedo hacer.

Y buscó su camino de vuelta, desandando sus pasos en aquel poblado de balneario de clase media.

En su camino de vuelta al hotel se percató de que no había desayunado aún. No obstante, no sentía hambre en esos instantes. Estaba más ocupada en distraerse perdiéndose y encontrándose en esas calles de nombres extraños. Las paredes despintadas y los pequeños negocios empezaron a parecerle entrañables.

Se le habían quitado totalmente las ganas de irse. Al contrario, estaba ya empezando a encontrarse familiarizada con el ritmo de vida tan lento y sosegado de aquel lugar remoto cuyo nombre tampoco se había preocupado en aprenderse.

No extrañaba su ciudad ya. Mientras más caminaba, más se iba llenando de una sensación de no necesitar nada más en la vida que los elementos más básicos para vivir bien. Ya no le hacían falta los viajes, ni las ropas caras, ni las salidas a bares de lujo, ni el constante depender de modistos y estilistas. Pensó que podría vivir sin necesidad de tratamientos faciales, sesiones de embellecimiento y obligaciones estéticas.

Comenzó a añorar la vida sencilla de las mujeres que se cruzaba por la calle, aquellas que cargaban bolsas del mercado y usaban ropas gastadas de colores chillones. Quiso saber lo que era tener hijos, mantener un hogar, ocuparse de una vida sin más ambiciones que las de cocinar la comida del diario y ver la telenovela.

Se acordó de su madre, de sus prejuicios, de su mente cerrada. La recordó como una mujer dominante pero también como una señora feliz en su hogar. Desde que tuvo uso de la razón siempre se hizo lo que mandaba la mamá, la esposa, la dueña del hogar. Los paseos a la playa, las reuniones de Navidad, los almuerzos de fin de mes con la familia, todas aquellas actividades eran milimétricamente orquestadas por la matriarca de la casa.

En medio de todo aquello, ella, la hija, se sintió ahogada; obnubilada por una presencia mucho más fuerte y más territorial. Hasta ese momento nunca se había enterado que su madre en sí mantenía una felicidad privada que radicaba en una armonía doméstica. En aquel instante de lucidez la modelo entendió que toda su infancia y adolescencia se la pasó luchando contra aquello que debió haberle hecho feliz.

Pero ella había nacido con un espíritu indomable y profundamente individualista. Por eso se dejó a su familia de tan joven.

Al comparar su vida de jovencita y de cómo la estaba llevando hasta ese momento, se llenó de un vacío que le pareció insondable. Ese abismo se le hizo mucho más profundo y amenazador al palpar sus ganas imprevistas de convertirse en ama de casa.

Pudo verse a sí misma de un tamaño minúsculo en aquel mundo lleno de espejismos que era su entorno tan técnico, tan metódico respecto a las apariencias. Como si se hubiese salido de su propio cuerpo, se vio extraviada en esa calle polvorienta. Ya no era ella el centro de atención de las campañas de modelaje, la belleza inabarcable, domadora de hombres ilusos.

Ella era tan sólo una mujer común en un pueblo anónimo, cargando una bolsa de plástico negra, afianzándose un camino hacia una normalidad que ella misma quiso evadirse.

No existe lo extraordinario. Todo es lo mismo.

Cuando llegó a la esquina, se detuvo y miró hacia la derecha, reconociendo la calle donde quedaba su hotel.

—Hoy no te toca trabajar. ¿Por qué sigues acá?

Laura y el poeta ya habían terminado de almorzar y luego de una larga caminata silenciosa de vuelta a la oficina del Diario Vertical se sentaron nuevamente en la oficina de contabilidad.

—Quería acompañarte un rato. Además, quedamos de acuerdo en que me iba a comer tu comida para que no se desperdicie.

—Me haces reír. Es la mejor excusa que me han dado para quedarse conmigo. Bien, si todavía tienes hambre, toma. Son sobras de la cena de anoche. ¿Te gustan los fideos con carne?

—Son mis favoritos. En especial si los cocinaste tú.

—Debería decir que los preparó mi esposo para que me dejes en paz. Pero no tengo ni esposo ni novio. Vivo sola. Me gusta trabajar sola. Y ahora me gustaría estar sola para seguir trabajando.

—¡Uy, qué carácter! Si quieres puedo comer acá, tranquilo...

—¡Sola!

—Okey, okey. Ya entendí. Me voy a mi cubículo y de ahí te devuelvo tu recipiente.

—Toma, aquí hay agua. Te va a hacer falta. Siempre me queda la comida muy seca.

No lo dudo. Es una chica preciosa, pero tiene unas murallas inmensas a su alrededor. Se está protegiendo. Son demasiado obvias. Mientras más altas las murallas, más débiles son. No lo sabré yo. Paciencia, hermano. Paciencia.

—Me voy.

Laura no levantó la mirada de su trabajo. Él salió despacio de la oficina y se fue hacia su cubículo. Se sentó en su silla, se reclinó hacia atrás, levantó los pies y los puso sobre el escritorio, estirando las piernas. Abrió el recipiente plástico de Laura y dio el primer bocado.

Tenía razón. Esta pasta está seca. Le caería bien más salsa... otra salsa... se nota que no sabe cocinar.

Aunque él no tenía hambre, igual comió. Acompañó los fideos fríos con sorbos de agua. Le pareció que esa comida insípida se parecía mucho a la vida que Laura pretendía llevar, a la imagen que ella quería proyectar ante el mundo.

Es tan bella que pudiera ser una modelo. También es muy inteligente y por eso se aísla del mundo. Por eso prefiere tener una vida seca.

—¿Oye, qué haces acá?

—¡Henry Cohn! ¿No ves que estoy almorzando?

—¿Comiendo otra vez? Te vi almorzando con Laura hace media hora. Tú no aprendes, ¿eh?

—No me digas que ahora eres del FBI.

—Soy periodista, hermano. Hay que andar siempre afilados. ¿Ya firmaste los papeles?

—Para eso vine.

—Y también para ver la mercancía. Tú no cambias. Te doy un consejo. Déjala tranquila. Déjala trabajar. Ella no habla con nadie, y debe ser por algo.

—Connmigo sí habló.

—Algún talento debes tener. Pero, en serio. Déjala tranquila. Además, ya suficiente tuviste con mi secretaria, ¿no? ¿Qué quieres? ¿Pasar por todo el personal? Te advierto que no eres mi tipo...

—A mí me gustan las mujeres. Pero contigo puedo hacer una excepción.

—¡Y un cuerno!

Ambos rieron.

—Ya. Hoy no te toca trabajar. ¿No te da vergüenza comerte la comida de otras personas? Mira, termina de comer y te vas, por favor. No quiero que me distraigas al personal.

—Oui, mon capitaine.

Laura no habla con nadie. Pero, ella habló conmigo. No es casada, vive sola y no tiene novio. Eso es bueno y también es malo. Un mujerón como ella no puede estar sola. El calor de la calle lo devolvió a la realidad. El asfalto despedía un vapor que se impregnaba en la ropa, en los movimientos aletargados de los transeúntes.

Es como si estuviésemos en una película en cámara lenta. ¿Por qué no escribo sobre estas cosas?

Aún era temprano en la tarde, y no tenía adónde ir en su día libre. Se agradeció a sí mismo esa audacia de haber invitado a almorzar a Laura. Le gustaba. Al parecer, era algo mutuo. Se notaba en la forma en que ella buscaba disimular su desagrado.

O es que es muy amable, también. Es una posibilidad. Pero si es parca con los demás, ¿cómo he podido enterarme de tantas cosas suyas en tan corto tiempo?

Pensó que lo mejor era irse de vuelta a su apartamento, buscar el cartapacios de poemas viejos y caer en el restaurante de siempre, para escribir sentado a la barra.

Pero antes iré a ver qué hace Chanchó. A esta hora debe estarse despertando.

Se notaba bastante pesado luego de haber comido tanto. No obstante, consideró que había valido la pena el esfuerzo. Además, a él siempre le había gustado comer y mucho; y por más que él comiese, nunca engordaba. Él lo atribuía a su contextura familiar. Siempre había sido delgado y de buen apetito. De vez en cuando le crecía una pequeña panza pero ésta se desinflaba al poco tiempo. Nunca le duraban las subidas de peso.

Mientras caminaba las mismas calles de su juventud rumbo a la casa de Chanchó volvió a su mente la imagen de ella, la modelo, la del trago lanzado en la cara. Pensó que la había olvidado luego de su almuerzo con Laura.

Pero no. Ella aún lo tenía arrobado. ¿Habría sido por el hecho de habersele escapado de sus manos? ¿Sería por lo bella que era? ¿Pudo haber sido el hecho de que él se haya enamorado de los poemas que sólo le escribió a ella?

Pero ya no importa. Ahora está Laura. Aunque no funcione, el sólo hecho de intentar con ella me la quitará de la cabeza. Es más, podría empezar a escribirle algún poema esta noche. Eso mismo. Voy a hacer eso. Le escribiré algo y la sorprenderé mañana.

Pero aún sentía una presión en el pecho, como cada vez que se acordaba de ella.

Sin quererlo, se puso a recordar los primeros mensajes que ella y él se empezaron a enviar. Ambos estaban llenos de curiosidad, de bromas sueltas aquí y por allá, como puntadas de humor. Los chascarrillos y anécdotas cedieron al flirteo, a las puyas de seducción surrepticia. De ahí, el paso lógico fueron los poemas de amor.

Ellos nunca se vieron por cámara web porque jamás pensaron en citarse para chatear. En un acuerdo tácito sólo mantuvieron comunicación por correos electrónicos, en una correspondencia que a él le llenó de tanto apasionamiento que no tuvo opción más que de enamorarse.

Él supo que era imprudente ilusionarse con una imagen en pixels y en un perfil que bien podía ser ficticio. Pero también sabía leer entre las líneas y supo que a través de todas esas barreras intangibles ella era real. Él sintió que ella le respondía genuinamente con esas fallas ortográficas que a él le parecieron adorables desde el principio.

Siguió pensando en ella cuando llegó a la puerta de la casa de Chanchó. Tocó el timbre. La sonrisa del mediodía ya se le había borrado del rostro.

La modelo llegó a su habitación de hotel con la intención de dejar la bolsa y volver a salir. Sin embargo, algo la detuvo. No supo reconocer qué pudo haber sido aquella intuición que la indujo a sentarse sobre la cama. Respiró hondo y pensó que podría echarse un rato. Todavía no sentía hambre y no tenía prisa alguna de ir a ningún lado.

Para ella, el tiempo se le había detenido por completo. Vivía en otra existencia, una que le era dictada por el ritmo calmo de ese poblado costeño que servía de balneario de clase media.

Apoyó la cabeza sobre la almohada y se miró a sí misma en el espejo del techo. Pudo verse de cuerpo entero pero ya esa imagen no le causaba ninguna curiosidad. El calor del día, la actividad de caminar, de perderse, de encontrarse, de seleccionar los ingredientes, de abandonarse en sus pensamientos, todo aquello le supo a días y días de trajinar.

Sintió el cuerpo pesado aunque sólo habían pasado apenas algunas horas desde que se despertara. Cerró los ojos, cediéndose a una respiración que se hacía cada vez más lenta, más profunda. Volvió a la misma vibración que le causaba el i-Doser. Esta vez lo hizo sola, por el

gusto de adentrarse en el sueño concientemente.

Con cada aspirar del aire, se fue haciendo más consciente de los sonidos a su alrededor; de los vehículos ocasionales que transitaban por la calle de afuera, las voces de los transeúntes, la música de alguno que otro negocio, la televisión encendida de una habitación del mismo piso que el de ella, los jadeos y gemidos apasionados de una pareja en el piso de arriba.

Ya no le importó el sentirse cayendo cada vez más en el abismo que armaba en su entorno. No tenía el estímulo binaural en los audífonos. Sólo era ella.

En medio de la oscuridad de sus ojos cerrados vio aparecerse un punto de luz amarilla. Éste empezó a crecer progresivamente. Mientras más incrementaba su tamaño, éste también cambiaba de color. De amarillo fue amareciendo hasta volverse anaranjado y luego embermejándose hasta volverse de un rojo luminoso que envolvió todo su universo pequeño.

La modelo entonces se proyectó, y apartó ese color rojo como si fuese una cortina y apareció en el fondo del mar. Sintió el líquido pero no la temperatura. No era ni frío ni cálido. Sólo era de una textura fluida y el color que la circundaba era de un turquesa lleno de burbujas y ondulaciones azules. Sabía que estaba en una profundidad marina porque también sintió la marea llevarla de un lado a otro, como una inmensa respiración que no era suya.

Se acercó a una escuela de peces violetas. Eran cientos. Formaban una pared vertical inconmensurable que también ondeaba con el fluir líquido de las profundidades. Con cada movimiento, la luz que se reflejaba en sus flancos cambiaba los colores como si fuesen un prisma gigantesco. En algunos extremos, el violeta cambiaba a turquesa, luego a amarillo y de ahí a un índigo.

Tan pronto como apareció, esa multitud de peces se desvaneció.

Ella entonces pudo percatarse que ya no era mujer, ni persona, ni humano, ni espectro. Estaba encarnada en un cuerpo marino. Era por eso que le era tan normal respirar bajo el agua. Por tal razón no sentía ya las temperaturas, ni tampoco le parecía raro el dejarse fluir por las corrientes submarinas. Supo que era un animal acuático, pero al mismo tiempo no era tan sólo eso. Ella era el mar, era todos esos colores, era agua, y era corpórea.

Soy un elemento único, pero también soy parte de todo. Empiezo a entender algo, pero no sé cómo empezar.

Aunque sabía que estaba dentro de un cuerpo de agua y que estaba flotando en medio de toda esa inmensidad líquida, estaba conciente de que existían los costados, las direcciones de adelante, detrás, derecha, izquierda, arriba y abajo. Notó que si se impulsaba hacia arriba se iba sintiendo más y más ligera.

Lo contrario le sucedía cuando decidía sumergirse. Dirigirse al fondo le causaba una presión tal, que llegaba a sentirse entumecida. No obstante, podía desplazarse velozmente hacia adelante. No tenía la menor idea qué tipo de animal acuático era. Tampoco le importaba mucho saberlo. En esos instantes ella estaba descubriendo ese universo marino que la circundaba. Más que descubrir, se sentía como si estuviese recordando, como si revisitara una existencia que ya conocía de antes. No le hacía falta comunicarse para entender a los demás seres que se le cruzaban en el camino, a los organismos de todos los tamaños, desde los masivos hasta los microscópicos.

En medio de toda esa naturalidad, se dejó llevar por una corriente, y navegó con ella. Ese desplazamiento le hizo viajar a mucha velocidad, cruzándose con escuelas de peces multicolores, anémonas voraces y manchas verdes como bosquecillos de enredaderas marinas. Mientras más avanzaba, más se iba percatando que el fondo de tierra se iba acercando, haciéndose menos

profundo.

La corriente marina perdía fuerza ya y empezaba a desviarse para chocar con otra vertiente. Ahí fue que ella prefirió separarse y nadar por donde la marea la había dejado. Al bajar la velocidad, vio que se encontraba en lo que eran los restos de una ciudad sumergida. Se dio cuenta de ello al ver las formaciones geométricas de muros, calles y edificios cubiertos de corales y vegetación submarina.

Se hundió más al fondo y se halló en lo que fuese un patio amplio. A su izquierda vio los arcos de un vestíbulo inmenso. En el centro del patio se encontraban varias estatuas gigantescas, descuartizadas por los siglos de mareas constantes.

Ella ingresó por entre los arcos y se halló en un túnel corto. Salió hacia la luz de unos pasadizos sin techo. Habían escombros alfombrados de corales por doquier. Aún así, era posible vislumbrar los acabados en las columnas, los frisos y detalles esculpidos en lo que pudieron ser bloques de piedra de una civilización ya extinta.

¿Qué tipo de gentes habrían vivido en este lugar? ¿Por qué he llegado acá?

Ahí fue que ella entendió que la vida empieza y se termina. Que nada es eterno. Las ciudades que los hombres construyen son creadas pensando en que vivirán una eternidad. Mientras más imponentes son las construcciones, mayor es la arrogancia del ser humano para quererse perpetuar más allá de su propia vida efímera. *Pero los edificios no tienen vida. La tierra sí.* Y he ahí que esta ciudad terminó en el fondo marino, siendo devorada por los corales, sirviendo de morada a toda una fauna acuática que devuelve a la tierra lo que es de la tierra. Ella entendió entonces que su origen estaba en el mar y fue por ello que estaba de vuelta en ese momento. Aquella ciudad sumergida y arruinada le hizo comprender lo inútil del esfuerzo por perpetuarse más allá del tiempo.

El tiempo no existe. Sólo existe esto. Soy parte del todo y el todo están en mí.

Con esa realización luminosa y líquida vio que su entorno iba desvaneciéndose de a pocos, cerrándose como una cortina. Su entorno de fondo marino se difuminó en una luz turquesa que se volvió verde y ámbar. Aquella se encogió hasta hacerse un punto amarillo en medio de la oscuridad de sus ojos cerrados.

Ahí se percató de su respiración larga y tranquila. Los sonidos de su habitación de hotel, de la calle, de sus vecinos de cuarto invadieron su calma. Abrió los ojos lentamente y lo primero que vio fue su reflejo en el espejo del techo. Era de un tono tenue porque ya había atardecido. Se vio casi a oscuras y ya no se reconoció marina. Se vio tal cual era, de cuerpo esbelto, humanamente bella, estéticamente hermosa y muy sola, vacía, extrañada de sí misma.

Quise inventarte en los primeros versos que tracé como mantras entretreídos, repetidos como si invocara tu nombre. Mujer de pixels y de fragancia ignota, ¿por qué nunca fuiste de carnalidad para mí? ¿Cuál es el secreto de tu hoguera? Y los poemas que pensé crear en ti se opacan al iluminar tus ojos cada vez que sonrío en tu perfil de Facebook.

—¡El gran Chanco!

—¡El gran Rompemuelas!

—Ni tanto, mi hermano. ¿Cómo te trata la vida?

—Recién me despierto. Pero pásale. Voy a comer lasaña de ayer. ¿Quieres?

—No, mi hermano. Acabo de almorzar doble.

—¿Cómo es eso de que almorzaste doble?

—Pues sí. Fui adonde Henry Cohn y me llevé a la contadora para comer...

—...y después te la almorzaste a ella.

—No. Tuve que prometerle que me comería su almuerzo que llevó al trabajo si es que me aceptaba la invitación.

—¿Y no pasó nada?

—Nada de nada.

—Así son las mujeres, pues. ¿Qué se cuenta Cohn?

—No estaba, mi hermano. Pero hace tiempo que sigue igual de metido en su diario. Es su obsesión.

—Ya tú sabes. Él siempre ha sido así de meticuloso. Nada que ver con nosotros, ¿verdad?

—Sí, claro. Oye, ¿de casualidad no tienes algo para la digestión? Comer doble me ha dejado una bola en el estómago.

—Tengo algo de ron y algo de vino.

—Dame ron. Con tus costumbres, ese vino debe ser ya vinagre.

Chancho se acercó a un mueble. Sacó un vaso ancho de dudosa limpieza y sirvió dos dedos de ron.

—¿Así está bien?

—Esa botella la conozco... ¿No es de esa vez con...?

—¡Con Coqui, Juanpa y Torero! Tremendos muchachos. Terminamos arrastrados.

—Ni me lo digas. Hasta ahora no sé cómo sobrevivimos.

Un pitido digital rompió la conversación. Chancho abrió la puerta del horno microondas y sacó un plato ligeramente humeante de lasaña. Inmediatamente le hincó un tenedor y dio los primeros bocados con una voracidad que sólo conocen quienes viven solos por mucho tiempo.

—¿Esa lasaña la compraste tú o te la trajeron?

—Me la trajeron. Mamá quiere que siga comiendo de su comida. Y yo no me opongo. Me ahorro mucho con eso.

—Cuándo no. Si te funciona, genial. A todo esto, ¿cómo te ha ido?

—Pues, ahí; ahí. A veces consigo contratos. Ya tú sabes. No me quejo. Además, si me quejara a nadie le importaría un rábano.

—Es cierto. ¿Sigues en programación?

—Sigo en programación. Ahora justo tengo un contratito para unas animaciones dinámicas. Nada del otro mundo.

—¿Te acuerdas cuando las webs eran puro html?

—Sí, claro. Lo último de lo último eran los gifs animados. ¡Y el Real Player!

—¡El Real Player! Que demorabas una eternidad para ver treinta segundos de música mala.

—Nada como ahora, mi hermano. Nada como ahora.

—¿Quién diría que ahora todo son redes sociales?

—Es el refinamiento de la interacción web. Es como tener un país. Antes de las redes sociales, la gente no tenía país, ni lugar dónde juntarse. Ahora sí. El ser humano es un animal de grupos, de tribus. Ahora tienen una aldea global donde prima el chisme. Ergo, mi hermano, Facebook.

—Una buena mierda, además.

—Pero funciona. Todos están metidos ahí. Tú lo estás y eso que eras el primer ludita que conocí en mi vida.

—Ya. ¡Come y calla!

—¿Y quién me vino un día con esa novedad del i-Doser? Ni más ni menos que el ludita. ¿Qué te pasó? ¿Quién te cambió? ¿O es el mundo quién te cambió a ti?

—Vamos, vamos. No es para tanto. Son tiempos interesantes y no quiero perderme de nada.

—Dices...

—...digo.

Antes, la interacción entre internautas era por medio de salones de chat, había empezado a decir Chanchó. Telnet lo hacía todo más fácil, porque el Java todavía no estaba lo suficientemente desarrollado. Lo competían chats en html que en sí fueron una alternativa viable pero bastante arcaica para nuestros estándares.

El poeta asintió mientras bebía otro sorbo de ron. Chanchó continuó.

Verás. Ahí fue que un tal Kaled Mardam-Bey sacó el famoso mIRC. Todo el mundo se metió ahí y fue algo brutal. Pero había algo que el chat no tenía y eso era que dependía directamente de que un usuario estuviese conectado. Es decir, la presencia en la red de una persona radicaba en el hecho de existir en el momento. Si un usuario se desconectaba, dejaba de existir. Eso era un problema y el hecho de recibir y enviar emails no solucionaba el asunto.

Por ahí que estaban los foros, los e-groups y demás grupos de membresía, pero eran demasiado limitados a un círculo muy cerrado. Entonces, vino la onda de las redes sociales: Orkut, Facebook, Hi5, Tagged. Todos nuevecitos.

Aquí se estableció la premisa de existir sin necesidad de estar conectado perennemente. Al crearse un perfil un usuario podía decir y mostrar sus gustos, lo que le pasaba, lo que le dolía y lo que le gustaba y cualquiera puede leerlo. Los grupos y afiliaciones son como territorios. Y el Facebook es como un gran país. Todos quienes entran a esa red social, ya tienen un territorio por dónde avanzar, por dónde crecer, por dónde tener una vida social paralela al mundo real.

—Por eso es fácil confundirse entre la realidad y la ficción virtualizada, ¿verdad, Chanchó?

—Así es.

—Pero, ¿es posible fundir ambos espacios? ¿Lo real y lo digital?

—He ahí la contradicción. Por más que sean de lo mismo, los dos son mundos totalmente distintos.

En la vida real, las personas tienen una forma de ser, un peso, un color, un estatus, tono de voz, y sentido del humor. Son cosas que nos caracterizan y que no siempre están bajo nuestro control. En cambio, en las redes sociales podemos cambiar nuestras características personales las veces que queramos. Eso es lo hermoso de esta época. También es lo peligroso.

En Facebook, por ejemplo. Hay muchas maneras de hacer negocio y más de una vez he conseguido trabajo por acá. Lo malo está en los que se creen que quien está mostrándose en el perfil es necesariamente la misma persona en la vida real. Por eso, los que dependemos de esto tenemos que tener cuidado.

Pero, al margen de esos temas tan repetidos, también está el asunto ése de empresas que están integrándose más y más a las redes sociales. Le han prestado mucha atención al hecho de que son países independientes, territorios bien demarcados y estudiados.

—O sea, ¿que puedo sacar mi pasaporte de la República Desfederada de Facebook?

—Y hasta licencia de conducir masas pesadas y todo lo demás.

—¿Hasta qué punto están metidas las empresas en esto?

—En todos los aspectos. Es su sueño hecho realidad porque ahora pueden anticiparse a los gustos de los usuarios a nivel mundial. Todos están micro segmentados en milésimas de mercado.

—¿Qué me recomiendas entonces, oh, gurú Chanchó?

- Que me dejes comer en paz y no me jodas con más preguntas.
- Tú no jodas. Tú has sido quien se lanzó en discursitos. Ahora se te enfrió la lasaña.
- Ahora tú cállate y toma tu ron, ¿ya?

Él bebió otro sorbo más, sumido en sus pensamientos. Chancho siguió devorando su lasaña fría.

Aunque se dio cuenta que no había comido en todo el día, la modelo no sintió hambre en lo absoluto. Al contrario, tenía curiosidad y expectación de hacer el ritual que le había recomendado la vidente. Luego de haber tenido ese sueño tan extraño de viaje marino, se levantó de la cama y llenó la bañera con agua caliente.

Echó todas las hierbas dentro, lentamente. Respiró hondo con cada acción que iba haciendo, absorta en los detalles táctiles de las hojas, los tallos. Fue removiendo todo con las manos, cuidándose de no quemarse.

Luego, se secó las manos y dejó que las plantas medicinales se infundieran en el agua. Ella recogió las velas, los inciensos y el vaso con agua, y los dispuso tal cuál se lo indicara la pitonisa en el papel que le dejó escrito.

Encendió las velas blancas primero. De ahí, pasó las varitas de incienso una a una sobre la llama naciente. Se pasó el humo alrededor del cuerpo, aspirando hondamente con una fe que a ella misma la sorprendió. Cerró los ojos y se dejó fluir con el humo fragante de las ramitas encendidas.

Una vez hecho todo aquello, volvió a la habitación y se desnudó completamente, dio una última repasada a la oración escrita en la hojita de papel y se la repitió a sí misma como un mantra interminable.

Apagó la luz del baño. La penumbra se pobló de sombras danzantes de ella misma. Aquel pequeño recinto ya no semejava su finalidad higiénica e inodora. En esos instantes las sombras desdibujaban las formas, volviéndolas extrañas, grotescas, casi míticas.

Éste es mi templo ahora. Acá yo reino. Éste es mi tiempo.

No se dio cuenta de que ésa fue la primera vez en su vida que se dedicaba un tiempo para ella sola.

Ya no era presa de la premura, ni estaba huyendo de nadie; no estaba aprisionada por obligaciones extemporáneas. Ése era su tiempo, su ritual. Era su propio universo y ella tan sólo existía ahí.

Con unos movimientos suaves, elásticos y pausados, entró en la bañera. Aunque el agua aún se mantuvo caliente, hubo algo en ella que la hizo olvidarse de las temperaturas, de las sensaciones externas. Pudo ser el humo fragante del incienso o la extrañeza de esa realidad circundante que las velas le abría ante sus ojos. Pudo haber sido aquella sugestión suya en la que buscaba adentrarse en su primer ritual.

Ella nunca fue de los que expresan su devoción a alguien o algo. Sin embargo, cada acción suya pudo haberse interpretado como los de una entrega a la fe más diáfana y pura.

Para ella ya no existían las razones. Sólo existía ese momento; en especial cuando sintió el vapor aromático de las hierbas infundadas con el agua de la bañera. Mantuvo los ojos entrecerrados y ahí fue que entonó las quince repeticiones de la oración que la vidente le ordeno hacer.

Mientras pronunciaba cada sílaba, pidió por ella misma, pidió por luz, pidió por paz en su vida, pidió por una dirección, pidió por claridad. Fue tan fuerte e intensa su petición que le

empezaron a brotar lágrimas de emoción. Esas lágrimas se convirtieron en un sollozo largo que luego fue acortándose en unos más pequeños y sonoros. Se sintió ridícula por su debilidad, por su fragilidad, por haber interrumpido aquel estado de gracia con el que había empezado su ritual.

Pero se abandonó al llanto. Dejó que las lágrimas fluyeran porque eso le pidió el pecho. De adentro, muy adentro suyo, desde un fondo insondable entre sus senos brotaba un dolor tan fuerte que ella no tuvo más opción que dejarlo salir. Sus ojos se convirtieron en un manantial salado y su garganta tan sólo emitía gemidos y sollozos largos.

Algo se le había quebrado en su interior; y eso era lo que comenzó a expulsar esa misma noche ayudada por la purificación de los vapores fragantes, de los inciensos, de las velas, de aquel ritual en el que ella se enfrentaba a sí misma por primera vez.

¿Quién eres realmente? ¿Quién soy? ¿Por qué estoy llorando ahora? ¿Qué quiere decir todo esto? Ella se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano. Soy una cáscara. Eso es lo que soy. Todo lo que tengo, todo lo que he hecho, nada de eso importa ya. Pudiera morirme en este instante y nadie se daría cuenta.

Sí. Nadie me extrañaría. Me olvidarán en una semana. Es gracioso. Antes tenía miedo de desaparecer. Ahora que he desaparecido sigo teniendo miedo. ¿Qué hago ahora? ¿Cómo empiezo? ¿Qué debo hacer?

Podría quedarme en este pueblucho y hacer mi vida de nuevo. Pero no sé hacer nada. ¿Cómo empezar? No conozco a nadie.

¿Qué diría Juan Agüero de todo esto? Que se joda Juan Agüero. No lo necesito ya.

¿Quién eres? ¿Quién soy?

No soy este cuerpo. De eso estoy segura ya. Miro a través de estos ojos, pero no me pertenecen. Estoy en el agua ahora y me siento más a gusto acá. Cómo quisiera quedarme acá toda la vida. Se siente bien metida en el agua, sin nada más que hacer.

Ella sumergió la cabeza unos breves segundos, mojándose los cabellos. Al salir del líquido aún tibio, recibió agradecida la sensación fresca de la superficie.

Eres parte del agua. Soy parte de ella. Si esto fuera un río, podría dejarme llevar. Antes, hasta hace unos días, quizá habría nadado contra la corriente. Ahora siento como si me hubiese rendido. ¿Me he dado por vencida? ¿De qué me he dado por vencida?

Cuando tenga que regresar a la ciudad, ¿estaré a gusto de nuevo en mi vida? ¿Cuál es mi vida? ¿Por qué tengo que preguntarme tantas cosas ahora?

Es porque no puedo escapar. Estás atrapada tú conmigo misma. Veamos, pues. ¿Qué tienes que decirte ahora?

No sé qué decirme a mí misma. Pero, al mismo tiempo sí. Quiero una vida normal, quiero estar acompañada, quiero llegar a un hogar y no a un departamento.

Muy bien. ¿Qué más quieres de ti misma?

No quiero vivir para otras personas. Quiero vivir para mí misma. No quiero ser bella nunca más. Odio la esclavitud de mi belleza. Quiero que me dejen en paz.

Soy una mujer. Soy tan mujer como las señoras que vi esta mañana yendo al mercado. Soy tan mujer como las gringas de anoche. Soy tan mujer como Wanda, quien se cree mi hermana. Soy tan mujer como mi madre, aunque no la soporte.

No quiero hijos. Eso sí sé. Pero quiero sentir lo que es amar. Quiero saber qué demonios es eso. Pero ya lo has sentido. O, al menos, eso crees tú. Ese muchacho de los emails, aquel que te dijo ciega. ¿Por qué sigues pensando en él?

No pienso en él, pero sí. Fue el único que me ha rechazado. Me gustaba leerlo. Creo que me

enamoré de él.

No. Tan sólo creo haberme enamorado. Me duele él. Me duele su indiferencia. Me duele haber sido tan vulnerable. Me duele ser vulnerable. Nunca he sido así. Siempre he sido fuerte.

Has creído ser fuerte. Pero no lo eres. Eres tan sólo humana. Una mujer más. Ahora, tienes que enfrentarlo. Háblale. Búscalo.

No, no quiero buscarlo. No lo buscaré. No dejaré que se dé cuenta de mi debilidad. Pero, sí quiero. Quiero verlo. Quiero que me vuelva a escribir. Quiero retroceder el tiempo. No quiero haberle tirado el trago en la cara. No quiero que me haya dicho ciega.

Ya se acerca la noche. En este velo que oscurece el mundo, enciendo una a una las enredaderas que enlucierneces tan versificada. He aquí que en tu torre bermeja vuelvo a tender los sutiles guitarreos de hoguera. Henos aquí, que endunados salvamos esta última constelación.

—Hay algo que me inquieta de todo esto. Verás, es bien fácil crearse un perfil falso. ¿Habrá alguna manera de filtrar todo aquello? Es algo que no termina de gustarme y se presta a tantas suspicacias...

—Lo que me quieres decir es que ya te lo han hecho.

—Sí y no. No sé en qué creer ya, Chanchó.

—¿Una mujer?

—Una mujer, sí.

—En la vida real las mujeres se cambian la edad, dicen ser lo que no son y tanta tontería. ¿No crees que el mundo virtual no vendría a ser un hervidero de mentiras? No puedes creer en todo lo que lees.

—Parece como si fuera una creación literaria colectiva. Un maldito cadáver exquisito a nivel mundial.

—Por eso es que yo no salgo de casa. Estoy bien acá, tranquilito.

—Y hasta ahora no consigues novia, además.

—Tú tampoco, que yo sepa. A ver, cuéntame. ¿Qué te ha pasado ahora en el mundo virtual? Suéltala.

—Nada, nada. No pasó nada. Sólo una chica con quien intercambiamos mensajes y cosas así. Bajé la guardia y me gustó mucho...

—...y todo por el mundo virtual. Tú no cambias, hermano. Eres un romántico empedernido. ¿Por qué no puedes ser un poco más normal y usar la Internet para juegos en línea?

—Nunca les he agarrado el gusto.

—Pero sí le cogiste gusto al i-Doser ése, ¿eh?

—Lo mejor es que no es adictivo.

—Eso dices. Hay casos de chicos en Japón que han desertado de la escuela por meterse esos pitidos todo el día. Te advierto, es como cualquier otra droga.

—Todo es adictivo. Mira el famoso *mésenller*, por ejemplo. Hay gente tan enviciada que ponen en su estatus que están durmiendo, o que están ocupados, o que están comiendo. Yo digo, si no están disponibles, ¿no sería mejor desconectarse del todo? Lo mismo sucede con el dichoso Facebook. Nos enteramos de toda la vida y milagros de la gente. Hay cosas de las que no me

quiero enterar.

—Para eso existen los filtros. O los bloqueas y se acabó. Uno lee lo que quiere leer.

—¿Y de acá a cuándo que te has vuelto tan lógico, Chanchó?

—No lo sé. Tanto tiempo metido en esto... No lo sé. Es como una segunda vida para mí. Aunque te confieso que me dan ganas de desconectarme uno o dos meses y no saber nada del cyberspacio.

—Pero no te atreves. Estás tan enviciado como predicas.

—Por supuesto. Sigo las enseñanzas de Rasputín. Para ser virtuoso y llegar a la pureza, primero hay que pecar con todas las de la ley. Una vez has pecado, puedes arrepentirte y llegar a la santidad.

—¡Ja! ¿Y hace cuánto tiempo que no pecas?

—Esas cosas no se dicen. Pero yo tengo mi vida social también, no creas.

—¿Por Internet? ¿A distancia?

—¡Mira quién habla! ¡El burro hablando de orejas! Vamos, vamos, que se te ve que has estado sufriendo por una mujer y además virtual.

—Nunca dije que sufriera por ella.

—Te conozco, hermano. Te conozco.

—¿Sabes qué es lo que pasa ahora? Todo esto es tan nuevo, que aún no hemos aprendido a desprendernos de una imagen totalizadora. Verás, hace treinta o cuarenta años, sabías quién era el bueno, y quién era el malo. Todos sabían qué era blanco y negro. Nos lo decía la televisión, los medios masivos, et cetera.

—Guru Chanchó...

—...no jodas y escucha. Todos sabíamos que los rusos usaban ropa de invierno siempre y que eran soviéticos. Los negros sólo eran de África o delincuentes en las películas del cine. Los chinos se la pasaban siempre peleándose contra los gringos y los alemanes siempre fueron nazis. Nosotros crecimos con esos estereotipos porque no sabíamos de más. Pero ahora, hermano. Ahora, los estereotipos se están desvaneciendo, o se están disolviendo. No sé cómo explicarlo bien. Pero, verás. Ahora, que se conozca sólo un lado de la historia es imposible. Sólo en la televisión por cable podemos ver muchas versiones del mismo tema. Lo mismo sucede con Internet. Ya no existe una verdad absoluta. Antes, la vida era más sencilla, más simple. Ahora, nadie sabe qué es lo verdadero y qué no lo es.

—Pero, ¿no estás exagerando un poco, Chanchó? Digo, aún ves estereotipos por todos lados. Además, no vas a pretender que medio mundo se meta a anarquista, ¿verdad?

—Es que ahora la gente anda más vulnerable, en especial los jovencitos porque no tienen una verdad fuerte a la cual asirse. ¿Sabes cuál es su verdad? American Idol, los reality shows, toda esa fanfarria de vidas que no son la suya. Es más, va a llegar un momento en que los países no van a ser importantes porque nadie va a creer en ellos. La mayor república está hecha en Facebook.

—Hermano... tú estás más tirado de vueltas que un tornillo. Pero, en algo ahí tienes razón. De tan sólo escucharte estoy cansado. Te juro que no tenía ganas de usar mi cerebro hoy. Pero ya me mataste.

—Todo sea por quitarte tanta mierda de la cabeza. ¿Sigues pensando en la chica de Facebook? ¿En la contadora que no te llegaste a tirar hoy?

—Gracias, Chanchó. Creo que agarro la ensalada que es mi cerebro, la empaco, y me largo.

—Yo dormiré una siesta. Eso es lo que haré.

—¿No que te acabas de despertar? ¿No tienes que trabajar?

—No tengo que entregar hasta dentro de una semana. Me voy a dormir.

Ambos se dieron la mano y se despidieron.

Él fue directamente hacia la puerta, abrió y se internó en las calles que ya estaban oscureciendo. Se notaba aún que era verano por la sensación de vapor emanando de la acera mientras él caminaba.

Hoy iré de todos modos al bar. Por algún motivo me siento como esos lobos solitarios que gustan de aullarle a la luna. Yo lo haré a mi manera. Escribiré poemas. Sí, eso haré. Escribiré poemas, y me reuniré conmigo mismo. No importa si mañana me toque entrar a la oficina. A Henry Cohn no le afecta que llegue al trabajo tarde o en estado calamitoso. Con tal de cumplirle, él feliz; y a mí me deja en paz.

Jamás sabré si me he enamorado de tu ausencia. La única certeza que he obtenido con los días ha sido la que me da tu silueta en mis sueños. Eres y no eres. Sé que estás; sé que eres. Pero no estás; pero eres. Cada trazo de tinta se me hace invisible en poemas inexistentes para tu sonrisa imaginaria.

Cuando la modelo terminó su ritual, salió de la bañera, se secó y se echó desnuda sobre la cama. Mientras se cubría con una sábana, se dio cuenta de que no tenía sueño. Es más, su mente no la dejaba en paz con tantas imágenes, tantas preguntas, tantas dudas que le afloraban.

Jamás en su vida había pensado tantas cosas al mismo tiempo. Ella no era de las personas que se detuvieran a reflexionar. Aunque vivía sola y le gustaba su aislamiento y privacidad, siempre tenía algo que le hablase. O había música, o tenía la televisión encendida, o chateaba por Internet, o hablaba por teléfono. La soledad que ella cultivaba en su vida era más parecida a la de un fugitivo. La modelo aprendió a odiar aquello que amó alguna vez.

Durante los comienzos de su carrera de modelaje, ella amó cada segundo de ser el centro de atención en sus primeros eventos. Ella era una joven promesa entre varias muchachitas más, pero tuvo suerte. Nunca supo exactamente cómo fue que ingresó en el mundo glamoroso de los viajes y los contratos internacionales. Para la modelo, todo fue un devenir de sesiones fotográficas, desfiles, pruebas, castings, eventos y demás contratos. También lo eran las constantes dietas, citas con nutricionistas, regímenes de ejercicios; toda aquella parafernalia obligatoria de la industria.

Con el pasar de los años se dio cuenta que ésa no era la vida que ella buscaba. Eso se debió a que sencillamente no sabía qué más hacerse de sí misma. De haber sido otra mujer, se habría suicidado por hallar su existencia tan vacía.

Tenía hombres a su disposición. Aún a sus casi treinta años, Juan Agüero lograba firmarle contratos. Ella tenía una cuenta de ahorros y un apartamento propio. Aparte de aquello, sus muchísimos contactos sociales eran tan vacíos como los maniqués que ella misma encarnaba en cada sesión de fotos. El aparente mundo glamoroso del modelaje se le convirtió en una existencia gris y desapasionada. No era feliz.

Ni siquiera podía darse el lujo de decir que había adoptado algún vicio. Jamás entendió cómo algunas compañeras suyas se hundían en las drogas, las enfermedades o el alcohol. Su moderación no tenía nada que ver con virtuosismo; lo suyo era un hastío generalizado.

Su único consuelo lo tenía en embaucar hombres por Internet, haciéndoles creer una cosa,

prometiéndoles el cielo y el infierno y luego dejándolos sin probar el pastel.

Los hombres son todos iguales. Caen muy fácilmente.

Al encontrarse ella en aquel poblado donde nadie la conocía, se vio enfrentada a sí misma en un viaje que empezó antes de siquiera haber llegado. Aunque la modelo no practicaba ninguna religión, fue en esos instantes cuando empezó a entender aquella necesidad tan humana de buscarse un dios, una creencia, una fe.

Dio de vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Ella estaba aprisionada en su propia cáscara de piel e inquietud. El ritual no la había llenado. Al contrario, éste sirvió tan sólo para vaciarle las penas de dentro suyo lo cual había agradecido con un llanto largo y penoso.

Pero, se quedó hecha un cascarón y eso la mantuvo inquieta. No se hallaba a sí misma, porque no se hallaba, porque no se hallaba.

Supo entonces que no podría ser más una modelo. Ella ya no era la mujer que se fue de la ciudad. Era otra. Algo se rompió dentro suyo; algo que la ataba firmemente a esa vida tan gris que decidió llevar por tantos años. Aquella realidad que ella conoció hasta ese entonces se convirtió en una ficción más.

Éste era el presente, su aquí y ahora; dando vueltas sobre la cama en una habitación de hotel para amantes furtivos, en un balneario de clase media, en una noche de verano, sola.

Luego de un sueño inquieto, la modelo despertó con los ojos cerrados. Aún sentía el olor de las flores y hierbas del ritual impregnado en su piel. Cada vez que se levantaba como ciega, notaba que sus demás sentidos se iban agudizando. Los olores casi tenían color y tacto; los tactos poseían sonidos; los sonidos contenían sabores.

Esa mañana, no obstante, ya no quería estar impregnada de flores ni deseaba ya buscar el resplandor de la ventana a través del tacto. Pero lo hizo. Se levantó, rodeo la silla y la mesita, y llegó hasta las cortinas de esa habitación. Empujó el vidrio hacia afuera, sintiendo el viento de la mañana trayéndose los sabores de los restaurantes, del mar, de todo aquello que hacía de ese poblado anónimo tan entrañable para ella.

Aspiró el aire frío y húmedo, como quien se alimenta de un manantial. Quiso llenarse de a esencia del balneario porque sabía que ya no regresaría más. Eso lo decidió ahí mismo y abrió los ojos para confirmárselo.

Ahí estaba.

Desde que se alojó en el hotel, jamás se había asomado por la ventana. Vio la calle flanqueada por casas de uno o dos pisos. Vio los techos y tejados. Vio ropa tendida al aire. Vio patios polvorientos, desvanes abiertos con muebles viejos. Vio cornisas, huertos, hileras de macetas y una que otra señora en camisión inaugurando los primeros ritos del día.

Todo aquello le era tan distinto, tan ajeno, tan fuera de su propia vida y lo volvió a sentir. Esta vez, sin embargo, acunaba una intuición de saber qué hacer. Mientras exploraba la calle circundante a su habitación de hotel, decidió que saldría a visitar a la vidente.

Era importante explicarle todo aquello que le empezaba a aflorar desde dentro de sí misma. Todos los eventos de aquellos días fueron tan reveladores que aún no se sabía qué hacer con ellos. Lo único a lo que atinaba era a un atolondramiento de ideas, imágenes y sentimientos.

Volteó a mirarse al espejo. Esta vez si se reconoció a sí misma. No se bañó, se vistió con algo ligero y salió a la calle dando saltitos.

Decidió que desayunaría frutas primero y luego se daría el tiempo de ir adonde la pitonisa.

Fue al restaurantito aquel adonde comió el primer día; pidió una ensalada y un jugo. Desayunó

con apetito, como si estuviese acostumbrada a la vida sosegada del lugar. El muro de sofisticación que alguna vez la circundó quedó en el pasado y ella lo pudo notar.

La modelo era tan sólo una mujer más en el pueblo. Cada bocado de frutas lo sintió más estimulante que el anterior. Por algún motivo que no terminaba de comprender, ella era más permeable a las sensaciones externas.

Esto tengo que contárselo a la vidente. Esto, y lo que me pasó anoche. Siento que he hallado algo, pero aún no sé qué es. Ella me lo dirá. Estoy segura. Ella me dará las respuestas. Pero, qué buenas que están estas frutas. Jamás he comido algo tan delicioso.

Perdóname el silencio. A veces siento irónico tener que llenar el vacío con palabras. Estás acá, sí. Pero cada vez que oscurezco el mundo al cerrar los ojos, dejas de existir. Y no te toco. No. Y abro los ojos; y ahí estás, tan espejismo por ser tan silenciosa. Perdóname el silencio. Quédate así, sencilla en tu mutismo de estatua.

*¿Qué vacíos tienes hoy?
Quédome enhebrándome en tabaco
como un insomne de tus pechos.*

*Sí, de tus pechos soy insomne
asfixiando la terquedad de tu ausencia
con finas mentiras que ya no puedo hilar más.*

*¿Qué vacíos tienes hoy?
Confórmome contrariado en el despacho
migrante de tu recuerdo;
amaestrado a tus perfidias
he aprendido a deserguirme
como en un lecho
de patrañas repetidas al infinito.*

-

Corazón. Eso dijiste. Corazón.

*Ése es un órgano engañoso
aquél que no sabe
de hipocratismos
ni de hipocresías.*

*Tan sólo conoce
de verbigracias
y se ensaña fácilmente
cuando lo quieren rostizar.*

Corazón. A eso te referías. Corazón.

Y ya no caigo más en tu juego.

Ya no más. No más.

No más. Corazón. No más.

Aunque la siguiente mentira sea más dulce.

Aunque el fuego sea un rescoldo;

seguirá siendo fuego.

-

Mudar de pies; ése es un buen truco.

Acaba la noche en tres sílabas

y son aquellas las que adivino

como un crucigrama

para sosegar mi pecho agonizante.

Organza.

A hora.

Orgullo.

Tres sílabas.

Kilate.

Orate.

Ve ya no.

Anda ya.

Tres sílabas.

Cuchillo.

Tomate.

Te amo.

Tres sílabas.

Te amo. Te amo. Te amo.

Jamás oí tres sílabas tanto como ahora...

—

—Juan. Sírveme otra copa, por favor. Cuéntame algo, cualquier cosa.

—Hoy tienes ganas de hablar, ¿eh? ¿Cómo van los poemitas?

—Cambiemos de tema, Juan. Cuéntame. ¿Qué novedades?

—Los mismos borrachos de siempre. Los mismos clientes de siempre. Tú, y mañana pagan.
 —Vamos, tiene que haber algo nuevo. ¿Qué haces cuando sales de acá?
 —Me voy a casa. Ahí está mi esposa. Siempre la encuentro dormida, pero me despierta con el desayuno. De ahí salgo a estudiar hasta el mediodía, y de ahí almuerzo con ella.
 —¿Qué estudias?
 —Contabilidad.
 —El amor, Juan. ¿Crees que eso exista?
 —El amor. Tú escribes sobre ello y a mí me lo preguntas. Es como si un doctor le preguntara a un paciente si realmente existe o no el dolor. Pero mira, a mi edad estoy estudiando contabilidad. ¿Sabes para qué?
 —¿Para qué?
 —No tengo la más mínima idea. Para una carrera, para salir de este empleo, para un futuro. Pero sé que extrañaré desayunar con mi esposa, aunque ya nunca la veo.
 —¿Cuánto tiempo llevan de casados?
 —Trece años. Lindo número, ¿eh? Terminé de estudiar en un año más. Luego tendremos hijos, seré un contador y subiremos en el escalafón.
 —¿Pero, existe el amor?
 —Lo que existe es costumbre. Una vez deje de tomar desayuno con ella, seremos como dos extraños que se toleran, pero que ya no pueden dejar de vivir juntos. Seremos un mecanismo perfecto. Quienes no lo viven lo idealizan. Quienes están dentro de él no tienen idea de cómo llegaron ahí.
 —Y sólo estudias y trabajas.
 —Y nada más. Salud. ¿Una más?
 —Déjame que acabe ésta. Y gracias por deprimirme más.
 —Para eso estamos. Los deprimidos toman más y los ebrios dejan mejores propinas.
 —Siendo así de maquiavélico vas a ser un excelente contador.

Era ya tarde cuando el poeta salió del restaurante. Como de costumbre se quedó hasta pasadas las horas de cierre, acompañando en conversaciones entrecortadas a los meseros que ya lo conocían demasiado. Él no escribió mucho esa noche. Se la pasó en diálogos cortos con Juan, quien le servía los tragos y alternaba el intercambio de palabras con largos silencios.

La noche está estrellada, y brillan los astros, azules, a lo lejos. ¡Ja! Poemitas a mí. Hoy no me siento en nada poético. No me sale nada. ¿Cómo habría hecho Neruda en situaciones como ésta? Él tenía a Matilde y la vida era mucho más sencilla. Para mí que el tipo era realmente un aguafiestas, un pesado. No me quiero imaginar bebiendo con él. Con quien sí me encantaría beber es con Don Ramón. Ése sí debió ser todo un personaje: sinvergüenza, multiusos, charlatán, bohemio, músico, algo gitano y algo torero; y vago. Don Ramón era la quintaesencia del poeta.

Él cruzó la calle y llegó hasta el parque Roncesvalles. Dio sus acostumbradas tres vueltas fumando un cigarrillo. Era una vida apacible la suya. Él sabía que muchos compañeros de estudios, aprisionados en sus carreras corporativadas, le envidiaban el hecho de ser tan libre, tan irresponsable. Pero él no se envidiaba su propia vida. Al contrario. A menudo se reprochaba el no ser más responsable, el no tener la capacidad de ponerse una corbata y cumplir con un horario.

Pero, aún así, puedo llegar a ser mucho más productivo que en un empleo de nueve a cinco.

Abrió la puerta de su apartamento, encendió la luz de la sala, tomó su laptop y la llevó

directamente a su habitación. Se desnudó. Fue al baño, orinó como si exhalara lo último caminado del día, se echó un poco de agua en la cara, se miró al espejo por última vez y fue a echarse a la cama.

Encendió la laptop mientras miraba el techo.

Son cinco minutos para que cargue el sistema. Es tiempo suficiente para decidir qué i-Doser me puedo pegar esta noche.

Una vez terminó de ronronear el procesador, él abrió el programa de dosis binaurales y abrió la de ORGASM. Se colocó los audífonos y se echó boca arriba, respirando lentamente.

—¡Qué bueno que has venido! Sabía que vendrías. Lo sentí desde el momento en que llegaste a mi consultorio. Ustedes no me buscan pero sí me encuentran. Si yo lo digo. Bien. ¿Hiciste el ritual? Claro que lo hiciste. Se te puede oler. Pero, hay algo más que quieres contarme, ¿verdad?

Ella le contó a la vidente todo lo que le pasó. No sólo durante el ritual, sino horas antes. Le relató sobre su contacto con el mar, con el encuentro con los gringos, sobre sus sueños acuáticos, sus viajes en i-Doser, el ritual mismo, su llanto, su paz, de aquello que tenía muy dentro suyo y que tanto la estaba evadiendo.

—...y ahora te has sentido vacía, me cuentas.

La pitonisa siguió escuchándola mientras ella revolvía más y más a fondo en su propio lodazal de soledad. Porque en sí de lo que intentó entender la modelo —pero no sabía cómo explicarlo—, era sentirse tan maniqué como el que encarnaba en su profesión. Sólo en esa escapada tan furtiva y tan repentina fue que se dio en la cara con semejante realización. Eso era lo que la mantenía inquieta y no le hallaba una total certeza. Las dudas que tuvo durante el baño del ritual las tomó como meros desvaríos y no como su realidad; que en el fondo odiaba su vida tal cual era y que ansiaba la existencia anodina de un ser más con sus pequeñas alegrías, sus rutinas, su entrega al amor más reposado.

—Bien. Bien. Ya he escuchado lo suficiente. Tú has entendido mucho en muy poco tiempo. Eso es bueno. Cuando te regreses a tu país, a tu ciudad, quizá ya ni recuerdes lo que te voy a decir.

La señora le pidió a la modelo que cortara los naipes.

Una vez cortados, la vidente los repartió en la forma de la Esfinge Rampante.

—Efectivamente. Hay un cambio drástico en tu vida. Vas a hacer una mudanza. ¿Ves acá? Tendrás que intercambiar una cosa por otra. Para ser feliz, uno tiene que hacer sacrificios, hay que tomar riesgos. En tu caso, vas a ser feliz, pero te costará. Vas a tener que renunciar a algo. He ahí el cambio.

—¿Sale ahí qué es lo que voy a cambiar?

—Eso es cosa tuya. Pero te puedo asegurar algo: tu vida no será la misma. Y eso es bueno. Todo cambio es bueno. Es el fin de un ciclo, y el comienzo de otro. Mira acá, reconcíliate con tu familia. Ellos están esperando a que los llares, a que los visites. No seas mezquina y devuélvelles la llamada, aunque no te hayan llamado.

—¿Qué más?

—¿Qué más? ¿Qué más quieres saber? Mira, —dijo cortante, cerrando la esfinge de naipes—, no necesito las cartas para decirte esto. Tú has hecho un ritual, pero antes de aquello, has empezado un cambio. Yo lo he visto. Mi colega, el herbolario a quien visitaste, también lo ha visto. Todos los que hemos cruzado tu camino, los gringos, todos; todos somos meros actores secundarios en la película de tu vida. Tu vida. Acá no hay nada más que hacer, más que asumir tu destino y asumir los cambios que hay en ti. Escucha bien esto: deja que los cambios se manifiesten

en ti. No pienses, no razones. Sólo deja que las señales hablen por ti.

La modelo se asustó por el tono de voz de la señora. Era como si de pronto ésta creciera veinte metros y se volviera una entidad gigantesca.

—No tienes que pagarme. Has venido acá por algo y mi pago es volverte a encaminar. Con eso me basta y me sobra.

Cuando salió del consultorio de la pitonisa, sintió como si ésta la hubiese estafado de alguna manera. La vidente le había hecho un gran servicio y encima le había salido gratis. Aún así, caminó meditando las cuantas cuerdas que la separaban del hotel.

Durante su trayecto mudo decidió que dejaría ese poblado al día siguiente. Ya no deseaba quedarse más ahí. Sentía la urgencia de evadirse, de no cruzarse con la señora de las cartas, ni con el herbolario, ni con nadie más. Tuvo miedo a que la reconocieran, a volverse más vulnerable de lo que ya estaba.

Llegó a la recepción del hotel, recogió las llaves y subió nuevamente a su habitación.

Sin poderlo evitar, pensó en él.

Pero ya su imagen no le causaba ni pesar ni alegría. Tan sólo contemplaba su imagen mental como si fuese una pintura, un afiche, un trazo hecho al aire picturando los muros de su altar interno. Decidió que quería pedirle perdón. Una vez llegada a la ciudad le escribiría por Facebook para que ambos se pudiesen reunir.

Sin expectativas. De seguro él ya no querrá saber más de mí, y lo entiendo, y me lo merezco. Tan sólo sé que ya no me quiero sentir tan vacía como ahora.

Supo reconocer que ese sentimiento de vacuidad lo identificó en ese viaje que hizo tan de improviso. Antes de todo aquello, nunca se percató de su vida como maniquí. Tan sólo era una ficha más en el tablero.

Quiso sentir rabia contra la pitonisa pero no le salió nada. Era como si las emociones apasionadas la evadieran desde que salió del consultorio. Es más, por más extraño que lo pudo parecer su piel mantenía una sensación de hormigueo sutil, como si en cualquier momento fuese a levitar.

Así se debe sentir uno cuando tiene una piel nueva. Me siento como si jamás hubiese tenido piel, como si me vistieran de cuero muy brillante.

Así se pasó el día, pensando y dándose vueltas alrededor de la cama, de la silla, de la mesa de su habitación de hotel. No quiso salir hasta bien entrada la noche, cuando recordó que había prometido reencontrarse con los turistas de Atlanta antes de regresarse a su ciudad.

Para la modelo, había pasado una eternidad desde aquella noche en que estuvieron todos juntos y desdoblados en el rito colectivo del i-Doser. Se duchó deprisa, se puso los pantalones capri beige y su blusa blanca y salió rumbo a la casa que los muchachos habían alquilado. Como ya eran casi las nueve de la noche, asumió que ellos recién estarían empezando a beber. Eso le dio ánimos para llegar.

Pensó que lo mejor sería comprar unos paquetes de cervezas y algunas bolsas de papitas y picaderas, como una manera de agradecerles por su hospitalidad.

Así fue que entró justo antes de la hora de cierre de un mini-market cercano. Allí compró un paquete de doce latas de cerveza local y tres bolsas de lo primero que encontró para picar.

Será suficiente, espero y pagó sonriendo.

Aquí eres como una luciérnaga. Navegas el cielo como si la deriva fuese un rumbo lógico y deliberado. En medio de tu embeleso te dejas poemar; y la felicidad de tu extravío lo oriento al horizonte vertical de tus besos, aquellos que nos dimos sin habernos tocado siquiera.

Tomó aire y exhaló largamente. Extendió todas sus extremidades y se dispuso a relajar sus músculos tan bien como lo hubiese ensayado tantas veces antes de empezar su ritual de i-Doser. La única luz en la habitación era la que salía de la pantalla de su laptop, lo cual daba formas alargadas y siniestras a las sombras proyectadas contra la pared.

Los sonidos binaurales comenzaron a invadir sus oídos, alojándose en su mente. Eran pitidos de un agudo grave y ondulante. Pudo ser que el efecto placebo le hiciera sentir cosas, pero él podría haber jurado que aquellas vibraciones serenas del i-Doser eran tan suaves y pesadas como si estuviese siendo acariciado largamente.

Ésta era una caricia interminable y continua a través de todo su cuerpo. Mediante iba llegando el sonido *in crescendo*, la intensidad de la caricia se concentró en su coxis, justo detrás de su sexo, como un hormigueo insoportablemente agradable que se expandía con el entrecortar de su propia respiración; porque en el tiempo gradual que fue durando el ritual de sonidos binaurales pudo notar que sus inhalaciones y exhalaciones se iban espaciando hasta convertirse en un jadeo involuntario.

Él ya no era él. Se olvidó de si mismo como persona. Tan sólo era energía, un conjunto de olas ascendientes y descendientes, un émulo de mar agitado sobre su cama.

Era él, pero ya no era él mismo ya. No importaba su sexo, no importaba su edad, no importaba siquiera si estaba vestido o no. Su cuerpo se convirtió en fluido y a través de sus ojos cerrados comenzó a ver una serie de colores que lo llenaban todo y cambiaban de parecer con el subir y bajar de las ondulaciones.

Esa energía expansiva desde su centro mismo hizo que soltara su primer gemido al arquear la espalda. Era el orgasmo sin eyaculación; el primero de la noche. Porque ésa no era una sesión masturbatoria más en la cual se sacaba savia de sí mismo; era el rito de hacerse el amor de la manera más primitiva y más tecnológica; no hacía falta tocarse para sentir. El estímulo estaba ahí pero el tacto no fue necesario.

Él se retorció de placer luego del golpe suavemente intenso de su primer orgasmo pero no se detuvo. Durante el tiempo que duró el track de ORGASM del i-Doser llegó a venirse varias veces, cada una de ellas tan profunda como la primera; cada cual menos terrenal que la anterior.

No tuvo visiones, salvo las luces que lo llenaban todo en su campo visual de ojos cerrados. Ése era un camino del placer energético más puro donde ya la mente no tenía cabida.

Entonces, pasados los largos minutos binaurales, los pitidos se fueron esfumando de a pocos, disipándose en el humo de un placer sosegado, tranquilo, sereno.

Qué interesante. Anteanoche tuve una puta, y ahora tengo i-Doser. Definitivamente hay algo malo en mí. Eres un adicto al sexo, eso es lo que eres. Pero un adicto feliz, además. Sarna con gusto no pica, dicen. Pero es rico rascarse y que lo rasquen a uno. ¿Qué busco con todo esto? ¿Qué vacíos quiero llenar en mí mismo con tanta búsqueda de placer? ¿Placer? ¿Acaso ya no estoy encallecido de tanto placer?

Pero la soledad intensa de ese día, las conversaciones, los encuentros y desencuentros le

dejaron una sensación desagradablemente plácida. *Cuando pasamos más allá de cumplir nuestras responsabilidades, sólo nos queda llenar el vacío buscando placer. ¿Cuándo un placer se convierte en vicio?*

Mientras más busco, menos encuentro. Ya no sé qué es lo mío. Ya ni sé si mis vicios son los míos. Puedo abandonarlos cuando quisiera, pero al mismo tiempo no quiero dejarlos porque son lo único que queda de mí.

Abrió los ojos, se sacó los audífonos, y volteó a ver las sombras alargadas proyectadas contra la pared al lado de su cama.

Son un paisaje extraño. Me aterraría perderme en esa tierra llena de sombras. Sombras, sombras, sombras. Eso es lo que hay ahora. Buenas noches.

De un impulso, presionó el botón de apagado de su laptop por varios segundos, hasta que ésta dejó de luchar y murió dejando la noche cubrirlo todo con su oscuridad.

Así está mejor. Ya no veo nada. No quiero ver nada. Quiero llenarme de esta oscuridad. Así me será más fácil dormir.

Cerró los ojos. Acomodó su almohada, su sábana, busco la posición más cómoda y más fresca. El calor de esa noche de verano lo llenaba todo de un resplandor seco. Era un aliento estancado en el cuarto pero su cansancio pudo más que todo.

En otras circunstancias, se habría quedado más horas despierto, quejándose internamente del sopor, de la falta que le hacía un equipo de aire acondicionado, de las cuentas; se habría revolcado de uno a otro lado luchando por atrapar la primera brizna de somnolencia.

Pero esta vez se quedó dormido casi de inmediato.

El principio de su sueño fue de una negrura intensa. Cayó en un pozo profundo que anunciaba una noche sin presencias oníricas.

No obstante, al pasar de un trance a otro, la cortina negra de su dormir se disipó para revelarle las primeras estrellas de su constelación astral. Nuevamente estaba desdoblado contra su voluntad. Él recordaba vagamente que siempre tuvo aquel don, desde pequeño. Jamás se preguntó si era normal o no. Tan sólo sabía que viajaba casi todas las noches hacia un destino que no era el terrenal.

Al principio, se dejaba llevar por su propia marea hacia lugares remotos, épocas distantes, mundos extraños que no eran el suyo. Durante sus desdoblamientos, nada de aquello le parecía anormal. Al contrario, se sentía muy a gusto, muy en casa, mucho más cómodo que en su cuerpo terrenal. Hubo ocasiones en que quiso dormir durante días enteros para explorar y explorar más a fondo ese universo del que se sabía una pizca microscópica. Su única familia, su madre, pensaba —preocupada—, que su hijo era un vago dormilón sin remedio. *Es poeta. Los poetas son flojos.*

Con el pasar de los años, le tomó predilección a algunos destinos en especial. Hubo un bosque tupido, donde encontró un espacio libre de árboles; un claro en medio del follaje. Era en ese claro donde lo gustaba sentarse a pensar y ver pasar el tiempo.

Le era fascinante jugar a salirse de su cuerpo y llegar a ese otro reducto. Era su hogar y al mismo tiempo no lo era. Al desdoblarse, se convertía en una esfera y las demás esferas, los demás espíritus —encarnados o no—, venían a visitarlo. Por algún motivo, ese sitio en especial se volvió un reducto para almas perdidas, almas viajeras, esferas de luz en un tránsito oblicuo a su propia existencia.

Esta noche regresó a ese claro dentro del bosque. Encontró la piedra donde le gustaba posarse y se mantuvo flotando serenamente, calladamente, como si meditara.

La serenidad es mi mejor compañía.

No le fue difícil encontrar la casa que los chicos de Atlanta habían alquilado para veranear. Desde fuera se podían escuchar los ruidos comunes de gentes vacacionando: música, gritos, risas. Cuando la modelo llegó, ni siquiera tuvo que tocar la puerta. Ésta ya estaba abierta. Así que entró nomás.

El paquete de cervezas y las picaderas que ella trajo se desvanecieron en menos de una hora. Ellos eran así de voraces con todo y por eso estaban aprovisionados como para irse a la guerra. En la cocina ella pudo comprobar que tenían cajas de cervezas, de botellas de ron y bourbon, y un amontonamiento de bloqueadores solares, toallas y comida embolsada. Ellos contaban con todo lo necesario para una supervivencia sin necesidad de salir de las inmediaciones de la casa o la playa.

We've all lived near hurricane areas b'fore, so we're used to packin' in stuff, y'know, fue la única respuesta que le dieron aunque ella jamás profirió una palabra al referirse a la portentosa cornucopia festiva.

—But you're here for the Happy Tree Rite, aight?

La modelo dijo que sí con la cabeza. Por algún motivo que le evadía se sintió corta, tímida. Era como si les dejara a ellos la espontaneidad y ella tan sólo disfrutara de su presencia como espectadora. Por más que le dieran la bienvenida, aún tenía ese sentimiento de ser extraña, ajena al grupo.

El muchacho llamado Matt trajo la consola con los audífonos al centro de la sala y cada uno tomó un par. Alguien apagó la música pero a ella ya no le importaba. Mantenía dentro de sí una expectación de volver a vivir ese fenómeno de discoteca privada y virtual con sus nuevos amigos.

—'kay guys. Here we go!

Todos se acomodaron como mejor pudieron alrededor de la sala, en cojines, sillones, sofás, alfombras. Respiraron hondo, cada uno como mejor lo sabía hacer y se dejaron llevar con los primeros pitidos binaurales del i-Doser.

Ella volvió a hundirse en el pozo profundo y negro que se convirtió en un punto amarillo. Esa caída se abrió como una cortina, donde se olvidó de sí misma habitando su cuerpo. Ya no era ella. El viaje de la sala a la discoteca se hizo más rápido, más inmediato, como jamás lo había experimentado antes.

Esta vez no le hizo falta relajarse ni concentrarse mucho. Fue la primera en llegar, además. Vio la pista de baile, las luces multicolores y los cuerpos de sus acompañantes apareciendo uno a uno, moldeándose en siluetas danzantes.

Lo hermoso de esto es que cada uno baila con la música que tiene dentro. Nunca lo pensé de esta manera. Yo tengo mi música dentro.

Se meció lentamente de un lado a otro, ondeando con la energía de los demás muchachos. Para el mundo externo ella estaba hipnotizándose colectivamente con los demás usando pitidos digitales. En ese plano de existencia, en ese tipo de desdoblamiento, ellos compartían un salón privado donde estaban íntimamente interconectados. Estaban ahí compartiendo un ritual que iba más allá de un sencillo encuentro. Era una comunión perfecta entre todos; ayudados por pulsaciones sonoras como una manifestación de una alquimia moderna no exenta de misticismo, misterio, entrega.

Ella, la modelo, ya no era la misma. De eso se dio cuenta también al estar ondeando al ritmo de su propia música en la discoteca virtual de los chicos de Atlanta. Aquel sentimiento de falta de identidad no le sorprendió, sin embargo. Ya había sentido eso antes durante aquellos sueños

descabellados que solía recordar luego de despertarse.

Esos sueños suyos podían quedarse en su memoria durante días y meses, como si fuesen una vivencia imposible de borrar. Pero estaban ahí, con esa sensación de impersonalidad como la que tenía en aquel momento. Ahí mismo supo lo que tenía que hacer.

Sin despedirse del grupo, concentró su propia vibración hacia lo oscuro más oscuro y profundo, y desapareció. Se vio a sí misma, echada sobre los cojines en una sala apenumbada, con los audífonos puestos, rodeada de hombres y mujeres también recostados, todos con el rostro sereno de quienes duermen. Tal y como lo supuso, ella misma ya estaba convertida en esfera.

No tuvo miedo. Ascendió a través del techo, a través del cielo, a través de la noche en un tiempo donde no existía el tiempo, en una distancia donde no tenía que recorrer distancias. Ella dictaba su propia travesía mediante sus propios deseos.

Y ella deseó —entonces—, llegar al claro del bosque donde sabía que estaría él.

—Te estaba esperando.

—Y yo te estaba buscando.

—Es extraño, ¿sabes? Sabemos que nos buscamos. Buscamos y nos reclamamos, pero ninguno de los dos puede recordarlo.

—Tenemos unas encarnaciones muy caprichosas.

—Pero ahora estás acá.

—Y yo aún no me he ido.

—En esta encarnación vivimos en la misma ciudad y sin embargo nos repelemos.

—¿No es acaso la repulsión un sentimiento de apego que no queremos reconocer?

—Estamos nublados por sentimientos humanos. Estos cuerpos son una coraza muy dura. ¿Por qué no podemos ser más sensatos?

—Ahora estamos aquí. ¿Qué quieres hacer?

—Mi tiempo es tu tiempo. ¡Qué hermosa noche!

—Me gusta este rincón del universo. Es mi alfa y mi omega.

—Puedo entenderlo. Es el mío también.

—Cuando estamos juntos me gusta pensar que no hay límites entre dónde termina mi esencia y cuándo comienza la tuya. Me gusta ser el haz de luz que se superpone al tuyo.

Ambos sonrieron como sólo saben hacerlo las esferas de luz que se reconocen. De todos los infinitos rincones del universo ella y él se acoplaron a ese claro del bosque.

Despaciosamente quiero arrullarme en el mantra de tu nombre. Vamos a repetirlo; ahora conmigo. De susurro en susurro, deseo renacer la existencia del mundo a través de ti. Repitámonos un par de veces más. Reiterémonos hasta llegar a uno o dos infinitos.

Ambas esferas se elevaron al cielo y se enrumbaron a través del universo rumbo a una pradera.

—Éste también era mi lugar favorito, de cuando éramos zorros.

—Era emocionante. Sí, lo recuerdo. Podíamos correr tan rápido y escondernos tan aprisa. Ningún perro logró alcanzarnos.

—Tú robabas los huevos y yo vigilaba. Para ser animales estábamos muy bien organizados.

—Éramos animales casi humanos. Tan sólo nos faltaba hablar.

Como esferas, sobrevolaron la pradera muy pegados al suelo. De haber sido corpóreos,

habrían sentido el sutil consquilleo de la hierba mientras se deslizaban silenciosamente veloces. Ya estaba anocheciendo y los últimos destellos del día se ocultaban más allá del horizonte. Era una tierra plana sin montañas ni colinas. Podía pensarse que todo el mundo era pradera y sólo pradera.

—Nada ha cambiado en miles de años. Este pedazo del mundo ha seguido igual que siempre. Es uno de los pocos lugares que no han sido tocados por el hombre.

—Es extraño.

—El hombre quiere aquello que puede asir. Si no está cerca no lo va a tocar. Quizá venga y lo explore. Quizá lo escriba en un mapa. Pero no va a quedarse si es que no lo puede domesticar.

—Esta tierra es plana y aún así no es domesticable.

—A nosotros nos gustaba vivir acá. Sería hermoso volver.

—Podemos, ¿sabes? Sí, claro que lo sabes.

Ambas esferas dieron varias vueltas amplias en círculo, absorbiendo la pradera tal y como sólo las esferas de luz saben hacerlo. En uno de esos giros, se elevaron sincronizadamente hacia el cielo una vez más.

Ya no eran dos esferas separadas; eran una unidad que se desplazaba a voluntad por el universo.

Ella era él; y él era ella.

Se unificaron él dentro de ella y ella dentro de él en una sinfonía de colores, tactos, gustos, aromas y sonidos. Ya no habían dos esferas; ahora eran una sola. La intensidad de miles de soles e incontables constelaciones se convergieron en esa unión en la cual la esfera brilló con mayor intensidad.

Eran la energía de todo ser vivo. Era el amor que genera nacimientos y que redime a la muerte.

Éste era su origen primal. Nacidos de un mismo fuego celestial, ambas esferas eran parte de una misma esencia; aquella que se desprendió en dos mitades cuando el universo era aun muy joven.

Su destino, entonces, era volverse a reencontrar en cada encarnación hasta cumplir su misión de alinearse nuevamente. Con cada vida iban aprendiendo un poco más. Todas aquellas lecciones las irían acumulando; se moldearían uno con el otro como si fuesen de arcilla. Una vez cumplido su aprendizaje podrían volverse a juntar enteramente y regresar a su esencia cósmica.

Por eso era importante conocerse y reconocerse. Ella lo limpiaba a él; y él la limpiaba a ella. Ella tenía su camino particular toda vez que encarnaba y él tenía su propia misión al mismo tiempo.

Él y ella cruzaban sus caminos en momentos previamente pactados para ayudarse. Ni antes, ni después. Aquella sensación de serendipia no era más que un mapa cuidadosamente organizado de antemano.

Por eso se amaban. A pesar de eso, también.

Ambas esferas flotaron sosegadamente hacia el claro del bosque donde siempre se encontraban. Ya no habían más misterios en el universo. Ambos estaban preparados para dar el último salto.

—Regresa, por favor.

—Sí, ya es tiempo.

—¿Te parece que ahora somos lo suficientemente conscientes de lo que estamos haciendo?

—Es el momento.

—Tú estás con ellos y yo estoy solo. Quiero recordarte cuando despierte.

—Yo ya te estoy recordando. Esta encarnación ya sabe quién eres. Faltas tú para entenderlo.

—Quizá despierte y no lo recuerde.

—Entonces, yo tendré que refrescarte la memoria.

—Es parte del juego. A nosotros nos gustan las epifanías. Creo que reencarnamos sólo para esto.

—Y para saborear de las frutas. ¡No te imaginas cuánto las disfruto!

—Y yo soy quien padece de gula. Tú me guiarás.

—Y yo te reconoceré a ti.

Las esferas se despidieron, cada una en su vuelo particular hacia su rincón del mundo.

El poeta se despertó de un sobresalto. Miró su reloj y vio que recién eran las tres de la madrugada. *Buena hora para el insomnio.*

Se levantó y arrastró los pies descalzos hasta la nevera. Al abrirla, se resignó de no tener agua helada. *No sé por qué nunca puedo acordarme de rellenar una botella para las noches. Descuidado que soy.* Así que tomó agua directamente del grifo. Asumió que si sacaba un vaso para beber, luego tendría que lavarlo, lo cual conllevaría más trabajo innecesario. Lo único que él buscaba era refrescarse la boca.

Por alguna razón él se sentía seco. Una vez hubo bebido, se enderezó y se acercó a la ventana. La ciudad estaba dormida. Se rascó el brazo y tuvo la ligera sensación de que había algo que lo estaba evadiendo. *He soñado algo, eso sí sé. Lo que no puedo entender es por qué no lo puedo recordar.* Tenía una cierta inquietud, como si tuviese una piedrecita en el zapato, aquel que no estaba utilizando en aquellos instantes.

Quizá si me vuelvo a dormir pudiera recuperar el sueño y saber de qué me perdí.

Y volteó su camino hacia la cama.

Ella descendió como esfera en un camino recto a través de la noche que se había vuelto lluviosa, cruzando el techo y de vuelta hasta su propio cuerpo. Ahí fue que sus vibraciones energéticas cambiaron hasta regresar a la discoteca virtual con los amigos de Atlanta. Volvió a percibir el ruido del i-Doser en su mente, sintonizada completamente en aquel aquí y ahora. Estaban todos en un intercambiar de colores, una competencia de danzas cromáticas en las cuales los chicos mutaban en brillos y movimientos.

Cada uno bailaba su propia música y aún así el ritmo tenía sentido para todos. Era una fiesta de intensidades ondulantes. De los vaivenes veloces, se cambiaba sutilmente a los movimientos más sosegados. La modelo se abandonó a la alegría de esta celebración que se le antojó como una despedida perfecta a su evasión improvisada.

Entonces, al ir bajando en intensidad la estimulación binaural, los danzantes fueron desapareciendo de la pista de baile virtual hasta quedarse ella sola.

Abrió los ojos y se quedó inmóvil, mirando el techo.

—That was wicked!

—Where were you? It seems that you disappeared for a bit there... anything wrong with your headphones?

La modelo supo que se referían a ella.

—Yes, but it was nothing. I probably dozed off for a second. But, it was really fun!

—You dozed off on an i-Doser! Now, I've seen everything!

El muchacho llamado Matt se levantó y repartió cervezas a los demás compañeros. Ella recibió la suya. Estaba helada al tacto. Con un movimiento automático destapó la lata y dio un primer sorbo.

Lo necesitaba.

Sintió el líquido amargo y burbujeante refrescar su boca, su garganta. Por alguna razón, estaba más sensorialmente receptiva. Disfrutó la sensación helada de la cerveza como si ésta fuese la más generosa de las dádivas.

Se levantó embargada de alegría y gratitud.

—Cheers, my good friends! Tomorrow I'm leaving. But, I'll never forget you guys!

Todos levantaron su lata de cerveza y brindaron con ella.

Unas cuantas hora después ella caminaba de regreso a su hotel. Ya había escampado y las calles despedían ese cálido vapor del asfalto aún tibio y húmedo.

Los chicos de Atlanta le prometieron enviarle unos archivos de i-Doser a su email. La modelo quedó en mantenerse en contacto con ellos y hasta quizá reencontrarse alguna otra vez.

Era de aquellas promesas que siempre se hacen con emoción al principio pero que a menudo uno olvida. Aunque, algo le decía a ella que sí los volvería a ver.

¿Por qué te me sigues apareciendo en sueños? Eres tan inasible, que desearía poderte trazar como si fueses un poema más. Quiero que este otoño no nos sea ajeno nuevamente. ¿Te reconoces en estas estrofas que ahora son tuyas? En este intento de poemarte anclo mi deseo a tu evocación.

—Es como una especie de hipnosis. Te pones los audífonos, y vas escuchando una serie de ruidos blancos.

—¿A qué le llamas ruidos blancos? ¿A esa interferencia que suena cuando uno sintoniza la radio?

—Así es.

—¿Para qué alguien quisiera escuchar eso? ¿No es mejor la música?

—Sí, pero no tiene nada que ver con música... Esos sonidos jaquean tu cerebro y hace que tengas sensaciones como si estuvieras consumiendo sustancias psicotrópicas. Es algo increíble y bastante sano. No sabes la cantidad de dinero que me he ahorrado... y de neuronas, también.

—Definitivamente estás loco. De remate. Ya me habían contado...

—¡Y, dale con lo que te han contado! Cuéntame... quiero saber...

—¿Para qué quieres saberlo?

—Porque quiero saber de qué defenderme.

—¿De qué defenderte? Espera... nadie te está atacando acá. Tú solito estás armando suposiciones.

—Tan sólo busco conversación.

—Y yo lo único que quiero es seguir mi trabajo. ¿Para qué has venido? ¿No debieras estar en tu cubículo?

—Y sí... claro... pasa que... como estas computadoras demoran en arrancar, pues quise matar un rato el tiempo. Ya tú sabes. Era eso o irme a fumar.

—Así que estoy entre esas dos alternativas... mira, muchacho, no tengo tiempo para estar perdiéndolo.

—Está bien, Laura. Está bien. Ya me voy... Pero, si un día te da curiosidad probar el i-Doser... yo te puedo...

—¡Hasta luego!

Él ingresó su contraseña e inmediatamente se dirigió a las carpetas donde estaban las copias del día. Aún tenía el malestar de su infructuosa conversación con Laura. *Es como un muro de piedras. Pero yo sé que puedo batir esa barrera inexpugnable. Sólo me tomará un poco de tiempo. Tiempo. Eso es lo que necesito. El tiempo que lo cura todo.*

Se extrañó de no haber visto a Henry Cohn cuando ingresó a las oficinas del Diario Vertical.

Al parecer se ha querido tomar la mañana libre. ¿Se nos estará ablandando el muchachón? Un día de éstos debo decirle para bajarnos una botella de whisky. No sé quién lo necesita más; o él o yo.

Toda la jornada de la mañana se la pasó corrigiendo artículo tras artículo. Esta vez le puso mayor concentración a su trabajo. Su intención era la de hacer una labor de penitente. Al ser minucioso y profesional poco a poco iría olvidándose de su ofuscación.

Esto es lo que necesitaba; un poco de responsabilidad en mi vida.

Le prestó mayor esmero a sus comentarios. Aunque no era muy afecto al uso del control de cambios en el software de redacción, se fijó a sí mismo la tarea de imponérselo a sí mismo. Cuando acabó con las primeras dos carpetas ya era casi hora del almuerzo. Levantó el rostro hacia el reloj de la pared y lo contrastó con la hora en la pantalla del computador.

Y no me di cuenta. Eso es bueno. Quiero embrutecerme un rato acá. Unos cuantos meses no me harán mal. El sueldo también es un buen estímulo. Pero ya tengo hambre. Suficiente por ahora. Vamos a comer.

Remitió las copias de regreso a la intranet del Diario Vertical, cerró todas las ventanas y apagó la máquina.

Se puso de pie y se estiró. Sintió cómo la falta de costumbre le había entumecido los brazos y las piernas. *Esto se cura yendo a caminar más seguido. Quizá deba hacer planchas.*

Salió al corredor y pasó frente al despacho de Henry Cohn. Pensó en saludarlo pero lo vio ocupado en una llamada telefónica, así que continuó su camino. Ya lo saludaría después de almorzar.

Ahora, veamos si Laura me acepta otro almuerzo.

Pero cuando llegó a la oficina de contabilidad se vio con la puerta cerrada.

Bueno. Será para mañana. No tengo prisas.

Y salió hacia la calle de un mediodía de verano.

El viaje de regreso se le hizo más rápido y más difuso, como si fuese todo parte de un sueño. Todos los eventos se le hicieron mucho más fluidos, casi como si estuviesen sincronizados. La

modelo pidió a recepción que le llamaran un transporte con destino al aeropuerto. Ni bien hubo terminado de empacar sus cosas le avisaron desde el teléfono de su habitación que el taxi había llegado. Se apuró a bajar. Pagó las noches de su estadía y con las mismas subió al automóvil, prácticamente sin despedirse de nadie.

Llegó al aeropuerto. En el counter le informaron de que la fecha de su ticket era otra y que se había adelantado por dos días. Ella ya no quería quedarse más en ese lugar así que aceptó pagar la penalidad por cambio de fecha. La transacción fue rápida y cuando menos se dio cuenta, ya estaba de nuevo en su asiento de primera clase.

La modelo durmió durante el vuelo. No comió cuando se lo ofrecieron, despidiendo a la azafata con un manoteo somnoliento. Se despertó cuando ya estaban en descenso. Por instinto, sintió la pequeña angustia de estar desarreglada en público. Ya no era momento de entrar al baño a refrescarse, así que tan sólo esperó a que el aparato tocara tierra.

Llegaron a la terminal. La modelo salió, cogió sus maletas, pasó por los controles, tomó un taxi y se enrumbo de regreso a su apartamento en la calle Calatrava.

Giró la llave, abrió la puerta y encendió la luz. Al cruzar el umbral, se sintió diez veces más ligera. Por unos momentos no reconoció su apartamento. Estaba todo limpio y ordenado. También había un ramo de astromelias en un florero. La pie había una tarjeta.

¿Dónde estás? Llámame cuando puedas. Juan Agüero.

Esas palabras la aterrizaron de golpe a su realidad. *Ahora no, Juan. Ahora no.*

Llevó el equipaje a su habitación y lo puso todo sobre la cama. *Lourdes ha hecho un excelente trabajo. Tengo que dejarle una propina extra.*

Abrió uno de los cajones y encendió su iPhone. En instantes el sistema operativo fue acumulando la tira de mensajes de texto, mensajes de voz y llamadas perdidas. Hizo una revisión rápida y no pudo evitar una sensación de hastío.

Si quiero seguir trabajando tengo que hacerles caso. Pero no quiero.

Así que se enrumbo al baño, desnudándose mientras caminaba. Ésa no fue una acción premeditada; y aún así se sintió sexy. Mientras iba deshaciéndose prenda por prenda, su caminar se hizo más sensual, contoneándose al ritmo de una música que no existía.

Tuvo ganas de que esa danza fuese para alguien. Abrió el grifo de la ducha y disfrutó del contacto del agua tibia con su piel.

Ya estaba en casa.

—No, nena. Todo está bien.

—Pero, flaca. ¡Todos hemos estado preocupados por ti!

—¿Quiénes todos?

—Bueno, Juan Agüero y yo. Felizmente la señora Lourdes me dijo que te habías ido. Pero, ¿por qué no me avisaste?

—Wanda... ya lo habíamos conversado la otra vez. ¿O no te lo dije? Además que te dejé un mensaje. Mira, perdóname si te preocupé. Pero ya pasó. Ya estoy acá. ¿Hay alguna novedad?

—No, ninguna, en realidad. ¿Quieres que te lleve algo de comer?

Ella no cambia. Cree que es mi mamá.

—No te preocupes. Debo tener algo en la nevera. Y si no hay nada, no importa. Ya mañana nos vemos, mejor. ¿Cómo está tu día?

—Mañana te llevo a comer, mejor. Ahí me contarás.

Se despidieron con aquella premisa. Ella colocó el teléfono sobre la cómoda y enchufó el

cargador.

No sé cómo pude estar tantos días sin el iPhone. Realmente no sentí falta. Pero, ahora me es indispensable. No lo puedo comprender.

La modelo se fue a la sala y encendió el televisor. Cambió los canales sin prestarle mucha atención. Ella estaba ahí y al mismo tiempo no estaba presente.

¿Por qué no me puedo distraer?

Y volvió a sonar su teléfono. En el identificador de llamadas pudo ver que era Juan Agüero.

Mejor le contesto ahora, y acabo con este asunto de una buena vez.

—Sí. sí. Ya estoy de regreso.

—Pero, ¿no te llevaste el teléfono?

—No. No me lo llevé. Quería desconectarme de todo.

—Nos tenías preocupados. ¡Cualquier cosa pudo pasarte! ¡No vuelvas a hacer eso!

¿Quién eres tú para decirme qué debo hacer y qué no? Yo no te pertenezco. Tú no eres nadie para mí. Le asaltó la tentación de apagar la llamada pero se contuvo.

—Pero... lo importante es que estás bien. Tengo algunos trabajos en agenda para las próximas semanas. ¿Te interesa?

—Mira, Juan... no estoy con ánimos de hablar ahora. ¿Por qué no mejor me mandas toda la información a mi correo? Así lo reviso mañana.

—¿Jet lag? ¿Quieres que te lleve algo?

—Chau, Juan Agüero. Besito.

Y apagó la llamada.

Toma esta mano, que tanto te ha (d)escrito. En este ayuno de ti, arguyo todos los días la aparición que te evoco. En este amanecer volverás a ser de mar, de travesía y de costa lejana. El alba me lleva a embarcarme nuevamente en tu búsqueda, joh, fugaz espectro bienamado!

El poeta se sentó nuevamente frente al monitor. Encendió el CPU y calculó que tendría diez minutos para holgazanear. Ese almuerzo le había caído muy pesado. Aún sentía la bola en el estómago. Se estiró en la silla, tiró la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Muy bien me caería una corta siesta. Nada me lo impide, en realidad.

Miró a su alrededor. No tenía a nadie más en ese cuarto lleno de computadoras.

Es como si fuese mi propia oficina; mi propia sala de redacción. Podría echarme un ratito...

Pero desechó ese pensamiento casi de inmediato.

Me falta muy poco para terminar el trabajo de hoy. Además, mientras más rápido acabe, más pronto podré salir de acá.

Por fuerza del hábito llevó la mano automáticamente a su bolsillo, buscando un cigarrillo.

Acá no se fuma. Cierro. Y no quiero tener que bajar las escaleras de nuevo. ¡Rayos! Me siento muy pesado. Creo que no debí haber comido tanto.

La pantalla se normalizó. El poeta accedió al intranet del Diario Vertical, y directamente a su carpeta.

Vamos a terminar con esto de una buena vez.

Echó de menos un café. Estuvo a punto de levantarse a buscarse uno en la cafetería de la esquina, pero se contuvo. Conocía muy bien las trampas de la procrastinación bien disfrazadas de

impulsos repentinos.

Vio que eran relativamente pocos los artículos que le tocaba corregir. Se metió de lleno a la tarea, consignéndose ser más minucioso, más responsable.

Escobita nueva y un cuerno. Hay que hacer lo que hay que hacer.

Estuvo una hora y media corrigiendo sin interrupción, casi disfrutando el hecho de hacer un trabajo mecánico y repetitivo.

Pocos adjetivos para sustantivos fuertes. Verbos accionables. Oraciones cortas. Prioridad en la apertura. Ir hacia el enganche. Escribir para el impacto inmediato; y para el olvido.

Una vez hubo terminado se aseguró de que todas las copias estaban actualizadas en la intranet del Diario Vertical. Envío algunos emails a los redactores con copia al editor. Eran correcciones sencillas, nada dramático. Todos sabían muy bien qué hacer.

Luego abrió su Facebook. Borró las mismas invitaciones de siempre: juegos, páginas de compra y venta. Vio en su historial del día los chismes y directes de aquel pueblo chico. *Todo se sabe. Aunque no quieras; aunque yo no lo desee. Todo se sabe. Siempre hay una cámara velándote.*

Con ese pensamiento, actualizó su estado de perfil: *En esta época convergen Sartre y Orwell: el Gran Hermano son los demás.* Y presionó SEND.

Veamos qué me responden ahora...

El poeta sintió unos pasos acercándose por el corredor. Era un sonido que delataba el cuero y la madera; zapatos de mujer. Rápidamente cerró la pantalla y se dispuso a apagar la computadora. En el umbral de la oficina se detuvo Patty.

—Henry Cohn quiere verte en su despacho.

—Moneypenny... Qué gusto tenerte por acá...

—¡Déjate de cosas!

—Ya voy... será el día... —gruñó entre dientes.

—¿Qué sabes de automotores?

—Pues... que los carros hacen bip-bip, y los camiones hacen jonk-jonk...

—¡Vamos! Fuera de bromas. ¿Sabes algo...?

—Algo. Que se les echa gasolina. Sé conducir autos estándar y automáticos, aunque hace bastantes años que no he tocado una máquina.

Henry Cohn trataba de contener una sonrisa maliciosa.

—Pues bien, es tu día de suerte. O, mejor dicho, estoy por cometer una de las peores locuras de mi vida. Verás, según las métricas en la tendencia de publicaciones se ve un incremento en la demanda de contenidos que tengan que ver con automóviles y automotores, en general. Me gustaría ampliar mi oferta editorial pero mi presupuesto está algo limitado.

—Continúa...

—Pues bien, acá va. Quiero sacar un suplemento semanal acerca de todo que tenga que ver con automovilismo. Te necesito a ti como editor en jefe.

—¿Mi propio suplemento? ¿Estás seguro?

Una ola de pánico lo invadió. ¿De dónde iba a sacar tiempo? ¿Cómo podría empezar? Es decir, él sí sabía cómo funcionaban los mecanismos internos de la industria; pero una cosa era saber y otra ejercer.

—Del cuero las correas. Eres al que mejor conozco y al que menos involucrado está en el diario. Todos mis redactores están ya engranados acá. Los necesito. Tú aún no estás realmente

comprometido acá, por eso te hago la oferta. Obviamente, habrá un aumento de sueldo y comisiones...

—¿Voy a tener que vender algo?

—Vas a tener que lidiar con los auspiciadores. Pero, no te preocupes. Gran parte del trabajo lo hace el departamento comercial. Lo tuyo es más editorial. La cosa es mantener contentas a las marcas.

—¿Cuál es mi equipo?

—Justo iba a entrar al tema. Por ahora, contarás con dos redactores y un diagramador que también hará la fotografía. Ellos estarán trabajando part-time en la redacción de Vertical y part-time contigo. Si hay comisiones importantes, pues se considerará el tiempo que necesiten.

—¿Nada más? Y si digo que no....

—Que estarías perdiendo una muy buena oportunidad. Además, que no te sienta hacerte el difícil.

—...

—Mira, no es tan complicado. No tengas miedo. Yo te acompañaré en los primeros números...

—Cohn... francamente... recién acabo de regresar a trabajar. No sabría ni por dónde empezar. No es que no quiera el trabajo. Te agradezco el que hayas pensado en mí... pero...

—Si necesitas tiempo para pensarlo, te doy hasta mañana. Mira, no es tan complicado. Además, recién vamos a hacer el lanzamiento en un mes. Tenemos bastante tiempo como para ir desarrollando la línea editorial y para que te vayas empapando del tema.

—Está bien... lo pensaré... gracias...

Salió de la oficina casi sin despedirse, en un estado de impacto del cual no se lograba sacudir. No saludó a Laura cuando se cruzó con ella en el vestíbulo, en dirección a la calle. Tomó el camino izquierdo de la vereda y avanzó como autómatas, sumido en su ensimismamiento.

Henry Cohn miró divertido por la ventana cómo su amigo caminaba haciendo cálculos rápidos en su cabeza. A veces se sentía como un hermano mayor. Se preguntaba a sí mismo si es que no estaba cometiendo un gravísimo error.

Aquella mañana siguiente, la modelo despertó sin abrir los ojos. El tiempo que estuvo de viaje se le antojó como si hubiese sido mucho más largo. Ya nada era igual. Aún así, se levantó con los ojos cerrados y se concentró en sentir su entorno, pero no se pudo hallar.

Qué raro. Yo lo tenía todo memorizado.

Se quedó de pie, perdida en su propia habitación. Respiró lentamente. Estiró los brazos como para palpar sus alrededores, pero se detuvo.

No, así no.

Volvió a aspirar. El asunto era adivinar los objetos antes de llegar a ellos. Dio un paso, luego otro. Se guió por los sonidos habituales de la calle. Se concentró en que estaba rodeada no de aire, sino de líquido. Así podía palpar sin tocar, como si tan sólo la existencia de su entorno le diera las claves de cómo navegar. Cada movimiento le traía una reacción. Lo podía sentir en su piel, en su respiración, en sus oídos.

Un paso. Otro paso.

Evadió la esquina de una mesita y continuó hasta el resplandor de la calle a través de sus párpados cerrados. Se detuvo cuando pudo percibir que se acercaba a una presencia sólida. Ahí estiró las manos y se topó casi de inmediato con la textura rugosa de las cortinas.

Ahí abrió los ojos.

Ella estaba frente a frente con la cortina cerrada. Al otro lado estaba la ventana abierta. El día se vislumbraba caluroso, pero sin viento.

Unos pasos más y me podía haber ido de cabeza a la calle. Debo tener más cuidado.

La modelo se acordó de los chicos de Atlanta. Buscó en su bolso y halló el pedazo de papel. Lo leyó nuevamente. El papel aún conservaba el olor a mar. Ella pudo percibirse momentáneamente de vuelta en aquel balneario de clase media.

Sé que jamás volveré allá. Pero me gustó ese viaje.

Sacó su laptop y la encendió. Mientras iba arrancando el sistema operativo se fue a hervir agua para hacerse una taza de té. Regresó arrastrando los pies por sobre el piso de mármol falso y se llevó la laptop consigo a la sala. Se sentó en el sofá, se acomodó y abrió su buzón de correo electrónico.

Seleccionó aquellos que eran basura y sólo conservó los más relevantes.

Antes de siquiera ver sus mensajes pulsó la opción para componer un nuevo correo. Ingresó la dirección que le dieron. No se acordó de quién era. Para ella, todos los muchachos eran las diversas cabezas de una sola entidad. No había forma de que ella pudiese separarlos por personalidades individuales.

Hi! I hope you remember me. I'm back home. The trip was fine and uneventful. I hope you guys are still enjoying the summer over there.

I'm writing to ask you if you could please send me the track of the Happy Tree Rite. I really enjoyed it. It was very revealing to me.

Anyhow, you can write me back anytime. Hugs and kisses. Me.

Pulsó SEND con una sonrisa de quien evoca momentos agradables. *Sí, por supuesto. ¡Qué lindos eran todos! Espero se acuerden de mi encargo.*

Volvió a su buzón principal y halló un mensaje de Juan Agüero.

Bueno, hay que trabajar. Veamos qué nos dice.

Ramp Lone era una marca nueva asociada a Grenouille Fragrances. Ellos querían una sesión de fotos para una campaña que lanzarían a finales de año. La estaban convocando a ella y a otras dos muchachas.

Elise y Bárbara. ¿Cómo no? Me llevo bien con ellas dos, aunque casi ni nos vemos. ¿Qué será de sus vidas?

Le respondió a Juan Agüero que sí, que sí iría. Lo llamaría más tarde para reunirse en su oficina y discutir los detalles. No obstante, había una idea que empezó a rondarle por su cabeza. Entre la taza de té y la sala se le ocurrió algo, pero que todavía no le quedaba aún muy en claro.

Pensó que lo mejor sería pensarlo durante la ducha. *De todos modos, hoy me encuentro con Wanda. No deseo salir pero ya que ella insiste...*

Y arrastró los pies en dirección al baño.

Me hallo inexorablemente tuyo. De esta comunión a tu esencia, me yergo devoto de todas tus divinidades. Es tu sonrisa mi liturgia favorita. Con tan sólo hallarte en mis sueños puedo resucitar mis amares en una o dos eternidades.

¿Por qué ahora? ¿Qué designios me está trayendo el destino? ¿Qué quiere Henry Cohn de mí? Digo, me halaga que mi amigo piense tan altamente de mí. ¿O será que no tiene más en quién contar? Eso es. Eso debe ser. Contratar a un editor es carísimo. Además, ya me imagino. Poner aviso en el periódico, buscar entre conocidos, hacer entrevistas... Sí, claro...

¿Pero... yo...?

Bueno, he llevado una vida bastante holgada. Vamos, no te hagas el heroico. Te la has pasado de vago y lo único que te ha salvado de la indigencia es tu instinto de conservación. Vives de cheque a cheque. Apenas tienes unos pocos ahorros.

Sí, cierto. Y no tengo hijos. No tengo hijos, ni novia, ni querida. Ni siquiera comes bien. Te alimentas cuando te acuerdas.

Y eso que a mí me gusta comer.

Si tanto te gusta comer, si tanto te gusta la buena vida, entonces, ¿por qué no te has hallado en un trabajo con horario fijo como todo el mundo?

Es eso lo que Henry Cohn me está ofreciendo: un ticket para la vida normal. Me voy a volver un ser domesticado.

¿Y? ¿Eso tiene algo de malo? No... para nada... Aunque ya no podré levantarme ni acostarme a las horas que quiera.

Te engañas a ti mismo. Tú bien sabes cómo funcionan estas cosas. Mientras cumplas las fechas de entrega y los cierres editoriales puedes hacer tus horarios como rayos quieras.

Sí, es cierto... pero también estamos hablando de toda una revista. No es algo para tomarlo a la ligera. Son muchas variables. Esto ya no es un juego. Me están encomendando una responsabilidad en la que es mi cabeza la que va a rodar si las cosas no salen bien.

Además, ¿qué rayos sé yo de automóviles?

Lo mismo que nada pero te gusta aprender, ¿no es así?

Éste es más un trabajo de investigación, de aprendizaje, de largas horas empapándome de un tema del cual sé muy poco.

Es un nuevo desafío, ¿verdad? Sí, lo es.

Vas a tener redactores. No es que te la pases escribiendo toda la vida artículos sobre automotores. Vas a estar a cargo de gestionar los contenidos. Es decir... no vas a tener el problema de que el redactar mecánicamente artículos a diario te malogre el estilo. No, en realidad no.

Puedes seguir escribiendo poesía, que es lo que deseas. ¿Y esa novela que tengo en planes?

¿Otra vez vamos a visitar lo mismo?

Me gusta la idea. Me está gustando la idea. Pero, ¿por dónde empiezo?

Llámoslo a Henry Cohn más tarde. Voy a aceptar. Sí. Ésta será una nueva aventura. Sí. Y si no funciona, pues no funcionó. Igual, si éste es el cambio que necesita mi vida, que así sea.

El poeta le dio sus acostumbradas tres vueltas al parque Roncesvalles antes de regresar a su apartamento. La caminata le hizo mucho bien.

Cuando llegó, se fue directamente a la nevera para prepararse un sandwich. Sólo encontró algunos vegetales de dudosa frescura. Los sacó de todos modos y los cortó en cuadritos. Abrió una lata de atún y lo mezcló todo. Como no tenía agua helada, sacó una botella vacía, la llenó con agua del grifo y la metió a la nevera.

Nota mental: tengo que hacer compras de verduras, jamones, y pan. Es probable que necesite algo de pasta. Una bolsita de arroz no me haría mal. También detergente. Creo que debo anotar todo esto. Pero ahora no. Quiero comer y se acabó.

Llenó un vaso desde el grifo, también. No le importó que el agua esté a temperatura ambiente. Se sentó a la mesita y comió. A mitad de la comida sintió que todos los colores regresaban a su mundo. Los contornos de los objetos estaban mejor definidos. Se estaba bien.

Vio que el apartamento necesitaba de una limpieza urgente.

Pero mañana es día laboral. Creo que esperaré hasta el fin de semana.

Sin acabar de comer, decidió llamar de una vez a Henry Cohn. Pulsó el contacto en su pantalla de speed-dial.

—¡Dime! —contestó a las dos timbradas-. ¿Tan rápido te decidiste?

—Para que veas. Lo estuve pensando largo y tendido mientras caminaba a casa.

—¿Te has hecho todo ese trayecto a pie? Debo reconocer que me dejaste un poco preocupado. Te fuiste sin siquiera despedirte.

—Me agarraste de sorpresa. ¿En serio quieres que lo haga?

—No tengo que repetírtelo dos veces.

—Está bien, hermano. Hagámoslo.

—Te voy a enviar algunos enlaces de revistas parecidas a lo que quiero para nosotros. Además, quiero que te metas al YouTube para empaparte del tema. Vas a ver, te va a gustar. Al menos, a mí me está entusiasmando este tema. Empieza con este programa de la BBC. Se llama Top Gear y es de unos tres británicos que hacen locura y media con autos de todo tipo.

—Ajá. Top Gear. Puedo ir viéndolo esta noche. Lo de los enlaces, los veo mañana en la oficina. Me vas a tener que facilitar la clave para acceder a la Internet...

—¡No seas fresco! ¿O te crees que no me sé que hace años entras a las redes sociales desde mis computadoras? Yo lo sé todo.

—¡Touché, viejo!

—Estas próximas semanas vas a seguir trabajando en corrección, ¡jojo! Eso es, hasta que encuentre un reemplazo para ti.

—¿Qué te parece si lo discutimos durante el almuerzo?

—Me parece fenomenal.

Ambos se despidieron jovialmente. El tono de voz festivo de Henry Cohn le trajo a la memoria aquellas épocas de la facultad. Ambos llevaron varios cursos juntos y cuando les tocaba hacer proyectos grupales solían hacer un equipo sólido y dinámico. Eso era lo que a él le gustaba. Henry Cohn tenía un don de liderazgo y gestión naturales.

Él volvió a su plato y encendió la laptop. Mientras comía, empezó con los primeros episodios de Top Gear.

—A ver, cuéntame. ¿Por qué te fuiste, así de la nada?

No tengo que darle explicaciones a nadie. Además, tú no eres mi madre, Wanda.

—Tan sólo estaba harta de todo. ¿No te ha pasado?

—A cada rato. Pero para eso hago ejercicios.

—¡Mentirosa! ¿Hace cuánto que no vas al gym?

—Este... yo camino. Eso es ejercicio.

—Bueno, bueno. ¿Qué vas a pedir?

—Yo voy por un gazpacho. Dicen que acá lo hacen muy bien. Desde que regresé de España no

he encontrado ningún lugar donde lo hagan de verdad.

—Yo creo que me comeré una ensalada con salmón ahumado.

Llamaron al mesero e hicieron su pedido. También solicitaron una jarra de limonada helada.

—¿Que vas a hacer, ahora que has regresado?

—Pues, lo mismo de siempre.

—No puedes quedarte encerrada en tu apartamento toda la vida.

—Eso es por ahora. Tengo un plan.

—Estás muy misteriosa. Te noto algo distinta. No sé qué es. No te veo muy bronceada que digamos. Ya pues, cuéntame.

—No es nada, Wanda. Bueno, en realidad sí. ¡Ay, es que no sé ni cómo empezar!

—Desde el principio, sería bueno.

—Ya, mira. Cuando estuve fuera visité a una vidente.

—¡No! ¿...y, qué te dijo?

—Me hizo hacer un ritual. Tomé un baño de florecimiento.

—¡Qué loca eres! ¿Dónde te lo tomaste?

—Bueno, ella me dio una lista de ingredientes y los compré, y me hice el ritual en el baño del hotel.

—¡No me digas que viajaste sola!

—¿Con quién más?

—¡Qué loca que eres! Bueno... sigue... ¿Qué más te dijo...?

El mesero trajo las bebidas, colocó los vasos y se retiró.

—Me dijo lo que todas dicen, que si el futuro, que si el dinero, que si la salud. Ya tú sabes. También me habló de un muchacho.

—¿Lo conozco?

—No. Yo tampoco lo conozco. Bueno, lo conozco y a la vez no.

—Estás hecha un lío, flaca. ¿Estás bien?

—Yo sí... —suspiró. Entonces, cambió de tema con una sonrisa de fingido interés-. Pero, cuéntame. ¿Qué tal te ha ido a ti?

—¡Ay... nena...! Si tan sólo supieras.

El mesero llegó con los platos. Mientras Wanda se desbordaba hablando sobre sus pequeñas tragedias cotidianas, ella, la modelo, iba comiendo su ensalada lentamente, saboreando cada bocado de manera distraída.

La modelo regresó a su apartamento casi al anoecer. El encuentro con Wanda se había alargado después de la sobremesa, en una conversación llena de confidencias y chismes de farándula. Luego, se fueron de shopping.

Hay veces en que tengo que ir con ella porque sus gustos pueden ser bien cursis. Aunque lo intenta, eso sí. No me gusta ir de compras porque no hay nada que yo ya no haya visto antes. Me aburre demasiado.

Otra vez estaba sola en su apartamento. Con el lento caer de la noche, la modelo pudo percibir los crecientes ruidos de la calle. El día laboral le traía el ajetreo de automóviles y personas regresando a sus casas o transportándose a través de la ciudad. Eran sonidos a los que ya había estado acostumbrada antes pero que entonces le parecían novedosos luego de haber pasado varios días en un aparente silencio durante su estadía en aquel balneario de clase media.

Se quitó las sandalias. Le gustaba sentir el frío del mármol falso en la planta de sus pies

mientras caminaba descalza. Los primeros pasos eran como cosquillas y a veces daba saltitos antes de recomponer su andar.

No tenía hambre esa noche. Aún así, abrió la laptop e hizo un pedido desde la website de RapiChef.

Lo mismo de siempre, supongo. Ensalada Caesar con pechuga de pollo. Y una botella de agua.

Pagó con Visa, como de costumbre.

Mientras espero, abramos el Facebook.

Habían pasado bastantes días desde la última vez que se asomó a las redes sociales; desde antes de su viaje. Por alguna razón no sintió ausencia alguna. Muy por el contrario, ella estaba muy en paz. Lo primero que vio fue la lista de peticiones de amistad. De un zarpazo anuló todas.

Creo que haré una depuración de amigos y contactos.

Previo a su evasión, ella hubo tomado al Facebook como un entretenimiento curioso. Con la excusa de *estar en contacto con sus amigos* había ido alimentando el vicio a los chismes y a las novedades más ínfimas. De ahí fue que llegó el juego de ir embaucando pretendientes e incautos. Ése había sido su juego cruel; uno del que ya no se sentía muy a gusto.

Esa noche la modelo sintió que Facebook le pesaba. Era una sensación de tedio que no supo muy bien a qué atribuirle. Visitó los muros de algunos contactos pero los contenidos se le antojaron repetidos e insulsos. Puso el nombre de su hermana Carla en el buscador y entró a su perfil. Allí estaba ella, mostrando fotos de una salida familiar. Estaba ahí un hombre desconocido. También había un niño que parecía tener tres a cuatro años.

¿Se ha casado y no me han avisado? ¿Qué es todo esto? ¿Hace cuánto que no los he llamado?

Sacó la cuenta mental y se percató de que ya habían pasado más de dos años desde su último contacto telefónico.

Hablemos en los susurros del entresueño. Me gustas cuando desmadejo esta bruma, hilvanándote una a una las palabras que querrás escucharme. Verás que del verso paso a la estrofa; y que de esta cadencia hallaré las caricias perfectas para que me reconozcas una vez más.

Esa semana fue decisiva para él. Durante ese almuerzo que tuvieron, Henry Cohn le fue contando del proyecto con mayor detalle. El suplemento iría a salir una vez al mes durante los primeros seis meses. De esa manera podrían monitorear la aceptación del público y luego avanzar hacia una periodicidad semanal.

El poeta disfrutó mucho de Top Gear. Aunque ya había visto algunos clips previamente, él no lograba identificar quiénes eran ese trío de animadores británicos. Pero había mucho más. Durante los siguientes días se estuvo educando acerca del funcionamiento de los automóviles, las diferencias entre cilindradas, prestaciones, potencia, manejo, usos, et cétera. Aprendió que más le gustaban los coupés que los sedan. Vio cuáles eran las principales rivalidades entre los fabricantes europeos y los asiáticos. Supo de la reputación longeva de los motores estadounidenses que databa desde la edad de oro de Detroit.

La consigna de Henry Cohn era hacer un suplemento variado pero bien investigado. Tendrían

test-drives, algún artículo sobre la historia del automovilismo, cobertura de los campeonatos más relevantes a nivel mundial y tips para los principiantes.

Los primeros dos días estuvieron haciendo lluvia de ideas para llegar al nombre de la revista. Luego de una larga discusión quedaron con el nombre de AutoFan. Al poeta no le convenía mucho el tema; pero también aprendió que en estas lides el suplemento sobre automotores era un animal totalmente distinto al que estaba acostumbrado. El público objetivo tendría una lectura más directa. El consumidor leería en un son más pragmático. Por eso el título debió ser corto, directo y al grano. AutoFan; y ahí empezó todo.

Mientras tanto, el diseñador fue desarrollando la diagramación e identidad visual de lo que vendría a ser el machote del suplemento. Sacaron fotografías del banco de imágenes y se prestaron artículos de la sección deportiva del Diario Vertical.

Los primeros intentos no le gustaron nada a Henry Cohn.

—Son demasiado artísticos. Necesitamos algo más sencillo. Algo de impacto.

El poeta, que ya era editor, se pasó varias tardes revisando las publicaciones de otros medios hasta que fue entendiendo qué era lo que estaban buscando. Él mismo notó que algo estaba cambiando en él: se estaba entusiasmando porque ese proyecto era suyo. Estaba creciendo con él y se estaba descubriendo a sí mismo como gestor y como líder. Era una sensación que al principio le asustaba, más que nada porque no estaba acostumbrado a ese tipo de responsabilidad.

Él se había pasado muchos años trabajando solo, o quizá en equipos reducidos, pero esencialmente como un lobo solitario. Para AutoFan tuvo que reinventarse a sí mismo. Aunque Henry Cohn tuvo dudas en un inicio, siguió su olfato; aquél que —hasta ese momento—, pocas veces le hubo fallado.

Cuando Henry Cohn al fin hubo aprobado el diseño final el poeta dio un respiro de alivio.

—Desde ahora, éste es tu bebé. Si AutoFan sale bien, será el éxito de todo tu equipo. Si las cosas salen mal, tú serás el único responsable. ¿Estás listo?

—Ya es un poco tarde para echarse atrás, ¿verdad?

Como se habían demorado en crear todo un suplemento de la nada, Henry Cohn convino en que retrasarían el lanzamiento del primer número un mes más.

—Pero nada más. Ya tengo a nuestros auspiciadores existentes enganchados con la idea. No podemos fallarles.

Para ese entonces, el poeta ya tenía una rutina que no le costó mucho adoptar. Él llegaba a las ocho de la mañana a las oficinas del Diario Vertical y se iba directamente a su cubículo. A menudo él compraba café en la esquina y lo iba bebiendo mientras hacía las correcciones del día. Por lo general, él acababa con sus labores antes de mediodía y se iba a almorzar.

Nunca he sido bueno con las rutinas ni con los horarios. ¿Por qué ahora sí? No me lo llevo a explicar, pero funciona.

Procuraba juntarse con su equipo editorial a la hora del almuerzo para discutir los temas del día. Con el pasar de las jornadas fue conociendo mejor a sus colaboradores.

No es que no supiera quiénes eran ellos. Ya había trabajado con ellos en algún momento. Los dos redactores eran Johannes Murat y un muchacho alegre apodado *El Barbas*. El diagramador y fotógrafo se llamaba Diego y era sumamente serio, perfeccionista, poco comunicativo.

Todos sabían del poeta de lejos. Para ellos, él había sido siempre una sombra que entraba y salía por temporadas. Nunca le prestaron mucha atención.

Pero en ese momento lo llegaron a conocer como editor. Para ellos no cupo duda de que se

estaba tomando el trabajo en serio. Todas las tardes, después del almuerzo, ponían en acción las decisiones que habrían tomado mientras comían.

Lo primero era planificar todo un año de números. ¿Qué iría en cada mes? Tenían en sus manos los calendarios deportivos, los motorshows mundiales, las temporadas del año. Ellos desarrollaron un plan primigenio que no sería definitivo. Para esas primeras etapas pensaron que la flexibilidad era lo más esencial.

Ya iremos modificando y perfeccionando con el tiempo

Para el primer número, el editor que era poeta pensó que una entrevista con el corredor Tse Sakamoto estaba a la orden. Según lo que había estado leyendo, el piloto japonés de la escudería Million se había retirado de los circuitos dos años antes. Era una entrevista fácil.

Ya estaban a poco tiempo del Gremlin Cup. Según el cronograma, la primera carrera se llevaría a cabo en el circuito francés Le Grande Royale. Toda primicia la tendrían que comprar primero de las agencias de noticia. No les quedaba de otra, como en todo inicio.

Todos los días él salía antes de las seis de la tarde de las oficinas del Diario Vertical. Aún fuera del trabajo su mente bullía con fechas límite, líneas editoriales y el progreso de AutoFan. A veces, el editor lograba desenchufarse lo suficiente como para irse a escribir poemas en el bar de aquel restaurante que solía frecuentar; aunque, ya no con la misma regularidad de antes.

¿Me estaré volviendo una persona normal? ¿Un animal domesticado?

Tuvo una ligera sensación de vergüenza, como si se estuviese traicionando a sí mismo.

Juan Agüero no se iba a quedar quieto luego de aquella evasión inesperada de la modelo. La campaña para fin de año de Ramp Lone no era algo nuevo, pero era el as bajo la manga que tenía el agente. Eran varias semanas de sesiones, lo cual significaba que él estaría más cerca a ella. Avisar a último minuto era su táctica preferida para asegurarse de que jamás le dirían que no.

Al salir de la oficina de Juan Agüero, la modelo tuvo la sensación de que aquél sería el último trabajo de modelaje que iba a hacer en su vida. La propuesta económica no estaba mal. En realidad, estaba dentro del rango de sus últimos contratos.

Pero de tan sólo haber entrado a la oficina de Juan Agüero sintió cómo tantos años de compromisos se le hicieron más pesados.

—¿Hace cuánto que no vas al gimnasio? —la asistente de Juan Agüero le espetó mientras esperaba su turno en recepción.

Claro, ellos están acostumbrados a las jovencitas magras y de líneas marcadas. Yo he tenido bastante suerte hasta ahora con mi metabolismo. Aunque, creo que debería tonificarme un poco. Unas semanas en el gym no me caerían mal. ¿Seguirá Thalía ahí?

—Empiezas el próximo lunes. Felizmente no te has bronceado casi nada. Te quiero tal cual estás. Quiero que veas a un dermatólogo, por si acaso. Ya es tiempo de pensar en el futuro.

Sí, por supuesto. Pronto voy a tener 30 años. Hay chicas quienes usan el dinero para estudiar una carrera. Otras abren un negocio. Yo, realmente, no sé qué hacer. Yo no sé hacer nada. Esto es todo lo que tengo.

Ese desasosiego no la dejó en paz mientras viajaba en taxi hasta su apartamento de la calle Calatrava.

Fue en esos días que le llegó la respuesta de los chicos de Atlanta. Sí, ellos la recordaban con

alegría. Es más, le incluyeron enlaces para irse agregando mutuamente por Facebook, que era por donde mejor se comunicaban.

Sí, yo también los extraño. ¡Qué lindos!

Ya casi al final del mensaje, vio que le habían adjuntado el archivo con la dosis del Happy Tree Rite. También le comentaron que supieron de casos de personas quienes estaban en distintas partes del mundo y que se encontraban en la misma pista de baile virtual a través de esa dosis binaural.

¡Es increíble! ¿Será cierto?

Le escribieron que, durante los próximos días, ellos se estarían conectando a las diez de la noche de la zona horaria adonde estaban veraneando; y que quizá podrían probar con ella aquel reencuentro virtual.

¡Por supuesto! ¡Claro que sí!

Con una alegría pueril, casi como si estuviese haciendo una travesura, conectó su iPhone a la laptop y configuró la nueva dosis a su aplicativo de i-Doser. Eran aún las seis de la tarde.

No tengo paciencia para esperar. ¡Quiero entrar ahora mismo!

En ese momento quiso ser parte de ese grupo de muchachos. Ella quería pertenecer a esa familia de extraños; deseaba conformar una tribu, ser un componente activo. Miró a su alrededor y el apartamento le pareció demasiado grande, demasiado vacío.

De nada me sirve estar acá esperando a que se hagan las diez. Además, no tengo ganas de dormir.

Así que decidió que saldría a caminar.

Con los años de estar viviendo en ese distrito ya se conocía los negocios y lugares de interés circundantes. Hasta aquel momento todo le daba igual.

Pero esta vez quiso reconocer qué era lo que le podría atraer de esa zona tan tranquila, tan urbana, tan moderna y tan residencial. Tomó el camino de la derecha porque sabía que en esa dirección llegaría a la avenida. Ahí estaban todos los comercios, las boutiques, los restaurantes, los bares de moda. Es decir, ahí había un núcleo de vida social.

Se tomó el tiempo de ver las tiendas. Le llamó la atención una boutique de accesorios étnicos y artesanías del mundo. Eran demasiado perfectos como para ser verdaderos. Vio los precios y pudo darse cuenta de la diferencia.

Esto lo consigues en Bali a cinco dólares. Esto otro está a tres dólares en Jamaica. ¿Cómo me sé estas cosas? ¿De qué me sirve saber todo esto?

Entró a una farmacia en la esquina y se compró algunos productos para la piel. Cuando se dio cuenta, vio que ya estaba cerca de las nueve de la noche. Decidió que era mejor regresar a casa; y así lo hizo.

Volvió a su apartamento, se duchó, se puso una pijama de verano y se acomodó en el sofá. Cuando tocaron las diez en punto, se colocó los audífonos, se echó y presionó PLAY.

Has sido mi tentación desde que descubrí tus orillas de mar lejano. A menudo deseo hojear las páginas del Atlas del universo tan sólo para hallarte nuevamente en los confines de mi corazón que no sabe de geografías. Eres mi faro; eres mi luz en lontananza. Abrigo la esperanza de emprender mi camino de vuelta a tus labios, como quien ansía el agua de vida de un oasis.

—No sólo tienen que ser notas del extranjero. Tenemos todo un cronograma de eventos locales que hay que explotar. ¿Cómo va el plan para este año?

—Pienso que podemos usar una nota central del ámbito internacional. Quizá una otra página con notas más pequeñas y saltantes de otros eventos. Lo demás, por supuesto, sería local; con espacio para los publi-reportajes, tal y como quedamos.

—Es más, y es algo que no lo habíamos discutido, quiero tres páginas sólo para ventas de automóviles. Quiero pasar los clasificados de automotores al suplemento.

—¡No, pues, Cohn! ¿Cómo vas a hacer eso? Estamos haciendo una revista que va a competir con las otras ya existentes y vas a meter ese mamarracho...

—Se tiene que hacer. Quiero diferenciar bien estos temas para que los lectores encuentren todo en un mismo lugar.

—¡Para eso están los clasificados! ¡Después de que ya hemos armado todo bien bonito...! Tú lo único que quieres es vender, ¿verdad?

—¿Recuerdas que esto es un negocio? Una cosa es que estés a cargo del suplemento... pero tenemos que asegurarnos que vamos a ser lucrativos.

—Es decir, yo estoy de niñera porque tú vas a ser el jefe acá también. ¿Dónde estoy pintado?

—Tampoco te pongas así. Mañana lo hablamos. Tengo una reunión.

El poeta que era editor salió sin despedirse. No; no podía permitirse hacer tan comercial la obra que se encomendó a sí mismo.

Bueno, que me encomendaron. ¡Va a salir hecho una porquería! ¡Yo quiero algo exclusivo! ¿Cómo se le ocurre? ¡Es un despropósito! ¡Es cualquier cosa!

Regresó a su oficina y se sentó en silencio. Cada uno de los colaboradores estaba sumido en sus ocupaciones particulares. Lo único que se escuchaba eran los ocasionales tecleos y el ronroneo de las computadoras.

—Chicos, hoy me voy temprano. Sigán en lo que están haciendo. Mañana les cuento algo.

Se levantó de la silla, y caminó rápido hacia la calle.

Creo que me voy al bar esta noche. Es más, vamos ahora mismo.

Él se acodó a la barra del restaurante. Pidió una medida de ron en las rocas. Cuando llegó, la bebió de un solo golpe y pidió otra más.

Tal y como lo recomendaba Ian Fleming. Si hay que apurar los tragos, pues se apuran.

El siguiente vaso lo tomó más pausadamente. Dejó que el licor obrara sus primeros efectos. Gran parte del tiempo se quedó mirando el vaso encima del mostrador. Él observó como los matices de luz iban cambiando según se derretía el hielo. Las gotitas de condensación se iban deslizando y encharcando ni bien pasaban los minutos.

—Otro más, por favor.

Mientras miraba el vidrio, iba rumiando la última conversación con Henry Cohn. Ya se le había esfumado el malestar y la rabia. Tan sólo quedaba una sensación de curiosidad sin emoción. Aún seguía con el ceño fruncido y los hombros ligeramente levantados, como si estuviese al acecho de algo.

Clasificados en una revista para autos. ¿Dónde se ha visto? Aunque sí... ahora que recuerdo, sí he visto... pero eran revistas de poca monta. Yo no estoy para esas cosas...

—Otro más...

Le sirvieron el siguiente trago pero sus pensamientos ya habían migrado hacia otros confines. Se acordó que, en otras ocasiones, él solía llegar a esa misma barra con su cartapacios y sus

poemas. Le gustaba escribir ahí. Era algo así como su santuario.

Y ahora no recuerdo cuándo fue la última vez que escribí algo. En realidad, ya no escribo casi nada.

Fue en ese mismo taburete cuando ella le lanzó el trago en la cara.

¿Por qué tiene que volver este recuerdo? Ya está hecho; ya acabó todo aquello. Fin del tema. Pero, ¡qué hermosa es!

En ese instante tuvo ganas de tener su laptop ahí y visitar el perfil de *ella*. Ya no era el poeta quien pensaba. Tenía ya varios rones adentro y el estómago vacío.

—¿Todavía no permiten fumar en este antro?

—No. Pero puedes fumar afuera. Te cuidamos el sitio.

—Olvídenlo... me voy al diablo un rato...

Sacó algunos billetes y pagó.

Aún no me acostumbro al dinero. No sé ni por qué tiene que existir.

Recibió su vuelto, dejó una propina básica y se guardó lo demás en su bolsillo sin siquiera mirar. Al salir del restaurante, una ráfaga de aire tibio le golpeó como si hubiese pasado un tren. Tratabilló apenas un par de segundos pero se compuso.

Sacó un cigarrillo y lo encendió. *Caminemos, que aún es temprano.*

Los pitidos binaurales del Happy Tree Rite le trajeron de nuevo aquel punto amarillo en su campo visual de ojos cerrados. Éste fue creciendo en intensidad hasta llenarlo todo. La modelo respiraba hondamente, tranquilamente, como si meditara. Estaba tranquila, relajada, totalmente entregada al trance.

Todo se volvió amarillo y entonces llegó la caída profunda. Estaba en medio de la nada, en un lugar insondable del universo. Ahí fue que su entorno fue definiéndose gradualmente. Se halló en la discoteca virtual, en una pista de baile que se extendía hasta el infinito por todos sus costados. A su alrededor pudo percibir las siluetas de todas las personas que también bailaban al son de su música privada.

Sin saberlo, y aún así sabiéndolo, reconoció a los chicos de Atlanta. Ellos tenían formado un círculo donde estaban practicando algún tipo de coreografía. Aunque sólo veía las siluetas y sombras, ella sabía quiénes eran por tan sólo su presencia energética. No hacía falta hablar, no hacían falta los nombres, ni los rostros, ni ninguna otra etiqueta mundana. Ellos estaban ahí y ella era parte de esa tribu eventual.

Sin necesidad de conocer los pasos de baile, o los movimientos predeterminados, ella también entró a la coreografía. Del círculo entraban y salían intercalados unos con los otros. Formaban círculos concéntricos, por momentos, y luego regresaban a una ronda más grande. De nuevo se intercalaban, cruzándose por el centro y girando, siempre girando.

Era una danza primal. La modelo tan sólo se dejó llevar por la energía y fluyó con los dibujos que hacían todos en colectivo. A cada movimiento los colores de las siluetas iban fluctuando. Algunos cambiaban más aprisa que otros. Ella no supo de qué color era su silueta; tampoco le importaba. Ella estaba entregada a ese trance adentro del trance del i-Doser.

De tanto fluir se olvidó de quién era ella y se integró a esa presencia colectiva. La modelo ya no era individual; era conjunto. Ella era el grupo y el grupo era ella. Era como si ella misma se hubiese entretejido energéticamente con ellos hasta ser una gota más en el mar inconmensurable del universo.

Mientras duró el rito del Happy Tree la música no cesaba de sonar. Era un ritmo único e

interminable; una canción que no conocía ni comienzo ni final.

Entonces, los pitidos binaurales fueron haciéndose más tenues y ella supo que era momento de regresar a la realidad. La discoteca se fue desvaneciendo hasta hacerse un punto lejano en medio de la oscuridad más profunda.

Cuando los pitidos terminaron ella aún seguía con los ojos cerrados. Se dejó respirar por unos minutos. Los sonidos de la calle se colaron a través de sus audífonos y hacia su realidad de mujer de ciudad.

Al abrir los ojos se sorprendió de notarlos húmedos. Ahí se percató de que, durante esa danza con los chicos de Atlanta, ella lloraba de gozo.

Había hallado a su tribu; y se sintió muy agradecida.

A partir de esa noche, la modelo empezó a usar esa dosis dos a tres veces por semana. En algunas ocasiones, se ponía de acuerdo con los chicos de Atlanta para encontrarse todos a cierta hora y bailar juntos. Al estar ya agregados todos mutuamente por Facebook ella se sintió partícipe de una vida que le estuvo evadiendo por mucho tiempo.

Mientras más veía las fotos, más ganas le daban de volver a juntarse con ellos.

Por eso, los encuentros nocturnos en el Happy Tree Rite eran quizá lo mejor de su semana.

Las veces en que se conectaba a la dosis por su cuenta tenían una sensación distinta, aunque todo fuese casi exactamente igual. Era una pista de baile interminable y eterna. Ella se percató de que podía moverse entre la muchedumbre de siluetas. Ahí logró identificar grupos de otros bailarines que ensayaban danzas colectivas particulares.

Ahí no existían los regionalismos ni las culturas. Las siluetas danzantes podían ser de distintos países, de diversos continentes, de todos los confines del planeta y aún así no habría ninguna diferencia. Las danzas eran únicas, tan sólo inspiradas por la fluctuación de energías vitales.

Aún así, en ese mar de contornos y sombras sabía que podía reconocer el carácter único de cada persona. Sin realmente podérselo explicar ella identificaba la cualidad única de cada ser danzante tal y como si los estuviese mirando en la plena claridad del día.

Luego de una de esas sesiones se le ocurrió algo que en sí ya le era demasiado obvio.

Se emocionó tanto que apenas pudo contener dar saltitos en su sillón. Su exaltación gradualmente cedió lugar al miedo.

¿Y qué tal si no desea volver a verme? ¿Lo hago? ¿No lo hago? No puedo aguantar más. Deseo verlo. Pero al mismo tiempo no quiero verlo. Me da vergüenza. Me da miedo. Nunca le he tenido miedo a ningún hombre.

Ella abrió su laptop, entró al Gmail y se creó una cuenta ficticia. Puso un nombre genérico y asoció ese email a su cuenta principal.

Sacó el email de él. Redactó un mensaje escueto y se lo envió.

¡Qué atrevida eres! ¿Ahora, qué? Ahora, a esperar... Yo sé que él revisará el correo hoy. Él nunca deja de revisar sus mensajes. De eso sí estoy segura... pero...

¿Qué es lo que acabo de hacer?

Uno a uno he ido deshojando los encuentros de tu primavera. Empoemado te juré plasmarte de acuarelas versificados. Este poemante se declara fiel acólito a tu belleza. Tan sólo bastaría perderme nuevamente en tu respiración silenciosa; ahondarme en este embeleso de a dos.

Usa esta dosis mañana a las 9 PM. Yo.

Eso fue todo lo que decía en el mensaje de email que él recibió. Ahí vio un archivo adjunto: Happy Tree Rite. Por un momento pensó en que éste sería un virus informático y estuvo tentado en borrar el mensaje de raíz.

¿Quiénes saben que yo uso el i-Doser? Digo, no es que esto sea algo ilegal; pero tampoco es tan normal que digamos. Esto está considerado dentro de los límites de las drogas y los estimulantes y hay gente que los condena a muerte. Se siente como si fuese una trampa. ¿Quién me está enviando esto?

Lara González. ¿Quién eres? ¿A quién conozco con ese nombre?

Posó el cursor encima del botón de borrar pero algo dentro suyo lo detuvo. Decidió pasarle el antivirus al archivo. Éste le avisó que la dosis virtual estaba limpia. Entonces, la curiosidad pudo más que su fuerza de voluntad.

Descargó el archivo y lo colocó junto a sus otras dosis.

¿Por qué me está diciendo que la use a esa hora en particular? ¿Y mañana? ¿Por qué mañana? Mañana... mañana... ¿qué tengo que hacer...?

Vio la hora y se apuró a cerrar la laptop. Faltaba media hora para que sean las ocho. Eso le daba tiempo suficiente para llegar antes que los demás a la redacción del Diario Vertical.

Todos los días él abría su laptop antes de salir. Le dedicaba quince minutos a revisar su correspondencia electrónica mientras tomaba su primer café de la mañana. De tal manera él haría un planeamiento mental de cuáles serían sus acciones para las siguientes horas.

Salió a la calle y aspiró las primeras bocanadas del alba en la ciudad.

Este aire tiene un sabor muy propio. Está frío y ligeramente húmedo. Puedo percibir las plantas y la madera de los árboles. También hay gusto a asfalto y a monóxido, pero no tanto. Éste es el aliento de la ciudad; es casi como si fuese un ser viviente en constante respiración.

Sus pensamientos fueron desviándose hacia las últimas conversaciones que tuvo con Henry Cohn. Al final, llegaron al acuerdo de que sí, habrían avisos clasificados de ventas de vehículos en AutoFan. Cohn lo convenció con la estratagema de asignarle comisiones por la venta de avisos muy aparte de los patrocinios ya pactados.

El poeta aún no se acostumbraba muy bien al dinero. Le llegaban los depósitos quincenales a su cuenta bancaria y él apenas revisaba los balances. Tan sólo se contentaba con ir al cajero automático a cada ciertos intervalos, sacar efectivo casi sin contarlos y seguir su camino. Por supuesto, había un alquiler que pagar; también habían cuentas.

Pero él había romantizado tanto la pobreza del poeta por tanto años que acabó creyendo que ésa era la única realidad existente. *Tan sólo basta para mis gastos esenciales y mis vicios. Eso es todo. No necesito mayores lujos.*

AutoFan estaba quedando muy bien. Él se esmeró para que los artículos fueran interesantes, que tuvieran un lenguaje sencillo pero atractivo. Le gustó la selección de fotografías que Diego había conseguido. Estas mostraban ángulos invitadores de los vehículos en reposo. Cuando había que mostrar las carreras, las imágenes con acercamientos eran de lo más saltantes.

Esa mañana, sin embargo, él tenía en mente un dilema más. ¿Adónde colocaría los clasificados? Pensó —en principio—, hacer un suplemento dentro del suplemento. Es decir, podría colocar algunas páginas de avisaje desglosables justo en medio para que los lectores pudiesen tener dos productos en uno. Lo malo es que esto recortaría el reportaje principal que estaba en la mitad misma. Otra opción era publicar los avisos en las últimas páginas del suplemento. Esto, sin embargo, le quitaría espacio para los contenidos de final de página.

Así se la pasó, rumiando estas dos opciones durante su trayecto a las oficinas del Diario Vertical.

—¡Barbas! ¿Cómo andamos con los reportajes para los siguientes dos números?

—Pienso que sería bueno hacer un recuento de la rivalidad entre los pilotos Bruno Gourdo y Travis Daye.

—Cierto. Según calendario, en dos meses hay Fórmula 1 en Gilles Villeneuve.

—Dejaron un mensaje de camiones Mack. Quieren una cobertura de su nuevo lanzamiento.

—Vamos bien. ¡Murat! ¿Qué novedades del consultor mecánico?

—Esta tarde nos va a enviar la lista de mantenimiento preventivo.

—Tengo una idea, Murat. Lancemos tips de mantenimiento diferenciados. En un número sólo para SUVs... en otro número, sólo para coupés... y así. Cincuenta palabras. ¿Hay espacio?

—Yo creo que sí, jefe.

Con el pasar de las semanas, él había notado que en automotores habían diferencias pronunciadas. No eran tan sólo marcas, sino también modelos, diseños y prestaciones. Había que leer muchos datos estadísticos, era cierto. Pero para eso estaban los videos de YouTube.

Al haberse pasado ya varias noches viendo las temporadas de Top Gear se percató de los diversos experimentos que se hacían con una variedad de coches. Que si carreras en autos compactos, que si transporte de mudanza en minivans, que si pruebas de resistencia en recorridos a campo traviesa... es decir. Eran contenidos jocosos, pero muy útiles. Él, como consumidor, empezaba a entender la fascinación del hombre hacia la máquina.

Mientras más se contagiaba con la fiebre de los motores, él lograba ver más claramente la imagen de cómo debía ser AutoFan. Si desde un principio lo atacó un celo purista típico del artista con su obra, con el tiempo pudo distanciarse lo suficiente como para entender los gustos y preferencias del lector.

AutoFan no era un producto que él hubiese consumido de primera intención. Para nada. Aún así, al irse impregnando del tema automovilístico sintió que él mismo estaba cambiando. Desde su nueva perspectiva, entendió las causas y los efectos de las publicaciones. Por ello fue que — también-, accedió a la sugerencia de Henry Cohn de ingresar avisos clasificados.

Se sintió levemente avergonzado de su arrebato anterior, como si éste hubiese sido un molesto vestigio infantil.

Ese día decidieron que los avisos quedarían a la mitad. Que AutoFan, siendo un suplemento, tuviese su propio suplemento, le daba un cierto valor agregado. Diego hizo los arreglos de diseño pertinentes a la maqueta virtual y la enseñó en la pantalla principal. Hicieron un recorrido, página por página, del producto final. Tan sólo bastaba enviárselo a Henry Cohn para una última revisión.

El poeta salió de la oficina a las siete de la noche con un sentimiento de satisfacción y un ligero vacío. *¿Por qué ahora?*

Ahí recordó el email. *Es hoy a las nueve. ¿Por qué a las nueve?*

También se acordó de casos en los cuales ciertas dosis estaban calculadas para funcionar a cierta hora: ni antes ni después. Eso las hacía más interesantes. Eso lo embargó de curiosidad.

Se sonrió a sí mismo y tomó un taxi. Llegó relativamente temprano a su apartamento. Pensó que lo mejor sería ducharse, ponerse cómodo y activar el i-Doser a la hora pactada.

Cuando llegaron las nueve de la noche él ya estaba recostado sobre su cama.

Presionó el botón de PLAY.

Ahí empezaron los pitidos binaurales de la dosis del Happy Tree Rite. Dentro de la oscuridad de su campo visual apareció un puntito amarillo. Éste creció hasta llenarlo todo. Luego, se sintió caer a un vacío que lo llevó a un lugar en el cual jamás había estado.

Era un piso que se extendía en todas las direcciones y hasta el infinito. Sobre esta superficie se vio rodeado de siluetas de personas que se movían en un aparente baile. Ahí fue que escuchó la música. Era una melodía que se repetía sin detenerse; que había empezado mucho antes de que él llegara ahí y que jamás iría a terminar. En medio del trance del Happy Tree Rite pudo percatarse que estaba en una especie de discoteca virtual donde compartía espacio con miles de personas más.

Esto es algo milagroso. Es la consagración de la interconectividad global.

El asombro se transformó en alegría; y empezó a bailar entre las demás figuras.

Ella también entró a la discoteca del Happy Tree Rite a las nueve de la noche. Cuando llegó a la pista de baile lo hizo con cierto nerviosismo.

¿Estará? ¿Habrá llegado? ¿Cómo lo reconoceré?

Ella se percató de que su propia aprehensión le estaba jugando una mala pasada y que aquello no le permitía disfrutar de los impulsos binaurales. Así que, en un sutil raptó de lucidez, se dejó ser. Se permitió danzar también al son de la música.

Me lo encontraré si es que tengo que encontrarlo. Si él ha recibido mi mensaje yo sé que estará acá.

Entonces, llevada por su propia alegría de vivir, se abandonó a ese ritual de danza colectiva. Su instinto le indicó girar en espirales y así lo hizo.

Soy una flor. Soy un girasol. Soy una galaxia. Soy el centro del universo. Soy una órbita en medio de todas estas órbitas.

Y giró.

No eran vueltas ni rápidas ni lentas. En su ser físico no notaba la inercia; pero sí pudo percibir el gozo creciente en su pecho con cada respiración lenta y profunda. Giró como si flotara, como si gravitara sutilmente en aquella danza privada.

Aquellos movimientos atrajeron una anillo de danzantes quienes la rodearon, cada uno vibrando a su propio ritmo.

Él también se sintió atraído por la multitud y siguió a las demás siluetas en una fila de conga hasta formar un círculo perfecto en torno a aquella entidad solitaria que giraba tan misteriosamente. *Ella* no fijó la vista en nadie, salvo en sus propias vueltas, como si realmente se sintiera el eje de un todo que era mucho más grande que ella misma.

Tal y como si fuese un reloj atemporal, ella se detuvo. *Él* sintió un impulso sobrenatural de acercársele a *ella*; y así lo hizo.

Ella no tuvo necesidad de voltear, porque detectó su presencia. *Él* enfiló unos pasos de baile que jamás supo cómo ni cuándo los hubo aprendido y se aproximó a ella de manera seductora. Era un tango, era un vals; era el antiguo rito del macho que corteja a su hembra.

De la manera más primal él dio unos zapateos apenas sonoros sobre la pista de baile, y abriendo los brazos hizo abanicos como si fuese un ave del paraíso.

Ella giró en torno a sí misma, siguiendo el compás de aquella música que él estaba marcando con sus pasos. *Él* acudió hacia ella porque ella lo había buscado. Era él ahora quien dictaba los movimientos que los irían acercando cada vez más.

Quienes los vieron quizá habrían creído que ésta era una danza previamente aprendida; una coreografía de la seducción en un baile primal e íntimo. Tanto ella como él se dejaron llevar por impulsos que nada tenían que ver con su conciencia ni con ninguna intencionalidad.

Ella y él eran energía en común; eran dos bailarines que al final se presentaron frente a frente: dos siluetas sin rostro.

Para él, ella era una presencia que se le antojó conocida; y aún así misteriosa.

¿Quién eres? ¿Por qué siento que te conozco?

No obstante este diálogo interno, supo que danzaba porque él ya no era quien lo hacía. Era él, pero no era el mismo. Esa sensación le era novedosa y le gustaba. Disfrutó de esos movimientos en los cuales él proponía los pasos y ella los seguía muy de cerca. Ellos giraban, daban de saltos, se detenían, se juntaban, se alejaban y todo era parte de una misma cadencia.

Prácticamente podemos tocarnos.

Pero no se tocaban. No había manera de apelar al tacto.

Ella reconoció en él la esencia más allá del poeta que ella había conocido. *Él* era el hombre que le escribió tantos poemas; él era aquella presencia que supo había estado buscando y que su ser terrenal rechazó.

Quiero decírselo pero no hay cómo.

Pero seguían seduciéndose en esa danza. *Él* se acercaba y ella daba vueltas; ambos en torno de una música que era única para ambos. Ellos lo sabían. Esa melodía era tan palpable, que tan sólo era cuestión de posar los dedos a través del éter para asirla.

¡Qué hermosa eres! ¿Por qué no te conozco? ¿De dónde has aparecido?

En un intento de acercarse más a ella, él se impulsó hacia adelante en un exabrupto de la danza

y la atravesó.

Ella tan sólo atinó a verlo abalanzarse hacia ella para luego desaparecer. Entonces, se percató de que él estaba detrás suyo. Sus siluetas se habían superpuesto una dentro de la otra por una fracción de segundos en aquel salto.

De haber podido, ella se habría reído. Pero sintió aquel gozo inexplicable en ese gesto y se lanzó hacia él, traspasándolo también.

Él no se lo esperaba; y vio cómo ella entraba en él y reapareció al otro lado. Ni ella ni él sintieron absolutamente nada físico. Eran dos haces de luz que se cruzaban, se juntaban y se separaban.

Improvisaron, entonces, una danza en la cual ambos se alejaban para luego atravesarse mutuamente. Una y otra vez jugaron a cruzarse. Hicieron figuras de ochos y cruces hexagonales. Sin ponerse de acuerdo trazaron flores y círculos entrecruzados. Era un gozo limpio, lleno de luminosidad, como si volviesen a ser niños.

Cuando sintieron que la melodía iba creciendo en intensidad, se detuvieron, como si se mirasen desde muy lejos. Entonces, cesaron de danzar. Se quedaron muy quietos a pesar de la música.

Sin ponerse de acuerdo, ambos caminaron, el uno hacia el otro y se compenetraron en una sola silueta. En ese momento él era ella y ella era él. Ella sabía que él estaba dentro de ella y viceversa; pero no sentían nada. Su sensación era exactamente la misma de como si estuviesen cada uno solos; completos en su propia unidad.

Aún así, ella lo supo. Él también supo.

Estuvieron así varios minutos, inmóviles, disfrutando el hecho de que alrededor suyo había una fiesta con cientos de miles de danzantes. El mundo estaba detenido para ellos en medio de toda esa algarabía.

Ése era su momento.

Ahí fue que los pitidos binaurales gradualmente perdieron su intensidad y cada uno fue regresando a su realidad terrenal.

Él vio cómo todo se difuminaba en una intensidad amarilla, la cual se contrajo hasta convertirse en un punto en medio de un vacío enorme y negro. Se halló a sí mismo sobre su cama de siempre, solo, con las luces apagadas.

Ella se mantuvo quieta unos minutos más sobre el sofá. Abrió los ojos y sonrió.

Heme empoeado de tu presencia onírica una vez más. Ansío siempre regresar al primer durazno de tu primavera. Verás que enfilo mis versificaciones en rutas minuciosamente consteladas. Aparezco cuando menos lo piensas; y tú regresas a mí en madrugadas como ésta, que te anhelo de manos entrelazadas.

Él tuvo una noche con sobresaltos. *Estoy en paz; me siento en paz. Pero, aún así, me siento inquieto. ¿Qué es esto? ¿Qué fue todo aquello?* Su madrugada estuvo salpicada de momentos en que pudo conciliar un sueño que se avecinaba profundo. Y, cuando ya estaba a punto de dejarse ir totalmente, abrió los ojos en un exabrupto que no se lograba explicar a sí mismo. Así se la pasó hasta que llegó la hora en que debía ya levantarse.

Es aún temprano; y todavía estoy a tiempo. Podría pedirme el día libre si quisiera. Pero no. No quiero. Me siento cansado. Aunque, estoy descansado. Tengo sueño y no tengo sueño. Podría

quedarme acá todo el día y al mismo tiempo no quiero. ¿Qué me está pasando?

No obstante, de un salto se levantó de la cama e intentó salpicarse de todas las dudas.

Fue tan sólo un trip más de i-Doser. Fue sólo un bonito efecto. Nada más. Pero qué fenomenal esa dosis. Yya fue suficiente. Es tiempo de bañarse.

Se miró al espejo, como todas las mañanas.

Soy el mismo de siempre. Buenos días.

Se dio cuenta que no había puesto a hacer el café, así que se dirigió a preparar la cafetera. Una vez hecho aquello, continuó con la sucesión habitual de acciones que le daban sentido a su día. Intentó quitarse la imagen de la noche anterior de la cabeza.

Es sencillo. Hagamos todo tal y como tiene que ser. Acabemos con todo esto. Enfoquémonos en el trabajo. No quiero pensar.

Y, aún así, de la ducha a vestirse; y del vestirse al café; del café a los correos electrónicos; no pudo deshacerse de aquella experiencia que había tenido en la pista de baile del i-Doser. Tomó otro sorbo de su café, ya tibio. Volvió a ver el mensaje de correo de una tal Lara González.

¿De dónde te conozco? ¿Por qué no me suena tu nombre? No mucha gente sabe que yo uso los i-Doser.

Era cierto. Se sintió tentado a buscar a sus amigos hackers para rastrear el correo electrónico. Pero él sabía que si empezaba todo aquello iría a convertirse en una obsesión. *Yyo no necesito de más obsesiones ahora. Ahora no.*

Vio la hora una vez más, cerró su laptop, dejó la taza en el fregadero, salió de su apartamento y cerró la puerta.

Simbólicamente quiso cerrarle la puerta a aquella obsesión incipiente que ya le empezaba a presionar el pecho.

Desde ese día, redobló sus esfuerzos para no sentir. Borró la dosis del Happy Tree Rite como si éste fuese un virus informático. También eliminó el mensaje de Lara González. Decidió hacer como si jamás hubiesen existido. *Fue una bonita experiencia y nada más.*

Aunque él tenía ya un calendario lleno de fechas de cierre editorial, de reuniones, de comisiones y demás compromisos profesionales, se sintió perdido en el tiempo. Para él, los días y las semanas eran números abstractos que nada tenían que ver con su vida. Lo único que importaba en ese momento era llegar al lanzamiento de AutoFan.

Durante las semanas en que fueron desarrollando el suplemento, Henry Cohn iba anunciando en las páginas de su Diario Vertical el inminente primer número de *AutoFan: Tu Revista de Automóviles*. Su estrategia era sencilla, considerando que ésta era una iniciativa que él estaba llevando al límite de su presupuesto. Tan sólo harían promoción dentro del periódico. También harían una campaña de volantes y afiches dentro de la red de auspiciadores, gremios automotores y clubes de aficionados. Nada más. Él aspiraba a mantener la inversión al mínimo para asegurarse de no tener pérdidas substanciales.

De tal manera, el lanzamiento del primer ejemplar se hizo como si fuese un día como cualquiera. Eso decepcionó un poco al editor que era poeta. Dentro de su propia fantasía de haber armado el proyecto desde su inepción, él se esperaba un evento grandioso; un hito importantísimo en su vida.

Aún teniendo copias y machotes originales del primer número, el editor salió de la redacción del Diario Vertical a media mañana, sin avisar a nadie. Caminó unas cuantas cuadras hasta llegar a un puesto de periódicos que estaba afuera de una sucursal bancaria. Era un negocio anónimo,

como cualquier kiosko existente en tantas ciudades del mundo.

—Deme un Vertical, por favor.

Pagó sin ver, dobló el periódico y se lo llevó bajo el brazo. En ese instante, quiso imaginarse siendo otra persona; un oficinista, un desempleado, un sencillo Juan del Pueblo. Tomó el camino de regreso a las oficinas de Diario Vertical pero se detuvo en una de las bancas de la parada de autobús.

Ahí se sentó. Desdobló su periódico y lo abrió a la página central. Se encontró predeciblemente con AutoFan. Admiró la portada, la cual se habían pasado todo un día diagramando y editando en sala de redacción. Pasó las páginas una a una, invocando la sensación de ser alguien más. Y lo fue por aquellos breves instantes. En ese momento, él era diez años mayor, padre de familia, desempleado y fanático de los automóviles. Se emocionó con el reportaje al mítico Tse Sakamoto, héroe del GP internacional. Le entró curiosidad de saber las prestaciones de la nueva serie de SUVs de cierta marca japonesa.

Pero también entró muy a fondo en la psiquis de aquel personaje que él mismo se imaginó. Se internalizó en el drama de una familia que sobrevive a duras penas, de la falta de un ingreso fijo, de los apremios de la supervivencia, del día a día truncado por exigencias monetarias; y también entendió los sueños sencillos, el escapismo de cierta clase trabajadora. Era el sueño de ver automóviles que jamás conducirán; era tocar —aunque sea en páginas-, un poco de la historia, la velocidad, la aventura, la evasión.

Él cerró el periódico y miró de frente sin ver.

Le gustó la sensación de haber creado un personaje casi sin proponérselo. *Reconozco lo que siento. Éste es como el primer hilo que conduce a la madeja. Ésta es una historia que me está llamando. ¿Dejaré que me hable? ¿O me la quedaré para después?*

Se levantó de la banca, se colocó el periódico doblado bajo el brazo y caminó resueltamente de regreso a las oficinas del Diario Vertical.

Cuando la modelo despertó después de la danza en el Happy Tree Rite sintió que había dormido días enteros. Abrió los ojos como si reapareciera de un abismo largo y profundo. No estaba ni triste ni alegre. Estaba sencillamente en un estado neutro; en el punto medio entre estar y no estar.

No tengo nada que hacer hoy día. ¿Y, ahora qué?

No tenía ganas de jugar a ser ciega. Algo dentro suyo le dijo que ya ese episodio había terminado. Aquello no le causó pena, aunque sí experimentó un vacío en el cual se reconoció brevemente sin rumbo.

Pero hay que trabajar.

Recordó que tenía un nuevo contrato con Ramp Lone, pero éste empezaría unos días más tarde. Juan Agüero le recomendó ir al gimnasio y ella decidió que eso le sería muy útil para pensar. Ella quería organizar sus pensamientos.

La experiencia de hallarlo a él en el Happy Tree Rite hizo que cimentara de una vez por todas aquello que sentía por él. Se permitió volverlo a amar, abriéndose de par en par las puertas de su corazón. Ésa era una sensación novedosa.

Muchos meses atrás, cuando ambos habían estado intercambiándose correspondencia amorosa, la modelo siempre se hubo guardado un resquicio de escepticismo para sí misma. Ella había creído que podría prescindir del poeta y de su presencia cuando lo quisiese. Se había autoengañado repitiéndose que ése era otro juego más de embaucaciones. Aún así, jamás había

podido evitar la presión cálida que irradiaba desde su pecho cada vez que veía un mensaje suyo en su buzón de entrada. En cada una de las líneas que él le había dedicado en clave poética ella había sentido que él la desnudaba; que él le había estado tocando sus fibras más íntimas. Eso le gustó desde el primer instante; y había leído y releído cada mensaje para volver a sentir lo mismo. Y había odiado estar así de vulnerable.

Aún se sentía vulnerable. Pero el admitirse a sí misma que ella lo amaba le llenó de una fortaleza que jamás pensó posible.

Quiero saber cómo está. Quiero saber si está bien, si ha comido. ¿Está comiendo a sus horas? ¿Está durmiendo bien? ¿Qué estará haciendo en estos momentos? ¿Por qué no se compra ropa nueva? ¿Cómo vivirá? ¿Cómo son sus días?

Se levantó, buscó su ropa deportiva, y se fue al baño.

Hoy iré al gym.

Durante las siguientes semanas ella intercaló sus sesiones de fotos con los días en que iba al gimnasio. La campaña de Ramp Lone la tenía llena de compromisos. Aunque le agradaba trabajar con sus otras dos compañeras, ya el ritmo de cada día se le antojaba tedioso y repetitivo.

He vuelto a lo mismo. No me hallo.

Ni bien ella ingresaba al estudio le asaltaban ganas de que todo aquello terminara. Esa ansiedad hacía que las sesiones se alargaran más y más.

Yo sé lo que tengo que hacer. Debo poner mi mente en blanco. Pero ya no me sale como antes. Me he vuelto demasiado consciente de todo. No quiero estar acá.

Al final de cada sesión la modelo era la primera en salir, casi sin despedirse. Según su costumbre, ella apenas intercambiaba palabras con los demás. Quienes la conocían en la industria sabían que ella podía ser muy parca, muy distante. Pero en aquella ocasión su mutismo tenía otra causa.

Su apariencia huraña ya no era un gesto estudiado para rodear su imagen de misterio. El suyo delataba los síntomas del hastío.

Aunque fue muy profesional y competente durante todo el tiempo que duró la producción, le costó más trabajo que de costumbre irradiar simpatía. Juan Agüero decidió que quizá ella no sería buena opción para eventos en vivo, por el momento. A veces ella pasaba por esas etapas y él entendía. Eso sí, para esos episodios él procuraba conseguir más trabajos de estudio.

Las veces en que se iba al gimnasio, ella seguía una rutina que ya se conocía de memoria. En medio de esa actividad física la modelo —entonces—, se acordaba de él; el hombre que le había escrito poemas por Internet; el poeta de quien se enamoró de manera virtual.

Más que recordarlo, se puso a fantasear con él. Se lo imaginaba en el mismo restaurante donde lo encontró aquella vez, quizá escribiendo a mano. Ella trataba de reconstruir los eventos, pero cambiando su propia altanería con aquello que ella debió haber dicho.

Debí haberme dejado invitar. Debí sentarme junto a él y escucharlo. Quería escuchar su voz. No tuve tiempo de olerlo. No sé quién es hasta que no pueda reconocer su olor. Pude haberme quedado quieta.

Quiso cambiar el pasado y en varias ocasiones lo logró. Reconstruyó aquella noche haciéndola de poemas. Ella se hubiera quedado para escucharlo. Él la hubiera invitado a caminar por la ciudad. Él le hubiera enseñado la calle dormida y le habría hecho bailar sin música. Ella se hubiera colgado de su brazo y enterrado el rostro en su pecho. Ella le hubiese robado un beso antes de que él se diera cuenta. Él la hubiese llevado a su apartamento de bohemio. Ella se

hubiera dejado llevar...

Varias veces se reconcilió consigo misma en ese pasado inventado y se metía a la ducha con una paz momentánea. Sentía que el agua tibia le lavaba la conciencia. Cada salida del gimnasio era como si se quitara un gran peso de encima.

Mi tiempo lo enhebro de ti. Minuto a minuto te reconozco en los entretelones del día que se me va. Es tan sencillo mantenerme enamorado. Pensar en ti es mi ritual favorito; y se me antoja que el hecho de escribirte sea mi manera más íntima de pintar el retrato de todas tus intensidades.

—Éstas son las cuentas para este mes.

—¿Ya las aprobó Henry?

—Sí, por supuesto. Acá está la firma.

—Muy bien. Qué formal.

—¿Disculpa?

—Que estás muy formal. ¿Está todo bien?

—Lo siento. Estoy con la mente en otro lado.

—De eso me he podido percatar. Pero, ¿estás seguro que está todo bien?

—¿Por qué tanta curiosidad?

—¿Qué tal si almorzamos juntos? Vente a mi oficina más tarde.

—Mmmmm... Laura... ¿Estás segura?

—¡Vamos! Tampoco es que te hagas ideas raras, ¿eh?

—No... no... Me encantaría... pero...

—Fíjate cómo son las cosas. No te lo proponía si es que no supiese que estás inofensivo. Hace semanas que no te he visto pulularme ni a mí ni a Patty. Por eso la pregunta. ¿Todo bien?

—No es nada. Estoy con la mente en otra cosa.

—¿Quién es? Vamos, me lo puedes contar... pero no ahora. Ven a la hora del almuerzo...

Él salió al pasadizo y subió las escaleras hacia su sala de redacción. Al llegar al umbral ya se había olvidado de su breve intercambio con Laura. Su mente estaba en el siguiente artículo de motocicletas crucero. No sabía muy bien cómo hacer que encaje ese tema. Había un nuevo auspiciador muy interesado en incluir su marca de motos y parecía ser un cliente de largo aliento.

Justo lo que necesito. Motocicletas y automóviles son ambos vehículos motorizados, pero son dos animales totalmente distintos. ¿Tendremos espacio para dedicarles una sección especial?

—Diego, ¿podemos encajar una página de motos al diseño original?

—Yo creo que sí. Sería cosa de eliminar una página de tips.

—O, salpicar los tips en toda la revista y acortar la cantidad de palabras en los demás artículos. Porque...

—...porque en la brevedad está la elocuencia —corearon el Barbas, Johannes y Diego.

Qué bien me conocen. Me gusta trabajar con ellos. Me hacen sentir productivo.

—Jefe...

—Dime, Diego.

—¿Quiénes van a ir al evento de prototipos del sábado?

—Tú y el Barbas.

—¿No quieres venir también? Hay trago y flacas...

—No. Ustedes van y luego vemos el material, ¿sí?

Él se sentó en su silla de editor y posó el mentón sobre sus manos.

El primer número de AutoFan había tenido un moderado éxito. Según un rápido sondeo, la recepción fue bastante favorable. La versión web de AutoFan era de un diseño modesto. Henry Cohn aún se mantenía con la convicción de primero lanzar una edición impresa y que ésta precediera a la publicación por Internet.

—Eso le da un aura de misterio. Además, hace que las métricas sean más limpias —Cohn dijo alguna vez.

Al poeta que era editor le costaba aún entender muy bien cuál era el impacto en las publicaciones por Internet. Aunque ya le resultaba obvio el hecho de que AutoFan tuviera publicaciones continuas en su página web que precedieran a las ediciones en papel.

Una cosa era crear una revista y otra —él estaba aprendiendo-, era mantenerla viva.

Acá ya me jodí. Y, sin embargo, me gusta.

Al mediodía llegó un mensaje a su buzón de correo electrónico:

¿Vienes o no? Te estoy esperando. —Laura

Recordó su conversación de la mañana y se sintió tentado en declinar. Laura le parecía una muchacha muy atractiva. De buena gana él hubiera intentado seducirla, tal y como fuera su primera intención. Pero mientras más se entregaba a su proyecto de AutoFan más se iban desvaneciendo todas aquellas distracciones que antes le hubiesen llamado la atención. Esto era algo distinto. El suplemento le estaba dando estructura, sentido de la dirección; una razón por la cual levantarse todos los días.

Aún así, decidió que una distracción no le haría daño. Igual, ya era hora de comer.

—No he traído nada conmigo.

—Puedo compartirte lo que traje.

—Gracias, pero mejor pido un delivery. Préstame tu teléfono, por favor.

—Hagamos algo. ¿Qué tal si vamos a uno de esos restaurantes a la vuelta, pides un menú para llevar y lo traemos de regreso? Me haría mucho bien salir de estas cuatro paredes.

Él asintió. Ambos salieron del Diario Vertical y caminaron en silencio por la calle. Llegaron a la fonda. Él pidió su comida y se la envolvieron a los pocos minutos. Ambos regresaron a la oficina. En total, no hubieron tardado más de diez minutos. Los dos abrieron sus respectivos almuerzos y empezaron a comer.

—A ver, cuéntame. ¿Quién es?

Él pareció despertar de su trance un poco cuando escuchó esa pregunta.

—¿Quién es qué?

—La persona que ocupa tus pensamientos.

Entonces, recordó a Lara González. *Y ella es Laura. Laura... Lara... Ella, tan esquivada... y ahora tan curiosa. ¿Será? ¿Cómo saber?*

—La persona que ocupa mis pensamientos... ¿Cómo puedes saber eso?

—Desde hace semanas te hemos visto así. Henry Cohn te estima mucho y también se ha dado cuenta.

—¿De qué se han dado cuenta? ¿Qué han visto? ¿Estoy haciendo algo malo?

—No. Al contrario. Estás muy productivo. Nunca faltas al trabajo. Sólo que eres otra persona.

—¿Te puedo ser franco?

—No sería mala idea.

—Me gusta esto. No sé cómo explicarlo... pero... AutoFan me ha cambiado la vida. Antes yo tan sólo seguía órdenes. Hacía lo que me decían que redactara y me pagaban. Y ya. Pero ahora... ahora... es distinto. Es la primera vez que edito una revista. Todas las decisiones pasan por mí. Yo ya no soy un componente más de un engranaje. Ahora tengo voz... y éste es un proyecto en el que siento que tengo un rumbo... un camino... no sé si me hago entender...

—¿Me quieres decir que ahora disfrutas trabajar?

—Es que... esto ya no es trabajar para mí.

—¿Entonces?

—Siento que le estoy dando algo de mi vida a AutoFan. O será que AutoFan me ha dado algo de vida a mí.

—Ten cuidado. No es saludable apegarse a un trabajo por más apasionado que estés.

Se está desviando de su pregunta inicial. ¿Es ella, o no es ella?

—Cambiando de tema... ¿tú conoces a una tal Lara González?

Sí, sé que soy un bruto. Pero no se me ocurre ninguna otra forma de preguntar.

—¿Quién es ella?

—Eso mismo pregunto yo.

Él se fijó que no había ningún cambio de expresión en el rostro de Laura; ningún rastro de rubor, ninguna turbación. *O es una genial manipuladora o de verdad no sabe nada. ¿Estarán mis sospechas infundadas?*

—Nada... que he recibido un email con ese remitente. Debe ser correspondencia equivocada. No me hagas caso.

—Así que el amigo es ahora workaholic... así que no hay nadie...

—Nop. Sólo AutoFan.

—Entonces, quizá un día podamos tomarnos algo después del trabajo. ¿Qué dices?

No puedo quedarme toda la vida fantaseando con él. Tengo que hacer algo. Ya nos encontramos en el Happy Tree Rite. ¿Y, ahora qué? ¿Cómo puedo hacer para acercármele? ¿Le escribo? ¿Me responderá?

Se contuvo frente a la pantalla. Abrió la ventana de Gmail y esperó. Respiró hondo. Abrió un espacio para componer mensajes. Se levantó de la silla, y al darse cuenta que no tenía rumbo, volvió a sentarse.

¿Qué hago? ¿Qué le digo?

En un raptó de breve inspiración, la modelo le escribió unas frases cortas y presionó el botón de SEND. De un golpe cerró la laptop, como si alguien fuese a asomarse a través de la pantalla.

¿Qué hice?

Era muy temprano para dormir; y también era demasiado tarde como para salir sola a caminar. Sentía que le sobraban los brazos y las piernas. Tenía ganas de de correr y de al mismo tiempo quedarse quieta.

Cerró los ojos y respiró hondo por unos minutos, recordando los ejercicios de meditación que le enseñara Thalía.

Desde mi centro, y hacia afuera. Desde el universo, hacia adentro. Exhala lo negativo,

inhala la paz.

Se puso de pie y estiró los brazos hacia arriba. Abrió los ojos y exhaló.

Muy bien. Ahora sí.

Aquella noche le costó conciliar el sueño. A mitad de la madrugada se levantó y abrió la laptop. Sabía que sería demasiado pronto para que él viera su mensaje y le respondiera; aunque él no le había contestado el primer email con la dosis del Happy Tree.

Entonces, entró a Facebook y lo buscó. Ahí estaba su perfil, aunque con acceso limitado por la configuración de seguridad. Ahí estaba su foto. Pero había algo diferente.

¿Qué es esto de AutoFan?

Ella rápidamente abrió otra ventana e hizo una búsqueda rápida en LinkedIn con su nombre. Allí estaba él: Editor en jefe de AutoFan, revista de automóviles del Diario Vertical.

¿Desde cuándo se ha conseguido un trabajo? ¿Editor en jefe?

La presión en su pecho creció mucho más. Tuvo ganas de llamarlo, de felicitarlo, de cocinarle algo. Quiso admirarlo; o es que ya lo estaba admirando.

Él es una caja de sorpresas. ¿Quién es él? ¿Es realmente la misma persona de quien estoy enamorada? ¿Es él el mismo poeta que me escribía?

La modelo hizo otra búsqueda en Google y encontró la dirección de Diario Vertical. *No está muy lejos. Un día podría encontrármelo de casualidad. Me gustaría verlo, aunque sea de lejos. ¿Qué hago?*

El hecho de reconocer dónde quedaban las oficinas de Diario Vertical le ayudó a ella a conectar su ensoñación con la realidad. Ésa era una calle que ella conocía. Aquél era un periódico del cual sabía su existencia. Nunca lo había comprado antes; jamás se le habría ocurrido. Pero en ese momento quiso tener una copia en físico. Quería tener algo suyo que la acercara más a él.

La modelo entró en el portal web de Diario Vertical y buscó la página de AutoFan. Con unos cuantos clics más ella dio con la sección de staff. *Es él. Qué serio se le ve. ¿Ha bajado de peso? Qué lindo se ve.* Aspiró hondo y dejó escapar una exhalación de contentura. Sintió cómo sus mejillas entraban en calor.

Leyó los titulares de algunos artículos. También leyó la nota del editor. *¡Él mismo la escribió! ¡Estoy leyendo algo que el mismo ha escrito! ¡Qué emoción! Estoy tan orgullosa...*

Fue en ese instante cuando la modelo sintió que el logro del poeta también era suyo; que de alguna manera ella ya era suya y que lo acompañaba en esa etapa de su vida. Ella estaba conectada a él. Su emoción fue tan intensa que pudo jurar sentir una presencia cálida manifestarse a su lado.

—Si eres tú, acompáñame esta noche.

En seguida, la modelo cerró su laptop, apagó las luces y se metió a la cama.

Se despertó más calmada. El resto de la noche la durmió en paz, como si no hubiese ningún problema en el mundo. Ésa era una mañana fresca. De un salto se levantó de la cama y se fue directamente hacia la ducha. El contacto con el agua tibia la hizo estremecerse de placer. Su piel estaba más receptiva a los tactos, pero tan sólo se dio un enjuague rápido. No sintió necesidad de enjabonarse.

Se envolvió en toallas y regresó a su habitación, dejando un rastro de gotitas de agua por sobre el piso de mármol falso. Ella tomó lo primero que encontró en los cajones de ropa, se puso unas sandalias y con las mismas salió de su apartamento.

Cualquier persona que la hubiese visto habría pensado que ella estaba apurada; que tenía algún

apremio por llegar a su destino. Pero era ella quien quería tan sólo salir. Cruzó la puerta del edificio y caminó en dirección a la derecha de la calle Calatrava.

No le puso mucha atención a su andar, ni a su ritmo, ni a su velocidad. Tan sólo se limitó a aspirar el aire de la ciudad a esas horas de la mañana. ¡Qué distinto era todo a como cuando estuvo en aquel balneario de clase media!

Aunque ella hubo viajado incontables veces a diversos destinos, nunca se había dado realmente el lujo de disfrutarlos. Su último viaje, sin embargo, fue el que mejor vivió. Será porque fue una de aquellas poquísimas evasiones en las que ella lo decidió todo. No tenía una agenda que cumplir; no estaban las demás personas para decirle qué hacer o a qué hora regresar. Ella era dueña de su vida.

Así era esa mañana para ella. *Estoy caminando porque yo quiero. Porque lo necesito. Porque sí. ¿Y por qué no?*

Cuando llegó a la avenida donde estaban todas las boutiques, ella tuvo un presentimiento. Sin detenerse mucho a pensar se dirigió resueltamente a la misma tienda de productos étnicos adonde había ingresado varias semanas atrás. *Estos objetos... me recuerdan mucho a mis otros viajes. Quiero volver a sentirme extranjera. Quiero volver a perderme.*

Entonces, vio un cuenco tailandés. Era un recipiente sencillo, como cualquier otro de los miles que se vendían en los mercadillos del mundo.

Un cuenco se llena y otro se vuelve a vaciar. ¿De dónde recuerdo esta frase?

Pasó su dedo por sobre el labio superior de aquel producto. Ahí supo lo que tenía que hacer.

Dio media vuelta e hizo su camino casi a la carrera de regreso a su apartamento.

Son tus palabras el comienzo de todos mis poemas. En amplias bocanadas ansío escucharte, como si respirara la vida desde tu sortilegio. Sabrás que de errabundo de amares ahondo en tu voz cantarina. Háblame más, por favor. Permíteme apuntalarte en versos el corazón de mis plegarias.

Me gustó verte esa noche. ¿Recuerdas? Fue un bonito baile. Que descanses. Yo.

Entrecerró los ojos con una mezcla de intriga y sospecha. El poeta que era editor casi la había olvidado por completo luego de aquellas pocas semanas. *¿Quién eres, Lara González? No tengo tiempo para esto. ¿Qué juego es éste?*

Estuvo tentado en borrar el mensaje pero se detuvo. Presionó la opción de REPLY y escribió:

Sí. Estuvo muy bonito. ¿Quién eres?

Y presionó SEND.

¿Será Laura? Imposible. ¿O será? Tendré que prestar más atención.

Interrumpió sus pensamientos cambiando la ventana en la computadora. Ahí estaban dos nuevos artículos que debía corregir. También estaba la diagramación en vivo del siguiente número de la revista. Aunque tenía a Diego a un par de cubículos de distancia le gustaba la noción de ver las ediciones en tiempo real. Era como si se desarrollara el proyecto en piloto automático.

—¿Qué tal va el escalafón de la Copa Gremlin?

—Hay rumores de que la escudería Reize va a lanzarse con un nuevo prototipo del Merkur GT antes de finales de año.

—No les conviene hacerlo tan de improviso.

—Tendremos la exclusiva con Tony Borlini.

—Está en su mejor momento. Pásame las estadísticas, por favor.

Era en aquellos diálogos en los cuales al editor que era poeta le costaba reconocerse a sí mismo. ¿Cómo podía saber tanto en tan corto tiempo? ¿Realmente se estaba apasionando por los automotores?

Algo que estaba claro era que a él le encantaba investigar, aprender, leer, informarse. De ahí era cuestión de ir creciendo aquellos primeros ápices de conocimiento. Ésa era su vitamina: aprender. Mientras más entendía, más se le iba acentuando aquella curiosidad.

Ese día volvió a olvidarse del tema de Lara González. Ése no era un asunto que realmente le concerniese. Ya no. Habían muchas cosas de qué preocuparse. Una de ellas era el hecho de que en escasos meses la revista tendría una periodicidad semanal. ¿Qué tanto podría hablar de automotores semana tras semana?

Ya tenía un plan maestro de los siguientes meses y su equipo estaba trabajando con la debida antelación. Y, aún así, llenar contenidos semana tras semana lo iría a mantener sumamente ocupado.

Estoy aprendiendo sobre la marcha. Me gusta, y a veces me asusta.

Es cierto que he profundizado poco en mi vida. Casi todas mis decisiones han sido superficiales. Quizá en lo único que he sido consistente fue con mi poesía. Pero no he publicado aún nada. No tengo el dinero ni los recursos. Mentira. Ahora sí los tengo. No sé cuánto hay en mi cuenta bancaria pero creo que es posible financiarme un pequeño tiraje. El poemario soñado, claro.

Pero yo escribo para mí mismo. Y para enamorar, claro está. Me gusta escribir en limpio. La poesía me da esa facilidad de buscarme las palabras exactas, perfectas. El periodismo no. Se escribe para el olvido. Pero me gusta lo que estoy haciendo. Se siente importante. Ahora estoy comprometido.

Apenas tomó algunos sorbos de su copa de vino. La comida llegó cuando aún estaba sumido en sus pensamientos. Sentado a la barra del restaurante de siempre ya no se sentía el mismo.

¿Hace cuánto tiempo que no escribo poemas? Ya perdí la cuenta. Sencillamente no tengo ganas. No me sale. ¿Habrá sido todo aquello tan sólo una etapa de mi vida? ¿Se me habrá secado la esencia de poeta? Es cierto que ya no vivo en el perenne estado de gracia que debiese tener como poeta. ¿Es esto acaso lo que es ser un adulto responsable?

Se me hace mucho más fácil ya no sentir. Eso es cierto. He cambiado los sentimientos por el intelecto. Eso sí me emociona. Aún así, quisiera volver a escribir. ¿Qué pasó con la idea del hombre de familia desempleado? ¿Puedo sacarle jugo a ese personaje?

Dio los primeros bocados en silencio. Los fideos estaban tibios. La salsa era cremosa y con un ligero resabio a pimienta negra. Tomó un sorbo del vino para hacerle puente a los sabores.

Estoy comiendo sin disfrutar. Estoy viviendo sin vivir. ¿Qué es lo que hace que una persona se vuelva adicta a la rutina? Un hombre puede pasarse años enteros en un trabajo sin darse cuenta. Tan sólo se vive de cheque a cheque, eso sí lo sé. Mientras tanto, se embrutece en la rutina diaria. Amanecer, comer, ir al trabajo, ejercer actividades que no amamos, comer de nuevo, volver a las actividades, regresar a casa, hallar el consuelo de una familia, de una

pertenencia. Pero, ¿qué pasa cuando esa pertenencia se vuelve en un drama? ¿Voy a querer volver? ¿Para qué?

Y si no tengo esa rutina, ¿qué me hago de mi vida? ¿Qué se hace un hombre de trabajo en la eventualidad de hallarse sin algo que hacer? ¿Qué hace que un hombre se vuelva prisionero de sí mismo? La ausencia de la rutina hace que nos enfrentemos con nosotros mismos, con nuestros propios demonios.

Claro, ésa es la perogrullada que deseamos olvidar. ¿Qué rol tiene el amor en todo esto? Vuelves a casa y te sacrificas por tu familia, por perpetuar la especie. ¿Es acaso el amor una extensión de aquella necesidad fisiológica de dejar descendencia?

Estoy muy necio esta noche. ¿A qué viene todo esto?

Sinceramente, mírate. Me estoy mirando y estoy acá, solo. Volveré a mi apartamento y estaré solo. ¿Cómo podría escribir acerca de aquel hombre de familia desempleado sin yo mismo tener una familia? Al margen de las circunstancias, ¿cuál es el curso de acción de esa historia? ¿Cuál es el conflicto?

¿Cuál es mi conflicto?

Con aquella pregunta se le quitó el apetito. Apuró lo último que quedaba en su copa, y pidió la cuenta.

Yo soy quien tú deseas que yo fuera. Escríbeme una poesía. Yo.

Ella pulsó el botón de SEND y sonrió desde el fondo de su travesura. *¡Me ha escrito! ¡Cuánto lo he extrañado! Tranquila, mujer. Respira. Él no sabe quien soy. ¿Lo sospechará?*

Pudo notar el ligero rubor entibiando sus mejillas. Cerró la ventana del Gmail y se entretuvo en otras páginas.

Me gusta esta idea. Sí. Distraigámonos un poco. Quiero hacer algo que sea mío. Quiero tener algo propio.

Abrió un tutorial de cómo hacer negocios de venta online y se topó con varias opciones. Ella pensó en un principio traerse productos desde Asia para venderlos en el mercado local. Sacó cuentas y le pareció demasiado trabajo. Eran muchas complicaciones. Tenía que ver temas de aranceles, desaduanajes, trámites de oficina en oficina. Eso le desagradó.

Pero había algo más, según pudo ver. Algunas páginas sólo se dedicaban a la venta de productos, pero éstas los encargaban directamente desde los fabricantes y los remitían adonde los clientes. *Dropshipping*, según vio, se llamaba esta técnica.

Es decir, no tengo que comprar ni traerme nada. Si me hacen un pedido yo se lo lanzo al fabricante y allá que se entiendan. Eso sí me está gustando.

Se devoró más páginas. Entendió que podía hacer mercadeo por las redes sociales. Comprobó que podía colgar la información de sus productos en mercados en línea.

Hay mucho que hacer. Pero esto es mío. Éste será mi proyecto.

Por primera vez se sintió con un propósito más allá de complacer a los demás. El hecho de empezarse un pequeño negocio por su cuenta le encendió un fuego interno que jamás pensó tener. Se pasó gran parte del día sentada con su laptop en la sala, revisando fabricantes de productos étnicos. Le llamaba mucho la atención artículos que había visto en sus diversos viajes.

Cuencos tailandeses, instrumentos musicales, tapices tejidos, esculturas de dioses hindúes, ropa, mucha ropa; esto es lo que me interesa.

Abrió una página de Excel y empezó a hacer un inventario rudimentario. Sin saber muy bien lo

que hacía se dejó llevar por el sentido común y asignó nombres, claves, costos y precios a cada uno de los productos que iba eligiendo.

Quiero juntar unos 20 primeros. Luego ya veremos.

Era casi medianoche cuando logró obtener su primer inventario. Se acostó sin mucha convicción. De buena gana se habría quedado más horas armando su negocio.

Pero hay responsabilidades. Juan Agüero, las cosas que hago por ti. Es mentira. Las hago por mí, porque soy tan cobarde de no saber decir que no. No sé ni cómo llegué acá. Sí. Sí lo sabes. Malagradecida que eres. Pero ya no quiero más esto. Ya no.

Con esos pensamientos haciéndole diálogo interno apagó la luz para intentar conciliar el sueño.

La modelo tuvo una serie de sueños que tenían una ilación de historia, pero que al mismo tiempo se iban destejando ni bien intentaba encontrarles lógica. Por momentos ella estuvo convencida de saber que estaba en soñando y que podía retroceder y reactuar las diversas escenas oníricas. Y sí lo logró en algunas ocasiones. Aquello desencadenó en que la escena repetida jamás sería igual que la anterior; que habrían matices que no pudiesen reproducirse del todo.

En su sueño volvió brevemente al balneario de clase media. En esos momentos el pueblo era mucho más grande, mucho más complicado, con calles que se sucedían y se reiteraban sin sentido. Aún así quiso llegar primero a la playa; pero mientras más pensaba estar cerca mayor era la dificultad de ubicarse. Entonces, decidió repetir la escena una vez más.

Volvió hacia el punto de partida y se enrumbo hacia la costa. Tomó la misma avenida y cruzó las mismas intersecciones. Sin embargo, se apareció al otro lado de la ciudad y a través de un mercado de frutas. Siguió su rumbo, convencida de que así hallaría la playa.

Luego de dar vueltas sin sentido, decidió que mejor regresaría a la carretera principal y buscar a Wanda. Era muy raro para ella soñar con su amiga. Aún así, Wanda no aparecía porque estaba perdida desde antes de percatarse que estaba en un sueño.

Volvió a intentar repetir la escena. Quería encontrarse con Wanda y contarle las buenas nuevas de su vida, de su viaje, de las predicciones de la pitonisa; y de él. Sí. Ella quería llenarse la boca de él.

Pero el poeta sólo se le aparecía como una imagen difusa; como una referencia remota. Tampoco Wanda se dignaba en hacer su aparición. Ella, la modelo, estaba sola en su sueño. Atravesaba carreteras, se adentraba en calles, repetía las escenas una y otra vez, como si quisiera reescribir el orden del mundo.

Todo aquello la llenó de una inquietud que no recordaba haber sentido en años. Ella tuvo la lucidez de darse cuenta de que ni en sueños ni en su vida real había caído tanto en el desasosiego. Ahí fue que decidió seguir buscándole lógica al sueño. Quería repetir y repetir las escenas pero ya no con el ánimo de corregir los eventos.

La modelo quería pertenecer. Desde su centro mismo invocó presencias que no se le manifestaban. Estaba sola. Se vio a sí misma enteramente sola. Y, sin darse mucho tiempo a más, también se halló en la playa. De tanto buscarla tan sólo le bastó quedarse quieta para llegar a las orillas de mar. Era ya de noche y se preguntó qué sería de sus amigos de Atlanta. Se quedó más inmóvil que antes, pensando que quizá en su quietud pudiese convocar aquello que la eludía; que el movimiento quizá sea una mera ilusión dentro de ser ella misma estatua.

Ese pensamiento la persiguió las siguientes horas que duró su sueño.

Es que te pienso; es que te extraño. En este papel que se me llena de trazos y versificaciones busco reconocer tu aroma, tu esencia, tu tacto, tu voz. En estas palabras que ahora son tuyas, invoco tu presencia con el fervor de traerte a la vida entre apariciones y espectros. Desde que estás en este racconto, eres tan tácita como la idea de ti. Y, aún así, vuelvo a amarte como si regresaras tan inminente al primer día de la existencia.

¿Eres real? Cuéntame. Si eres quien yo quiero que seas, entonces serías real.

Dos pueden jugar esto. Y adiós.

Presionó SEND y tomó otro sorbo de su café ya tibio. Aquellos mensajes misteriosos empezaban ya a gustarle. Por un momento se sintió tentado de olvidarlo todo. Pero tuvo un arrebató poético en el cual decidió hacerle caso al misterio.

Igual, la vida con un poco de intriga siempre es más llevadera.

Sabía —porque lo sospechaba desde el primer mensaje—, que tarde o temprano descubriría quién pudiese ser el o la autora de aquella correspondencia electrónica anónima. Mientras tanto, Lara González era aquella incógnita que se permitió tener en su nueva vida organizada y responsable.

Era media mañana en su apartamento. A través de la ventana asomaba la tranquilidad de un sábado de asueto. Pero no. Para él éste era un día laboral como cualquier otro; con la única diferencia de que le tocaba quedarse a trabajar desde casa. En circunstancias como aquella, el poeta que era editor se detenía un poco a saborear el viejo gusto de laborar a distancia.

Cuando descubrí esto fue toda una revelación para mí. ¡Poder trabajar en pijama! ¡Que me paguen por arrastrar los pies y dejarme ser horas y horas!

Aún así, habían responsabilidades que cumplir, fechas de cierre que acatar, guías editoriales que seguir al pie de la letra. Y él lo hacía siempre con la conciencia limpia de poeta sucio. Porque, por encima de todo, él era un maldito, un soñador, un vago, un nihilista y también un romántico.

Eres un descarriado sin horario, se imprecaba a sí mismo. Pero no había mucho que hacer.

Ahora, mírate. Estás rascando las paredes para regresar a la oficina. ¿Qué ha sido de ti?

Antes a él le tocaba redactar o corregir, enviar; y nada más. Con AutoFan él era quien estaba al tanto de sus colaboradores. *Es sábado, lo sé. Pero, necesito saber cómo van sus avances. Esta noche irán al auto show para ver los prototipos. No me caería mal ir un rato y presentarme de improviso. Mírate, pensando como jefe.*

Sacudió sus pensamientos a un lado. No era necesario ser tan duro consigo mismo. *Dejaré que hagan ellos lo que tengan que hacer. El lunes ya nos entenderemos. Él ya los conocía de tiempo y eso le daba bastante tranquilidad. Al final, el riesgo es de Cohn. También es el mío, aunque no esté arriesgando nada que sea mío. Yo no estoy haciendo carrera acá. Eso lo sabe Henry; por eso me tiene tanta confianza; o es tan iluso como yo. Es un gran tipo; un gran amigo. Yo hubiese hecho lo mismo de estar en su lugar.*

Cerró su buzón de entrada y abrió nuevamente las ventanas de YouTube. Buscó videos sobre fabricantes automotrices en Francia. *Hay que ilustrarse. Hay que aprender. En especial, ¿por qué dicen que los coches franceses son tan malos...?*

La tarde empezaba a asomar las primeras sombras cuando el editor que era poeta despertó de su siesta. *No he almorzado. ¿Qué me está pasando? No puedo descuidarme.*

Pero lo primero que hizo fue abrir la laptop para revisar su buzón de correo electrónico. Lo hizo sin pensar y con movimientos automáticos. Encendió un cigarrillo mientras el sistema iba despertándose. Saboreó el aroma de sus primeras pitadas. Lanzó el humo hacia el techo, viendo cómo se difuminaba todo en una nube fugaz a través de la semi-luz. *Debo encender las lámparas, a este paso.*

Se levantó de prisa, apenas echándole una mirada a la pantalla. Algo, sin embargo, capturó su atención lo suficiente como para hacerlo regresar al sillón: *Lara González.*

Pulsó el mensaje para abrirlo.

Soy real y también soy sueño. Se te ve muy bien.

Ser editor te sienta bien.

Aún estoy esperando esa poesía que te pedí. Yo.

Un poema. ¿Eso es lo que quieres? Y se recordó como poeta. Se vio a sí mismo como si hubiese salido de su propio cuerpo. Éra él, con la ropa arrugada de haber dormido la siesta. Era él en un sábado que anochecía. ¿Hace cuánto que no escribo poesía? ¿Me habré oxidado?

Cerró el mensaje y siguió revisando su buzón. *Lo mismo de siempre: ofertas de viaje, spam, pastillas milagrosas, recordatorios de cumpleaños; nada que valga la pena.* Seleccionó los correos y los fue borrando metódicamente. No tocó el de Lara. Lo dejó intacto, como los demás previos.

Se echó para atrás, mirando hacia el techo. *¿Tengo todavía la capacidad de escribir poesía?* Se repitió ese pensamiento una y otra vez como si fuese un mantra; como si pudiese invocar algún tipo de inspiración.

Se levantó, tomó las llaves, y salió de su apartamento. Buscó un cigarrillo para encender y se percató de que había dejado la cajetilla adentro. *Me compraré otro.* Hurgó en sus bolsillos y no encontró su billetera. *También la dejé adentro. No importa. Quiero despejarme. Quiero caminar.*

Bajó las escaleras y salió a la calle; de ahí enrumbó hasta el parque de Roncesvalles. Se vio como en otras épocas. Aunque seguía siendo el mismo de hacía meses ya nada era igual. Se sintió extraño en una tierra que ya no era suya.

Los faroles estaban ya encendidos. Eran los comienzos de una noche fresca. Fiel a una costumbre que había abandonado le dio tres vueltas al parque. *Un poema es una caminata; no hay dos caminatas iguales tanto como no hay dos poemas idénticos.*

Cada paso que daba era un feliz recordatorio, un reconocerse en estado de gracia. Él ya no era un editor. Tampoco era un poeta. Él tan sólo era la brisa, la noche, los faroles, los caminantes, el devenir de las calles, los ruidos de la ciudad, la música de ese universo que se le iba pintando en pinceladas como si fuesen acuarelas luminosas.

¿Quién soy? ¿Quién eres? ¿A qué santos tienen que llegar estos recuerdos ahora?

Es él. Ha vuelto. Estoy segura de que ha vuelto, de que es mío. Nunca dejaste de ser mío.

Eres parte de este (en)sueño;
que con cada palabra
te iré describiendo

hasta que me seas tan (ir)real
como este misterio
que aún no tiene(s) voz.

Déjame (re)conocerme
tan nocturna;
porque tú sabes quién soy
y yo no sé de dónde apareciste.

Volvió a leerse las palabras para sí misma, como si repitiéndoselas pudiese sentir las caricias de aquel hombre en su alma. Sintió la exaltación de cuando se mensajeaban; de cuando él le escribía de tantas cosas que la hacían soñar. *Es él.*

Estuvo tentada en responderle. Quiso apurarlo todo y lanzarse a sus brazos. Quiso que el poeta la perdonara. Quiso perdonarse a sí misma. *Pero no. Quiero hacer las cosas bien. Éste es mi momento. Ahora quiero que sea nuestro momento.*

Aún así tuvo miedo; un temor con visos efervescentes, como si miles de burbujas le hicieran cosquillas desde el vientre. Cerró los ojos y exhaló una serie de risas en susurro.

Estás volviéndote loca. ¿Quién eres? ¿En qué te has convertido?

Pero se dejó llevar. Había llegado tan lejos que no podía echarse para atrás.

Quiero distraerme un poco. Si voy a cambiar mi vida, empecémoslo todo de nuevo.

Ella, la modelo, logró reunir sus primeros 20 productos esa misma tarde. Ahí los tenía en su página de Excel; todos contabilizados, con descripciones, precios y detalles técnicos. Disfrutó la sensación de tener un propósito. Pero no podía detenerse.

Bien. Necesito una página web y necesito colocar estos productos en e-commerce. ¿Cómo lo hago?

Volvió a Google y buscó más tutoriales de comercio electrónico. Ahí halló un servicio de consultorías. *No es muy caro. Que ellos me enseñen y yo luego sigo por mi cuenta.*

Escribió un email solicitando más información. Mientras esperaba la respuesta, entró a habilitar las conexiones entre su cuenta bancaria y los medios de pago digital. Todo era tan novedoso que le pareció un juego. Jamás pensó que todo aquello pudiese ser tan fácil y tan directo. *Sólo conectas A con B. ¿Por qué no lo supe desde antes? ¿Tan distraída estaba?*

No obstante, ella deseaba tocar los productos; quería saber que existían y cómo eran.

Voy a pedirme uno de cada uno. Los tendré acá como muestras. Además, están bonitos.

Sacó su tarjeta de crédito e hizo un shopping virtual extensivo. Jamás antes ella había comprado tanto por Internet. Con cada pago que hacía se le aligeraba la cabeza y sentía un ligero mareo. *Una cosa es comprar en físico y otra por online. Qué extraña sensación. ¿Tendré paciencia para esperar?*

Una vez hubo hecho su última compra, sacó una cuenta rápida de todo lo que había gastado. Le asustó la cifra final. *Pero igual puedo vender estos productos acá,* se consoló. Tuvo un desagradable vacío en la boca del estómago. Conocía muy bien aquella sensación: era la que le daba luego de haber tomado una mala decisión tan deprisa.

Ya era de noche cuando la modelo recibió respuesta del consultor de comercio electrónico. Sí, él sí la podría ayudar. Le propuso reunirse para explicarle en mayor detalle qué es lo que harían y cómo trabajarían.

Estoy yendo muy aprisa. Pero aceptó. En dos días irían a reunirse. Tiempo suficiente para arrepentirme.

¿Qué es lo que ves? A través de tu distancia quiero ser los trazos de tinta que te hagan regresar a mí. Enarbolas el guitarrero sencillo con cada uno de tus suspiros. Te ansío terrenal y etérea; me apincelo de entresueños para conjurarnos una danza más. ¿Qué es lo que ves? ¿Serás nuevamente mi aparición onírica y bienamada?

Ve al Hotel Jardín este martes a las 10pm. Busca la habitación 413. Yo.

Ya esto es demasiado. No. No pienso caer. ¿Quién sabe quién será esta persona?

El mensaje le disgustó. No apreciaba para nada esa idea. Una cita a ciegas con una persona a quien ni siquiera conocía. No. Era imposible. No lo iría a hacer. *Olvídalo. Acá cerramos este capítulo.*

Con ese sinsabor en la boca borró el mensaje. Era media mañana. El email había sido escrito la noche anterior, según la fecha. *¿Por qué le sigues dando importancia? No tienes nada de qué preocuparte. Ya terminó todo.*

Se levantó de su asiento. Johannes y el Barbas estaban sumidos en sus ocupaciones. Sólo podían percibirse los sonidos habituales del teclado a intervalos. Con tan sólo escuchar se sabía quién era quién en la sala de redacción. El Barbas, por más gregario que fuese, era de dar tecleos uniformes y lentos. Lo suyo era metódico, bien pensado; rítmico. Johannes, era más bien de exabruptos; nada que ver con su naturaleza huraña. Su proceso mental armaba un caos de estallidos frenéticos de redacción furiosa; y luego llegaba la calma por varios y extendidos minutos.

El editor que era poeta caminó hacia el pasillo. Haber escrito su último poema le había removido algo estancado dentro suyo. Era como si se despertara de un letargo imposible; como si hubiese regresado del fondo de un precipicio. La luz del día lo deslumbraba. Se sentía inquieto.

Quiero seguir escribiendo. ¿Cómo hago para volver a la poesía y mantenerme enfocado en AutoFan? ¿Se podrán hacer las dos cosas al mismo tiempo?

Le pareció una tontería pensar en estas cosas. Por supuesto que era importante AutoFan. La revista le trajo orden a su vida. Era aquel camino a la adultez que tanto había estado evadiendo. Le gustaba sentirse parte de algo que era más grande que él mismo. Le agradaba ver su producto en las redes, en los puestos de periódicos a través de la ciudad, en los eventos de prensa.

Aún así, extrañaba ser poeta. Se dio cuenta de que ya no le afectaba el no escribir para sí mismo y echó de menos aquello de *andar en estado de gracia*.

Si algún día quiero escribir un libro, así lo haré. Antes escribía por el mero goce de hacerlo. Todo en la ciudad, en las calles, en mis amores, en mis observaciones; todo era poemable. Aún tengo la capacidad de hacerlo. Entonces, ¿por qué no lo he hecho?

Cuando se dio cuenta él había deambulado hacia el primer piso del edificio del Diario Vertical. Estaba en el pasillo principal. Salió de su ensimismamiento y giró en su propio eje.

Caminó sin proponérselo a la oficina de contabilidad.

—Laura... ¿se puede?

Había sido una conversación corta y cortante. Era la tercera semana del mes y Laura tenía varios pendientes, así que no estaba de ánimos para socializar. *Pero, logré quedar con ella para mañana después del trabajo. Unos tragos no nos caerían mal. A mí, por lo menos, para nada.*

Volvió a su sala de redacción y se vio sin nada que hacer. En realidad, siempre había algo que escribir, que revisar o que proponer. Pero en ese momento se halló en blanco. Se sentó sin rumbo en su silla de trabajo y miró la pantalla vacía.

—Voy a salir un rato. ¿Me tienen al tanto, por favor?

—Sí, jefe.

Cuando llegó a la calle ya era casi hora de almorzar. Caminó sin convicción hacia la zona de restaurantes para oficinistas. Vio los menús del día y nada se le antojó. No tenía apetito. Siguió su andar distraído pasando las calles y yendo como en piloto automático.

Sí sé adónde estoy yendo.

No apuró el paso. Se tomó el tiempo para volver a estar presente. Seguía regresando a su conciencia actual cuando llegó a la puerta de su amigo Chanchó.

—¿Quién es?

—¡Seguridad ciudadana! ¡Tiene usted una queja de salubridad pública!

—¡Rompemuelas! ¿Qué fue de tu vida?

—Pues acá, viniendo a hacerte perder el tiempo.

—Yo lo pierdo antes de que me lo encuentres, hermano. Pero pasa, pasa...

Ingresaron al mismo desorden de siempre. El poeta se sentó en un sillón abarrotado de ropa sucia y revistas viejas.

—¿Qué tal va el trabajo de editor?

—¿Cómo supiste?

—Henry Cohn me lo contó. Todos lo saben. Más bien, tú andas desaparecido. ¿Estás bien?

—¿Por qué tanta preocupación de que si estoy bien? Medio mundo me lo ha venido preguntando...

—Has estado muy ausente en las últimas semanas. Ni se te reconoce.

—...

—Pero creo conocerte. Hay algo más. Cuéntame.

—...

—Antes que nada, un trago. ¿Ron?

—Tú sí que quieres envenenarme. Vamos entonces. Ron será.

Esto se vería bonito en una sala de estar. Ya he visto muchos de éstos en Bali. Allá son unas baratijas. Mira nada más qué caro lo venden acá. ¿Podría vender estas cosas desde mi apartamento? ¿No será mucha complicación? Vamos, no te compliques tanto. Primero vamos por el dropshipping ése y después decides. Igual, ya te has hecho la idea de ser independiente. ¿Cierto?

Era cierto; tan sólo que aún no se lo había dicho a Juan Agüero. *Me falta una fecha de sesión fotográfica. Ahí lo dejo. No quiero más. ¿Cómo lo tomará Juan? No importa. Ya no importa. No quiero saber más de él. Hasta acá llegué.*

Pasó los dedos por una estatua de madera de Ganesha. *¡Qué linda! Como para una terraza techada. ¿Tendrán también la opción en piedra?*

Siguió viendo los productos exóticos traídos de diversos países del mundo. Aquél era un bazar donde confluían artesanías rústicas, estatuas de orígenes fascinantes, accesorios novedosos; todo carísimo. Hizo algunas preguntas a la dependienta vestida en un sarong que le sentaba como si fuese un disfraz absurdo. Así se enteró de que los objetos que más se vendían eran aquellos de uso ritualista. Los incensarios tenían una alta rotación, lo mismo que las telas y la bisutería.

La mayoría de quienes compran son mujeres. Según veo los panfletos de cursos de yoga y ayurveda. Allí podrían estar mis compradores.

Se llevó varias hojas y tarjetas promocionales, fingiendo un interés de turista. Para disimular su estancia compró dos collares de conchas y corozos. *Jamás los podría usar. ¡Qué cursis! Hay gente a quienes les gustan estas cosas.*

Tomó la calle en dirección a su apartamento de la calle Calatrava. Entonces, volvió a pensar en él.

¿Qué he hecho? ¿Me hará caso? Yo misma no me haría caso si me escribieran así. Me estoy volviendo loca. No es posible. ¿Qué hago si no me hace caso?

A la mañana siguiente, cuando la modelo llegó a la cita el consultor ya la estaba esperando. Quedaron en un café concurrido y se acomodaron en una de las mesas del fondo. Ella le contó sobre su proyecto con más detalle. En aquellos instantes ella se sintió muy segura de sí misma. Se escuchó hablando de términos y temas que jamás se hubiese imaginado tocar antes.

—Voy entendiendo. Entonces... quieres algo físico y algo virtual...

¿Estoy entendiendo bien? ¿Qué me estás queriendo decir?

El muchacho era de la misma edad que ella. No era muy alto pero estaba impecablemente vestido. Tampoco era apuesto dentro de las convenciones propias de la estética. Él era todo lo contrario, aunque en sí poseía un magnetismo propio muy bien estudiado.

—He trabajado con otras empresas que hacen dropshipping. El asunto acá es que necesitas una página que tenga contenidos tanto en inglés como en español. También necesitas estar presente en los portales de e-commerce, como eBay y Etsy.

—¿Cómo hago con el inventario?

—Yo te hago toda la conexión. Tú me das toditos los datos y yo te los cuelgo para que los clientes puedan ver y comprar. Todo pedido llegará a una plataforma centralizada donde podrás controlarlo todo.

—¿Qué más?

—Marketing. ¿Has pensado en alguna marca?

—Ni idea. ¿Tú puedes ayudarme con eso?

—¿No estás manejando ninguna marca en particular?

—No. Sólo quiero vender estos productos.

—Fácil. Pongamos un nombre sencillo que diga lo que estás vendiendo. Algo así como *Exotic Bazaar*. Es genérico pero llama la atención. Entonces, una página web, presencia en los portales de comercio electrónico, más unas campañas de aviso por medio de motores de búsqueda y redes sociales. Ahí armamos un paquete bien sólido. ¿Qué te parece?

El consultor apuntó todo lo que hablaban en una libreta. Su lápiz se movía con celeridad. Ésa era una táctica que sabía le funcionaba. Los clientes potenciales le veían hacer trazos y escribir con la autoridad de quien se las sabe todas.

—¿Cuánto me va a salir todo?

—Déjame terminar de evaluar todo lo que estamos conversando.

Él se lamió los labios apenas perceptiblemente. Miró a la modelo a los ojos.

—Esta noche te hago la propuesta. Ahí verás mis honorarios.

Ella sintió un ligero latigazo en la baja espalda; un cosquilleo que conocía muy bien. *Es atractivo. Pero no quiero que se dé cuenta que lo sé. Cálmate. No te distraigas. ¿A qué has venido? Sabes lo que pasará esta noche, ¿verdad?*

El consultor se arrepintió de su ímpetu y barajó una mirada hacia la derecha, como si buscara al mesero. Ella estuvo inmutable. *Muy bien. Tú tranquila. ¿De acá a cuándo que te sientes vulnerable?*

—¿A qué te dedicas? —quiso aliviar la tensión el muchacho.

—Soy modelo.

—Me lo imaginaba —se sintió corto, intimidado. La parquedad de su respuesta le hizo recordar que estaban en una reunión de negocios y que él estaba prospectando un cliente más.

El consultor se levantó y guardó la libreta de apuntes en su morral; le dio la mano a la modelo y salió caminando con intención. *Y me dejó con la cuenta. Es mejor así.*

Me siento a mí mismo antes de siquiera deslizarme en tu piel. Te siento aún antes de reconocerte. ¿De qué espejismos me he conjurado en ti? A veces te recuerdo como un poema inconcluso. Unas pocas palabras serían bálsamo suficiente para calmarme este andar insomne.

Él tuvo una noche de sobresaltos. Se había pasado toda la tarde bebiendo y conversando con su amigo Chanco. Cuando se hizo tarde el poeta ya estaba completamente ebrio; quiso irse a su apartamento y Chanco quiso detenerlo. No había manera. Él tenía que irse porque tenía que irse.

Y se fue tambaleante por calles que se repetían una detrás de otra. Hasta que llegó a su cama sin haber sabido muy bien cómo.

Despertó temprano y aún bajo efectos de la bebida. *Un café me hará bien. Mejor serían dos.*

No revisó su email. Se dio un largo duchazo caliente. Luego, se vistió y se fue en taxi hacia las oficinas del Diario Vertical. Como llegó con tiempo, aprovechó para comprarse un café doble en la cafetería a la vuelta del edificio. También se consiguió una botella de agua helada. La sed lo abrasaba.

Entró sintiendo la pesadez del malestar agazapándose encima suyo con cada paso. *Éste no va a ser un buen día.* Se desplomó en su sillón, encendió la computadora y fue sorbiendo el café mientras esperaba a que el sistema cargara por completo. Cerró los ojos e hizo un recuento de lo que sucedió anoche.

Nada. No pasó nada. ¡Qué chistoso este Chanco! Hace tiempo que no me reía así. Aún no sé muy bien de qué vive o de qué malvive. Dio un sorbo largo de su botella de agua. El líquido helado le alivió. Se sintió más despierto, más alerta. *Antes podía pasarme días y días de fiesta. ¿He llorado anoche? ¿De qué hemos hablado?* Poco a poco fue reconstruyendo la conversación.

Veamos qué novedades hay. Inbox. Acá vamos.

Los correos del día anterior se habían acumulado. *Auspiciadores, boletines de los próximos cronogramas, escalafones actuales, una solicitud de empleo, spam y más spam.*

Un mensaje de Chanco enviado a las tres de la madrugada decía:

Ni se te ocurra ir a esa cita de hotel. No quiero que mi amigo termine sin riñones y éstos

vendiéndose en el mercado negro. Tan sólo te lo recuerdo.

No, Chanco. No iré. Eres un gran amigo.

El editor que era poeta abrió la carpeta con los artículos que debía corregir. Se metió de lleno en su trabajo. Fue tanta su concentración que apenas se fue percatando ni bien entraban sus colaboradores. Les respondía el saludo con un gesto distraído. Había que terminar aquel paquete para el mediodía. Se lo habían enviado la tarde anterior. Era su responsabilidad cumplir con las fechas de cierre.

Una vez hubo terminado aún conservaba aquella adrenalina de entregar trabajos de último minuto. Disfrutaba de la emoción de correr contra el tiempo. Se estiró por encima del sillón. Tenía un ligero martilleo en las sienes pero nada que no curase otro café y una aspirina. Buscó en su cajón casi por inercia y sólo encontró papeles. *Debo comprarme un frasco de pastillas. Debo recordarlo para la próxima.*

Pensó que sería buena hora para irse a almorzar pero prefirió pedir un delivery.

—Chicos, ¿alguien quiere que les pida el almuerzo?

Ellos respondieron que saldrían a comer juntos a uno de los restaurantes para oficinistas.

—Está bien. Voy con ustedes.

A los diez minutos estaban caminando los cuatro. Fueron comparando los menús de cada fonda, hasta que se decidieron por uno que ofrecía pastas. Aquél fue un almuerzo ameno. Ninguno de los muchachos le preguntó al editor que era poeta por qué se fue tan temprano el día anterior. No había necesidad de hacerlo.

Conversaron acerca de las competencias internacionales e hicieron apuestas sobre los pilotos del momento.

—Tse Sakamoto versus Travis Daye. ¿Quién dice?

—Bruno Gourdo está bajando un poco en el escalafón.

—Yo le voy a Sakamoto. Travis Daye también está quemado.

—¿Qué opinan? ¿Apostamos al ganador de Monza?

El poeta que era editor se sintió parte del grupo. Al mismo tiempo había una brecha que los separaba. Él seguía siendo el jefe. Notó cierta distancia en la manera en que le hablaban. Era una ligera soledad de saber que él estaba en otro nivel. Él era el jefe; ellos contaban con él. Jamás podría estar de igual a igual. Por más que el poeta quisiese, ya no era lo mismo.

Pagaron y regresaron a la oficina. Hicieron bromas acerca del evento del sábado pasado.

—El Barbas era puras babas.

—No hicieron el ridículo, ¿verdad?

—Para nada, jefe. Al contrario. El Barbas fue todo un caballero. ¿Verdad? Cuenta, vamos...

—Yo no hice nada. No les hagas caso. Una de las anfitrionas fue compañera mía en la escuela y me presentó a algunas de sus compañeras. Yo no tengo la culpa de ser tan popular.

—Porque a las modelos les gustan los barbudos... Mala mía de ser lampiño —se lamentó Diego.

Al llegar las seis de la tarde, Johannes, el Barbas y Diego salieron juntos.

—Hasta mañana, jefe.

El poeta que era editor apagó la computadora. Se acomodó el cuello de la camisa y bajó hacia la oficina de contabilidad. Ahí estaba Laura. Estaba muy linda; demasiado. Parecía como si hubiese sido sacada de un empaque perfecto.

—¿Lista?

—Vamos.

Se le notaba aún parca. No obstante, algo se había ablandado en ella. Laura se dejó guiar.

Tomaron un taxi que los llevó al restaurante adonde él siempre iba. Quería estar en un lugar conocido. Al llegar, el poeta la llevó hacia la barra. Se acomodaron en los taburetes.

—¿Qué pedimos?

—Lo que tú digas...

—Empecemos con unos mojitos.

El bartender se sabía muy bien los gustos del poeta. Sirvió las bebidas en vasos altos.

—Ahora me tienes acá. ¿Qué es este antro al que me has traído?

—Me gusta este lugar. Es tranquilo. Se puede escribir.

—Cierto que eres poeta. A veces me lo olvido. Se te ve muy serio todos los días.

—Es parte del trabajo. ¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta?

—Dispara...

—¿Por qué tan oscura? ¿Alguien te hizo daño?

—Es muy pronto para hacer ese tipo de preguntas.

—¿Te parece? Mil disculpas, entonces.

—No pasó nada. Sucede que no quiero atraer a nadie. Aunque, mientras más una intenta ahuyentar zorros, más se te juntan. Yo no quiero nada con nadie.

—¿Segura?

—Mucho. Tengo suficiente con mi trabajo y con mi carrera. Estoy estudiando un máster, ¿sabes?

Se les pasó una hora, luego dos. También pasaron varios mojitos.

—Tengo ganas de una absenta. ¿Te atreves?

Él asintió, aunque no estaba seguro de que las vendieran en ese bar.

—Sí tenemos. Salen dos.

El bartender posó las cucharillas y los cubos de azúcar. Fue vertiendo el líquido verde con la maestría de quien mantiene un pulso de piedra.

—Salud.

—Salud.

Laura bebió sus primeros sorbos sin quitarle la mirada al poeta. Luego, cerró los ojos para disfrutar ese amargo tan dulce. Él quiso navegar los primeros embates de ese fuego verde en su pecho. *El efecto nunca es tan rápido. ¿Será porque estoy herido desde anoche?*

El editor que era poeta miró hacia la puerta. No había mucha gente en el restaurante. Volvió para verla a Laura. La encontró radiante. También sintió cómo iba pesándole la cabeza y cómo se le iban aligerando los músculos. Laura acomodó su cuerpo con dirección hacia él. Ella tenía una bonita figura y su traje de oficina no lograba disimular esas formas tan femeninas. Apuntó sus senos sin escote hacia él y ladeó un poco el rostro, como si buscara escrutarle.

En otras circunstancias yo sabría muy bien qué hacer. ¿Qué me haces, Laura?

—Eres una mujer muy guapa, ¿sabes?

—Sí, me lo han dicho. ¿Es todo lo que sabes decir?

—Me he quedado sin palabras.

—¿Un poeta sin palabras? No me lo creo. Me voy al baño. A ver si las encuentras cuando regrese.

Ella se levantó y se dirigió hacia el fondo con un paso de leona. Él jamás la había visto así, tan sensual y majestuosa..

Ésta es mi noche y acá yo reino. ¿Dónde he leído esto? No importa. No importa. ¿De dónde nace esta inquietud? Hay una luz amarilla que se atraviesa en mis sueños. ¿De qué sueños estoy pensando? Tengo una maravillosa muchacha acá. Pero está la sombra. Esa sombra con quien he bailado. Esa sombra y esa figura. ¿Por qué tengo que recordar eso ahora? ¿Quién era ella? No era Laura. Laura es diferente. Ella es demasiado terrenal. La sombra... la sombra... ¿Quién eres? Se me antoja pensar que eres la silueta que no he sabido reconocer de otras vidas. ¿Otras vidas? ¿De qué estás hablando?

Se miró en el espejo del bar. Se descubrió luminoso y también austero. No era el mismo.

¿Quién soy en este momento? Carne que llama a su carne... esta es mi noche... soy la esfera de tu tiempo... hay un claro en el bosque... ¿Qué son estas imágenes? Ven... ven... te estoy esperando... ¿Quién me está esperando? ¿De cuántas eternidades has regresado? Yo soy tú y ahora tú eres yo. ¿Recuerdas? No, no recuerdo nada. Pero, ¿por qué estoy recordando?

Cerró los ojos con fuerza. Apretó los párpados pugnando en ahuyentar sus pensamientos.

Soy quien tú quieres que yo sea. ¿Es ella? Háblame. Dime quién eres... soy la sombra... soy la danza... soy tu esencia... soy quien quieres que sea... Si eres quien yo quiero que seas, entonces espérame. Espérame. Te he esperado toda una vida. Poca de ésta me bastará. Ya voy... ya voy...

Jamás se sintió tan seguro de algo como en ese momento. Sí. Él debía salir; debía ir a aquella cita improvisada en un mensaje de email. Él sabía y al mismo tiempo no tenía idea. Tan sólo tenía que ir; tenía que ir.

Él no esperó a que Laura volviera del baño. Con esa realización absurda y absoluta, se levantó, pagó y salió; detuvo un taxi.

—Al hotel Jardín. Yo le doy la dirección.

A las nueve de la noche la modelo ya estaba en la habitación 413 del hotel Jardín. Había hecho la reserva con varios días de antelación. *¿Por qué ese número? ¿Por qué justamente ése? No cabía respuesta. Cuando llamó a reservar la habitación pidió expresamente ese mismo número que había escrito en el mensaje de email. Tuvo suerte de encontrarla libre. Sí. Tengo suerte. ¿Hasta cuándo me durará?*

No sabía muy bien por qué llegó tan temprano. Trajo consigo una botella de champagne y una bolsa con hielo. Echó el hielo dentro del lavatorio del baño y dejó reposar la botella. Se tumbó sobre la cama y miró al techo.

Hace meses estuve justo así en otro lugar. Pareciera que hubiese pasado más tiempo.

Apagó todas las luces y tan sólo dejó encendido el televisor. Bajó todo el volumen hasta quedar en el más absoluto silencio.

Estoy totalmente sola. Aún falta bastante tiempo para que llegue él. Digo, si es que llega. ¿Llegará?

Pensó que lo mejor sería aprovechar el tiempo y fumar un poco de marihuana. Ella no supo exactamente cómo había llegado a su poder esa bolsita. Tan sólo recordó tenerla en el fondo de uno de sus cajones.

¿Todavía tendrá efecto? Está bastante seca y pastosa.

Enrolló mal un cigarrillo con los papeles que todavía conservaba en su bolso. *No sé para qué los cargo, la verdad. Bueno, veamos. En esta noche todo vale. Has cruzado la barrera de todo lo inconcebible. ¿Realmente te reconoces? ¿Quién eres?*

Encendió la marihuana y aspiró largamente, como alguna vez le habrían enseñado. Tosió. El

humo era muy seco y muy áspero. Aún así, volvió a aspirar un poco más. Contuvo el humo dentro de sus pulmones y contó hasta veinte. Luego, exhaló un vapor blanco apenas perceptible. *Hasta acá nomás. ¡Qué desagradable!*

Dejó el cigarrillo en el ceniceró al lado de la cama. Le dió frío así que se metió debajo de la colcha. Cerró los ojos. Tuvo la tentación de dormir un rato. Se sintió sumamente pesada, como si cayese gradualmente en un precipicio sin fondo.

Respiró hondamente; una vez, dos veces. *Hay un claro en el bosque. Hay una inmensidad de antorchas en el mar. Ahí está la orilla.* Dentro de su panorama visual de ojos cerrados aparecieron colores y figuras geométricas. Al principio eran tenues, sencillas. Con cada aspiración y con cada exhalación las formas y las líneas se hacían más definidas, como si enfocadas desde un prisma imposible.

Soy carne que reclama su carne. Eres el centro del universo y yo soy tan tuya como tú eres mío. Somos océano; somos marea; somos dunas viajeras. Somos zorros; somos peces; somos aves. Ésta es tu estrella; tu constelación. Ven, amado mío. Ven. Te estoy esperando.

Con movimientos lentos y deliberados ella se fue desprendiendo de sus ropas. Se deshizo de la blusa y también del pantalón. Se quedó en aquella ropa interior de encaje que había escogido cuidadosamente para esa noche. Nunca antes la había usado. Al ponérsela se había sentido ligeramente excitada. Al mismo tiempo, el irse alistando tan meticulosamente, tuvo la sensación de estarse preparando para un ritual.

Así se quedó ella, semidesnuda sobre la cama, entregada a ese trance en el cual lo llamaba a él con la impaciencia de quien ya no desea esperar otra vida más.

Habitación 413. Acá estoy. Pero, ¿qué estoy haciendo? El poeta estuvo a punto de echarse atrás. El silencio del pasillo era ensordecedor. Dio tres golpes secos a la puerta. Esperó.

La modelo se levantó de un sobresalto. Había perdido la noción del tiempo de tanto haberse abandonado en su ensimismamiento. *¡Es él! ¡Es él! ¿Qué hago? ¿Qué hago?* Pero ella sabía muy bien qué hacer. Lo estuvo ensayando múltiples veces en su mente.

Apagó el televisor hasta quedar totalmente a oscuras. Abrió la puerta pero se escondió detrás de ella. Él no llegó a ver nada.

—Pasa. No tengas miedo.

Ella extendió su brazo desde detrás de la puerta y buscó a tientas. Él tomó de su mano y se dejó llevar. Ella cerró la puerta. Ambos quedaron en la más completa oscuridad.

—¿Quién eres? ¿Qué es esto?

—¡Shhhh...!

La modelo lo buscó nuevamente y se abrazó a él. Él la sostuvo. No tenía miedo. No tenía aprehensión. El poeta estaba totalmente presente en ese momento. En ese abrazo prolongado ensayaron las primeras respiraciones juntos. Él y ella fueron aspirando y exhalando al unísono, como sintonizándose. Era el inicio de su comunicación terrenal. *Yo respiro de ti y tú de mí.*

Ese abrazo no era algo de que extrañarse. Lo que más les sorprendió a los dos fue que estaban muy en calma, como si el mundo no existiese. *Como si fuésemos el centro del universo; dos esferas hechas una. Estoy en casa; estás en el hogar. Has vuelto; he vuelto.*

Yo te conozco. Yo sé quién eres. Pero no lo recuerdo. ¿Quién eres?

Del abrazo fue naciendo un calorillo incipiente desde ambos vientres. Era un pequeño sol; un fulgor que se iba intensificando con cada respiración. Ella lo sentía; él también. Esa sensación empezaba a expandirse como una galaxia en pleno florecimiento. Eran las vibraciones que se iban propagando como ondas serenas a través del tejido de la piel, de los músculos, de los átomos, de

la esencia energética misma.

Ella empezó a desvestirlo; primero la camisa, luego el pantalón. Él se ayudó a quitar la ropa hasta quedarse desnudo. Ella se deshizo de su ropa interior. Él y ella se abrazaron una vez más. Ese encuentro piel con piel acentuó más aquel contacto. *Es carne que reclama su carne. Acá estoy. Acá estás. ¡Cuánto tiempo he esperado!*

En plena oscuridad, el poeta encontró la boca de la modelo y la besó. Ése fue el tacto inicial donde sus labios y sus lenguas redescubrían el lenguaje que ya se habían inventado mucho antes de siquiera conocerse. Era un beso alargado en el cual se saboreaban en un ritmo que los dos se iban acompañando con caricias, con ondulaciones del cuerpo.

Ella levantó un suspiro y se dejó caer sobre la cama.

Él adivinó las distancias con un instinto que estuvo muy lejos de comprender. Del beso, el poeta fue navegando con el tacto hasta llegar al sexo fragante de la modelo. Él hurgó los pliegues de su vagina con la nariz y apuntó la lengua para reconocer aquella tierra que pronto sería suya. Cada lengüetazo fue encendiendo la hoguera de exhalaciones sonoras que ella lanzaba como dardos hacia la noche. Era un calor que abrasaba la piel, que la hacía retorcerse y aprisionarlo a él entre sus piernas. Él arañó sus nalgas y sus muslos sin dejar de lamer. Era un viajero sediento buscando saciarse en ese oasis insondable.

Ella tiró de sus cabellos.

—¡Ven! ¡Ven!

Y él se dejó llevar. Ella lo besó apasionadamente, saboreando su propia esencia en su saliva. Era el olor de las profundidades marinas; el principio y el final de todo periplo a ultramar.

Acto seguido, él la penetró. Entró en ella delicadamente y se quedó hasta el fondo. Él sintió su hirviente humedad; ella sintió su hombría pulsante y encendida. Se sumieron nuevamente en un abrazo completo. Ella respiró y él le siguió el ritmo. Se acompañaron en una cadencia inmóvil en la cual la energía de ambos sexos unidos empezaba a bullir como un caldero.

Era la vibración primal del universo; la calma tensa antes que precede a la tormenta.

Aquellas pulsaciones fueron incrementando en intensidad. Él y ella se mantuvieron quietos, respirando el aire del otro. Juntaron sus frentes sin proponérselo; y esa energía fue expandiéndose cada vez más. Era una serpiente de luz atravesando desde la base misma de sus sexos y subiendo por la columna vertebral de ambos. Mientras la ascensión siguió su curso él y ella lograban ver estelas de colores en su campo visual de total oscuridad.

Entonces, una descarga violenta y absoluta los partió por la mitad. Era una luz blanca que perforó los confines de lo corpóreo, traspasó la espina dorsal y se proyectó por encima de la coronilla hasta el infinito. Aquella luminosidad lo llenó todo; la habitación, sus cuerpos, sus células, todo. Era una energía tan limpia y tan diáfana que ellos se quedaron congelados en aquella posición, compenetrados de cuerpo y alma.

Era la luz de la creación. Era la imposible realización de toda la existencia, de los mares, las montañas, los cielos, las estrellas, los confines del firmamento. Era el nacimiento de la vida, de las plantas, de los nevados, de las rocas vivas, de las aves migratorias, de la humanidad entera. Era la comunión perfecta de la carne que busca su carne; de las almas que nacieron juntas y volvieron a encontrarse.

Esa explosión los lanzó fuera de sus propios cuerpos.

Atravesaron los muros y los techos del hotel, y fueron proyectados hacia la noche. Eran una estrella fugaz en reversa, elevándose por encima de las nubes, más allá de la estratósfera. Las luces de la ciudad se difuminaron hasta envolverse en la total inmensidad del cosmos.

Ella ya no era ella. Él ya no era él.

Ambos eran esferas de luces iridiscentes que se enrumbaron hacia el claro del bosque donde solían encontrarse.

—Llegamos justo a tiempo.

—Era nuestro momento.

—Qué hermoso encuentro. Sin quererlo, siempre lo supe.

—He sido un tonto. No; he estado distraído.

—Era nuestro momento.

De haberse podido sonreír, lo habrían hecho.

—Eras tú, entonces, la del baile de sombras.

—Sólo tú puedes saberlo.

—Eres una traviesa.

—Y así me sigues amando.

—¿Ahora me recordarás?

—Eso mismo me pregunto.

—Sigamos jugando. Me gusta este encuentro.

Las dos esferas giraron una persiguiendo a la otra en un círculo perfecto. Eran vueltas rápidas y sincronizadas. Esas órbitas se hicieron cada vez más concéntricas, acercándose hasta casi tocarse. Ni bien llegaron al punto de contacto se dispararon juntos de nuevo atravesando el tiempo y el espacio.

Llegaron a las orillas de un bosque tropical. Siguieron un sendero que había sido abierto por los pobladores de una tribu. Ellos estaban tan a ras del suelo que podían palpar el vapor que despedía la tierra. El camino se abría por entre la selva tupida, verdosa y oscura. En ese rincón del mundo se escuchaban los ruidos habituales de la jungla, los chillidos de las aves como si éstas fuesen atrapadas por una red gigantesca. El sol se filtraba por entre las ramas dando estelas blanquecinas que acentuaban aquella naturaleza viva y cruel.

De haberse podido tomar de las manos, ella y él lo hubiesen hecho. Aún así, como esferas de luz anduvieron el sendero hasta hallarse en un pueblito que estaba alejado del mundo. Algunos hombres estaban regresando cargados de pescados grandes. Una mujeres preparaban los fogones para hacer la comida, otras repasaban sus tejidos.

—Éste es el ombligo del mundo. Justo acá. Mira cómo viven en armonía con todo. Ellos son parte de la selva; no son tan distintos de los árboles o los animales.

Él y ella salieron por el otro extremo del pueblito hasta llegar al río. Ambos ingresaron a las aguas calmas. Ése era un mundo aparte. Surcaron río arriba hasta encontrarse con la abuela anaconda. Ella estaba enrollada debajo de una piedra cuando los vio llegar.

—*Aguas hirvientes en lo más profundo del bosque. Aguas cristalinas que me buscan. Aguas turbias adónde esconderme...* —se canturreaba a sí misma con los ojos cerrados de contentura.

—Abuela, hemos venido a visitarla.

—Sí, niños míos. Los he estado esperando. Tanto tiempo pasa y tantas aguas corren. Y ustedes siempre regresan acá.

—¿Cómo hacer para no olvidarnos mutuamente al regresar?

—Vengan, hijos. Vengan.

Las dos esferas se acomodaron en el centro de la espiral que había formado la abuela anaconda con su cuerpo. Ella los acunó en ese nido con mucho cariño.

—Ustedes ya se han encontrado en cuerpo vivo. Tu cuerpo ya no es tuyo, mamita. Tú cuerpo ya no es sólo tuyo, papacito. En este ahora ustedes son un solo cuerpo. ¿Escuchan eso? Es el río, es la tierra. Éste es el silencio que lo envuelve todo. Éste es el río que da la vida al mundo. Pero

ustedes no están aquí. Y pronto regresarán y se recordarán.

—Yo deseo recordarlo a él.

—Yo quiero recordarla a ella.

—No se aflijan ni se inquieten, niños. Sí se van a recordar. Sí saben quiénes son ustedes. Yo los bendigo. Ahora, canten conmigo.

La abuela anaconda entonó una canción tan antigua como los primeros árboles del bosque. Ellos recitaron con ella una letra que también se sabían. *La estrella delfín es y agua el viento es. Capullito de flor es que su semilla río es. Yo vengo de la tierra y también de la estrella. La estrella delfín es...* Fueron repitiendo los tres ese canto que los unía en comunión.

—Adiós, niños. Yo los veo siempre. No se olviden de visitarme de tanto en tanto. En sus sueños estaré muy cerquita de ustedes.

Las dos esferas se despidieron con una danza alrededor de la roca y se elevaron más allá del río y hacia el cielo. Ambos sobrevolaron bosques, montañas y mares hasta llegar a una playa. Ahí estaban varios leones jugando sobre la arena. Se daban vueltas, se echaban, se agazapaban mutuamente mientras las olas iban rompiendo la mañana limpia. Continuaron la línea de la costa y se adentraron en el desierto. Llegaron a un oasis donde acampaba una caravana de camellos y comerciantes.

Ahí flotaban y revoloteaban otras esferas de luces iridescentes. Eran almas que viajan con las caravanas. Algunas estaban ahí para proteger y dar buen augurio. Estaban otras que ya se habían olvidado el por qué seguían a los viajeros. De ida y vuelta esas esferas habían visto generaciones enteras de comerciantes pasarse la posta.

—No quiero terminar así, sin rumbo.

—No lo harás. No lo haremos. No está en nuestro acuerdo.

—¿Vamos?

—Vamos.

Ambos desaparecieron. Cuando volvieron a aparecer se hallaron en una sala llena de anaqueles infinitos. Era la gran biblioteca del universo. Todas las almas tienen un archivo con un número exacto de reencarnaciones. Estas reencarnaciones no están escritas en letra fija, sino que van variando de acuerdo a cómo las almas fueron llevándose en cada una de sus vidas. No es sencillo entrar en ella. Sólo se ingresa cuando se hace una búsqueda oficial y trascendental. Ése es el lugar donde se elaboran los contratos en los cuales se define cuándo y cómo se volverá a encarnar. Es el centro del universo.

—¿Estás lista para decretarlo?

—Decretémoslo.

—Es la primera vez que vamos a recordarnos en cuerpo presente. Es la primera vez que vamos a estar concientes de quiénes somos en nuestra esencial astral.

Se hizo una luz violeta.

Ustedes han nacido juntos del magma universal y volverán a juntarse en un solo fuego de regreso al cosmos fulgurante. Disfruten este encuentro. Éste es su regalo. Tendrán otras vidas juntos antes de volver a ser magma.

La luz se desvaneció. La biblioteca también se diluyó hasta volverse toda oscuridad. Eran ella y él como dos esferas en medio de la nada. Ambas se acercaron hasta superponerse la una en la otra. En ese momento fueron un orbe perfecto; una burbuja de cristal flotando en la inmensidad.

Soy la intensidad. Soy el fuego. Soy la luz que devora la luz. Soy dos fragmentos que ya no son. Estamos completos. Estoy en paz.

Y se separaron.

Descendieron juntos desde la profundidad del espacio. Surcaron galaxias enteras hasta asomarse a las afueras del planeta. Regresaron atravesando las nubes, las luces de la ciudad constelada, las calles dormidas, los muros del hotel hasta recomponerse en sus propios cuerpos tibios e inmóviles.

Volvieron a respirar de a pocos, aún compenetrados sus sexos.

Él la recordaba a ella; ella lo recordaba a él. Poco a poco se fueron percatando de los tactos, de las sensaciones calientes y húmedas, de los aromas, de los sabores; de los sonidos a través del silencio y la oscuridad que esa habitación abarcaba. Todos aquellos estímulos les llegaron tan de golpe que se llenaron de una alegría incommensurable.

Ella y él rieron con aquella felicidad apasionada de quien hace el amor. Era la celebración consciente de su reencuentro; era la fiesta de sus cuerpos haciéndole vehículo a sus almas. Se besaron recordando tantos besos pasados. Se besaron como ancianos que vivieron toda una vida juntos. Se besaron como dos desesperados novios separándose en el andén del ferrocarril. Se besaron como si fuese la primera vez de la palabra. Se besaron como enemigos que se odian tanto que se desean a muerte. Se besaron riéndose a carcajadas. Se besaron con los primeros sollozos de quienes se buscaron a través de tantas eternidades.

Fue en esa presencia que se hicieron el amor tan terrenalmente como les dictara la intuición. Sin necesidad de verse en ese cuarto totalmente oscuro se leyeron las posiciones en las cuales se expresaban el amor más primitivo y salvaje. Ella lo cabalgó a él; él la sometió a ella. Ella se colocó de costado, como quien huye sin mucha convicción; él le dio un giro completo a su cuerpo usando el pene como eje. Él atrapó sus piernas y las entrelazó con las suyas hasta conseguir una cadencia deliciosa que se prolongó durante incontables orgasmos. Ella gemía y gritaba de un placer inconcebible. Él se concentraba en amarla minuciosamente. Era una entrega tan mutua y sincera que jamás antes hubieran imaginado que tal nivel de compenetración fuese posible.

Por momentos él sentía las ganas de eyacular pero no le salía. La energía de su clímax se le regresaba por dentro y se le subía atravesando su columna vertebral como si fuese un latigazo de energía y placer. Así de revitalizado volvía a la carga, penetrándola con más fuerza, haciéndola venirse en oleadas cada vez más intensas.

Llegó un momento en el cual los dos se detuvieron. Se quedaron quietos como al principio, conteniendo la respiración cargada de un orgasmo sereno. Una luz amarilla les tocó en la frente y se desvaneció tan rápido como llegó. Fue un destello repentino; y ambos se desplomaron sobre el lecho.

Se tomaron de las manos. Respiraron hondo. Él ya no era él. Ella ya no era ella.

Mi abuela me contaba de cuando ella era jovencita en Francia. Se conoció con un piloto inglés durante la guerra. Él había aterrizado de emergencia afuera de su pueblito y dice que se enamoraron en seguida. El piloto venía una vez por semana a visitarla. A veces, llegaba a caballo. A veces, usaba su avión de guerra con la excusa de hacer pruebas de mantenimiento. Ella me contó que ése fue el gran amor de su vida y que nunca se lo contó al abuelo. Ella tenía creo que catorce o quince años, según me contó. Cuando me lo contaba ella ya estaba ciega y nadie le hacía caso. Yo me quedaba horas y horas hablando con la abuela. Creo que me contaba estas historias para estar en paz consigo misma.

Yo no llegué a conocer a mis abuelos. Mi madre me crió ella sola. A ella le devastó la idea de que yo me independizara. De eso me enteré mucho tiempo después. Ella prácticamente me botó de la casa. “No quiero mantener vagos”, me dijo. Y la entendí. Ella falleció hace muchos

años ya y no estuve para despedirla. Por alguna razón no sentí culpa. Me dio pena, claro. Pero todo quedó ahí. No tengo mucho de qué sentir nostalgia. Por eso es que me atrajo siempre la idea de ser escritor.

Siempre hemos sido una familia grande. Mamá siempre quería que todos nos juntáramos para las festividades. Aunque se notaba que todos se odiaban. Desde chiquita entendí que esto era un teatro. Es un teatro, la vida. Hay que fingirlo todo. Todas son apariencias. Lo peor era cuando se sentaban todos a la mesa. Eran las comidas más largas e incómodas de mi niñez. Pero todos los años insistían en juntarse.

Mi madre me contaba sobre un tío que supuestamente yo tenía. Nunca lo conocí. Sólo supe de él por las cartas que llegaban a casa dos o tres veces al año. Mi madre nunca me dejó leerlas. Tan solamente me decía que el tío estaba en el ejército de los Estados Unidos. Según ella, las cartas llegaban desde varios lugares del mundo, aunque su código postal era extraño. Mi madre se acordaba a menudo cuando al tío lo mandaron a Irak en el año 91. Yo era muy pequeño como para recordarlo. Ella me contó que le encendía velas a una foto suya casi todas las noches para rezar por él. Después de la guerra, él se quedó como militar. Que yo recuerde, él estuvo en Corea del Sur y en Alemania. Creo recordar Turquía.

En mi familia abundaban las mujeres. Ahora que lo pienso, eran muy pocos los hombres. Es raro. Por parte de madre llegaron con la abuela desde Francia. Jamás me dijeron a qué se dedicaron. Yo siempre he visto a mamá en casa. Ella era muy dominante con todos, hasta con papá. Sé que él prefería estar más fuera de casa que dentro. Ni bien él llegaba de viaje, ya estaba planeando irse de nuevo. Era como si él no viviera con nosotras.

Mi familia son mis amigos. Me siento más a gusto ahora. Yo he escogido a mi familia y es fenomenal aquello de visitarlos cuando quieres y que siempre te reciban con un cariño genuino. No sé lo que es tener una familia de verdad. Bueno, mi madre era mi familia. Pero en el concepto tradicional no tengo la menor idea. A veces me hubiese gustado sentir nostalgia por el pasado. Yo no tengo eso. No sé si sea algo bueno o malo.

A mí me gusta mucho mi soledad. No la cambio por nada. Tengo una que otra amiga pero no he tenido la necesidad de juntarme con más gente. Si pudiese quedarme sola y tranquila en mi apartamento, lo haría. Antes, cuando era más jovencita, se me dio por los viajes. No me sentía cómoda en mi propia piel. Recién ahora que lo pienso, era como si yo estuviera huyendo de algo. Mi agenda estaba llena toda la vida. No tenía tiempo ni para pensar.

Siguieron hablándose hasta que la madrugada empezó a despintar la noche. Parecía una conversación de naufragos; un vano intento de recuperar el tiempo perdido. Con el pasar de las horas, las sombras fueron difuminándose aún más; los contornos y facciones de cada uno empezaron a definirse.

Ahí fue que él la reconoció a ella, la modelo. Ella disfrutó viéndolo observarla. Todas las piezas habían encajado perfectamente. Ella era la mujer de quien él se había enamorado en sus intercambios electrónicos; a quien le dedicara poemas frescos que recogía con cada viso de inspiración. Ella era quien en su primer encuentro le había lanzado un trago en la cara, desapareciendo de su vida; y no se habían reconocido en aquel entonces.

Pero él ya estaba ahí, junto a ella. En la serenidad del lecho la modelo se sintió plena, completa. Aspiró hondas bocanadas de aire sabiendo que desde ese momento ella pertenecía ahí; que esos instantes eran el comienzo de algo que ahora le estaba siendo muy claro.

No hicieron falta las palabras. Ella sabía y él también. Se sonrieron en un silencio cómplice. Se vistieron sin dejar de mirarse. Él admiró las formas de la modelo; ella acarició al poeta con la mirada. Aún sin decirse nada abrieron la puerta del hotel y salieron. Caminaron tomados de la

mano por el pasillo, bajando las escaleras hasta el vestíbulo de recepción. Ella gestionó los registros de salida.

Salieron hasta la calle con las manos entrelazadas. Ambos sabían ya exactamente qué hacer. Se separaron sin despedirse. No era necesario hacerlo. Ya estaban juntos. Nada los iría a separar.

Él se fue caminando directamente a las oficinas del Diario Vertical. Ella tomó un taxi hasta su apartamento de la calle Calatrava.

No hicieron falta las palabras.

Deséame suerte en este viaje que haré hasta tus confines. Embarcaré todos estos sueños en baúles y cajones que navegaré guiándome tan sólo de tu esencia marina. Te intuyo desde mucho antes; y ya eres mía. Mudaré mis existencias hacia tus orillas de mar lejano. Espérame, por favor; déjame contarte de mi viaje tan largo.

Tengo que viajar. Cuando yo regrese, te enviaré un mensaje. Quiero que nos encontremos en el mismo lugar de nuestra primera cita. Yo te aviso la hora y el día. Tan sólo espérame. Te beso. Yo.

La modelo pulsó el botón de SEND. Cerró la laptop, la desenchufó y la guardó en la cómoda. Durante los siguientes días se dedicó a limpiar su apartamento. Para ella fue un rito de empezar con todo como si fuese nuevo. Botó ropa que no utilizaba; prendas que muchas veces eran regalos de marcas conocidas o canjes publicitarios. Ya no los necesitaba más.

Se los habría dado a Wanda pero no creo que le sirvan.

Aunque sí le regaló casi toda su bisutería a su amiga. Se quedó con algunas prendas; las más esenciales y mínimas.

La limpieza general le tomó mucho tiempo. Fue la primera vez que le tocaba desprenderse de sus pertenencias y le sorprendió con qué tanta facilidad había logrado aquello.

Antes, yo quería tener, tener, tener, tener... Ahora... Me da igual....

Juan Agüero había estado preocupado por ella.

—No contestabas el teléfono. ¿Qué pasó contigo?

—Pasa que ya es hora de retirarme. Necesito hablar contigo.

—¿Estás segura? ¿Te han ofrecido algo? ¿De qué me estás hablando? ¿Estás bien?

—Sí, Juan. Estoy bien. Vamos a terminar la última sesión con Ramp Lone y acabamos con todo esto.

—Calma... calma...

Se reunieron unos días después y firmaron el cierre del acuerdo. Para ella fue un breve sentimiento de liberación.

Siempre puedes volver.

Pero ello no le convenció. Al salir de la oficina esa exaltación de sentirse libre le dio paso a un vacío intenso en su vientre.

Eres bienvenida cuando gustes. Tú sólo llámame.

También se encontró dos veces con el consultor para avanzar su página de e-commerce. El muchacho le explicó bien el funcionamiento del sistema que estaban implementando. Ella entendió a medias. Eran conceptos demasiado novedosos para tan corto tiempo. Al final, tuvo que

resignarse a que siempre necesitaría de su ayuda. *Es un mal menor.*

Ella verificó sus finanzas. No estaba tan mal, después de todo. Vio que podría sobrevivir un buen tiempo hasta que las ventas empiecen a nivelar.

-Lo que hay que hacer es mantener las campañas de márketing de redes sociales y buscadores. Ése es el secreto. Consistencia. Éste es tu presupuesto mensual...

La modelo hizo un contraste rápido con lo que había proyectado vender. Todo era lógico en papel. En blanco y negro todo se veía plausible. *Ahora hay que ver si funciona. Ya está. Ya lo hice. Estoy del otro lado.* Y sintió un miedo agradable; un temor mezclado con adrenalina. Se sorprendió de que le gustase esa sensación..

Wanda se alegró mucho cuando la modelo le avisó que se iría de viaje para visitar a su familia. Mientras estuviera fuera de la ciudad Wanda cuidaría del apartamento. Así quedaron.

La modelo empacó ligero para un viaje de diez días. *Creo que es suficiente.*

Llegó a casa de su familia a la media tarde. La recibió una mujer llamada Viviana, quien se estaba haciendo cargo de ayudar en las tareas domésticas. Su madre había salido y no regresaría hasta las seis. *Eso me pasa por no avisar.*

Al poco rato llegó Carla, su hermana. Ella traía de la mano a un niño. Se saludaron fríamente. *Hay cosas que nunca cambian.*

—Él es Julián. Es hijo de mi novio. Ellos viven con nosotros.

—¿Papá está en la ciudad?

—Dice que regresa mañana.

A las seis llegó su madre y el novio de Carla. Se abrazaron sin mucha convicción.

—Él es Federico. Él lleva a mamá para sus terapias en el coche todos los días.

—¿Terapias de qué?

—Estoy mal de la cadera, hija. Tuve una mala caída y me estoy recuperando.

La modelo se sintió como una intrusa en un teatro ajeno. En cierto modo, lo era. Se había desconectado tanto de su familia que ya no lograba encontrar un lazo que los uniera. Todos ellos ya tenían una vida y una coexistencia hecha. Así lo fue comprobando durante su estadía.

La acomodaron en un sofá cama de la pequeña oficina de su padre. Todas las mañanas Carla llevaba a Julián a la escuela inicial que estaba a una cuadra de distancia. Luego, regresaba para desayunar con Federico. Ambos partían a sus trabajos hasta la tarde.

La modelo no llegaba a acostumbrarse a esos ritmos apurados desde el amanecer. Ella se despertaba pasadas las once del día. A menudo encontraba a su madre ya instalada frente al televisor mientras supervisaba los quehaceres de Viviana. No había mucho de qué hablar.

Cuando su padre regresó de viaje, él la saludó con mayor efusividad. Era algo raro en él demostrar tanto afecto. No obstante, él sólo se quedó un día en la ciudad.

—Tengo que irme de nuevo. Tan sólo he venido acá para entregar formularios. ¿Cuántos días te quedas?

Se quedaría un poco más de una semana. No le alcanzaría el tiempo para volverlo a ver.

—Lo siento, hija. La próxima vez avísanos que vas a venir. Así podemos organizarnos.

La modelo no sintió ni alegría ni pena. Sin embargo, vio en los ojos de su padre un pequeño gesto de tristeza. Era una de las pocas demostraciones de emoción que pudo percibir en aquella casa.

Porque era una casa, pero no un hogar. Todos existían porque tenían que hacerlo. Había un orden natural muy opaco, muy gris. Inclusive los juegos solitarios de Julián eran repetitivos y

desganados.

No quiero este tipo de vida. No quiero vivir así.

Con ese sinsabor se pasaron los días. Ella casi no salía de aquella casa. Sus momentos más significativos los pasaba viendo televisión junto a su madre, ambas en silencio. No tenían mucho de qué hablar.

Cuando llegó el momento de despedirse la modelo notó un gesto de alivio generalizado; ésa fue una de las pocas muestras genuinas de emoción durante toda su estadía. Ella prometió que la próxima vez les avisaría con tiempo.

Porque sí voy a volver. Aunque me siento mucho mejor lejos de ellos una no escoge a su familia. Ellos me toleran y yo vine porque quise.

Cuando entró a su apartamento de la calle Calatrava sintió como si regresara de un viaje de muchos meses, aunque hayan pasado tan sólo diez días.

Laura le recriminó el por qué la había abandonado esa noche en el restaurante. El editor que era poeta apenas empezaba a acordarse. *¡Ups! Perdón...*

—No volverá a pasar...

—Porque no voy a volver a salir contigo.

Así es mejor. Salió de la oficina de contabilidad con la sensación desagradable de haberle fallado a alguien. *Es que ya lo sé ahora. No hay ni cómo explicarlo.*

Henry Cohn lo llamó a su oficina. Estuvieron revisando las cifras de ventas y de aceptación de AutoFan.

—No están malos los números... pero los veo aún muy bajitos. No hay mucha variación.

—¿Qué crees que debemos hacer?

—Podríamos prestarle más atención a la versión web de la revista, ¿cierto?

—Es decir, ¿generar contenido diario?

—Interdiario... puede ser...

—Entonces, hay que ampliar el plan mensual.

—Semanal, diría yo. Te estás manteniendo en el presupuesto. Eso me parece muy positivo.

¿Cómo te está yendo?

—Pues, todo bien... creo...

—Anoche saliste con Laura. ¿Qué fue todo eso?

—No pasó nada. Ya me disculpé con ella. ¿Cómo te enteraste?

—Todo se sabe. Todo se sabe.

—Eres un padre de familia ejemplar.

El editor que era poeta regresó a su sala de redacción. *Contenidos semanales. Contenidos interdiarios. Eso ya será más trabajo pero está bien. Me gusta lo que hago.*

—Johannes, ¿tenemos los datos de Le Mans?

—Aún no llegan, jefe. Tienen que hacer el anuncio en rueda de prensa.

El poeta se impacientó. El no haber dormido nada aquella noche lo tenía inquieto. Aún así, estaba lúcido y claro. Lo veía todo con mucha mayor nitidez. Se sonrió al recordar a la modelo. *Eras tú, luego de todos estos meses. Eras tú. ¿Qué había sido de ti?*

Las siguientes dos semanas trajeron mucho más trabajo del que el editor hubiese pensado; lo cual era algo positivo. Él ya estaba acostumbrándose a las rutinas y a la emoción de sostener una publicación. El hecho de colocar artículos y videos interdiarios en la página web le dictó a su vida un ritmo más consistente.

Ahora me falta encontrar la excusa perfecta para empezar a escribir una novela. ¿Qué cuento es éste de que escribo y no escribo? ¿Cuál es mi esencia realmente?

Ya regresé. Veámonos mañana a las 8 de la noche. Yo.

Ni bien leyó el mensaje, el editor que era poeta sintió como si su corazón diese un salto acrobático en su pecho. Se sonrió para sí mismo. Todos los días él se quedaba pensando en ella. La evocaba antes de irse a dormir. Sus recuerdos estaban llenos de paz y certeza. Él no sentía ningún vacío de no tenerla, ni desazón, ni premura. *Ella volverá porque así son las cosas. Yo me he vuelto a encontrar con ella.* Él estaba totalmente seguro.

Por las noches volvió a escribir poemas. Primero, le daba sus acostumbradas tres vueltas al parque Roncesvalles; luego regresaba al apartamento y abría su cartapacios. Ahí los fue escribiendo a mano. *Éste es el equilibrio. Trabajo de día y escribo de noche. ¿Es lo más óptimo? No lo sé. De aquí saldrán las historias que deseo narrar. Por ahora, sólo deseo escribir para mí.*

Antes de acostarse, a veces se colocaba dosis binaurales para inducir su relajación. *Son mejores que cualquier somnífero.* Sus opciones de i-Doser se volvieron más metódicas. Escogía entre marihuana o valium, y nada más. Ya casi no le hacía falta tener ninguna estimulación externa.

Esa noche él la sintió a ella. *Ya has regresado.*

He vuelto. Tengo mucho qué contarte.

Yo sólo sé que estás acá. Aquí. No estoy seguro cómo lo sé; pero aquí estás.

He regresado a la ciudad. Mañana nos vemos.

Ella era un globo que iba creciendo en el pecho del poeta. Era una presión placentera que lo llevó al umbral de una noche sin sueños.

Él amaneció antes que se hicieran las primeras luces del alba. Siguió su rutina de siempre y llegó a las oficinas del Diario Vertical.

—Ya hasta pareces el dueño de este periódico —bromeó Patricia.

—Moneypenny... ¿alguna vez confiarás en mí?

—Estás mucho más allá de la confianza...

—¿Sabes algo de Laura? ¿Sigue molesta conmigo?

—Ella casi no habla. No es sólo contigo. ¿Qué le habrás hecho?

—Es mejor así.

—Tú también estás muy misterioso.

—Te lo contaré algún día.

—Algunas chicas tienen toda la suerte.

—Algunos chicos no creemos en la suerte.

Fue un día largo que estiró las horas en un avance lento y pesado. Aunque el editor que era poeta tenía mucho trabajo para distraerse, él mismo pudo percatarse de que el tiempo se alargaba y alargaba. *O será que estoy ansioso. ¿Ansioso de qué, si igual la vas a volver a ver? Ansioso de comprobar que sí es ella, que sí nos recordamos, que esto no fue tan sólo un sueño. Aunque lo sé. Lo sé y ella también lo sabe.*

Y se alegró nuevamente. Los chicos en sala de redacción lo vieron sonreírse solo pero no preguntaron por qué. Por más de que fuese su jefe y editor, él jamás perdería su esencia de poeta.

Ella ya lo estaba esperando en el restaurante. Por más que él hubiese querido llegar temprano, ella se le había adelantado. Eso le sorprendió. También le gustó.

—¿Qué dices? ¿Lo intentamos una vez más?

—Yo creo que sí. Déjame empezar.

Él estiró la mano.

—Mucho gusto. Me llamo Ramón.

Ella le dio un beso rápido en la mejilla.

—¡Hola! Yo soy Maridiana. El gusto es mío.

FIN

Manuel Páucar González (Lima, 1978), es escritor y poeta. En el transcurso de sus años viviendo en el extranjero colaboró con periódicos y revistas como articulista. Su más reconocida columna fue *Crónicas del exilio* en los estados del Northwest de Estados Unidos. Recibió el premio de narrativa corta El Nuevo Día en 2005 y fue galardonado con un reconocimiento especial de la UNESCO de Puerto Rico en 2006. Actualmente vive en Lima, Perú, donde se dedica al coaching literario.

Libros por Manuel Páucar González

INTRAMUROS PALACHINKE fue mi primer poemario. Todos los poemas fueron escritos en ese café de Miraflores entre los años 1995-2001.

TIEMPO ESENCIAL celebra el amor más sublime y más mundano, entretejiéndose de aquella cotidianeidad que nos circunda a todos en esta época tan moderna.

TAN DE LUNA recoge poemas dedicados a Clara, un personaje literario del cual el poeta se enamoró irremisiblemente.

LAS CRÓNICAS DEL EXILIO narra las peripecias del escritor Manuel Páucar González en los Estados Unidos y Puerto Rico.

DEBÍ AMARTE MÁS Y SOÑARTE MENOS es más que un poemario; es un testamento a los desamores, la promesas incumplidas, los extravíos del alma.

A VUELOS DE LUCIÉRNAGA ganó el premio El Nuevo Día de narrativa corta en 2005. Bruno es un personaje quien navega la ciudad de Lima en un vagabundeo tóxico y místico.